DEAN KOONTZ

LA CASA DEL TERROR



Una feria de diversiones ambulante va de ciudad en ciudad cautivando al público juvenil. La principal atracción es la Casa del Terror, poblada de esqueletos y fantasmas de utilería. Amy y Joey son hermanos. Viven temerosos de su madre, mujer severa, dominada por la bebida y perseguida por un oscuro pasado. Cuando llega la feria, Joey planea unirse a ella para escapar de casa. Pero ni él ni Amy imaginan que en ese mundo de diversión inocente se esconden precisamente los secretos de su madre. Una terrible venganza los acecha…



Dean R. Koontz

La casa del terror

ePub r1.0

GONZALEZ 21.04.15

Título original: *The Funhouse*
Dean R. Koontz, 1980
Traducción: Márgara Averbach

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2



Este libro está dedicado a
Marion Bush y Frank Scafari,
dos personas más cálidas que el sol de California.

Cada experiencia en la que nos detenemos a mirar el miedo a la cara nos da fuerzas, coraje, confianza. Podemos decirnos a nosotros mismos: «Ya pasé por este horror, puedo sobrevivir a lo que quiera depararme la vida». Es necesario hacer lo que creemos que no podemos hacer.

ANNA ROOSEVELT

Las familias felices son todas iguales; cada familia desdichada es desdichada a su manera.

LEON TOLSTOI

No vuelvas la cabeza. Tal vez algo se te esté acercando a toda velocidad por la espalda.

SATCHEL PAIGE

PRÓLOGO

Ellen Straker estaba sentada a la mesa de la cocinita en el tráiler Airstream. Escuchaba el viento de la noche y trataba de no oír los crujidos extraños que venían del moisés del bebé.

En el bosquecillo oscuro en que habían estacionado el tráiler, se hamacaban altos robles, arces y álamos. Las hojas crujían como las faldas manchadas, negras, de las brujas. El viento bajaba con fuerza desde el cielo cubierto de Pensilvania, empujando la oscuridad de agosto a través de los árboles, hamacando un poco el tráiler, gruñendo, murmurando, suspirando, hinchándolo todo con el olor de la próxima lluvia. Recogía el alboroto de la feria cercana, lo desgarraba en fragmentos como a una tela carcomida y arrastraba los hilos rotos de sonido a través de la pantalla que cubría la ventana abierta sobre la mesa de la cocina.

A pesar de la voz incesante del viento, Ellen oía los ruidos leves, irritantes que venían del moisés apoyado del otro lado de los seis metros del tráiler. Un ruido como de alguien que rasca y rasguña algo. Un crujido seco. Un rumor a rama que se quiebra. Un susurro de papeles. Cuanto más trataba de bloquear esos sonidos, tanto más claramente los oía.

Se sentía un poco mareada. Probablemente era la bebida que hacía su trabajo. Ellen no era de las que beben mucho pero en la última hora se había bajado cuatro vasos de *whisky*. Tal vez seis. No se acordaba si los viajes que había hecho hasta la botella eran tres o cuatro.

Miró sus manos temblorosas y se preguntó si ya estaría lo bastante borracha como para hacer algo con el bebé.

Un relámpago lejano brilló a través de la ventana. El trueno rugió desde el borde del horizonte oscuro.

Ellen volvió los ojos lentamente hacia el moisés que se alzaba entre sombras al pie de la cama y lentamente su miedo se convirtió

en furia. Estaba furiosa con Conrad, su esposo, y estaba furiosa consigo misma por haberse metido en esa situación. Pero sobre todo, estaba furiosa con el bebé porque el bebé era la evidencia espantosa, innegable de su pecado. Ella quería matarlo… matarlo, enterrarlo y olvidarse de que había existido, pero sabía que tendría que estar bien borracha para poner las manos en el cuello de ese niño y apretar hasta que se muriera.

Casi estaba lista, sí.

Se levantó, temblando y fue hasta la pileta de la cocina. Volcó los cubos de hielo medio derretidos que tenía en el vaso, abrió la canilla y lavó la copa.

Aunque el agua rugió con fuerza cuando tocó la pileta de metal, Ellen seguía oyendo al bebé. El bebé siseaba. Pasaba los deditos por las superficies internas de la canasta. Trataba de liberarse.

No. Seguramente era su imaginación. No era posible que estuviera oyendo esos ruiditos por encima del retumbar del agua.

Cerró la canilla.

Durante un instante, el mundo pareció llenarse de un silencio perfecto, como el de una tumba. Luego, oyó el sollozo del viento una vez más; llevaba en él la música distorsionada de un órgano de vapor, el de la feria, que sonaba estridente desde la ruta.

Y desde el moisés, crujidos, rasguños.

De pronto, el niño chilló. Un alarido ronco que lastimó el aire, un solo quejido feroz de frustración y furia. Luego, silencio. Durante unos segundos, el bebé se quedó quieto, sin movimiento, pero luego empezó a retorcerse otra vez.

Con manos temblorosas, Ellen puso más hielo en el vaso y se sirvió más *whisky*. No había pensado seguir bebiendo, pero el alarido del niño había sido como una ola de calor intenso: la bruma del alcohol a través de la cual se había estado moviendo ardía y se quemaba, desaparecía. Estaba sobria otra vez, y el miedo venía corriendo sobre la estela de la falta de bebida.

Aunque la noche estaba húmeda y caliente, tembló de arriba abajo.

Ya no se sentía capaz de asesinar al chico. Ni siquiera tenía el valor necesario para acercarse al moisés.

«¡Pero tengo que hacerlo!», pensó.

Volvió al círculo de asientos que rodeaba la mesa de la cocina,

se sentó y tomó el *whisky* a sorbitos, tratando de recuperar el valor que viene con la intoxicación, el único tipo de valor que se sentía capaz de reunir.

«Soy demasiado joven para llevar este peso», pensó. «No tengo la fuerza que hace falta para manejarlo. Eso lo admito. Dios, ayúdame, no tengo la fuerza que hace falta…».

A los veinte años, Ellen Straker no era sólo demasiado joven para estar atrapada en el futuro tétrico que parecía extenderse hacia adelante sobre sus días; era demasiado bonita y vibrante para quedar condenada a una vida de dolor permanente y responsabilidad terrible. Era una mujer niña, delgada, bien formada, una mariposa que en realidad nunca había probado sus alas. Tenía el cabello castaño oscuro, casi negro, y ojos del mismo color; había un tinte natural, rosado, en sus mejillas que complementaba muy bien el color oliva de su piel. Antes de casarse con Conrad Straker, había sido Ellen Teresa Marie Giavenetto, hija de un padre estadounidense de antepasados italianos, un hombre alto y buen mozo, y de una madre con el mismo tipo de familia, una madre con la cara de una madona. La belleza mediterránea de Ellen no era la única cualidad que revelaba su herencia a cualquiera que la conociera; tenía talento para descubrir la alegría en las cosas más pequeñas, una personalidad extravertida, una sonrisa rápida y una calidez que eran muy italianas en su naturaleza. Era una mujer pensada para pasarlo bien, para las fiestas y los bailes y la felicidad. Pero sus primeros veinte años de vida no le habían dado mucho de eso.

Su infancia había sido terrible.

Su adolescencia era un infierno.

Aunque Joseph Giavenetto, el padre, era un hombre bueno, cálido, también había sido débil. No era el patrón en su propia casa y no había tenido mucho que decir sobre la educación de su hija. Ellen no había tenido muy a menudo la influencia del humor amable y el amor tranquilo de su padre y en cambio mucho del fanatismo feroz, religioso de su madre.

Gina era el poder en la casa de los Giavenetto, y a ella tenía que responder Ellen hasta por la menor de las faltas, real o imaginaria. Había reglas, una lista interminable de reglas, que debían gobernar el comportamiento de Ellen, y Gina estaba decidida a hacer que

cada una de ellas se obedeciera al pie de la letra en todo momento. Pretendía que su hija creciera como una mujer muy moral, muy correcta, muy temerosa de Dios.

Gina siempre había sido religiosa, pero, después de la muerte de su único hijo varón, se hizo devota y fanática. Anthony, el hermano de Ellen, había muerto de cáncer a los siete años. Para Gina, la tragedia había sido un juicio divino. Sintió que había fracasado en su intento de demostrarle su amor a Dios y que Él se había llevado a su hijito para castigarla. Empezó a ir a misa todas las mañanas en lugar de sólo los domingos y, cada vez que podía, arrastraba a su hijita con ella. Encendía una vela por el alma de Anthony todos los días de la semana, sin olvidarse nunca. En casa, leía la *Biblia* de pe a pa, una y otra y otra vez. A *veces*, obligaba a Ellen a sentarse y escuchar las Escrituras durante horas, aun antes de que la niña fuera capaz de entender lo que estaba oyendo. Estaba llena de historias horrendas sobre el Infierno, sobre las torturas espantosas que esperaban al pecador allí abajo, sobre lo fácil que era que un chico travieso terminara en ese lugar lleno de azufre. En las noches, los sueños de Ellen se retorcían en pesadillas horrendas y llenas de sangre sobre los cuentos de miedo de su madre, que siempre tenían que ver con el fuego y la maldición. Y a medida que Gina se volvía más y más religiosa, agregaba más reglas a la lista que Ellen debía tener en cuenta en su vida; la menor infracción, decía Gina, era un paso más en el camino al Infierno.

Joseph, que había entregado toda autoridad a su esposa muy al comienzo de su matrimonio, no podía ejercer demasiado control sobre ella ni siquiera en épocas tranquilas y, cuando ella se hundió en ese mundo extraño de religión y fanatismo, quedó demasiado lejos del alcance de su marido como para siquiera tratar de tener una influencia mínima en sus decisiones. Sorprendido por los cambios en su esposa, Joseph fue incapaz de vérselas con la mujer en la que ella se había convertido y empezó a pasar cada vez menos tiempo en su casa. Tenía una sastrería —no era un negocio demasiado próspero pero sí seguro y les daba para vivir— y empezó a trabajar cada vez hasta más tarde en la noche. Y cuando no trabajaba, pasaba más tiempo con sus amigos que con su familia. El resultado fue que Ellen ya ni siquiera recibía alguna dosis de su amor o su fino sentido del humor de vez en cuando, por lo menos

no las suficientes como para compensar las horas largas, terribles en que sobrevivía estoicamente bajo la dominación segura, sombría, sofocante de su madre.

Durante años, Ellen soñó con el día en que se iría para siempre de su casa; esperó esa huida con la misma desesperación y ansiedad con las que un convicto espera la liberación en una cárcel real. Pero, ah, sorpresa, ahora que estaba libre, ahora que hacía más de un año que ya no sufría la mano de hierro de su madre, su futuro parecía peor que el de entonces. Mucho peor.

Algo golpeó en la ventana que quedaba detrás de la pileta.

Ellen se volvió y levantó la vista, asustada. Durante un momento no vio nada. Sólo oscuridad allá afuera.

Tap-tap-tap.

—¿Quién está ahí?

Y en ese momento, el relámpago recorrió el cielo, un trazo de venas y arterias feroces. En el pulso tembloroso de la luz violeta, vio enormes mariposas nocturnas golpeando contra el vidrio.

—Dios —dijo con suavidad—. Mariposas… Nada más.

Tembló, se volvió para no ver los insectos frenéticos y tomó un trago de *whisky*.

No podría vivir con esa clase de tensión. No por mucho tiempo. No podría vivir con miedo permanente. Tenía que hacer algo, y pronto.

Mata al bebé.

En la canasta, el bebé volvió a gritar: un ruido agudo, corto, casi como el ladrido de un perro.

Un crujido distante de truenos pareció contestarle; el rugido celestial borró durante un momento la voz incesante del viento y reverberó en las paredes de metal del tráiler.

Las mariposas seguían: *tap-tap-tap*.

Ellen bebió con rapidez lo que quedaba del *whisky* y se sirvió dos medidas más.

Le parecía difícil creer que hubiera terminado ahí, en ese lugar harapiento, en semejante angustia, en semejante miseria; parecía un sueño febril. Hacía apenas catorce meses había empezado una nueva vida llena de expectativas, inundada de algo que había demostrado ser un optimismo inocente, desesperado. Su mundo se derrumbó a su alrededor, en ruinas, con tanta rapidez y brusquedad

y tan completamente que todavía estaba paralizada por la impresión.

Seis semanas antes de sus diecinueve años, se había marchado de su casa. Se deslizó en la mitad de la noche sin preocuparse por anunciar su partida, incapaz de enfrentarse con su madre. Dejó una nota breve, amarga, para Gina y luego se fue con el hombre que amaba.

Se hubiera podido decir que cualquier muchacha de pueblo, cualquier chica sin experiencia, con ganas de escapar del aburrimiento o de padres opresivos, se habría enamorado de un hombre como Conrad Straker. Era buen mozo, de eso no había duda alguna. Tenía el cabello lacio, negro como el carbón, brillante y bien armado; rasgos aristocráticos: pómulos altos, una nariz patricia, un mentón fuerte; ojos azules y sorprendentes, una llama azul de gas. Era alto, delgado y se movía con la gracia de un bailarín.

Pero no fue el aspecto de Conrad lo que más impresionó a Ellen. Lo que la conquistó fue su estilo, su encanto. Era buen conversador, inteligente, con un don para convertir hasta el cumplido más extravagante en declaración sentida y sincera.

Escaparse con un pregonero de feria, un hombre buen mozo, le había parecido tan romántico… Viajarían por todo el país y ella vería más mundo en un año del que había tenido esperanzas de ver en toda su vida. No habría aburrimiento. Cada día estaría lleno de excitación, color, música y luces. Y el mundo de las ferias, tan diferente del de su pueblito de Illinois, un pueblo de granjeros, no estaba gobernado por una larga lista de reglas complejas y frustrantes.

Ella y Conrad se casaron correctamente según la tradición de las ferias ambulantes. La ceremonia consistió en una vuelta nocturna en la calesita con otras personas del carnaval como testigos. A los ojos de la verdadera gente de la feria, los que pertenecían a ese mundo desde su nacimiento, ese casamiento era tan sagrado y definitivo como si lo hubieran llevado a cabo en una iglesia y con un sacerdote, o en un juzgado legal.

Así, transformada por fin en la señora de Conrad Straker, Ellen se sintió segura: sí, lo único que la esperaba era la felicidad. Pero estaba equivocada.

Había conocido a Conrad apenas dos semanas antes de la huida. Descubrió demasiado tarde que había visto sólo su lado bueno. Desde el casamiento, aprendió que cambiaba de humor con frecuencia, que era difícil vivir en su compañía, que era un hombre capaz de violencia. A veces era dulce, tan encantador como cuando la cortejaba. Pero otras se volvía cruel bruscamente, con la rapidez inesperada, inexplicable de un animal salvaje. Durante el último año, el mal humor lo había atacado cada vez con más frecuencia. En esos momentos, era sarcástico, malvado, desagradable, amargo y rápido para golpearla cuando ella lo enfrentaba o lo disgustaba. Disfrutaba pegándole, pellizcándola y empujándola. Al principio del matrimonio, antes de que ella quedara embarazada, la golpeó en el vientre un par de veces. Mientras llevaba el hijo en ella, restringió sus ataques y se contentó con abusos menos brutales aunque no menos aterrorizantes.

Cuando ya tenía dos meses de embarazo, Ellen sintió casi tanta desesperación como para pensar en volver a casa con sus padres. Casi. Pero cuando imaginó la humillación que tendría que tolerar, cuando se imaginó rogándole a Gina que le diera otra oportunidad, cuando pensó en la cara larga, ofendida y llena de moralina con que la recibiría, no pudo dejar a Straker.

Y no tenía otro lugar adonde ir.

A medida que su vientre crecía, se convenció a sí misma de que el bebé arreglaría la situación y mejoraría las reacciones de Conrad. A él le gustaban los chicos, eso era evidente y genuino, obvio. Cualquiera podía notarlo en la forma en que trataba a los hijos de sus compañeros de feria. Parecía encantado con la idea de ser padre. Ellen se dijo a sí misma que la presencia del bebé suavizaría a Conrad, lo aflojaría, mejoraría su temperamento…

Y luego, hacía ya seis semanas, esa frágil esperanza se quebró en pedazos, el día en que llegó el bebé. Ellen no fue al hospital. Esa no era la forma en que se hacían las cosas en las ferias. Tuvo el bebé en casa, en el tráiler, con una comadrona de la misma feria como ayudante. El parto fue relativamente fácil. Ella nunca había estado en peligro físico. No hubo complicaciones. Excepto…

El bebé.

Ellen tembló, un gesto de rechazo, de espanto. Pensó en el bebé y tomó otro trago de *whisky*.

Como si sintiera que estaba pensando en él, el niño volvió a chillar.

—¡Cállate! —aulló ella, poniéndose las manos en los oídos—. ¡Cállate, cállate!

El bebé no quería callarse.

El moisés se sacudió, tembló, crujió. El niño pateaba y se retorcía en su furia.

Ellen se tragó el resto de la bebida del vaso y se lamió los labios, nerviosa. Finalmente sentía otra vez el poder del *whisky* en el cuerpo. Se bajó del banco en que estaba sentada. Se quedó de pie en la cocinita, temblando.

La música disonante de la tormenta estalló con más fuerza que nunca, ahora directamente sobre la feria, creciendo y creciendo hasta convertirse en un *crescendo* impresionante.

Ellen zigzagueó por el tráiler y se detuvo a los pies del moisés. Encendió la lámpara de brillo ámbar y las sombras se arrastraron hasta los bordes de la casa.

El chico dejó de luchar con las mantas. Levantó la vista hacia ella, los ojos brillantes de odio.

Ella sintió que se descomponía.

«*Mátalo*», se dijo.

Pero el brillo malevolente que surgía del bebé era hipnótico. Ellen no podía sacar los ojos de esa mirada de medusa; no podía moverse; sentía que la habían transformado en piedra.

El relámpago apretó su cara refulgente contra la ventana, y las primeras gotas gordas de lluvia llegaron hasta el suelo con el rugido del trueno.

La madre miraba al chico paralizada de horror y el borde del cuero cabelludo se le humedeció bajo una hilera de gotas de sudor frío. El bebé no era normal ni siquiera estaba cerca de serlo. No había un término médico para su deformidad. En realidad ni siquiera se hubiera podido llamarlo «niño». No era un bebé. Era una *cosa*. No era tanto que fuera deforme, parecía miembro de una especie completamente diferente de la humana.

Era espantoso.

—¡Dios! —dijo Ellen, la voz temblorosa—. Dios, ¿por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Los ojos grandes, verdes, inhumanos, de su hijo la miraban

llenos de veneno.

Ellen sintió que quería alejarse de él. Quería salir corriendo del tráiler, entrar en la tormenta, en la vasta oscuridad y salir de esa pesadilla hacia una nueva aurora.

La nariz ancha, retorcida, de la criatura temblaba en el aire como la de un lobo o un perro y ella lo oía oler en el aire y separar su perfume de mujer de los otros olores del tráiler.

«*Mátalo*».

La *Biblia* decía: «*No matarás*». El asesinato era un pecado. Si ella ahogara al bebé, se pudriría en el Infierno. Una serie de imágenes crueles le pasaron por la mente, visiones de un Infierno que su madre había pintado para ella durante miles de horas de lectura sobre las terribles consecuencias del pecado: demonios sonrientes que desgarran jirones de carne de mujeres vivas, rodeadas de alaridos, los labios de cuero negro suaves por la sangre humana; fuego blanco y caliente que cae como un dolor agudo y terrible sobre los cuerpos de los pecadores; gusanos pálidos que se alimentan de hombres conscientes y muertos; gente que agoniza retorciéndose en medio del dolor en pozos de suciedad indescriptible. Ellen no era una católica practicante, pero eso no significaba que no fuera católica en su corazón. Años de misas diarias y plegarias nocturnas, diecinueve años interminables de sermones enloquecidos y reglas severas no se olvidan con facilidad. Ellen seguía creyendo en Dios con todo su corazón, en Dios, en el Paraíso y en el Infierno. Las advertencias de la *Biblia* seguían teniendo valor y significado para ella. *No matarás*.

Pero seguramente, discutió consigo misma, eso no se aplicaba a los animales. Y esa cosa de la canasta era un animal, una bestia, un monstruo. No un ser humano. Si ella lo destruía, el acto de destrucción no sellaría el destino de su alma inmortal, no sería así, no.

Por otra parte, ¿cómo podía estar segura de que no era humano? Había nacido de un hombre y una mujer. No podía haber mejor criterio para definir la humanidad de alguien. El bebé era un mutante, pero era un mutante *humano*.

El dilema le parecía insoluble.

En la canasta, la criaturita oscura levantó una mano y la estiró hacia Ellen. No era una mano en realidad. Era una garra. Los dedos

huesudos eran mucho más largos que los de un niño normal de seis semanas, aunque ese bebé fuera grande para su edad; como las patas de un animal, las manos de la bestezuela eran desproporcionadas. Un pelo ralo, negro, le cubría el dorso de las manos y se hacía más denso en los bordes de los nudillos. Una luz ámbar definía los bordes filosos de los dedos. Arañó el aire pero no logró tocar a Ellen.

Ella no entendía cómo podía haber salido semejante cosa de su cuerpo. ¿Cómo era posible que eso existiera? Ella sabía que había gente deforme. Algunos trabajaban en uno de los espectáculos de la feria, allí mismo. Toda gente muy rara. Pero no como ese bebé. Ninguno de ellos era ni la mitad de raro que esa cosa que ella había alimentado en su vientre. ¿Por qué había pasado eso? *¿Por qué?*

Matar al niño sería un acto de misericordia. Después de todo, nunca tendría una vida normal. Siempre sería un monstruo, un objeto de vergüenza, de ridículo y de desprecio. Se le negarían hasta los placeres más comunes, más fáciles, y no tendría ninguna posibilidad de alcanzar la felicidad.

Y si la obligaban a pasar la vida atendiendo a esa criatura, ella tampoco encontraría la felicidad. La idea de criar a ese chico grotesco la llenaba de desesperación. Asesinarlo sería un acto de misericordia tanto para ella como para el mutante, ese ser que le daba lástima y sobre todo miedo, ese monstruo que la miraba con rabia desde el moisés.

Pero la Iglesia Católica Romana no aceptaba el asesinato piadoso. Ni las razones más lógicas, más puras serían suficientes para salvarla del Infierno. Y ella sabía que sus razones no eran puras: librarse de ese peso era, en parte, un acto de egoísmo.

La criatura seguía mirándola y ella tuvo la sensación inquietante de que esos ojos raros no se limitaban a mirarla, no, sintió que la leían, que veían el alma y la mente más allá de cualquier máscara, de cualquier disimulo. Esa cosa *sabía* lo que ella estaba pensando y la odiaba por eso.

La lengua pálida, manchada, lamió los labios oscuros, oscuros.

La cosa siseó contra ella, como desafiándola.

Fuera o no humana esa bestia, fuera o no pecado matarla, ella sabía que era el mal. No era sólo un bebé deformado. Ah, no, era algo más. Algo peor. Era peligroso, más que humano y menos que

humano al mismo tiempo. Era el Mal. Ellen sintió la verdad de esa idea en su corazón, en sus huesos.

«¿O es que estoy loca?», se preguntó. No. No podía permitir que se colara ni una duda en su cabeza. No estaba mentalmente perdida. Muy herida, profundamente deprimida, asustada, horrorizada, confundida… eso sí, sin duda. Pero loca, no. Percibía que el bebé era el mal, y en eso, en esa percepción, no se equivocaba.

Mátalo.

El bebé aulló. Su voz grave, estridente, hirió como una lata áspera los nervios de Ellen. Ella hizo un gesto de dolor.

Sábanas de lluvia llevadas por el viento golpearon con fuerza contra el tráiler. El trueno se levantó en la noche y volvió a sacudirla.

El niño chilló, se retorció y logró separarse de la manta leve que lo había estado cubriendo. Colocó los dos ganchos de sus manos huesudas contra el moisés, se tomó con las garras, hizo fuerza y se sentó.

Ellen ahogó un grito. Esa cosa era demasiado chica para sentarse sin ayuda.

El niño siseó, mirándola.

Crecía a un ritmo extraordinario, siempre tenía hambre y ella lo alimentaba el doble de lo que hubiera alimentado a un niño común. Semana tras semana veía los cambios en él. Estaba aprendiendo a usar el cuerpo con una velocidad sorprendente, inquietante. En poco tiempo conseguiría arrastrarse, después caminar.

¿Y después qué? ¿Hasta qué punto tendrían que llegar su movilidad y su tamaño para que ella ya no tuviera control alguno sobre él?

Ellen sentía la boca seca y amarga. Trató de conseguir algo de saliva pero no tenía ni una gota.

Un rastro de sudor frío le caía por la frente hacia el rabillo de un ojo. Ellen parpadeó para librarse de ese líquido salado.

Si pudiera poner al niño en una institución, es decir en el lugar al que pertenecía, no haría falta que lo matara. Pero Conrad nunca aceptaría entregar su bebé. Él no sentía rechazo alguno. No estaba asustado tampoco. En realidad parecía amarlo más de lo que hubiera amado a un chico saludable. Se sentía orgulloso de ser el padre de la criatura y para Ellen, ese orgullo era señal de locura.

Pero aunque hubiera podido llevarlo a una institución, la solución no habría sido definitiva. El mal seguiría existiendo. Ella sabía que el bebé era el mal, lo sabía más allá de cualquier duda y se sentía responsable por haber traído al mundo semejante criatura. No podía volverle la espalda y dejar que otros se encargaran.

¿Y si, más adelante, matara a alguien? ¿No caería esa muerte sobre sus hombros, no sería ella la responsable?

El aire que venía desde las ventanas abiertas era mucho más fresco que antes de la lluvia. Una ráfaga helada pasó por la nuca de Ellen.

El bebé empezó a tratar de salir del moisés.

Entonces, ella con todo el coraje que había logrado reunir con el *whisky*, castañeteando los dientes, las manos temblorosas como si tuviera el mal de la vejez, tomó a su bebé. No. A la *cosa*. No debía pensar en él como en un bebé. No podía permitirse el lujo del sentimiento. Tenía que actuar. Tenía que ser fría, impasible, implacable, dura como el hierro.

Levantaría a esa horrenda criatura, tomaría la almohada de satén que había debajo y la ahogaría con ella. No quería dejar marcas de violencia en el cuerpito. La muerte debía parecer natural. Hasta los bebés saludables mueren en sus cunas sin razón aparente: nadie se sorprendería si esa deformidad lamentable moría sin ruido en su sueño.

Pero cuando levantó la cosa de la almohada, ésta le respondió con una furia tan enloquecida que su plan se hizo impracticable en menos de un segundo. La criatura chilló. Le clavó las garras.

Ella gritó de dolor cuando las uñas filosas le horadaron y desgarraron los antebrazos.

Sangre. Cintas leves de sangre.

El monstruo pateó y se retorció y Ellen tuvo grandes dificultades para sostenerlo.

La cosa abrió su boca torcida y la escupió. Un globo viscoso, maloliente de saliva amarillenta le golpeó la nariz.

Ellen tembló y tragó saliva.

La cosa-bebé levantó los labios oscuros sobre las encías moteadas y siseó.

El trueno golpeó la noche de porcelana y las luces del tráiler parpadearon una, dos veces y el relámpago atravesó ardiendo el

espacio breve de negrura antes de que las lámparas volvieran a encenderse.

«Por favor, Señor», pensó ella con desesperación, «no me dejes en la oscuridad con esta cosa».

Los ojos verdes, saltones irradiaban una luz especial, un brillo fosforescente que parecía venir de adentro, lo cual era imposible.

La cosa chilló y se retorció.

Orinó.

El corazón de Ellen empezó a latir con más fuerza.

La cosa atacó sus manos, rasguñando, sacándole más sangre. Le desgarró la carne suave de las palmas y le arrancó una uña de un pulgar.

Ella oyó un ulular fantasmal, agudo, distinto de cualquier cosa que hubiera oído antes y pasaron unos segundos antes de que se diera cuenta de que estaba oyendo su propio alarido de pánico.

Si hubiera podido arrojar al suelo a la criatura, si hubiera podido soltarla y correr, lo habría hecho, pero de pronto, se dio cuenta de que no podía. La cosa la tomaba con fuerza de los brazos. No quería soltarla.

Ella luchó contra ese bebé feroz e inhumano, y el moisés casi se volcó. La sombra de Ellen se sacudió, salvaje, del otro lado de la cama y sobre la pared, en un rebote contra el techo redondo. Maldiciendo, jadeando, tratando de mantener a la criatura lo más lejos posible de su cuerpo, se las arregló para llevar la mano izquierda a la garganta del ser extraño y luego la derecha, y apretó con fuerza, con todo el cuerpo, con la fuerza desde los dientes, asqueada por el salvajismo que se levantaba en ella, asustada por la violencia que había descubierto en ella misma, pero decidida a acabar con la vida de la cosa.

La cosa no estaba dispuesta a morir fácilmente. Ellen se sorprendió por la consistencia rígida, resistente, de los músculos del cuello. El monstruo le clavó las uñas más arriba en los brazos y volvió a hundirle las garras. Nuevos puntos de sangre se abrieron en la piel y el dolor impidió que Ellen pusiera todas sus fuerzas en lo que hacía.

Vio cómo el bebé-cosa dejaba ir la vista en el vacío y luego la enfocaba de nuevo en ella, con más odio que antes.

Una corriente plateada de algo espeso salió de una de las

comisuras de los labios de la cosa y bajó por el mentón desparejo.

La boca torcida se abrió; los labios oscuros, correosos se retorcieron. Una lengua pálida que parecía una víbora se curvó y se estiró en un gesto obsceno.

El bebé la arrastraba hacia él con una fuerza improbable. Ella no podía mantenerlo a distancia. La cosa la llevaba hacia el moisés y al mismo tiempo se iba levantando en el aire.

«*¡Muérete ya! ¡Muérete, mierda!*».

Ahora Ellen estaba inclinada sobre la canasta. Doblada sobre ella. La fuerza con que apretaba la garganta de la cosa se había debilitado por la posición. Y tenía la cara a menos de veinte centímetros de los ojos repugnantes de la criatura. El aliento asqueroso la inundaba. La cosa escupió de nuevo.

Algo le rozó el vientre.

Ella jadeó, se sacudió.

Se le había desgarrado la tela de la blusa.

La cosa la estaba pateando con los pies de dedos largos y filosos. Estaba tratando de lastimarle los senos y el estómago. Ella trató de alejarlo pero la cosa la sostenía, cerca, con energía demoníaca y feroz perseverancia.

Ellen se sintió mareada, confusa, enferma de *whisky*, enferma de terror, con la visión borrosa y los oídos llenos de la succión brutal de su propio aliento. Por más rápido que respirara, el aire no le parecía suficiente; tenía la cabeza liviana. El sudor le caía por la frente y salpicaba al bebé en la lucha.

La cosa sonrió como si sintiera que iba ganando.

«Estoy perdiendo», pensó ella con desesperación. «¿Cómo es posible? Mi Dios, va a matarme».

El trueno sacudió el cielo y el relámpago estalló en la noche rota. Una ráfaga de viento golpeó el tráiler.

Las luces se apagaron.

Y no volvieron a encenderse.

El bebé peleó con furia renovada.

No era débil como un bebé humano. Al nacer, pesaba casi cinco kilos, más de siete en las últimas dos semanas. Casi diez ahora. Y no era gordo. Puro músculo y nada más. Un infante duro, resbaloso: como un oso pardo, como un joven gorila. Era tan fuerte y enérgico como el chimpancé de seis meses que actuaba en uno de los

espectáculos más populares de la feria.

El moisés cayó con un crujido y Ellen tropezó con él. Cayó. Con el bebé apretado contra ella, cerca de su cuerpo. Ya no a un brazo de distancia, como antes. Ahora estaba encima. Gruñendo, chillando. Los pies hundidos en las caderas de su madre, trató de desgarrar la tela dura de los vaqueros.

—¡No! —gritó ella.

Un pensamiento le pasó por la mente: «*¡Tengo que despertarme!*».

Pero sabía que ya estaba despierta.

La cosa seguía sosteniéndola por el brazo derecho, las uñas hundidas en la carne pero le había soltado el izquierdo. En la oscuridad, ella sintió cómo la garra aguda le buscaba el cuello, la vulnerabilidad, la yugular. Volvió la cara a un costado. La manita tan pequeña y de dedos tan largos, la mano mortal, le rozó el cuello apenas a un milímetro.

Ella rodó y la criatura terminó abajo. Gimiendo, temblando en el borde de la histeria, Ellen arrancó su brazo derecho de las garras de hierro de la criatura, a pesar del dolor y buscó los brazos extraños en la oscuridad, encontró las muñecas, le mantuvo las manos apartadas de la cara.

La cosa volvió a patearle el estómago pero ella evitó las piernas cortas, poderosas. Se las arregló para poner una rodilla sobre ese pecho pequeño y empujarlo contra el suelo. Se apoyó sobre ese pecho con toda su fuerza. Las costillas y el esternón de la criatura cedieron por debajo. Ella oyó que algo se quebraba dentro de la cosa. La cosa gimió como un monito. Ellen supo, por fin, que tenía una oportunidad de sobrevivir. Hubo un crujido horrendo, un sonido húmedo, un aplastamiento espantoso y luego la fuerza abandonó por completo a su adversario. Los brazos de la cosa dejaron de luchar y se tendieron sobre el suelo, flojos. La criatura se quedó callada, quieta.

Ellen tenía miedo de sacar la rodilla de ese pecho hundido. Estaba segura de que la cosa fingía. Si ella cambiaba de lugar el peso, si le daba la menor de las oportunidades, se movería rápidamente, como una víbora y le golpearía la garganta y luego le desgarraría el vientre con los pies filosos.

Pasaron unos segundos.

Luego minutos.

En la oscuridad, Ellen empezó a rezar, una plegaria urgente, en un susurro:

—Jesús, ayúdame. Santa Elena, mi santa patrona, reza por mí. María, Madre de Dios, escúchame, ayúdame. Por piedad, por piedad, por piedad, María, ayúdame, María, por piedad…

La luz volvió de pronto y Ellen gritó con la tensión ante ese brillo súbito.

Debajo de ella, de espaldas, una corriente de sangre nueva en la nariz y la boca, la cosa-bebé la miraba con ojos brillantes, saltones, rojos. Pero no la veía. Miraba a otro mundo, al Infierno, al que ella había despachado su alma… si es que tenía una.

Había mucha sangre. La mayoría no era de Ellen.

Ella soltó la cosa.

La cosa no volvió a la vida mágicamente como ella esperaba a medias. No la atacó.

Parecía un insecto enorme, aplastado en el suelo.

Ella se arrastró para alejarse, con un ojo siempre sobre la cara de la cosa, no del todo convencida de que estuviera muerta. No tenía fuerzas suficientes como para ponerse de pie. Anduvo en cuatro patas hasta la pared más cercana y se sentó con la espalda apoyada en el metal.

El aire de la noche estaba pesado por el olor de la sangre, el hedor de su propio sudor y el ozono limpio de la tormenta eléctrica.

Lentamente, la respiración estentórea de Ellen se transformó en una canción de cuna rítmica y suave que entraba, salía, entraba, salía, entraba…

A medida que su miedo se desvanecía con la desaceleración de los latidos de su corazón, Ellen tuvo conciencia de sus dolores; eran muchos. Le dolían todas las coyunturas y todos los músculos por el esfuerzo de la lucha con ese niño. Le sangraba el pulgar izquierdo en el lugar en que ya no había uña; la carne expuesta le ardía como si le hubieran echado ácido. Los dedos rasguñados, raspados, le quemaban como si hubiera tocado fuego y tenía la palma de la mano derecha hinchada. Tenía los antebrazos desgarrados varias veces por las uñas filosas de la cosa. Había cinco puntos sangrantes de muy mal aspecto en cada uno.

Lloró. No sólo por el dolor físico. Por la angustia, por la tensión, por el miedo. Con las lágrimas logró relajarse algo y dejó ir por lo

menos cierta cantidad de su pesada carga de culpa.

«*Soy una asesina*».

«No. Era un animal».

«Era mi hijo».

«No era un chico. Era una cosa. Una maldición».

Todavía discutía así consigo misma, tratando de encontrar una serie de razonamientos que le permitieran vivir con lo que había hecho, cuando se abrió de un golpe la puerta del tráiler y entró Conrad, una silueta oscura contra una corona brillante de rayos. Tenía puesto un impermeable de plástico que chorreaba agua; su cabello negro y grueso estaba empapado y se le habían pegado varios mechones sobre la frente. El viento le rodeaba los tobillos y, como un perro grande, recorría la habitación oliéndolo todo con cuidado.

Un miedo crudo, asfixiante, volvió a entrar en el corazón de Ellen.

Conrad cerró la puerta. Se volvió, la vio sentada en el suelo con la espalda contra la pared, la blusa rota, los brazos y las manos llenos de sangre.

Ella quería explicarle por qué había matado al niño. Pero no podía hablar. Movía la boca pero no salía nada de ella, nada, excepto un crujido seco, aterrorizante.

Los ojos intensamente azules de Conrad se llenaron del brillo de la incomprensión durante un momento. Luego su mirada viajó desde Ellen hasta el niño sangrante, amontonado en el suelo a apenas unos metros.

Las manos grandes se le curvaron hasta convertirse en puños duros, enormes.

—No —dijo con suavidad, sin querer creerlo—. No, no… no…

Se movió despacio hacia el pequeño cadáver.

Ellen levantó la vista hacia él, cada vez más insegura.

Conrad, paralizado de sorpresa, se arrodilló frente a la criatura muerta y la miró durante un tiempo que a Ellen le pareció una eternidad. Luego, las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Ellen nunca lo había visto llorar. Finalmente, Conrad levantó el cuerpo flojo y lo abrazó contra su pecho. La sangre roja y brillante de la cosa-bebé caía sobre el impermeable de plástico.

—Mi bebé, mi bebito, mi dulce chiquito —murmuró Conrad

como en un arrullo—. Mi hijo, mi nenito… ¿qué te pasó? ¿Qué te hizo ésa? ¿Qué te hizo?

El miedo cada vez mayor que sentía Ellen le dio fuerzas, aunque no muchas. Se apoyó contra la pared con una mano y se levantó. Le temblaban las piernas, sentía como si sus rodillas fueran a desplomarse si se atrevía a dar un solo paso.

Conrad la oyó moverse. La miró.

—Tuve… tuve que hacerlo —explicó ella con voz temblorosa.

Los ojos de él eran de un azul muy frío.

—Me atacó —dijo ella.

Conrad apoyó el cuerpo en el suelo. Con dulzura. Con cuidado.

«No va a ser tan dulce conmigo», pensó Ellen.

Quería salir corriendo. No podía.

—Tú mataste a Victor —gruñó Conrad con la voz espesa, confusa.

Le había dado un nombre al chico —Victor Martin Straker—, cosa que a Ellen le parecía absurda. Más que absurda. Peligrosa. Si uno empezaba a llamarlo con un nombre, terminaría por creer que verdaderamente era un bebé humano. Y no era humano. *No* lo era, mierda. Era el mal. No se podía bajar la guardia ni un instante cuando se estaba cerca de él; el sentimiento, el darle nombre, era ponerse a tiro, hacerse vulnerable. Ella se negaba a llamarlo Victor. Y se negaba a admitir que tuviera una identidad sexual. No era un nenito. Era una bestia, una bestia bebé.

—¿Por qué? ¿Por qué mataste a mi Victor?

—Me atacó —dijo ella de nuevo.

—Mentirosa.

—¡Me atacó!

—Eres una puta mentirosa.

—Mírame. —Ella levantó las manos llenas de sangre y le mostró los brazos, los dedos—. ¡Mira lo que me hizo!

El dolor que había llenado la cara de Conrad se convertía lentamente en una expresión de odio negro, duro, completo.

—Trataste de matarlo y él se defendió.

—No. Fue horrible. Me lastimó, me clavó las garras. Trató de desgarrarme el cuello. Trató de…

—Cállate —mascculló él entre los dientes apretados.

—Conrad, tú sabes que esa cosa era violenta. Te atacó alguna

vez. Si quisieras enfrentarte a la verdad, si quisieras ver en tu propio corazón, verías que tengo razón. No creamos un chico. Creamos una cosa. Y era mala. Era el mal, Conrad, era…

—Te dije que cerraras esa boca sucia, perra asquerosa…

Él temblaba de rabia. Flecos de saliva espumosa le manchaban los labios.

Ellen se encogió.

—¿Vas a llamar a la policía?

—Ya sabes que los de la feria nunca corremos a buscar a los polis. Los de la feria arreglamos nuestros propios asuntos. Yo sé exactamente lo que tengo que hacer con una basura asquerosa como tú.

Iba a matarla. Ella lo sabía.

—Espera, escúchame, déjame explicarte. ¿Qué tipo de vida podría tener de todos modos? —dijo con desesperación.

Conrad la miró, casi ciego de rabia. Tenía los ojos llenos de furia fría y de locura. Su mirada tormentosa y helada la desgarró y ella sintió una explosión lenta, silenciosa, casi imperceptible pero de todos modos devastadora que le clavaba lentamente estacas de hielo en el cuerpo. Esos no eran los ojos de un hombre cuerdo.

Ellen tembló de arriba abajo.

—Habría sido un desgraciado toda su vida. Habría sido un monstruo, lo habrían rechazado, ridiculizado, despreciado. No habría podido disfrutar de las cosas más simples. No hice nada malo. Sólo terminé con la angustia y la mala vida de esa criatura. Eso es lo único que hice. Lo salvé de años y años de soledad, de…

Conrad le dio un bofetón. Muy fuerte.

Ella miró a derecha y a izquierda, frenética, sin ver la forma de escapar, sin encontrar el más mínimo resquicio para la huida.

Los rasgos limpios, agudos, de Conrad ya no le parecían aristocráticos; tenía una cara terrible, árida, transformada por las sombras en un rostro feroz, el rostro de un lobo.

Se le acercó de nuevo y volvió a golpearla. Luego usó los puños, una vez, dos veces, tres, golpeándola en el estómago y las costillas. [1]

Ella estaba demasiado débil, demasiado exhausta para resistirse. Se deslizó hacia el suelo y, según creyó hacia la muerte.

«*¡María, Madre de Dios!*».

Conrad la tomó del brazo, la sostuvo con una mano y siguió

golpeándola en la cara, maldiciéndola con cada golpe. Ellen perdió la cuenta del número de golpes y la habilidad para distinguir cada dolor nuevo de la miríada de viejos. Lo último que perdió fue la conciencia.

Después de un período indeterminado, volvió lentamente desde un lugar oscuro donde unas voces guturales la amenazaban en lenguajes extraños. Abrió los ojos y, durante un momento, no supo dónde estaba.

Luego vio el cuerpecito pequeño, fantasmal, allá en el suelo, a sólo unos metros. La cara contorsionada, congelada para siempre en un gruñido espantoso, estaba vuelta hacia ella.

La lluvia golpeaba contra el vacío redondo del techo del tráiler.

Ellen estaba tendida en el suelo. Se sentó. Se sentía muy mal, como si hubiera estallado por dentro.

Conrad estaba de pie junto a la cama. Había abierto las dos valijas de ella y ponía las cosas adentro sin detenerse.

No la había matado. ¿Por qué no? Había pensado golpearla hasta la muerte, ella estaba segura de eso. ¿Por qué había cambiado de idea?

Ellen se puso de pie, quejándose. Sintió en la boca el gusto de la sangre; tenía un par de dientes sueltos. Con un esfuerzo tremendo, dio un paso al frente.

Conrad cerró las valijas, las llevó hacia la puerta del tráiler. Pasó a su lado sin mirarla, abrió la puerta y las arrojó afuera. Vio la cartera sobre la mesada de la cocina y la arrojó detrás. Luego se volvió contra ella:

—Ahora tú. Sal de aquí, mierda asquerosa, y no vuelvas nunca.

Ella no podía creerlo. Iba a dejarla ir. Tenía que ser una trampa.

Él levantó la voz.

—¡Fuera, puta! Muévete. ¡Ahora mismo!

Débil y temblorosa como un potrillo cuando se levanta por primera vez, Ellen caminó junto a él. Estaba tensa, como esperando otro ataque, pero él no levantó las manos en su contra.

Cuando ella llegó a la puerta, donde la lluvia atravesaba el umbral, Conrad dijo:

—Una cosa más.

Ella se volvió hacia él, levantando una mano para protegerse contra el golpe que él iba a propinarle tarde o temprano.

Pero él no pensaba pegarle. Estaba furioso todavía, pero ahora tenía control.

—Algún día vas a casarte con alguien en el mundo derecho. Vas a tener otro hijo. Tal vez dos, tres.

La voz amenazadora contenía una promesa de odio, pero ella estaba demasiado confusa y débil para percibirla. Esperó que él dijera más.

Los labios finos, sin sangre, de Conrad se retrajeron despacio en una sonrisa ártica.

—Cuando vuelvas a tener hijos, cuando tengas hijos que ames y que desees, entonces voy a buscarte y voy a arrancarlos de tu lado. No importa adonde vayas, no importa lo lejos que vayas, sea cual fuere tu nuevo nombre, yo voy a encontrarte. Lo juro. Te voy a encontrar y me llevaré a tus hijos como tú te llevaste a mi bebé. Voy a matarlos.

—Estás loco —dijo ella.

La sonrisa de él se transformó en una mueca amplia de muerte, una mueca sin humor.

—No vas a encontrar lugar para esconderte. Para ti no hay un rincón seguro en ningún lugar del mundo. Ni uno. Vas a tener que mirar por encima de tu hombro de aquí hasta el fin de tus días. Ahora fuera, perra. Sal antes de que te dé una patada en la cabeza.

Se movió hacia ella.

Ellen abandonó el tráiler con rapidez y bajó los dos escalones hacia la oscuridad. El tráiler estaba en un pequeño claro, con árboles alrededor pero no había nada encima que la protegiera de la lluvia. En segundos, estaba calada hasta los huesos.

Conrad apareció en la luz ámbar que llenaba la puerta abierta durante un momento. La miró con un brillo extraño en los ojos. Luego, cerró la puerta de un golpe.

A los dos lados de la puerta, los árboles se sacudían en el viento. Las hojas hacían el sonido de una esperanza aplastada y descartada.

Por fin, Ellen levantó la cartera y las valijas llenas de barro. Caminó a través de la ciudad de autos de la feria, junto a otros tráilers, camiones y motos. Bajo los dedos insistentes de la lluvia, cada vehículo contribuía con sus propias notas a la música de la tormenta.

Ellen tenía amigos en algunos de esos tráilers. Muchas de las

personas que había conocido en la feria le gustaban y sabía que muchos la apreciaban. Mientras caminaba por el barro, miró con ansias algunas de las ventanas iluminadas, pero no se detuvo. No estaba segura de cómo reaccionarían sus amigos de la feria cuando les dijera que había matado a Victor Martin Straker. Los que vivían en la feria eran descastados, gente que no encajaba en ninguna parte; protegían con furia a los suyos y consideraban a todos los demás como distintos. Su sentido de comunidad era enorme y tal vez se extendería hasta esa cosa-bebé horripilante. Además, era más probable que apoyaran a Conrad y no a ella porque Conrad había nacido de padres de la feria y había estado en ella desde entonces, mientras que ella se había convertido a la vida de los espectáculos ambulantes hacía apenas catorce meses.

Siguió andando.

Dejó el bosquecillo y entró en la feria. La tormenta, sin obstáculos en ese sitio, la empujaba con más fuerza que antes; sacudía la tierra, los senderos de grava y los espacios de aserrín que rodeaban algunos de los espectáculos.

El lugar estaba cerrado. Sólo algunas de las luces ardían todavía; colgando de la rueda de la fortuna, creando sombras amorfas, como en un baile. Los clientes se habían ido a sus casas, asustados por el clima. Todo era un desierto. Ellen no vio más que a dos enanos en impermeables amarillos: se escurrieron entre la calesita silenciosa y los juegos para tumbar muñecos con pelotas y más allá del espectáculo picante con su cartel de dibujos obscenos, mirándola, los ojos curiosos y brillantes como la luna en la oscuridad de las capuchas.

Ella se alejó hacia la puerta principal. Volvió la vista varias veces, por si Conrad hubiera cambiado de idea y la siguiera.

Las paredes de las carpas chorreaban, golpeaban y se agitaban en el viento, tirando de las estacas que las sujetaban.

En la sábana de lluvia, recorrida por dedos de niebla blanca, se alzaba la gran Vuelta al Mundo, oscura, como un esqueleto prehistórico, extraña, misteriosa, las líneas familiares negras y distorsionadas, fantásticas en la noche y la niebla.

Pasó junto a la casa del terror. Ésa era la concesión de Conrad. Era suya y ahí trabajaba día tras día. La cara burlona, gigantesca, de un payaso la miró desde la parte superior; para hacer una broma, el

artista la había modelado sobre los rasgos de Conrad. Ellen veía el parecido a pesar de la penumbra. Tuvo la extraña sensación de que los ojos enormes, pintados, del payaso la estaban mirando. Desvió la vista y se apresuró.

Cuando llegó a la puerta principal de la feria, se detuvo, consciente de pronto de que no tenía un destino en mente. No había un solo lugar en el mundo al que pudiera ir. No tenía a nadie en quién apoyarse.

El viento aulló como si se burlara de ella.

Esa noche, más tarde aún, cuando pasó el frente de tormenta, cuando sólo caía una leve llovizna gris, Conrad subió a la calesita oscura en el centro de la feria. Se sentó sobre uno de los bancos pintados, muy adornados, no en un caballo.

Cory Baker,[2] el hombre que manejaba la calesita, estaba de pie en los controles, detrás de la boletería. Encendió las luces del aparato. Hizo arrancar el motor, empujó una palanca y la plataforma empezó a moverse hacia atrás. Una música de organillo sonó con fuerza pero no pudo disipar la atmósfera de espanto que rodeaba la ceremonia.

Las poleas de bronce subían y bajaban, brillantes.

Los caballos y yeguas de madera galoparon hacia atrás, la cola primero, una y otra vez, en círculos.

Conrad, único pasajero, miraba directo hacia adelante, los labios apretados, la boca dura.

Esa vuelta en calesita era la forma tradicional en que la feria disolvía un matrimonio. El novio y la novia subían a la calesita y daban una vuelta en la dirección correcta, hacia adelante, cuando querían casarse; cualquiera de los dos podía obtener un divorcio dando una vuelta hacia atrás, solo. Esas ceremonias tal vez fueran absurdas para los de afuera, pero para la gente de la feria sus tradiciones eran menos ridículas que los rituales legales y religiosos del mundo derecho.

Cuatro testigos observaban la calesita. Cory Baker y su esposa, Zena Penetsky, una de las chicas del espectáculo picante. Dos de los «monstruos»: la mujer gorda, que también era la mujer con barba; y el hombre cocodrilo, que tenía una piel escamosa y seca. Se

colocaron allí de pie, juntos, en la lluvia, mirando en silencio mientras Conrad daba vueltas en el aire fresco, a través de la música vacía y la niebla.

Cuando la calesita dio más o menos seis vueltas completas a velocidad normal, Cory apagó el motor. La plataforma disminuyó su velocidad poco a poco.

Mientras esperaba que se detuviera del todo, Conrad pensó en los hijos que tendría Ellen algún día. Levantó las manos y los miró, tratando de ver sus propios dedos llenos de la sangre de los descendientes de Ellen. En un par de años, se casaría de nuevo: era demasiado bonita para quedarse sin pareja durante mucho tiempo. En diez años tendría por lo menos un chico. En diez años, Conrad Straker empezaría a buscarla. Pagaría detectives privados, no repararía en gastos. Sabía que esa misma mañana Ellen pensaría que la amenaza no era seria, pero en verdad sí lo era. Para él era seria. Y cuando la encontrara, cuando ella se sintiera segura y a salvo, él le robaría lo más preciado.

Esa noche, más que cualquier otra en su vida desdichada, Conrad Straker tenía una razón para seguir viviendo. La venganza.

Ellen pasó la noche en un motel cerca de la feria.

No durmió bien. Aunque se había vendado las heridas, todavía le ardían y no encontraba una posición cómoda. Pero había algo peor: cada vez que dormitaba unos minutos, la perseguían pesadillas llenas de sangre.

Despierta, mirando al techo, se preocupó por el futuro. ¿Adonde iría? ¿Qué haría? No tenía mucho dinero.

Una vez, en el peor momento de la depresión, pensó en el suicidio. Pero lo descartó con rapidez. Tal vez no estuviera condenada al Infierno por matar a la cosa-bebé, pero sin duda alguna se condenaría por tomar su propia vida entre sus manos. Para un católico, el suicidio es pecado mortal.

Ella había rechazado a la Iglesia como reacción contra el apoyo incondicional que le daba su madre, había vivido sin fe durante unos años, pero ahora descubrió que realmente creía. Era católica otra vez, y deseaba limpiarse con la confesión, deseaba elevar su espíritu en la misa. El nacimiento de ese niño grotesco y

malevolente y, especialmente, la lucha que había tenido con él, la habían convencido de que había cosas tales como el bien y el mal, en abstracto, fuerzas de Dios y fuerzas de Satán que trabajaban en el mundo.

Esa noche, en la cama del motel, con las mantas hasta el mentón, rezó muchas veces.

Hacia el amanecer logró dormir un par horas sin interrupciones ni sueños y cuando se despertó, ya no estaba deprimida. Un rayo dorado de sol atravesaba la alta ventana y venía a descansar en ella y, mientras disfrutaba de la tibieza y el brillo, empezó a sentir que había esperanzas en el futuro. Conrad había quedado atrás. Para siempre. El bebé monstruoso estaba muerto. Para siempre. El mundo estaba lleno de posibilidades interesantes. Después de la tristeza, el dolor y el miedo que había sufrido, sentía que le debían hacía ya mucho su cuota de felicidad.

Ya se había olvidado de la amenaza de Conrad.

Era el día martes 16 de agosto de 1955.

PRIMERA PARTE

AMY HARPER

1

En la noche de su baile de promoción, Jerry Galloway quería hacerle el amor a Amy Harper. Su deseo no sorprendió a la muchacha. Él siempre quería hacerle el amor. Siempre la estaba persiguiendo y toqueteando. Siempre la buscaba.

Pero Amy estaba empezando a pensar que ya había tenido bastante de jerry. Demasiado, en realidad. Estaba embarazada.

Cada vez que pensaba en que estaba embarazada, sentía algo frío, hueco en el pecho. Aterrorizada por lo que tendría que enfrentar —la humillación, la desilusión de su padre, la furia de su madre— temblaba de arriba abajo.

Esa noche Jerry la vio temblar varias veces pero pensó que le molestaba la corriente del aire acondicionado del gimnasio. Ella se había puesto un vestido verde de encaje, sin hombros, y él le decía una y otra vez que se pusiera un chal sobre la espalda.

Bailaron solamente algunas de las piezas rápidas, pero en cambio, no se perdieron ni una de los lentos. A Jerry le gustaba bailar los lentos. Le gustaba apretar a Amy contra su cuerpo, con fuerza, mientras se deslizaban con algo de torpeza por la pista. Le susurraba en el oído mientras bailaban; le decía lo linda que estaba, le decía que era la mujer más *sexy* que jamás hubiera visto, que todos los tipos le miraban las piernas, que estaba caliente, de veras caliente por ella. La apretaba tanto que ella sentía la erección. Él quería que ella la sintiera porque quería que supiera que se encendía todo cuando bailaba con ella. Desde el punto de vista de Jerry, esa erección era el mayor cumplido que pudiera hacerle a una chica.

Jerry era un estúpido.

Mientras Amy permitía que la llevara por la habitación llena de gente, y que se frotara contra ella con la excusa de bailar, se preguntaba por qué habría dejado que la tocara en el principio de la

relación. Ahora le parecía tan tonto que le ponía la piel de gallina.

Era buen mozo, eso sí, claro. Era uno de los chicos más codiciados de la promoción de ese año. Muchas chicas pensaban que Amy había conseguido un buen partido cuando enganchó a Jerry Galloway.

«Pero una no le da su cuerpo a un tipo sólo porque es buen mozo», se dijo, Jerry no era inteligente, ni amable, ni siquiera tenía chispa y apenas si era algo considerado. Él creía que era un genio, claro, y era bueno en el rol de Yo Ya Soy Universitario pero no tenía sustancia.

Amy miró a las otras chicas, vio sedas y satenes, encajes y jerseys, grandes escotes y cinturas estrechas y vestidos de corte princesa, sin espalda, o faldas largas y tops, peinados elaborados, maquillaje muy bien hecho y joyas prestadas. Todas esas chicas se reían y fingían ser más que sofisticadas, glamorosas, hasta mundanas. Amy las envidiaba. Se estaban divirtiendo tanto…

Ella, en cambio, estaba embarazada.

Tenía miedo de ponerse a llorar. Se mordió la lengua y retuvo las lágrimas.

El baile estaba programado por lo menos hasta la una de la mañana. Después, de una y media a tres, habría un bufé extravagante para desayunar en uno de los restoranes más lindos de la ciudad.

Amy tenía permiso para ir al baile, pero no para seguir con el desayuno. A su padre no le hubiera importado, como siempre, pero, como siempre, su madre se había negado. Su padre le dijo que podía quedarse hasta las tres porque era una noche especial, pero su madre la quería en casa a las diez, tres horas antes de que terminara el baile. Amy siempre tenía que estar en casa a las diez los fines de semana, a las nueve cuando el día siguiente era de escuela. Esa noche, sin embargo, su padre había intercedido y su madre había negociado, aunque sin ganas. Amy no tendría que estar en casa hasta la una. A su madre no le gustó la concesión y más tarde le haría pagar por ella, de mil maneras.

«Si mamá se saliera siempre con la suya», pensó Amy, «si papá no intercediera por mí de vez en cuando, ni siquiera podría salir con un chico. Lo único que me dejarían hacer sería ir a la iglesia».

—Eres dinamita pura —le susurró Jerry Galloway al oído

mientras la tomaba entre sus brazos—. Me pones tan caliente, bebé.

«Ah, mamá, mamá querida», pensó Amy con amargura, «mira lo bien que funcionan tus reglas y tus normas. Todas tus plegarias, todos esos años en que me arrastraste a misa tres o cuatro veces por semana, todos esos recitados nocturnos del rosario que tuve que hacer antes de irme a la cama. ¿Te das cuenta, madre? ¿Ves lo bien que me hicieron? Estoy embarazada. Terminada. ¿Qué pensaría Jesús de eso, eh? ¿Y que vas a pensar tú cuando lo sepas? ¿Qué te va a parecer un nieto bastardo, mamá?».

—Estás temblando otra vez —dijo Jerry.

—No, no es nada, un poco de frío.

Unos minutos antes de las diez, mientras la orquesta tocaba *La feria de Scarborough* y él la empujaba por toda la pista, Jerry le sugirió que pasaran el resto de la noche juntos a su manera, los dos solos, probándose el amor que se tenían (como decía siempre con un lenguaje transparente). Se suponía que ésa era una noche especial para ella, un momento que guardaría para siempre en su memoria, no otra oportunidad barata para toquetearse y algo más en el asiento trasero del auto del novio. Además, habían llegado hacía apenas dos horas y media. El pedido de Jerry estaba fuera de lugar y era más que egoísta. Pero después de todo, se recordó, él era un adolescente en celo, no un hombre, y ciertamente no un hombre romántico. Además, de todos modos, no podía pasarlo bien, no con todo lo que tenía en la cabeza. Aceptó irse con él aunque lo que tenía en mente para el resto de la noche era muy diferente de la sesión ardiente con la que se ilusionaba Jerry.

Cuando se fueron del gimnasio, que el comité de decoración había tratado infructuosamente de transformar en un salón de baile, Amy se volvió para dirigir una última mirada nostálgica, al papel *crêpe* y los claveles y las guirnaldas de pañuelos descartables. Las luces estaban bajas. Un globo plateado giraba sobre la pista, lentamente, arrojando astillas de colores desde sus miles de facetas. La habitación debería haberle parecido exótica, mágica. Pero sólo la ponía triste.

Jerry tenía un Chevrolet de veinte años, cuidadosamente restaurado y mantenido con constancia y obsesión. La sacó de la ciudad por el Camino Negro, una ruta estrecha y zigzagueante. Finalmente, se detuvieron sobre un camino de tierra de una sola

mano, cerca del río y pusieron el auto entre los arbustos y los árboles. Él apagó las luces, luego el motor, y bajó un poco la ventana para dejar pasar una oleada de aire cálido de la noche.

Era el lugar de siempre. Allí era donde Amy se había quedado embarazada.

Jerry se deslizó para apartarse del volante. Le sonrió y los dientes parecían fosforescentes en la luz de calcio de la Luna que bajaba entre los árboles y entraba como un arroyo por el parabrisas. Le tomó el brazo y lo colocó con firmeza en su entrepierna.

—¿Lo sientes, bebé? ¿Ves cómo me pones?

—Jerry…

—Ninguna chica me había hecho esto, bebé.

Metió una mano por el corpiño de ella, para buscarle los senos.

—Jerry, espera un minuto.

Él se inclinó hacia ella y le besó el cuello. Olía a Old Spice.

Ella sacó la mano de la entrepierna del chico y se resistió.

Él no entendía. Le sacó la mano del corpiño pero sólo para buscarle el cierre del vestido en la espalda.

—¡Basta, Jerry, mierda! —Esta vez lo empujó.

Él parpadeó, la mirada estúpida.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Estás jadeando como un perro.

—Tú eres la que me excita.

—Vamos, tú te excitarías hasta con el ojo de una cerradura…

—¿Qué quiere decir eso, eh?

—Quiero hablar —declaró ella.

—¿Hablar?

—La gente habla, ¿sabes? Habla antes de coger.

Él la miró fijo un momento, después suspiró y dijo:

—De acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

—No es que quiera —dijo ella—. *Tenemos* que hablar de esto, Jerry.

—Nada de lo que dices tiene sentido, bebé. ¿Qué es esto, una adivinanza o qué?

Ella respiró hondo y le soltó la mala noticia:

—Estoy embarazada.

Durante unos segundos, la noche se quedó tan quieta que ella oyó el suave gorgoteo del río que pasaba a unos diez metros, a

oscuras. Cantó una rana.

—¿Es una broma? —preguntó Jerry por fin.

—No.

—¿En serio estás embarazada?

—Sí.

—Carajo.

—Ah —comentó ella, sarcástica—, qué manera tan elocuente de resumir la situación.

—¿No te vino el período o qué?

—No me vino el mes pasado. Y este mes no me viene tampoco.

—¿Ya fuiste a ver a un médico?

—No.

—Tal vez no estás.

—Estoy.

—No tienes panza.

—Es demasiado pronto. No se nota.

Él se quedó callado un rato, mirando los árboles y el río negro, brillante, más allá.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —dijo.

La pregunta dejó a Amy de una pieza. Lo miró con la boca abierta y cuando vio que lo decía en serio, rió con amargura.

—Tal vez no presté mucha atención a las clases de biología, nene, pero a mí me parece que *tú* me lo hiciste a mí y no al revés. Y no trates de culpar a la partenogénesis…

—¿Parto qué?

—Partenogénesis. Es cuando una hembra se queda embarazada sin necesidad de que la fertilice un macho.

Con una nota de esperanza en la voz, Jerry preguntó:

—Eh, ¿es posible?

Dios, qué bobo era. ¿Por qué se había entregado a ese tonto? No tenían nada en común. Ella tenía inclinaciones artísticas, tocaba la flauta y le gustaba dibujar. Jerry se aburría con el arte. Le gustaban los autos y los deportes y Amy no tenía demasiada tolerancia para la conversación sobre cualquiera de esos dos temas. Le gustaba leer; él pensaba que los libros eran para las nenas y los debiluchos. Excepto el sexo, los autos y el fútbol, no sabía hablar de nada durante más de diez minutos seguidos, tenía el nivel de atención de un chico de pocos años. Pero entonces, ¿por qué se había entregado

a él? *¿Por qué?*

—Sí, claro —dijo contestando la pregunta—. Claro, es posible… o lo sería, si yo fuera un insecto. O cierto tipo de planta.

—¿Estás segura de que no le puede pasar a la gente? —preguntó él.

—Dios, Jerry, no creo que seas *tan* estúpido. Te estás burlando, ¿verdad?

—Mierda, ni siquiera escuché a Cara de Ameba Peterson en biología —explicó Jerry, a la defensiva—. Esas cosas me aburren a morir, carajo. —Se quedó callado un minuto yella esperó. Finalmente preguntó—: ¿Y qué vas a hacer?

—Voy a abortar —dijo ella.

A él se le iluminó la cara enseguida.

—Sí, sí, es lo mejor. En serio. Eso sí que es inteligente. Es lo mejor para los dos. Quiero decir, ya me entiendes… eres demasiado joven para cuidar chicos, atarte…

—Nos escapamos de la escuela el lunes —indicó ella—. Buscamos un médico y fijamos la fecha.

—¿Qué? ¿Quieres que vaya contigo?

—Claro.

—Pero ¿por qué?

—Ah, por Dios, Jerry, no quiero ir sola. No quiero enfrentarme a eso sola.

—No tienes de qué tener miedo —aseguró él—. Tú puedes. Estoy seguro de que puedes.

Ella lo miró, furiosa.

—Tú vienes conmigo. Tienes que venir. En primer lugar, vas a tener que aprobar el precio. Tal vez tengamos que buscar precio, recorrer un poco. —Tembló de arriba abajo—. Eso queda en tus manos.

—Quieres decir… ¿Qué?, ¿quieres que yo pague el aborto?

—Creo que es justo.

—¿Cuánto?

—No sé. Seguramente unos cuantos cientos.

—No puedo.

—¿Qué?

—No puedo pagarlo, Amy.

—Hace dos veranos que tienes un buen trabajo, Jerry. Y trabajas

los fines de semana durante el año.

—Levantar mercadería en un almacén no te da mucho dinero, ¿sabías?

—Lo mismo que un obrero, creo yo.

—Sí, pero…

—Te compraste este auto y lo arreglaste. Tienes una buena cuenta en el Banco, una caja de ahorros. Estuviste fanfarroneando con eso todo el año.

Él se encogió como si le hubieran pegado.

—No puedo tocar mis ahorros.

—¿Por qué no?

—Necesito todo lo que tengo para California.

—No entiendo.

—Dentro de dos semanas me voy de este estúpido pueblo. Apenas me gradúe. Aquí no hay futuro para mí. Ciudad Real. Qué risa. No hay nada real en este lugar. Y no es una ciudad, eso te lo aseguro. Son sólo quince mil personas que viven en un basurero en el medio de Ohio, que es otro basurero más grande.

—A mí me gusta.

—A mí, no.

—¿Y qué vas a buscar a California?

—¿Estás bromeando? Hay millones de oportunidades allí para un tipo con mucho en el coco.

—¿Y para uno como tú, qué? —le preguntó ella.

Él no entendió. No sintió la aguja que ella le clavaba.

—Ya te lo dije, bebé. California es el lugar más hermoso del mundo, el que más oportunidades tiene. Los Ángeles. Ése es el lugar para mí. Mierda, sí, un tipo como yo puede llegar muy lejos en una ciudad como L. A.

—¿Haciendo qué?

—Cualquier cosa.

—¿Por ejemplo?

—Cualquier cosa, ya te dije.

—¿Hace cuánto que tienes pensado irte a Los Ángeles?

Sin darse cuenta, él le dijo:

—Y… un año más o menos.

—Nunca me lo dijiste.

—No quería que te preocuparas.

—Ibas a desaparecer así como así…

—Eh, no, no. Claro que no. Iba a escribirte, nena. Hasta pensé que quizá querrías venirte conmigo…

—A la mierda con eso, Jerry, es una mentira. Tienes que pagarme el aborto.

—¿Y por qué no tú? —gimió—. Tú también tuviste un empleo el verano pasado. Y trabajas los fines de semana.

—Mi madre controla mi caja de ahorros. No puedo sacar tanto sin decirle para qué es. No hay forma.

—Dile.

—Dios, eso sí que no. Me mataría.

—Ah, gritaría un poco y seguramente te castigaría, no te dejaría salir y eso, pero luego se le pasaría, eso te lo aseguro.

—No. Si se lo digo, me mata.

—No seas tonta, claro que no va a matarte.

—No conoces a mi madre. Es muy estricta. Y es… es mala en serio a veces. Además, somos una familia católica. Mi madre es muy devota. Muy pero muy devota. Y para una católica devota, el aborto es un pecado terrible. Es como el asesinato. Mi padre trabaja legalmente para la Liga Pro Derecho a la Vida. No es tan fanático en lo de la religión como mamá. Es un tipo bastante bueno, pero no creo que aprobara un aborto. Y sé que mi madre no lo aprobaría. Ni en un millón de años. Me haría tener el bebé. Sé que es así. Y no puedo tener un bebé. Ahora no. No puedo. Dios, no.

Empezó a llorar.

—Eh, bebé, no es el fin del mundo. —Él la rodeó con un brazo —. Ya vas a salir de ésta. No es tan malo como crees. La vida sigue, ¿sí?

Ella no quería apoyarse en él ni emocional ni físicamente. No en él, por cierto. Pero no podía evitarlo. Puso la cabeza en su hombro, y se despreció profundamente por esa debilidad.

—Tranquila —aconsejó él—. Tómatelo con calma. Todo va a salir bien.

Cuando las lágrimas dejaron de salir, Amy le dijo:

—Tienes que ayudarme, Jerry. Tienes que hacerlo. No hay otra salida.

—Bueno…

—Por favor, Jerry.

—Lo haría si pudiera.

Ella se sentó derecha, secándose los ojos con el pañuelo.

—Jerry, parte de la responsabilidad es tuya. Parte de…

—No puedo —manifestó él con firmeza, sacándole el brazo del hombro.

—Préstame el dinero. Te lo voy a devolver. Me conoces.

—No puedes pagarme en dos semanas. Y necesito todo en dos semanas, cuando me vaya a California. El primero de junio.

—Un préstamo —dijo ella, que no quería mendigar pero sabía que no tenía más remedio.

—No puedo, ¡no puedo!, ¡no puedo! —Gritaba como un chico en un juego. Tenía la voz aguda, chillona—. ¡Olvídate de mi dinero! ¡Olvídalo!, ¿entiendes, Amy? Necesito cada centavo para salir de este pueblo maloliente…

«*¡Dios, cómo lo odio!*».

Y se odiaba a sí misma también porque había dejado que ese tonto le hiciera lo que le había hecho.

—Si no me prestas el dinero, voy a llamar a tus padres, Jerry. Y les voy a decir que llevo a tu hijo en el vientre. Voy a hacerte daño, Jerry. —Ella no creía tener el valor para hacer algo así, pero esperaba que la amenaza fuera suficiente—. Que Dios me ayude, tal vez hasta haga que te cases conmigo si ése es el último recurso, pero no pienso estar sola en esto.

—¿Qué quieres de mí, por Dios?

—Un poco de ayuda, nada más. Decencia.

—No puedes obligarme a casarme.

—Tal vez no —admitió ella—. Pero puedo darte muchos problemas y tal vez pueda obligarte a contribuir a mantener al bebé.

—No puedes hacer nada de eso si estoy en otro estado. No vas a hacerme pagar si estoy en California.

—Ya veremos —dijo ella aunque suponía que tal vez él tuviera razón.

—Y además, no puedes probar que yo soy el padre.

—¿Qué otro?

—¿Y cómo voy a saberlo yo?

—Tú eres el único con el que lo hice.

—Te aseguro que no fui el primero —dijo él.

—Eres un hijo de puta.

—Eddie Talbot fue el primero.

—Pero no lo hice con nadie desde que salgo contigo y de eso hace seis meses.

—¿Y cómo sé que es verdad?

—Claro que lo sabes —dijo Amy, odiándolo con toda su alma. Tenía ganas de patearlo, de golpearlo, de rasguñarle la cara hasta que quedara convertida en una masa sangrienta pero se dominó. Tal vez todavía podría sacarle algo—. El bebé es *tuyo*, Jerry, de eso no hay ninguna duda.

—Si nunca terminé adentro —argumentó él.

—Un par de veces sí. Solamente hace falta una.

—Si tratas de llevarme a juicio o algo así, voy a conseguir a cinco o seis amigos que juren que se te metieron bien adentro en estos últimos dos meses.

—En toda mi vida, no tuve a nadie excepto a Eddie y a ti…

—En la corte, es tu palabra contra la de ellos.

—Pero eso es perjurio.

—Tengo buenos amigos. Harían cualquier cosa para protegerme.

—¿Incluso acabar con mi reputación?

—¿Qué reputación? —preguntó él, burlándose.

Amy sintió asco.

No tenía sentido seguir con eso. No había forma de obligarlo a hacer lo que era lógico que hiciera. Estaba sola.

—Llévame a casa —dijo.

—Con todo gusto —accedió él.

El camino a la casa de Amy les llevó media hora. Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra.

La casa de los Harper estaba en la calle Maple, un barrio sólido de clase media, parques bien cuidados y cercos prolijos, pintura fresca y garajes para dos autos. Ellos vivían en una casa neocolonial de dos plantas, una casa blanca con persianas verdes en cada ventana. Las luces estaban encendidas abajo, en el living.

Cuando Jerry acercó el auto a la vereda y se detuvo frente a la casa, Amy dijo:

—Seguramente nos vamos a ver en los pasillos en la semana de exámenes. Y en la graduación dentro de dos semanas. Pero supongo que es la última vez que hablamos.

—Puedes apostar —aseguró él con frialdad.

—Así que no quiero perder la oportunidad de decirte lo hijo de puta que eres —dijo ella con la voz más firme que pudo.

Él la miró con los ojos atentos pero no dijo nada.

—Eres un chiquillo, un inmaduro, Jerry. No eres un hombre y creo que no vas a serlo. Ni hoy ni nunca.

Él no le contestó. Estaban detenidos junto a un farol, y ella le veía la cara con claridad: estaba impasible.

Amy estaba furiosa por esa falta de reacción. Quería dejarlo con la idea de que lo había lastimado tanto como él a ella con su comentario sobre la reputación. Pero no era muy buena para los insultos. No tenía talento para la discusión violenta. En general, prefería vivir y dejar vivir, pero en ese caso la injusticia que había sufrido a manos de Jerry era tan grande que sentía un deseo nada común de hacerle algo a su vez. Se endureció para hacer el último intento.

—Y hay otra cosa que quiero decirte. Para hacerle un favor a tu próxima novia —añadió—. Eres un nene en muchos sentidos, Jerry. Haces el amor como un nenito. También en eso eres inmaduro, sí. La verdad es que siempre esperé que mejoraras, pero no. ¿Sabes cuántas veces conseguiste que yo llegara? Tres. En todas esas noches que hicimos el amor, llegué solamente tres veces. Eres torpe, rudo y disparas demasiado rápido. Un hombre de un minuto, sí, señor. Hazle un favor a tu próxima novia y lee un par de libros sobre sexo. Eddie Talbot no era gran cosa tampoco, pero comparado con él tú eres muy pero muy malo cogiendo.

Vio que la cara de Jerry se oscurecía y se ponía tensa al oírla y supo que finalmente lo había tocado. Sintió una especie de satisfacción enfermiza por ese triunfo, abrió la puerta y empezó a bajar.

Él la tomó de la muñeca y la retuvo en el auto.

—¿Sabes lo que eres? Una porquería, eso eres.

—Suéltame —exigió con voz firme, tratando de liberar su mano —. Si no me sueltas, tal vez te hable un rato de esa cosita patética que tienes entre las piernas, tal vez le diga cómo se compara con la de Eddie Talbot. Estoy segura de que no quieres oírlo.

Se oyó a sí misma y no le gustó lo dura, lo baja que había sido al hablar pero al mismo tiempo, sintió un placer primitivo, feroz por el

espanto que vio en la cara de él.

Varias veces en los últimos seis meses, había sentido en parte la inseguridad sexual de él. Ahora era absolutamente obvia. Él estaba fuera de sí. Ni siquiera le soltó la muñeca, la arrojó lejos de sí como si de pronto se hubiera dado cuenta que estaba aferrando una víbora.

Ella salió del auto pero oyó las últimas palabras de él:

—¡Perra de mierda! ¿Sabes? Espero que tu vieja te haga quedarte con el bebé. ¿Y a que no sabes qué? Espero que esa cosa no esté bien, sí, espero que no esté bien. Espero que no sea normal. Eres una puta de boca suelta y espero que tengas lo que te mereces, un estúpido baboso que no sea normal. De ésa sí que no vas a salir tan fácil con esa boca tuya.

Ella lo miró a los ojos y dijo:

—Me das asco.

Antes de que él pudiera contestar, cerró la puerta de un golpe.

Él puso el Chevy en primera, pisó el acelerador y salió corriendo a toda velocidad con un gemido de cubiertas.

En el silencio que siguió, se oyó el grito de un pájaro nocturno.

Amy se movió a través de una nube de humo azul y ácido que olía a goma quemada y caminó hacia la casa. Después de dos o tres pasos, empezó a temblar violentamente.

Su padre había decidido que podía quedarse hasta las once y le había dicho: «El baile de graduación es una noche especial en la vida de una mujer. Es todo un acontecimiento. Como los dieciocho o los veintiuno. No hay una noche igual a ésa para una chica».

Ahora le parecía ver un tipo de verdad perversa en lo que él había dicho. Amy nunca había vivido una noche como ésa. Y esperaba no volver a vivirla.

La noche de graduación. Sábado 17 de marzo, 1980.

Esa fecha le quedaría para siempre en la memoria.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo, la mano sobre la manija. Tenía miedo de entrar en la casa. No quería enfrentarse a su madre.

Ni siquiera pensaba decir que estaba embarazada. Todavía no. En unos días, tal vez. En una semana o dos. Y sólo si no le quedaba otra posibilidad. Mientras tanto, buscaría otras salidas, aunque no tenía muchas esperanzas.

No quería hablar con sus padres ahora porque estaba tan

nerviosa, tan disgustada por la forma en que Jerry la había tratado que no confiaba en su decisión de mantener el secreto. Si veía a alguien, tal vez dejaría escapar algo por accidente o por una necesidad inconsciente de castigarse a sí misma o de hacer que le tuvieran lástima.

La mano, cubierta de sudor, seguía en la manija de la puerta.

Pensó en irse, en dejar el pueblo, en empezar de nuevo. Pero no tenía adonde ir. No tenía dinero.

El peso de la responsabilidad que le había caído sobre los hombros era demasiado para ella. Y Jerry, que se había defendido como un chico que devuelve el golpe tratando de lastimarla y le había deseado un bebé deforme, había agregado otro peso a su problema. No creía que la maldición de Jerry tuviera poder, por supuesto. Pero sí era posible que su madre la forzara a tener el bebé y sí era posible que el bebé fuera deforme y dependiera de ella para siempre. La posibilidad de que pasara eso era pequeña pero no tanto como para que pudiera sacársela de la mente. Desgracias de ese tipo suceden todo el tiempo. Todos los días hay bebés que nacen inválidos. Bebés sin piernas o sin brazos. Bebés con la forma equivocada. Bebés que han sufrido daño cerebral. La lista de defectos de nacimiento era demasiado larga y muy aterrorizante.

Otra vez gritó el pájaro nocturno. Era un sonido fúnebre, triste, que tenía mucho que ver con el humor.

Finalmente, abrió la puerta y entró en la casa.

2

Flaco, del color del talco, el cabello lacio como una telaraña, vestido de blanco, Fantasma se apresuraba por la calle principal de la feria. Se movía como una columna de humo, deslizándose sin esfuerzo a través de las grietas más estrechas de la multitud; parecía fluir con las corrientes de la brisa de la noche.

Desde la plataforma de pregonero de La Casa del Terror, un metro por encima de la calle principal, Conrad Straker miraba al albino. Straker se había detenido en la mitad de su llamada al verlo acercarse. Detrás de él sonaba, continua, la música estridente de La Casa del Terror. Cada treinta segundos, la cara gigante del payaso, mucho más grande, sofisticada y animada que la que adornaba el techo de la primera casa hacía ya veintisiete años, guiñaba un ojo a los que pasaban y soltaba una risa grabada de cuatro ladridos: «*ja, ja, ja, jaaaa*».

Mientras esperaba al albino, Straker encendió un cigarrillo. Le tembló la mano y el fósforo se le apagó.

Por fin, Fantasma llegó hasta La Casa del Terror y se acercó a la plataforma del pregonero.

—Hecho —dijo—. Le di la entrada gratis.

Tenía una voz fresca, ligera, que siempre se oía con claridad por encima del tráfago de la feria.

—¿No le pareció sospechoso?

—Claro que no. Le pareció bien que le leyeran la suerte gratis. Actuaba como si realmente creyera que Madame Zena puede ver el futuro.

—No me gustaría que pensara que la he descubierto —manifestó Straker, preocupado.

—Tranquilo —dijo Fantasma—, le vendí la historia de siempre, la trampa para tontos, y ella la compró. Dije que mi trabajo era caminar por ahí, por la calle principal y dar entradas gratis, para

que la gente se interesara. Relaciones públicas.

Straker frunció el ceño y preguntó:

—¿Seguro que se la diste a la persona correcta?

—La que tú me mostraste.

Por encima de ellos, la cara enorme del payaso dejó escapar otro agudo estallido de risas.

Chupando el cigarrillo con gestos rápidos, nerviosos, Straker dijo:

—Tenía dieciséis o diecisiete. Pelo oscuro, casi negro. Ojos oscuros. Más o menos un metro sesenta.

—Claro —dijo Fantasma—, como las otras, las de la temporada pasada.

—Ésta tenía puesto un suéter azul y gris. Estaba con un chico rubio de la misma edad.

—Exacto —asintió Fantasma, peinándose el cabello suelto con los dedos largos, delgados, blancos como la leche.

—¿Estás seguro de que usó la entrada?

—Sí, la llevé directamente a la carpa de Zena.

—Tal vez ahora…

—¿Qué hace Zena con los chicos que le llevas?

—Les saca información, todo lo que puede, sus nombres, los nombres de sus padres, cosas así…

—¿Por qué?

—Porque yo quiero saber.

—Pero ¿por qué quieres saber?

—Eso no es asunto tuyo.

Detrás de los dos, dentro de la enorme Casa del Terror, varias chicas chillaron al mismo tiempo frente a algo que salió a buscarlas desde la oscuridad. Había algo falso en sus gritos de terror: como miles de adolescentes antes que ellas, fingían estar fuera de sí del miedo. Era una buena excusa para acercarse más a los jóvenes que las acompañaban.

Ignorando los gritos que venían desde atrás, Fantasma miró a Straker fijamente. Los ojos semitransparentes, casi sin color, del albino estaban desconcertados.

—Hay algo que tengo que saber… ¿Alguna vez… alguna vez, bueno, alguna vez tocaste a alguno de esos chicos que yo le mando a Zena?

Straker lo miró, furioso.

—Si me estás preguntando si les hice algo, sexualmente hablando, ya fueran chicas o chicos, la respuesta es no. Eso sí que es ridículo.

—Porque yo no quiero tener nada que ver con algo así —dijo Fantasma.

—Tienes una mente fea y sucia —dijo Straker, disgustado—. No estoy buscando carne fresca, por Dios. Busco a alguien en particular, alguien especial.

—¿A quién?

—Eso no te importa. —Excitado, como siempre, ante la idea de terminar por fin su larga búsqueda, de triunfar en ella, Conrad agregó—: Tengo que ir a la carpa de Zena. Seguramente ya terminó con la chica. Ésta podría ser la que busco hace tanto tiempo.

En La Casa del Terror, las voces de las chicas, ahogadas por las paredes, volvieron a chillar.

Mientras Straker se volvía para bajar los escalones de la plataforma, ansioso por oír las palabras de Zena, el albino le puso una mano sobre el brazo y lo detuvo.

—El año pasado, en temporada, en casi todos los pueblos que tocamos, había un chico que te llamaba la atención. A veces dos o tres. ¿Hace cuánto que buscas?

—Quince años.

Fantasma parpadeó. Durante un momento, un par de párpados leves, transparentes, cubrieron sin ocultar del todo sus ojos extraños.

—¿Quince? No tiene sentido.

—Para mí, sí —dijo Straker con frialdad.

—Mira, el año pasado fue el primero que trabajé contigo y no quise quejarme de nada hasta entender mejor la rutina. Pero ese asunto de los chicos me preocupaba ya entonces. Hay algo feo en eso. Y ahora empieza de nuevo. No quiero formar parte de eso.

—Entonces vete —contestó Straker con rapidez—. Vete a trabajar para otro.

—Es que, si no fuera por eso, me gustaría el trabajo. Es buen trabajo y es buena paga.

—Entonces haz lo que se te ordena, toma tu cheque cuando te corresponde y cállate la boca. O fuera. Depende de ti, y sólo de ti, te

lo aseguro.

Straker trató de separarse del albino pero Fantasma no le soltaba el brazo, a pesar de que era más chico que su jefe. Su mano huesuda, húmeda, blanca como la muerte, tenía una fuerza sorprendente.

—Dime una cosa, es lo único que te pido. Para estar tranquilo.

—¿Qué? —le preguntó Straker con impaciencia.

—Si alguna vez encuentras a la persona que buscas, ¿vas a lastimarla… o lastimarlo?

—Claro que no —mintió Straker—. ¿Por qué haría tal cosa?

—Bueno, no entiendo por qué estás tan obsesionado con esa búsqueda, a menos que…

—Mira —dijo Straker—, hay una mujer a la que le debo mucho. La perdí hace muchos años. Sé que tiene hijos y cada vez que veo un chico que se le parece, controlo los datos. Tal vez tenga la suerte de cruzarme alguna vez con su hija o su hijo, encontrarla a ella, y pagarle mi deuda.

Fantasma frunció el ceño.

—Me parece demasiada molestia para…

—Es una deuda muy pero muy grande —alegó Straker, interrumpiéndolo—. Y está en mi conciencia. No creo que pueda dormir tranquilo hasta que la pague como corresponde.

—Pero la posibilidad de que tenga un hijo que se le parezca, la posibilidad de que ese chico o chica entre aquí en la feria, en tu Casa del Terror… ¿Te das cuenta de que es casi imposible?

—Sé que no es probable —admitió Straker—, pero no me cuesta nada mantener los ojos abiertos y controlar a los chicos que se le parecen. Y te aseguro que han pasado cosas más extrañas que ésa en el mundo…

El albino miró los ojos de Straker, buscando señales de verdad o mentira.

Straker no leyó nada en los de Fantasma porque eran demasiado extraños para interpretarlos. Y como no tenían color, tampoco tenían carácter. Blancos, casi rosados en algunas partes. Acuáticos. Ojos sin fondo. La mirada del albino era penetrante pero fría, sin emociones.

Finalmente, Fantasma accedió:

—De acuerdo. Supongo que si lo único que haces es buscar a

alguien para pagarle una vieja deuda… entonces no hay nada de malo en que yo te ayude.

—Listo, entonces. Arreglado. Ahora tengo que hablar con Gunther por un minuto y después me voy a la carpa de Zena. Tú quédate aquí —dijo Straker, que finalmente había logrado zafarse de las manos del albino.

Dentro de La Casa del Terror un nuevo coro de voces femeninas aulló en una imitación chillona del horror.

Y cuando la enorme cara del payaso volvió a soltar su risa mecánica, Straker se apresuró a salir caminando por debajo de un cartel que proclamaba ¡LA CASA DEL TERROR MÁS GRANDE DEL MUNDO! Bajó las escaleras de madera, pasó junto a la boletería roja y negra y se detuvo un momento junto a la puerta donde varios de los que habían comprado la entrada bajaban hacia las góndolas pintadas de colores brillantes que los llevarían a través de La Casa del Terror.

Conrad levantó la vista hacia Gunther, que estaba de pie en una plataforma cuadrada de dos metros, a la izquierda de la puerta y un metro por encima de ella. Gunther agitaba sus largos brazos y gruñía a los clientes que estaban por debajo de él, fingiendo amenazarlos. Era una figura impresionante, de más de dos metros de alto y más de ciento veinte kilos de músculo y hueso. Tenía hombros enormes. Estaba vestido de negro y tenía la cabeza cubierta por una máscara estilo Hollywood del monstruo de Frankenstein que le desaparecía dentro del cuello del traje. Usaba guantes de monstruo: manos grandes, verdes, de goma manchadas con sangre falsa, que se extendían más allá de los puños de su chaqueta. De pronto, notó a Conrad mirándolo y se volvió, regalándole un gruñido especialmente horrendo.

Straker sonrió. Hizo un círculo con el pulgar y el índice de su marro derecha, para darle al monstruo una señal de aprobación.

Gunther bailó sobre la plataforma en una torpe danza de monstruosa alegría.

La gente que esperaba para subir a las góndolas rió y aplaudió. Con un sentido del drama elogiable, Gunther se volvió malo de pronto y rugió de nuevo. Un par de chicas chillaron.

Gunther aulló y meneó la cabeza y atacó en el aire y apoyó los pies con fuerza en la plataforma y siseó y sacudió los brazos. Disfrutaba mucho de su trabajo.

Sonriendo, Straker se volvió y salió de La Casa del Terror. Caminó por el río de gente que fluía por la calle principal. Pero a medida que se aproximaba a la carpa de Zena, se le iba borrando la sonrisa. Pensaba en la chica de cabello negro y ojos oscuros que había visto desde su plataforma de pregonero hacía un rato. Tal vez esta fuera la que buscaba. Tal vez fuera la hija de Ellen. Después de todos esos años, la idea de lo que ella le había hecho a su hijito todavía lo llenaba de una rabia blanca, ardiente y la posibilidad de la venganza todavía hacía latir su corazón con fuerza y le apresuraba la sangre de excitación. Mucho antes de llegar a la carpa de Zena, su sonrisa se había metamorfoseado en una mueca de desprecio.

Vestida de negro, rojo y oro, con un chal de lentejuelas, muchos anillos y demasiada pintura en la cara, Zena estaba sola en la carpa mal iluminada, esperando a Conrad. Cuatro velas ardían con fuerza en cuatro candelabros de vidrio, bañando todo en un color oro que no llegaba a los rincones. Aparte de eso, la única luz venía de la bola de cristal iluminada en el centro de la mesa.

Música, voces excitadas, los gritos de los pregoneros y los alaridos de delicia y miedo se filtraban a través de las paredes de tela desde la calle principal.

A la izquierda de la mesa había un cuervo en una jaula grande, la cabeza baja, un solo ojo negro enfocado en la bola de cristal.

Zena, que se hacía llamar Madame Zena y fingía ser gitana y tener poderes psíquicos, no tenía ni una gota de sangre gitana y no veía otra cosa en el futuro que el hecho de que al día siguiente saldría el Sol y volvería a ponerse en la noche. Era polaca. Su nombre completo era Zena Anna Penetsky.

Había vivido en la feria veintiocho años, desde que tenía quince, y nunca había deseado otra vida. Le gustaba viajar, le gustaba la libertad y la gente de las ferias ambulantes.

En ocasiones sin embargo, se cansaba de decir la suerte y la perturbaba la credulidad infinita de quienes la consultaban. Conocía miles de formas de conquistar a un cliente, miles de formas de convencerlo (cuando ya había pagado para que le leyeran la mano) de dejar unos dólares más para que ella diera una mirada

supuestamente más profunda a su futuro. La facilidad con que manipulaba a la gente la avergonzaba. Se decía que lo que hacía estaba bien porque eran sólo clientes, no gente de la feria, y por lo tanto no personas reales. Ésa era la actitud tradicional de la feria pero Zena no podía ser tan dura todo el tiempo. De vez en cuando la molestaba la culpa.

A veces pensaba en abandonar su oficio de adivina. Podía conseguir un socio, alguien que ya hubiera hecho eso antes. Significaba compartir las ganancias, pero eso no la preocupaba mucho. También tenía un puesto de bebidas y otro muy rentable de juegos de azar y entre todos sacaba más por año de lo que ganaban casi todos sus clientes en sus trabajos aburridos del mundo derecho. Pero seguía haciéndose la gitana y la adivina porque tenía que hacer algo; no era el tipo de persona que se sienta y se toma las cosas con tranquilidad.

A los quince años ya era una mujer bien desarrollada y había empezado su carrera en la feria como bailarina en los espectáculos picantes. Ahora, a medida que su rol como Madame Zena le producía cada vez más insatisfacción, pensaba muchas veces en abrir un espectáculo de chicas, uno propio. Hasta jugaba con la idea de volver a actuar. Tal vez fuera todo un éxito.

Tenía cuarenta y tres años, pero sabía que todavía podía excitar a muchos clientes calentones. Parecía diez años más joven de lo que era. Tenía el cabello castaño y abundante, sin nada de gris, un marco delicioso para una cara fuerte, amable, sin arrugas. Los ojos eran de una extraña sombra casi violeta, ojos cálidos, dulces. Hacía años, cuando trabajaba como bailarina, había sido voluptuosa. Todavía lo era. Con dieta y ejercicio mantenía una figura espléndida y la naturaleza había cooperado salvándola milagrosamente de los senos caídos que vienen con la gravidez.

Pero incluso en el momento en que fantaseaba con volver a las tablas, sabía que eso del espectáculo de piernas y sensualidad no estaba en su futuro. Eso también era una forma de manipular a los clientes, una forma muy parecida a la que usaban las adivinas; en esencia, era exactamente lo que estaba tratando de evitar. Tendría que pensar en otra cosa.

El cuervo se estiró en la jaula y aleteó un poco, interrumpiendo sus pensamientos.

Un instante después, entró Conrad Straker. Se sentó en la silla donde se sentaban los clientes, del otro lado de la mesa. Se inclinó ansioso hacia ella:

—¿Y?

—No hubo suerte —dijo Zena.

Él se inclinó una vez más.

—¿Estás absolutamente segura de que hablamos de la misma chica?

—Sí.

—Usaba un suéter azul y gris.

—Sí, sí —asintió Zena con impaciencia—. Tenía la entrada que le había dado Fantasma.

—¿Cómo se llama? ¿Averiguaste cómo se llama?

—Claro. Laura Alwine.

—¿Y el nombre de su madre?

—Sandra. No Ellen. Sandra. Y Sandra es rubia natural, no castaña oscura como Ellen. Laura dice que sus ojos oscuros y el pelo que tiene le vienen de su padre. Lo lamento, Conrad. Le saqué muchísima información a la chica mientras le decía la suerte pero nada tiene nada que ver con lo que estás buscando. Ni siquiera un pequeño detalle.

—Estaba seguro de que era ella.

—Siempre estás seguro.

Él la miró fijo y lentamente se le puso la cara toda roja. Miró la mesa, y se puso cada vez más furioso, un *crescendo* visible como si estuviera viendo algo que lo ofendía en las vetas de la madera. Golpeó con el puño contra la mesa. Una vez, dos. Con fuerza. Seis. Y otra vez y otra y otra. La carpa se llenó con el tambor medido de su furia. Estaba temblando, jadeando, sudando. Tenía los ojos sin luz. Empezó a maldecir, y escupió sobre la mesa. Hizo ruidos extraños, rudos, con la garganta, ruidos como los de un animal y siguió golpeando la mesa como si fuera una criatura viviente que lo había maltratado.

Zena no se asustó con el estallido. Estaba acostumbrada a esas rabias maníacas. Había estado casada con él una vez, dos años en total.

En una noche tormentosa de agosto de 1955, se había parado en la lluvia mirándolo dar la vuelta hacia atrás en la calesita. Le había

parecido tan buen mozo entonces, tan romántico, tan vulnerable y lastimado que sus instintos maternales y carnales se habían despertado en ella y se le había acercado como nunca se había acercado a ningún hombre. En febrero del año siguiente, los dos dieron la vuelta en la calesita, juntos.

Dos semanas después de la boda, Conrad se puso furioso por algo que había hecho Zena y la golpeó, varias veces. Ella estaba demasiado asombrada para defenderse. Después estuvo contrito, avergonzado, sorprendido por lo que había hecho. Lloró y le pidió de rodillas que lo perdonara. Ella estaba segura de que ese ataque de violencia era una aberración, no una norma. Tres semanas después, la atacó de nuevo y la dejó muy golpeada y llena de chichones. Dos semanas más tarde, en medio de otro ataque, trató de golpearla, pero esa vez ella lo golpeó primero. Le metió una rodilla entre las piernas y le rasguñó la cara con tal frenesí que él retrocedió. De ahí en más, prevenida, vigilando siempre la menor señal del principio de una de sus rabietas, Zena logró protegerse.

Trabajó duro en ese matrimonio, tratando de hacerlo durar a pesar del temperamento explosivo de su esposo. Había dos Conrad Strakers. Ella odiaba y temía a uno de ellos pero amaba al otro. El primer Conrad era un hombre pesimista, melancólico, violento, tan impredecible como un animal, con un talento alarmante para el sadismo y un gusto verdadero por todo lo que se relacionara con él. El segundo era amable, pensativo y hasta encantador, buen amante, inteligente, creativo. Durante un tiempo, Zena creyó que con mucho amor, paciencia y comprensión, lo cambiaría. Estaba convencida de que el horrendo señor Hyde desaparecería totalmente; de que, con el tiempo, Conrad se transformaría en el bueno del doctor Jekyll. Pero cuanto más amor le daba, tanto más violento y abusivo se volvía él y con tanta más frecuencia, como si estuviera decidido a probarle que no valía la pena seguir queriéndolo.

Ella sabía que él se despreciaba. Su incapacidad para quererse a sí mismo y estar en paz con su propia mente, la frustración que le generaba el odio incurable que sentía por todo lo que él mismo era, *ésa* era la raíz de sus rabias maníacas y periódicas. Algo monstruoso le había pasado hacía ya mucho, mucho tiempo, en sus años de formación, alguna tragedia indecible de infancia que lo había marcado tanto que nada, ni siquiera el amor de Zena, podía curarlo.

Un horror en un pasado distante, un desastre terrible por el que se sentía responsable le producía pesadillas todas las noches de su vida. Estaba consumido por una culpa invencible que lo quemaba por dentro año tras año con el mismo calor, el mismo brillo, convirtiendo su corazón en cenizas, fragmento a fragmento. Zena había tratado muchas veces de conocer el secreto que agitaba a Conrad, pero él había tenido miedo de decírselo, miedo de que la verdad la repeliera y la pusiera contra él para siempre. Ella le había asegurado que nada podría hacer que ella lo odiara. Habría sido bueno para él confiar en alguien. Pero no pudo hacerlo. Lo único que llegó a saber Zena fue esto: el horror que lo había trastornado empezó en la víspera de Navidad cuando él tenía apenas doce años. Desde esa noche en adelante, Conrad se había vuelto cada vez más terrible, más amargado, cada vez más violento. Durante un tiempo, cuando Ellen le dio ese chico tan deseado y a pesar de que era un bebé espantosamente deforme, Conrad se había sentido mejor consigo mismo. Pero cuando Ellen mató al bebé, Conrad se hundió más en la desesperación y el odio a sí mismo, y no era probable que nadie pudiera sacarlo del pozo psicológico en el que se había metido.

Después de luchar dos años para salvar su matrimonio, de vivir con un miedo constante a la furia de Conrad, Zena se enfrentó al hecho de que el divorcio era inevitable. Lo dejó, pero siguieron siendo amigos. Compartían ciertos lazos que no podían quebrarse, pero era claro para ambos que no podían vivir juntos y ser felices. Ella dio la vuelta en la calesita, pero esta vez sola y hacia atrás.

Ahora, mientras lo veía ventilar su rabia sobre la mesa, se dio cuenta de que casi todo, tal vez todo su amor por él, se había transformado en lástima. Ya no sentía pasión, sólo una pena enorme por ese hombre desdichado.

Conrad maldijo, escupió a través de sus labios sin sangre, gritó, golpeó la mesa.

El cuervo agitó sus alas brillantes, negras, y chilló con fuerza en su jaula.

Zena esperó con paciencia.

Después de un rato, Conrad se cansó y dejó de golpear la mesa. Se reclinó en la silla, parpadeando, confuso, como si no estuviera muy seguro de quién era.

Después de un minuto de silencio, el cuervo se quedó callado también y Zena dijo:

—Conrad, no vas a encontrar al hijo de Ellen. ¿Por qué no te rindes?

—Nunca —dijo él, la voz algo ronca.

—Tuviste a un grupo de detectives privados sobre la pista diez años. Uno después de otro. Muchos al mismo tiempo. Gastaste una fortuna en ellos. Y no encontraron nada. Ni una clave.

—Eran unos incompetentes, todos —dictaminó él, empecinado.

—Hace años que buscas tú mismo y no tienes suerte.

—Yo voy a encontrar lo que busco.

—Hoy te equivocaste de nuevo. ¿Realmente crees que vas a encontrarlos aquí, aquí justamente? ¿En Coal County, en Pensilvania, en Spring Fair? No me parece un lugar muy probable, si quieres mi opinión.

—Tan probable como cualquier otro.

—Tal vez Ellen ni siquiera vivió lo suficiente como para empezar una familia con otro hombre. ¿Lo pensaste? Tal vez hace mucho que murió.

—Está viva.

—No sé cómo puedes estar tan seguro.

—Estoy convencido.

—Y aunque esté viva, puede que no tenga hijos.

—Los tiene. Están ahí afuera… en alguna parte.

—Mierda, ¿cómo puedes decirlo con tanta seguridad?

—Vi señales, presagios.

Zena miró esos ojos cristalinos, fríos, azules, y tembló. ¿Señales? ¿Presagios? ¿Conrad estaba sólo medio loco… o esta vez se había pasado del otro lado completamente?

El cuervo raspó con el pico los barrotes metálicos de su jaula.

Zena dijo:

—Y si por milagro encuentras a uno de los hijos de Ellen, ¿qué?

—Ya te lo dije.

—Dímelo de nuevo —insistió ella, mirándolo bien de cerca.

—Quiero decirles a sus hijos lo que hizo —declaró Conrad—. Quiero que sepan que es una asesina de bebés. Quiero que se vuelvan en su contra. Quiero usar todo mi poder de pregonero para convencerlos de que su madre es un ser humano despreciable,

vicioso, la peor de las criminales. Una asesina de bebés. Con eso, la van a odiar tanto como yo. Voy a sacarle a sus hijos, aunque no con tanta brutalidad como ella me sacó el mío.

Como siempre, cuando hablaba de exponer a Ellen frente a su familia, la voz de Conrad estaba llena de convicción.

Como siempre, sonaba como una fantasía hueca.

Y como siempre, Zena sintió que él estaba mintiendo. Estaba segura de que tenía otra cosa en mente, un acto de venganza más brutal todavía que lo que había hecho Ellen con ese bebé mutante, extraño y perturbador hacía ya veinticinco años.

Si Conrad pensaba matar a los hijos de Ellen cuando (y si) los encontraba, Zena no quería tomar parte en el asunto. No quería ser cómplice en un asesinato.

Y, sin embargo, seguía ayudándolo. Lo ayudaba sólo porque no creía que fuera a encontrar lo que buscaba. Ayudarlo parecía un acto inofensivo; se limitaba a seguirle la corriente, nada más. La de Conrad era una búsqueda sin esperanzas. Nunca encontraría a los hijos de Ellen, si es que existían.

Conrad desvió la vista, posó los ojos en el cuervo.

El pájaro fijó la vista en él con uno de sus ojos negros y oleosos y cuando las miradas se cruzaron, se quedó inmóvil como una piedra.

Afuera, en la calle principal, había música, la música de los organillos. Los miles de sonidos de la multitud nocturna se fundían en un susurro rítmico como la respiración de una bestia enorme.

En la distancia, el payaso mecánico gigante de La Casa del Terror reía y reía.

3

Cuando Amy entró en la casa a las doce menos cuarto, oyó voces quedas en la cocina. Pensó que su padre todavía estaba despierto, aunque generalmente se iba a la cama temprano la noche del sábado para poder levantarse a tiempo para la primera misa del domingo, y tener el resto del día libre para su *hobby*, la construcción de maquetas de líneas férreas en miniatura. Pero cuando Amy llegó a la cocina, encontró a su madre sola. Las voces eran de la radio, una audición de Chicago en la que la gente hablaba por teléfono a la emisora. El volumen estaba muy bajo.

La habitación olía levemente a ajo, cebolla y salsa de tomate.

No había mucha luz. Una lamparita ardía sobre la pileta y también una luz con pantalla sobre la cocina. El dial de la radio brillaba con una fulgor verde y suave.

Ellen Harper estaba sentada en la silla junto a la mesa. En realidad, estaba más bien derrumbada allí, los brazos plegados sobre el mantel y la cabeza sobre los brazos, la cara mirando contra la pared. Un vaso alto, con líquido hasta la mitad, cerca de sus manos. Amy no tenía necesidad de probarlo para saber lo que era: su madre siempre bebía lo mismo: vodka y jugo de naranja. Y bebía demasiado.

«Está dormida», pensó, aliviada.

Se volvió para salir de la habitación y subir la escalera hacia el refugio de la cama, pero Ellen dijo:

—Tú…

Amy suspiró y volvió a mirarla.

Los ojos de Ellen estaban confusos, llenos de sangre; a medio cerrar. Parpadeó sorprendida.

—¿Qué estás haciendo en casa? —preguntó con la voz pastosa —. Tenías que venir como una hora más tarde.

—Jerry se descompuso —mintió Amy—. Tuvo que volverse a su

casa.

—Pero es más de una hora temprano —insistió su madre, mirándola asombrada, parpadeando como una tonta todavía, tratando de penetrar la niebla del alcohol que suavizaba las líneas de sus pensamientos.

—Jerry se descompuso, mamá. Algo que comió en el baile.

—Era un baile, ¿no?

—Sí. Pero había comida. Fiambres, masitas, tortas, ponche, de todo. Fue algo que comió y no le cayó bien.

—¿A quién?

—A Jerry —dijo Amy con paciencia.

Su madre frunció el ceño.

—¿Estás segura de que eso fue lo que pasó? ¿Nada más?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me parece… raro —dijo Ellen, confusa, buscando el trago sin terminar—. Sospechoso.

—¿Qué podría ser sospechoso? ¿Que Jerry se descomponga? —preguntó Amy.

Ellen tomó un traguito de vodka y jugo de naranja. Estudió a Amy sobre el borde del vaso, y esta vez, la mirada era más aguda, más crítica que hacía un momento.

Exasperada, Amy habló antes de que su madre tuviera la posibilidad de hacerle una acusación:

—Mamá, no llegué tarde a casa. Llegué temprano, *temprano*, mamá. No creo merecer otra vez el tercer grado de siempre.

—No te hagas la viva conmigo —dejó su madre—. ¿Te acuerdas de lo que dijo Nuestro Señor? Honra a tu padre y a tu madre. Eso fue lo que dijo. Después de tantos años de misas y lecturas de la *Biblia*, ¿no te entró nada de nada en esa cabeza hueca?

Amy no contestó. La experiencia le decía que un silencio respetuoso era la mejor manera de tratar a su madre en casos como ése.

Ellen terminó el trago y se levantó. La silla ladró contra el suelo cuando ella la echó hacia atrás. Dio vuelta a la mesa, tambaleándose un poquito, y se detuvo frente a Amy. Tenía el aliento lleno de olores desagradables.

—Hace tanto que trato y trato y trato de hacer de ti una buena chica… Te obligué a ir a la iglesia. Te obligué a leer la *Biblia* y a

rezar todos los días. Te dije cómo tenían que ser las cosas, te lo dije hasta quedarme ronca. Te enseñé lo correcto. Siempre supe que las cosas podían salir bien o mal. Bien o mal. Que podías salirme buena. O mala. Buena o mala. —Se tambaleó, puso una mano en el hombro de Amy para mantenerse en pie—. Vi tu potencial, Amy. Sé que tienes potencial para el mal. Rezo en mi corazón a Nuestra Señora, todos los días rezo para que te cuide y te guarde. Hay una oscuridad dentro de ti, muy adentro. No tienes que dejarla llegar a la superficie.

Ellen se le acercó mucho, puso una mano bajo el mentón de su hija, le levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Amy sintió que víboras de hielo se movían dentro de ella.

Ellen la miró con la intensidad especial de los borrachos, con la mirada ardiente de una víctima de la fiebre. Parecía estar mirando el alma de su hija y había una mezcla de miedo, rabia y determinación filosa en su expresión.

—Sí —continuó, susurrando—, hay una oscuridad en ti. Podrías caer con tanta facilidad. Está en ti. La debilidad. La diferencia. Algo malo que tienes adentro. Algo contra lo que tienes que pelear, todo el tiempo, siempre, siempre. Tienes que tener cuidado, mucho cuidado…

—Por favor, mamá…

—¿Dejaste que ese chico te tocara esta noche?

—No, mamá.

—A menos que estés casada, es una cosa sucia, asquerosa. Si te dejas ir, el diablo te va a atrapar. La cosa que tienes adentro va a salir a la superficie y todos la van a ver. No tienen que verla. Nadie tiene que verla. Que no sepa nadie lo que tienes adentro. Tienes que luchar contra ese mal, mantenerlo enjaulado.

—Sí, mamá.

—Si dejas que ese chico te toque… es un pecado muy feo…

«*Y emborracharte todas las noches también es pecado, mamá. Usar la bebida para escapar de tus preocupaciones es pecado. Tú usas la bebida y la Iglesia de la misma forma, mamá. Las usas para olvidarte de tus problemas, para esconderte de algo. ¿De qué te escondes, mamá? ¿A qué le tienes tanto miedo?*».

Amy deseaba decir todo eso. No se atrevía.

—¿Te tocó? —preguntó su madre.

—Ya te lo dije… no.
—Te tocó.
—No.
—No me mientas.
—Fuimos al baile —repitió Amy, temblando—. Y se descompuso y me trajo a casa. Eso es todo, mamá.
—¿Te tocó los senos?
—No —negó Amy, avergonzada, débil.
—¿Le dejaste meterte la mano entre las piernas?
Amy meneó la cabeza.
La mano de Ellen se apretó sobre el hombro de la muchacha, los dedos, fuertes como garras, se hincaron profundamente. A Amy le dolió.
—Tú lo tocaste a él.
—No. No.
—Lo tocaste entre las piernas.
—¡Mamá, vine a casa temprano!
Ellen la miró unos segundos, buscando la verdad, pero finalmente el fuego abandonó sus ojos oscuros; los efectos de la bebida, la debilidad que deja después de la excitación volvieron a ella, se le cerraron los párpados y la carne de su cara se hundió sobre los huesos. Cuando estaba sobria era una mujer bonita, pero cuando bebía parecía vieja, mucho más de lo que era. Soltó a Amy, se volvió y caminó otra vez hasta la mesa. Levantó el vaso vacío, lo llevó a la heladera y puso un par de cubos de hielo dentro. Agregó un poco de jugo de naranja y mucho vodka.
—¿Puedo irme a la cama ahora?
—No te olvides de las oraciones.
—No.
—Y un rosario, también. No te va a venir mal.
—Sí, mamá.
El vestido largo hizo ruido en el suelo cuando Amy se alejó lo más rápido que pudo. En el dormitorio, prendió una luz y se quedó de pie junto a la cama, temblando.
Si no consiguiera el dinero para el aborto, si tuviera que decírselo a su madre, no habría esperanza alguna de que su padre intercediera. No esta vez. Él se enojaría, estaría de acuerdo con cualquier castigo que ella quisiera imponerle.

Paul Harper[3] era un abogado de éxito moderado, un hombre que en la arena legal estaba al mando pero que en casa dejaba casi toda la autoridad en manos de su esposa. Ellen tomaba todas las decisiones domésticas, grandes o pequeñas y, en general, Paul estaba satisfecho con eso: así se salvaba de ciertas responsabilidades. Si Ellen insistía en que Amy llevara a término el embarazo, Paul Harper estaría de acuerdo.

«Y mamá va a insistir», pensó Amy, que se sentía muy mal.

Miró las imágenes católicas que su madre había colocado en su habitación. Un crucifijo colgaba en la cabecera de la cama y uno más chico, sobre la puerta. Una estatuilla de la Virgen María adornaba la mesa de noche. Dos estatuillas religiosas, pintadas, se alzaban sobre la cómoda. También había una pintura de Jesús; el Señor señalaba su Corazón, expuesto y sangrante.

En su mente, Amy oía la voz de su madre: «*No te olvides de tus plegarias*».

—A la mierda las plegarias —dijo, desafiante.

¿Qué podía pedirle a Dios que hiciera por ella? ¿Conseguirle dinero para un aborto? No había muchas posibilidades de que semejante plegaria tuviera una respuesta favorable.

Se quitó la ropa. Durante unos minutos se quedó de pie frente al espejo, estudiando su cuerpo desnudo. No veía señales de embarazo. No todavía. Tenía el vientre chato.

Lentamente, la naturaleza biológica de su inspección se convirtió en un estudio más íntimo, más estimulante. Se pasó las manos lentamente por el cuerpo, sostuvo entre ellas sus senos desarrollados, se tocó los pezones.

Miró las estatuillas religiosas que había sobre la cómoda.

Tenía los pezones duros.

Deslizó las manos por los costados, hacia atrás, y se tocó las nalgas duras.

Miró la pintura que representaba a Jesús.

De alguna manera, cuando mostraba su cuerpo a la imagen de Cristo, sentía que estaba lastimando a su madre, que la estaba lastimando mucho. Amy no entendía por qué razón se sentía de esa forma. No tenía sentido. La pintura era solamente eso, una pintura. Jesús no estaba allí, en esa habitación, mirándola. Sin embargo, siguió en esa pose lasciva frente al espejo, acariciándose, tocándose

con gestos obscenos.

Después de un minuto o dos, vio sus ojos en el espejo y esa mirada breve en su propia alma la asustó y la desconcertó. En menos de dos segundos se había puesto el camisón de franela.

«¿Qué me pasa?», se preguntó. «¿Soy realmente mala adentro, como dice mamá? ¿Soy malvada?».

Confusa, se arrodilló al costado de la cama y dijo sus plegarias.

Un cuarto de hora después, cuando levantó las mantas para acostarse, había una tarántula en la almohada. Jadeó, dio un salto y después se dio cuenta de que la cosa espantosa era sólo un juguete de goma pintada. Suspiró, agotada, puso la araña falsa en el cajón de la cómoda, y se metió en la cama.

Su hermanito de diez años, Joey, nunca perdía una oportunidad de jugarle una mala pasada como ésa. En general cuando ella descubría uno de esos trucos, iba a buscarlo fingiendo furia, amenazándolo con graves daños físicos. Claro que nunca le hubiera tocado ni un pelo. Lo amaba muchísimo. Pero su furia fingida era parte del juego que más le gustaba a Joey. Amy se limitaba a sostenerlo con fuerza contra la cama y hacerle cosquillas hasta que él le prometía ser bueno con ella.

Y ahora seguramente estaba en la cama, despierto a pesar de la hora, esperando que ella entrara como una tormenta desatada en su habitación. Pero esa noche Amy tendría que desilusionarlo. No estaba de humor para la rutina diaria y le faltaba energía física para fingirla.

Se metió en la cama y apagó la luz.

No podía dormir.

Pensó en Jerry Galloway.[4] Le había dicho la verdad al ridiculizar sus dotes de amante. Casi nunca había tenido orgasmos con él. Él era un compañero de cama muy ignorante, muy torpe y muy desconsiderado. Sin embargo, ella le había permitido tocarla noche tras noche. Sacaba muy poco placer de esas ceremonias, si es que sacaba algo, pero se las permitía tantas veces como él se lo pedía. ¿Por qué? *¿Por qué?*

No era una chica mala. No era salvaje ni estaba desatada, no en el fondo de su corazón. Incluso mientras dejaba que Jerry hiciera lo que quisiera con ella, se odiaba por ser tan fácil. Cada vez que arreglaba algo con un chico en un auto, se sentía incómoda,

avergonzada, fuera de lugar, como si estuviera tratando de ser otra, no ella misma.

No era perezosa tampoco. Tenía ambición. Había pensado en ir a la Universidad para jóvenes de Ciudad Real, luego a la estatal de Ohio, había pensado en recibirse en artes. Conseguiría un trabajo como artista comercial y trabajaría en lo que realmente le gustaba en su tiempo libre, de noche y los fines de semana, y si descubría que tenía suficiente talento para vivir de su arte como pintora, dejaría el trabajo de nueve horas y crearía hermosas pinturas para venderlas en las galerías de arte. Estaba decidida a construirse una vida interesante, llena de éxito.

Pero ahora estaba embarazada. Sus sueños se habían convertido en cenizas.

Tal vez no se merecía la felicidad. Tal vez realmente era mala, tal vez en el fondo estaba podrida.

¿Acaso una chica buena abría las piernas en el asiento trasero de un auto casi todas las noches? ¿Una chica buena se dejaba embarazar cuando todavía estaba en la secundaria?

Los minutos oscuros de la noche se desenredaban como un hilo negro desde un carretel que gira y las ideas de Amy también, confusas, entremezcladas. No podía decidir quién era, no lograba saber si era básicamente una persona buena o una mala.

En su mente, oía otra vez la voz de su madre: «*Hay una oscuridad en ti. Hay algo malo en tu interior y tienes que luchar contra eso constantemente*».

De pronto, Amy se preguntó si ese comportamiento de puta no sería sólo un intento por molestar a su madre. Era una idea inquietante.

Habló con suavidad a la oscuridad que la rodeaba:

—¿Dejé que Jerry me lo hiciera porque sabía que esa noticia sacudiría a mamá? ¿Estoy destruyendo mi propio futuro porque quiero lastimar a esa desgraciada?

Ella era la única que podía contestar a esa pregunta, tendría que buscar la respuesta dentro de sí misma.

Se quedó quieta entre las mantas, pensando.

Afuera, el viento movía los arces.

A lo lejos sonó el silbido de un tren.

La puerta crujió y se abrió y las planchas de madera del suelo hicieron ruido por debajo de la alfombra cuando alguien entró en la habitación.

Joey Harper se despertó. Abrió los ojos y miró el reloj despertador, apenas visible en el fulgor pálido de la luz de la noche. 12:36.

Se había dormido finalmente hacía una hora y media, pero no estaba demasiado confuso. Instantáneamente alerta, anticipaba la reacción de Amy por la tarántula que le había dejado en la cama. Había puesto el reloj para la una porque ésa era la hora en que se suponía que ella volvería del baile. Evidentemente había vuelto más temprano.

Pasos. Suaves. Como secretos. Se acercaban.

Joey se tensó bajo las sábanas pero fingió que dormía.

Los pasos se detuvieron al costado de la cama.

Joey sintió las cosquillas de una risita en el fondo la garganta. Se mordió la lengua y luchó con fuerza para retenerla.

Ella se inclinó hacia él. Estaba a pocos centímetros ahora.

Iba a esperar un poco más, y luego, cuando ella estuviera a punto de hacerle cosquillas, le gritaría en la cara y le daría un susto de muerte.

Siguió con los ojos cerrados, respirando como si nada, parejo, quieto, y contó los segundos. Uno… dos… tres…

Estaba a punto de gritarle en la cara cuando se dio cuenta de que la persona que se inclinaba sobre él no era Amy. Olió un aliento amargo, teñido de alcohol y el corazón empezó a latirle en el pecho.

Sin notar que Joey estaba despierto, su madre dijo en voz baja:

—Mi nenito. Mi dulzura, Joey, mi bebé ángel. Precioso angelito mío. —Tenía la voz extraña, y hablaba en una corriente torcida, medio susurrada, medio cantada de palabras roncas, sedosas y confusas.

Él deseaba desesperadamente que se fuera. Estaba muy borracha, más que siempre. Había venido a su habitación varias veces en esas condiciones. Y le había hablado pensando que él estaba dormido. Tal vez venía también algunas noches en que él realmente estaba dormido y no la oía. Sea como fuere, él sabía lo que le esperaba. Sabía lo que ella iba a decir, lo que iba a hacer y tenía mucho miedo.

—Angelito. Pareces un angelito dormido, un bebé ángel, ahí, tan inocente, tan tierno, tan dulce. —Ella se inclinó todavía más hacia él, bañándole la cara en ese aliento fuerte—. Pero ¿qué eres por dentro, angelito mío? ¿Por dentro también eres dulce y bueno y puro?, ¿todo puro, hasta el fondo?

«*¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!*», pensó Joey. «Por favor, no lo hagas de nuevo, mamá. Vete. Fuera de mi pieza. *Por favor*».

Pero no le dijo nada y no se movió. No quería que ella supiera que él estaba despierto. Cuando su madre estaba tan borracha, Joey le tenía miedo.

—Pareces tan puro —continuó ella, la voz todavía más suave, más confusa y espesa por el alcohol—. Pero tal vez esa cara de ángel es solamente la superficie… la máscara. Tal vez es parte de una actuación que haces para mí. ¿Eh? ¿Es eso lo que me estás haciendo? ¿Estás actuando? Tal vez… por debajo… eres como el otro. ¿Eh, angelito? Debajo de esa carita dulce, ¿eres como el otro, como el monstruo, como la cosa que él llamaba Victor?

Joey nunca había terminado de entender lo que quería decir su madre cuando se metía en su pieza en las noches y le murmuraba en medio de la borrachera. ¿Quién era Victor?

—Si hice uno como él, ¿por qué no otro? —se preguntó ella a sí misma en voz alta y a Joey le pareció que la voz sonaba a miedo—. Esta vez… tal vez es un monstruo también, pero por dentro. En la mente. Un monstruo *interior*… escondido en un cuerpo normal… detrás de esa cara hermosa… esperando. Esperando para salir cuando nadie lo mire. Esperando con paciencia, sí. Los dos, tú y Amy, ¿eh? Lobos en pieles de oveja. Podría ser. Claro que sí. Podría ser. ¿Y si es así realmente? ¿Eh? ¿Cuándo va a pasar? ¿Cuándo va a salir la cosa para que todos la vean? ¿Puedo darte la espalda, angelito mío? ¿Puedo sentirme segura? Ay, Dios, Ay, Jesús, mi Señor, ampárame… María, ampárame. Nunca debería haber tenido hijos. No después del primero. Nunca voy a estar segura de lo que hice dentro de mi cuerpo. Nunca. ¿Y si…?

Cada vez más excitada por el licor que había bebido, Ellen sentía que su lengua y sus labios se resistían a formar las palabras y bajaba tanto la voz que Joey casi no podía oírla aunque ella estaba a menos de diez centímetros.

—¿Y si un día… si un día tengo que matarte, a ti también,

angelito? —Cada vez más suave, más todavía, palabra terrible tras palabra terrible, más y más suaves…— ¿Y si… y si… tengo… matarte… a ti… como… al otro?

Ellen se lanzó a llorar.

Joey se sentía helado hasta los huesos y tenía miedo de que su temblor moviera las sábanas y llamara la atención de su madre. Tenía miedo de que ella se diera cuenta de que él lo había oído todo.

Finalmente, el llanto desapareció en el aire.

Joey estaba seguro de que oía claramente su propio corazón asustado.

Se sentía extraño. Tenía miedo de ella, pero también le daba mucha pena. Quería abrazarla y decirle que todo saldría bien… pero no se atrevía.

Finalmente, después de un tiempo que a él le pareció horas pero que duró apenas un minuto, Ellen salió del dormitorio, cerrando la puerta con dulzura tras de sí.

Bajo las mantas, Joey se enrolló en una bola fetal.

¿Qué significaba tod o eso? ¿De qué hablaba ella? ¿Era la borrachera? ¿O locura?

Aunque estaba asustado, también se sentía un poco avergonzado por pensar esas cosas de su propia madre.

Pero se alegraba de tener el brillo apenas visible, lechoso, de la luz de la noche. Estaba seguro de que no le hubiera gustado nada estar solo en la oscuridad después de ese encuentro.

En la pesadilla, Amy había dado a luz a un bebé extraño y deforme, una cosa asquerosa y malvada que parecía un cangrejo y no un ser humano. Estaba en una habitación pequeña y mal iluminada con esa cosa y la criatura la perseguía, tratando de morderla con las pinzas y las mandíbulas de arácnido. Las paredes de la habitación tenían ventanas estrechas, y cada vez que ella pasaba huyendo frente a una veía a Jerry Galloway y a su madre del otro lado del vidrio. Los dos la miraban un poco y reían. Luego el bebé se deslizó con la rapidez de un rayo por el piso, se le acercó y le tomó uno de los tobillos con una pinza.

Se despertó y se sentó en la cama, con un alarido en la garganta.

Lo ahogó enseguida.

«Un sueño», se dijo, «es un sueño, nada más. Un mal sueño, un regalito de despedida de Jerry Galloway. ¡Cómo lo odio!».

En la penumbra de la derecha, algo se movía.

Ella encendió la luz con un gesto brusco.

Cortinas. La ventana estaba abierta unos centímetros y una brisa leve movía las cortinas.

Afuera, a una o dos cuadras, un perro aulló con un sonido fúnebre.

Amy miró el reloj. Las tres de la mañana.

Se quedó sentada allí un rato, hasta que se calmó, pero cuando apagó la luz no pudo volver a dormirse. La oscuridad era opresiva y amenazadora. Y le parecía una amenaza nueva, algo que ella no había sentido nunca desde la primera infancia.

Tenía la extraña sensación de que afuera, en la noche, algo terrible se acercaba a la casa de los Harper. Como un tornado. Pero no era un tornado. No, era otra cosa. Algo extraño, peor que una tormenta. Tuvo una premonición —ésa no era la palabra exacta pero era la única que se acercaba en algo a lo que estaba sintiendo —, una premonición congelada de que una fuerza destructiva imparable se acercaba a ella y a toda su familia como una tromba inaudita. Trató de imaginarse qué podría ser pero no se le ocurrió ninguna explicación. La impresión de peligro seguía ahí, poderosa, sin forma, sin nombre.

La sensación era tan intensa, tan eléctrica e inevitable, que finalmente tuvo que levantarse e ir a la ventana aunque se sentía una tonta.

La calle Maple estaba durmiendo tranquilamente, envuelta en sombras pacíficas. Y más allá, se elevaba el lado sur de los suburbios de Ciudad Real en una serie de colinas amables y bajas. A esa hora todo era solamente una sinfonía de luces.

Más al sur, en el límite de la ciudad y un poco más arriba, estaba el predio donde se instalaban las ferias. Ahora estaba oscuro, desértico, pero en julio, cuando llegara la feria de verano, Amy podría asomarse a su ventana y ver el brillo de las luces de colores, la mancha giratoria y lejana de la Vuelta al Mundo moviéndose eternamente.

Sólo cosas familiares en la noche. No había nada nuevo allí,

nada distinto, nada peligroso.

La sensación de que estaba de pie en el camino de una tormenta feroz y destructiva y asesina se desvaneció de pronto y lo único que Amy sintió fue un gran cansancio. Volvió a la cama.

Sólo una amenaza se cernía sobre la casa de los Harper y era su embarazo, las consecuencias inevitables de su pecado.

Amy se puso las manos sobre el vientre y pensó en lo que le diría su madre, y se preguntó si siempre estaría tan sola, si siempre sería tan débil y vulnerable como ahora, se preguntó qué estaría por pasarle a su vida.

4

En el puesto de bebidas, cerca de la calesita, había cinco personas en la fila, antes de Chrissy Lampton y Bob Drew.[5]

—Me revienta perder el tiempo en estas cosas —dijo Chrissy—. Pero quiero esa manzana azucarada.

—No vamos a tardar mucho —dijo Bob.

—Hay tanto para ver todavía…

—Tranquila. Son las once y media. Es temprano. La feria no cierra hasta la una.

—Pero es la última noche —insistió Chrissy. Respiró hondo, saboreando la fusión de aromas que permeaba la noche: pochoclo, algodón de azúcar, papas fritas con ajo, maníes asados y mucho más —. ¡Aaahhh! Se me hace agua la boca. Me metí tantas cosas en la panza hoy y sigo muerta de hambre. Es increíble lo que soy capaz de comer.

—Es la excitación —dijo Bob—. La excitación quema calorías. Y esas vueltas en la montaña rusa y todo lo demás. Casi te moriste de miedo y el miedo quema calorías más rápido que la gimnasia. —Estaba tratando de analizar seriamente el apetito insólito de su compañera. Bob era contador.

—Escucha —dijo Chrissy—, ¿por qué no esperas tú y compras las manzanas y, mientras tanto, yo me voy al baño? Te veo en la calesita en unos minutos. Así matamos dos pájaros al mismo tiempo.

—De un tiro —dijo Bob.

—¿Eh?

—La expresión es «Matar dos pájaros de un tiro».

—Ah, sí. Claro.

—Pero no creo que se aplique a este caso —dijo Bob—. No del todo. Bueno, ve al baño entonces. Nos vemos en la calesita.

«Por Dios», pensó Chrissy. «Los contadores, ¿serán todos así?».

Caminó alejándose del puesto. Atravesó el aserrín húmedo que cubría el suelo, atravesó la música de la calesita, pasó junto a una plataforma en la que un joven musculoso golpeaba un martillo contra una balanza y hacía sonar una campana para impresionar a su chica, miró a una docena de jugadores que decían un discurso de mil hojas por minuto para tratar de convencer a la gente de que jugara a todo tipo de apuestas y juegos en los que se podía ganar desde un osito de peluche a una muñeca o alguna otra basura. Mil atracciones tocaban cada una canción diferente, pero, de alguna forma, los hilos discordantes de música no sonaban tan mal cuando se unían; todo se fundía en una sola melodía extraña pero agradable. La feria era un río de sonido y Chrissy vadeaba tranquila por ella, sonriendo, feliz.

Chrissy Lampton amaba la Feria de Primavera del Condado del Carbón. Era uno de los grandes momentos del año. La feria, Navidad, Año Nuevo, el Día de Acción de Gracias, la danza de Halloween en el Club de los Alces, las Noches de Las Vegas en la iglesia St. Thomas (una en abril, una en agosto) eran los únicos días de excitación en todo el año, los únicos que valía la pena esperar en el Condado del Carbón.

Se acordó de parte de una cancioncita divertida y bastante sucia que daba vueltas por allí cuando ella estaba en la secundaria:

Los que viven aquí están todos enfermos,
el buen Condado del Carbón es un desierto,
que se vaya pronto el que tenga cerebro,
porque aquí es donde se agacha Dios
cuando se tira un pedo.

En la secundaria, Chrissy se reía mucho con esa canción. Pero ahora, a la edad todavía tierna de veintiún años, amargamente consciente de las limitaciones de su futuro en ese pueblo, no le parecía que hubiera mucho de qué reírse.

Un día, se iría a Nueva York o a Los Ángeles, a un lugar con oportunidad es. Pensaba irse apenas su caja de ahorros tuviera dinero suficiente como para sobrevivir seis meses sin trabajar. Ya tenía para cinco.

Chrissy absorbía el color, el brillo de la feria mientras caminaba.

Llegó así a las diversiones que se alzaban a los costados de la calle principal porque allí detrás esperaba encontrar lo que buscaba en unos pocos metros. Los baños para el público estaban en varios edificios color ceniza que se alzaban en el perímetro de la feria.

Cuando se apresuraba entre la multitud, un pregonero de un juego de tiro al pato la persiguió con un silbido fuerte, haciéndole un cumplido.

Ella sonrió e hizo un gesto con la mano.

Se sentía muy pero muy bien. Aunque por el momento, estaba allí, presa en el Condado del Carbón, tenía un futuro brillante, maravilloso. Sabía que tenía buen cuerpo. Y además era inteligente. Con esas cualidades podría hacerse un lugar en la gran ciudad y muy rápido, probablemente en esos primeros seis meses. Ahora era secretaria, pero eso era sólo temporario.

Otro pregonero, esta vez con una rueda de la fortuna, oyó el silbido del primero y le silbó también. Luego un tercero, y esta vez el hombre agregó unas palabras amables.

Chrissy sentía que viviría eternamente.

Allí, al frente, la cara gigantesca del payaso rió con su risa aguda desde La Casa del Terror.

La Casa del Terror, cerca del País de los Monstruos, era el borde este de la calle principal y Chrissy supuso que ahí detrás encontraría un baño. Dobló junto a la estructura grande, medio derruida, dejando el espectáculo de monstruos a la derecha y caminó a través del pasillo estrecho que había entre las dos atracciones, alejándose de la multitud, las luces y la música.

Allí, el aire ya no estaba lleno de olor a comida. Olía a madera, a grasa, a la nafta de los grandes generadores susurrantes.

Dentro de La Casa del Terror, se oía el ruido de las cadenas, los aullidos de los lobos, las risas agudas de los fantasmas, los crujidos de los duendes, las ruedas de las góndolas sobre las vías y una música de miedo que subía y bajaba de volumen, desaparecía y luego volvía con fuerza. Una muchacha gritó. Luego otra. Luego tres o cuatro a la vez.

«Son como bebés», pensó Chrissy, despectiva. «Tienen tantas ganas de asustarse, tantas ganas de aceptar esa ilusión estúpida, cualquier cosa con tal de salir aunque fuera un momento de la realidad terrible y aburrida de la vida en Coal County, Pensilvania».

Hacía una hora o dos, en la vuelta por La Casa del Terror con Bob, ella también había gritado. Ahora se sentía un poco avergonzada cuando recordaba su histeria.

Mientras pasaba sobre cables y sogas, eligiendo el camino con cuidado, se dio cuenta de que en unos años, cuando hubiera tenido la oportunidad de experimentar excitaciones de más clase y sofisticación, la feria le parecería patética y tonta en lugar de exótica y maravillosa.

Estaba casi al final del largo pasillo estrecho y el lugar era más oscuro de lo que ella había esperado.

Tropezó con un cable de electricidad.

—¡Mierda!

Recuperó el equilibrio y miró el suelo adelante con cuidado.

Había justo la luz necesaria para crear sombras impenetrables, entre negras y púrpura, a los costados.

Pensó en volver pero tenía que hacer pis y estaba segura de que por allí había un baño.

Finalmente terminó de recorrer el pasillo y se volvió en la oscuridad hacia la parte posterior de La Casa del Terror, buscando uno de esos baños iluminados y cómodos.

Casi tropezó con el hombre.

Estaba de pie en la parte de atrás de La Casa del Terror, en un pozo profundo de sombras aterciopeladas.

Chrissy casi dejó escapar un grito por la sorpresa.

No le veía la cara, pero sí vio que era grande. Muy grande. Enorme.

Un instante después de haber registrado su presencia, mientras jadeaba de la impresión, mientras calculaba y digería el tamaño gigantesco del hombre, se dio cuenta de que él había estado esperándola. Empezó a gritar.

Él la golpeó en el costado de la cabeza con una fuerza tan brutal que fue un milagro que no se le quebrara el cuello.

El alarido murió en la garganta de Chrissy. Se dejó caer de rodillas, luego de costado, en el suelo, con la mente borrosa, confusa. No podía moverse pero luchaba desesperadamente por no perder la conciencia. Tenía la mente convertida en una hoja brillante que bajaba por una luna de hielo de plata, con agua negra, muy profunda, a los costados.

Sintió que él la levantaba.

No podía resistirse, no tenía fuerzas.

Una puerta crujió con algo de ruido.

Ella obligó a sus ojos a abrirse y vio que la llevaban fuera de la noche oscura a un lugar todavía más oscuro que la noche.

Le latía el corazón con tanta fuerza que le faltaba el aire en los pulmones.

Él la dejó caer con fuerza sobre el suelo de madera.

«*¡Arriba! ¡Corre!*», se dijo a sí misma.

Pero no podía. Parecía paralizada.

Sintió crujir los goznes de la puerta cuando él la cerró de nuevo.

«*¡No puede ser! ¡Esto tiene que ser un sueño!*», pensó Chrissy.

Un cerrojo cayó en su lugar y el hombre gruñó algo que parecía satisfacción. La había encerrado con él.

Confusa, mareada, débil como un bebé pero ya no casi inconsciente, ella trató de pensar dónde estaría. La habitación era totalmente negra, sin nada de luz, como el fondo de la cueva del Diablo. El piso de madera era áspero y estaba lleno de vibraciones, del sonido débil de las máquinas.

Alguien gritó. Luego otra persona. El aire estaba partido por una risa de maníaco. La música se alzó con más fuerza. Las vibraciones del suelo se resolvieron en el ruido de las ruedas de metal sobre una vía.

Estaba en La Casa del Terror. Probablemente fuera del área del público. Detrás de la parte en la que se movían las góndolas en el interior.

Una pequeña corriente de energía entró en su cuerpo pero apenas si pudo levantar una mano para tocarse la sien golpeada. Ella hubiera creído que habría sangre pero la verdad era que la herida estaba seca. La piel estaba suave y tal vez algo lastimada pero al parecer no muy mal.

El desconocido se arrodilló en el suelo a su lado.

Ella lo oía, lo sentía, pero no lo veía. Sin embargo, incluso en ese agujero negro, se daba cuenta de su tamaño. Ese hombre era gigantesco, amenazador, terrible.

«Va a violarme», pensó. «Dios, no. Por favor. Por favor, que no lo haga».

El desconocido estaba respirando de una forma extraña. Olía.

Hacía ruidos con la nariz, como un animal. Como un perro tratando de captar su olor.

—No —dijo ella.

Él volvió a gruñir.

Bob vendría a buscarla, se dijo, tratando frenéticamente de tener esperanzas. «Bob va a venir, tiene que venir, tiene que venir y salvarme, el viejo Bob, sí, por favor, Dios, por favor».

Estaba dejándose llevar por un pánico cada vez mayor a medida que se le aclaraba la cabeza y el peligro en que estaba se le hacía más y más evidente.

El desconocido le tocó el muslo.

Ella trató de apartarse.

Él la retuvo.

Ella estaba jadeando, temblando. La parálisis temporaria que había sufrido desapareció; sus miembros se despertaron. De pronto, sintió el dolor del golpe que había sufrido en la sien hacía unos minutos.

El desconocido movió la mano hasta el vientre y los senos y le abrió la blusa.

Ella gritó.

Él le dio un bofetón que casi le arrancó los dientes.

Ella se dio cuenta de que no tenía sentido pedir ayuda a gritos. No en La Casa del Terror. Si la gente la oía por encima de la música, los aullidos y las grabaciones de las voces de los fantasmas y los monstruos, pensaría que era otra de esas chicas que buscan excitación y disfrutan gritando frente a un pirata falso o a un vampiro absurdo.

El hombre le destrozó el corpiño.

Ella no podía con él físicamente pero tenía algo de fuerza y no pensaba quedarse allí, esperando que él la tomara, así que se resistió. Buscó las manos de él, las tomó en la oscuridad para alejarlas de sí. Descubrió que no eran manos comunes. No eran las manos de un hombre. No exactamente. Eran… diferentes.

«*Dios, Dios…*».

Se dio cuenta de que había dos óvalos verdes en la oscuridad. Dos puntos suaves y brillantes, verdes. Mutando sobre ella.

Ojos.

Estaba mirando al desconocido a los ojos.

«*¿Qué clase de hombre tiene ojos que brillan en la oscuridad?*».

Bob Drew se quedó de pie junto a la calesita con una manzana azucarada en cada mano, esperando a Chrissy. Después de cinco minutos, empezó a comerse la suya. Después de diez, se impacientó y caminó de un lado a otro sin apartarse mucho del lugar. Después de quince, se sintió muy enojado con Chrissy. Era una chica maravillosa, divertida como compañera pero a veces era superficial y muy desconsiderada.

Después de veinte minutos, el enojo empezó a convertirse en una preocupación leve. Un rato más tarde, se preocupó en serio. Tal vez Chrissy se había descompuesto. Era extraordinario que *no* se hubiera descompuesto antes con toda la basura que había comido. Además, en un lugar como ése, uno nunca podía estar seguro de la limpieza ni de la frescura de la comida. Tal vez había comido una salchicha en mal estado o alguna porquería con la salsa.

Pensando en eso, empezó a sentirse mal él también. Miró la manzana que tenía a medio comer y finalmente la dejó caer en un tacho de basura.

Quería encontrar a Chrissy y asegurarse de que ella estaba bien, pero no pensaba que ella se pusiera muy contenta de verlo mientras tenía el aliento lleno de olor a vómito. Si se había descompuesto en el baño, necesitaría tiempo para refrescarse, arreglarse la pintura y recomponerse.

Después de veinticinco minutos, dejó caer la manzana de Chrissy en el tacho donde había dejado la suya.

Media hora después de la cita, aburrido por los caballos de galope eterno y las estacas que subían y bajaban, cada vez más preocupado por Chrissy, decidió ir a buscarla. La había visto alejarse caminando admirando sus nalgas redondas y sus tobillos bien formados. Luego ella se desvaneció en la multitud. Un minuto o dos más tarde, le pareció ver su cabeza rubia abandonando la calle principal cerca de La Casa del Terror. Por eso decidió ir a buscarla allí primero.

Entre La Casa del Terror y el espectáculo de los monstruos, un caminito de apenas un metro y medio de ancho llevaba a un espacio abierto detrás de los puestos, la frontera de la feria, donde estaban

los baños. Hacia el final del pasillo, las sombras eran tan oscuras y espesas que parecían tangibles, como cortinas oscuras y la noche estaba sorprendentemente solitaria, sobre todo si uno pensaba que la calle principal, llena de gente, quedaba sólo a veinte metros.

Tratando de ver entre las sombras, inquieto ahora, Bob se preguntó si Chrissy no se habría encontrado con un problema un poco peor que un estómago revuelto. Era una chica *muy* linda, y en esos días, con tanta gente sin respeto por la ley, había más que algunos dando vueltas a quienes no les parecía mal tomar lo que querían de una chica linda, lo quisiera ella o no. Bob suponía que había más hombres así dentro de una feria que fuera de ella, en el mundo real.

Con más y más dudas y miedo a cada paso, llegó al final del camino y entró en el área abierta detrás de La Casa del Terror. Miró a la derecha, a la izquierda y vio el baño. Estaba a unos sesenta metros, rectangular, fabricado con bloques de cemento gris, flotando en el medio de una laguna de luz amarilla y clara, con los bordes bien marcados. No veía toda la estructura, claro, sólo la tercera parte, porque había una hilera de camiones de la feria estacionados en el espacio que lo separaba de ese lugar con luz. En ese espacio, la oscuridad era todavía más profunda, los camiones eran sólo perfiles amenazadores y lo hicieron pensar en bestias primitivas que lo acechaban.

Dio sólo dos pasos hacia ese baño antes de pisar algo que lo hizo tambalearse. Cuando recuperó el equilibrio, se agachó para levantar el objeto.

Era la cartera roja de Chrissy.

El corazón de Bob Drew empezó a hundirse en un pozo sin fondo.

Al final de La Casa del Terror, en el frente, del lado que daba a la calle principal, la cara gigantesca del payaso destrozó la noche con su risa quebradiza y dura como el fuego de metralla.

La boca de Bob se había secado de pronto. Tragó con fuerza, tratando de conseguir algo de saliva de los labios y las encías.

—¿Chrissy?

Ella no contestaba.

—Chrissy, por el amor de Dios, ¿estás ahí?

Una puerta crujió sobre goznes antiguos y mal cuidados. Detrás

de Bob.

La música y los gritos de La Casa del Terror crecieron con fuerza cuando la puerta se abrió.

Bob se volvió hacia el ruido. Sentía algo que no sentía hacía años, no desde que, de chiquillo, se había quedado solo en un dormitorio oscuro con la convicción terrorífica de que una criatura espantosa lo miraba desde el armario.

Vio una selva de sombras inmóviles, todas menos una. Ésa se movía con rapidez. Vino directamente hacia él. Sintió que lo dominaban poderosas manos de sombras.

—No.

Bob voló hacia la pared trasera de La Casa del Terror con una fuerza tan increíble que se quedó sin aire, se le dobló la cabeza hacia atrás y se le golpeó el cráneo contra la madera. Tratando de aplacar el ardor increíble que sentía en los pulmones, sorbió con fuerza el aire de la noche; estaba frío contra los dientes.

La sombra se alzó sobre él de nuevo.

No se movía como un hombre.

Bob vio unos ojos verdes, brillantes.

Levantó un brazo para protegerse la cara, pero el que lo atacaba golpeó más abajo. Bob recibió el golpe de un martillo en el estómago. Por lo menos, por un instante breve y optimista, pensó que le habían dado un golpe. Pero la cosa de sombras no lo había golpeado con el puño. No era nada limpio como eso. La cosa lo había cortado. Estaba muy cortado. Una sensación húmeda, asquerosa, como si estuviera deslizándose y disolviéndose en el aire se desenredó en su cabeza. Atónito, se puso una mano temblorosa sobre el vientre y tuvo arcadas cuando descubrió con horror el tamaño de la herida.

¡Dios mío! Me abrió en dos, en dos; tengo los intestinos afuera…

La sombra retrocedió, agachada, mirándolo, oliendo el aire y haciendo ruidos como los que hace un perro aunque era demasiado grande para ser un perro.

Gimoteando en medio de la histeria, Bob Drew trató de sostener sus intestinos dentro de su cuerpo. Si salían, no habría oportunidad de que lo cosieran, de que lo devolvieran a la salud.

La cosa de sombras siseó contra él.

Bob estaba demasiado impresionado para sentir más que un leve

rastro de dolor, pero un velo rojo le cubría la mirada. Tenía las piernas flojas. De pronto sintió que se le evaporaban en el aire. Se inclinó contra la pared de La Casa del Terror, consciente de que tenía pocas oportunidades de sobrevivir aunque permaneciera de pie pero muy consciente de que no tendría ninguna si caía. Su única esperanza era mantenerse. Llegara un lugar en el que pudiera llamar a un doctor. Tal vez podrían coserlo. Tal vez podrían volver a poner cada cosa en su lugar e impedir una peritonitis. Era poco probable… Muy poco probable… Pero tal vez… si no caía… No podía permitirse caer. No debía caer. No se caería.

Cayó.

Los de la feria la llamaban «noche del cambio de piel» y la esperaban con el verdadero espíritu de los gitanos. La última noche de cada compromiso. La noche en que todo se guardaba. La noche en que se empacaba todo y se preparaba la partida hacia la próxima ciudad. La feria se deshacía del lugar en el que había estado como una serpiente que deja una piel muerta, sucia, despreciada.

Para Conrad Straker, la noche del cambio de piel era la mejor noche de la semana porque seguía esperando, a pesar de todo, que en la ciudad siguiente encontraría a Ellen y a sus hijos.

A la una y media de la madrugada, abandonaron el predio los últimos clientes del Coal County, en Pensilvania. Antes de que se fueran, algunos fragmentos de los espectáculos y puestos empezaron a desaparecer ya aunque la mayor parte del trabajo estaba por delante todavía.

Conrad, que tenía dos concesiones chicas además de la enorme Casa del Terror, ya se había ocupado de ellas. Una era un puesto de juegos que había desarmado y doblado a eso de la una. El otro era uno de «atrapar», así llamado porque se servía comida en un lugar que no tenía ni sillas, para que los clientes se sentaran y «atraparan» la comida y se la comieran como al vuelo. Había cerrado eso todavía antes, a eso de la medianoche.

Ahora, en la noche fresca de mediados de mayo, trabajaba en La Casa del Terror con Gunther, Fantasma, sus otros empleados de tiempo completo, un par de obreros del lugar que querían ganarse cuarenta dólares cada uno y un par de independientes que viajaban

con la feria. Desarmaron la casa y la cargaron en dos enormes camiones que la llevarían hasta la próxima ciudad.

Como La Casa del Terror de Conrad tenía todo el derecho al título de la más grande del mundo, como ofrecía verdaderos sustos a los clientes por su dinero y la vuelta era lo bastante larga y oscura como para que los adolescentes les sacaran unos cuantos sentimientos a sus chicas, era una concesión popular y cómoda. Él había pasado muchos años agregándole atracciones y poniéndole dinero encima: la había dejado crecer orgánicamente hasta convertirla en la mejor atracción de su tipo sobre la Tierra y estaba orgulloso de su creación.

De todos modos, cada vez que había que levantarla y desarmarla, Conrad la odiaba con una pasión que la mayor parte de los seres humanos no podrían sentir hacia ninguna cosa inanimada excepto, tal vez, una computadora empecinada o una expendedora de bebidas demasiado burlona. Aunque La Casa del Terror estaba muy bien diseñada —una maravilla genuina de construcción prefabricada, fácil de desarmar— convertirla en dos camiones era algo que en la mente de Conrad se equiparaba con las hazañas más arduas y espectaculares de los constructores de las pirámides en Egipto.

Conrad y sus doce hombres trabajaron como hormigas en la estructura durante más de dos horas, iluminados por las luces grandes y poderosas de los generadores de la calle principal. Bajaron y desmantelaron la gigantesca cara del payaso, sacaron líneas de luces de colores, enrollaron unos cuantos cientos de metros de cables de acero. Sacaron el techo de tela y lo plegaron. Gruñendo, sudando, desconectaron y guardaron las vías de las góndolas. Desconectaron los fantasmas, duendes y asesinos con hachas que habían aterrorizado a miles de clientes y envolvieron las figuras animadas en mantas y varias capas de protección y cuidado para el viaje. Deshicieron las paredes de paneles de madera, desarmaron vigas y abrazaderas, levantaron planchas del piso, se rasparon los nudillos, plegaron la boletería, tragaron latas y latas de gaseosas y empacaron generadores y transformadores y un enredo de maquinaria en los camiones, controlados cada tanto por Max Freed, uno de los asistentes.

Max, supervisor de transporte de la compañía, Big American

Midway Shows, Grandes Espectáculos Ambulantes de los Estados Unidos, que sus empleados y viajeros llamaban BAM, supervisó el desarme y la carga de la gran calle central. Junto con la famosa organización James Strates, BAM era la feria más grande del mundo. No era una de esas feriuchas tontas, deprimentes y harapientas que viajan sólo en un radio de cuarenta kilómetros. BAM viajaba en el ferrocarril y en más de sesenta camiones enormes. Aunque parte del equipo pertenecía a los concesionarios particulares, no a BAM, todos los camiones tenían que pasar y aprobar la supervisión de Max Freed, porque la compañía de la feria era la que recibía el golpe de cualquier mala publicidad si uno de sus vehículos era menos seguro de lo previsto o causaba un accidente en una ruta.

Mientras Conrad y sus hombres desmantelaban La Casa del Terror, unos doscientos hombres más trabajaban en lo suyo: concesionarios, entrenadores de animales, pregoneros, independientes, mecánicos, cocineros de puestos, chicas de los espectáculos picantes, enanos de todo tipo, hasta los elefantes. Excepto los hombres que manejarían los camiones en unas horas y que ahora dormían tranquilamente, nadie podía dar la noche por terminada hasta que su parte de la feria se hubiera convertido en un bulto y estuviera lista para volver al camino.

Desarmaron la Vuelta al Mundo. Desmantelada en parte, parecía un par de mandíbulas gigantes, aserradas que mordieran el cielo.

Otros puestos hacían lo mismo. La calesita, los elefantitos voladores, la montaña rusa. Máquinas mágicas de diversión, todas encerradas en una máscara de camiones grasientos, polvorientos, de aspecto común.

En un minuto las carpas temblaron en el aire como sábanas de lluvia oscura. Y en el otro, estaban ya encogidas en paquetes negros, quietos, callados.

Las imágenes grotescas de las banderas que anunciaban el espectáculo de los monstruos —todas pintadas por el renombrado artista de las ferias, David «Mordisco» Wyatt— temblaron y se retorcieron entre sus anclas. Algunas de las telas más grandes mostraban las caras extrañas, mutantes de algunas de las rarezas que vivían y se ganaban la vida en el País de los Monstruos, y que en ese momento parecían guiñar el ojo, hacer muecas y burlarse en el viento de los hombres de la feria que trabajaban por debajo.

Luego se soltaron las cuerdas, crujieron las poleas y las banderas se deslizaron hacia abajo sobre sus postes camino a la plataforma del pregonero, donde las enrollaron y las guardaron, pesadillas en tubos de cartón.

A las cinco y treinta de la mañana, agotado, Conrad revisó el lugar en el que había estado La Casa del Terror y decidió que finalmente podía irse a la cama. Todo estaba en su lugar. Quedaban algunos aparatos para guardar, pero era trabajo para media hora y podía dejárselo a Fantasma, a Gunther y uno o dos más. Pagó a los obreros locales y a los independientes de la feria. Dio instrucciones a Fantasma para que supervisara el resto del trabajo y obtuviera la aprobación final de Max Freed y le dijo a Gunther que hiciera exactamente lo que le dijera Fantasma. Pagó un adelanto del salario a los dos independientes de ojos descansados que después de una buena siesta estaban listos para llevar los camiones a Campo Lindo, Pensilvania, la próxima ciudad. Conrad los seguiría después en su Travelmaster de más de seis metros. Y finalmente, con todos los músculos destrozados, caminó lentamente hacia su casa rodante —estacionada entre unos doscientos vehículos similares— en la parte de atrás de la feria, hacia el oeste.

Cuanto más se acercaba al Travelmaster, tanto más despacio caminaba. Se retrasaba. Se tomó tiempo para mirar la noche. Era tranquila, serena. La brisa había partido y el aire estaba extrañamente quieto. El amanecer estaba cerca aunque todavía no había luz en el este. Antes, había habido Luna pero se había puesto detrás de las montañas no hacía mucho. Ahora solamente había unas nubes rápidas, algo fosforescentes, sedosas y negras, contra un cielo más negro, más azul todavía. Conrad se quedó de pie en la puerta de su casa rodante y respiró varias veces el aire refrescante, vigoroso, sin ganas de entrar, con miedo de lo que podía encontrar detrás de la puerta.

Finalmente, no pudo seguir retrasándolo. Se preparó para lo peor, abrió la puerta, entró en el Travelmaster y encendió las luces.

No había nadie allí. La cocina estaba desierta y también el área de dormitorios, más atrás.

Conrad caminó hasta la parte de atrás del compartimento principal y se detuvo, temblando, luego deslizó la puerta corrediza del dormitorio grande. Encendió la luz con un gesto decidido y

fuerte.

La cama todavía estaba hecha, tal como la había dejado el día anterior. No había una mujer muerta en medio del colchón, que era lo que él había esperado encontrar.

Suspiró, aliviado.

Había pasado una semana desde la última. Seguramente encontraría otra muy pronto. Estaba seguro de eso, amargamente seguro. La necesidad de violar, matar y mutilar venía en intervalos de una semana ahora, mucho más frecuentemente que antes. Pero aparentemente no había sido esa noche.

Sintiéndose apenas mejor, entró en el bañito para darse una ducha caliente y rápida antes de irse a dormir y la bañadera estaba llena de sangre. Las toallas tenían manchas oscuras; estaban empapadas, en un pila sucia en el suelo.

Así que sí había pasado.

En la jabonera, una torta de espuma se hundía en una laguna resbalosa, marrón de sangre.

Durante un minuto entero, Conrad se quedó de pie junto a la puerta, mirando la ducha con aprensión. La cortina estaba corrida. Sabía que tenía que abrirla y ver qué había del otro lado, pero tenía miedo de hacerlo.

Cerró los ojos y se inclinó sobre la puerta, cansado, una pausa para recuperar la fuerza que hacía falta para hacer lo que había que hacer.

Dos veces ya había encontrado algo esperándolo en la ducha. Algo desgarrado, aplastado, roto y masticado. Algo que una vez había sido un ser humano vivo pero ya no lo era.

Oyó la cortina de la ducha que crujía sobre sus aros de metal: *sniqueti, sniqueti, snic*.

Abrió los ojos.

La cortina seguía cerrada. Colgaba suelta, sin movimiento. Solamente se había imaginado el sonido.

Soltó el aire en un suspiro de alivio.

«Vamos, hazlo de una vez», se dijo a sí mismo, enojado.

Se mojó los labios con la lengua, nervioso, empujó la puerta para separarse de ella y fue hasta la ducha. Tomó la cortina con una mano y la apartó.

Nada.

Por lo menos, esta vez Gunther se había ocupado del cuerpo. Se sentía agradecido por eso. Ocuparse de los restos asquerosos que quedaban era una tarea que Conrad odiaba cada día más.

Claro que iba a tener que saber qué había hecho con el último cadáver. Si no lo había llevado lejos de la feria, para que la policía no sospechara, tendría que ir él en persona y cambiarlo de lugar.

Se volvió para alejarse de la ducha y empezó a limpiar el baño.

Quince minutos después, con la garganta ardiendo y muy necesitada de un trago, buscó un vaso, una cubetera de hielo y una botella de Johnny Walker de la cocina. Los llevó al dormitorio principal, se sentó en la cama y se sirvió una buena medida de escocés. Se sentó, apoyado sobre tres almohadas, y tomó el *whisky*, tratando de conseguir un estado de calma que por lo menos le permitiera sostener el vaso sin que el hielo hiciera ruido todo el tiempo.

Había una copia mimeografiada de los compromisos de BAM sobre la mesa de luz. Estaba casi transparente por el uso. Conrad la levantó.

Desde principios de noviembre hasta mediados de abril, BAM cerraba por la temporada baja, como muchas otras ferias. La mayoría de los que trabajaban en ella, gente ambulante y movediza, pasaba el invierno en Gibsonton, Florida, conocida como Gibtown entre ellos, donde habían creado una comunidad sedentaria de su propio tipo, una especie de Shangri-La de los hombres y mujeres de la feria, un retiro, un lugar donde la mujer barbuda y el hombre de tres ojos podían reunirse a tomar algo en el bar del vecindario sin que nadie los mirara fijo. Pero desde abril hasta octubre, BAM viajaba todo el tiempo, una nueva ciudad cada siete días, levantando sus frágiles raíces seis días después.

Mientras tomaba su escocés, Conrad Straker leyó el papel lentamente, dejando que sus ojos se detuvieran en cada línea, saboreando los nombres de las ciudades, tratando de ver algo en ellas, tratando de pensar en qué suburbio podría encontrarse por fin con los hijos de Ellen.

Esperaba que tuviera por lo menos una hija. Tenía planes para su hijo si lo tenía, pero los planes para la hija eran especiales.

Gradualmente, a medida que bebía, sintió que el *whisky* surtía el efecto deseado. Pero como siempre, los nombres de las ciudades de

la estación le afirmaban los nervios mucho más que lo que había en el vaso.

Por fin, dejó la lista a un costado y levantó la vista hacia el crucifijo que había colgado sobre la pared a los pies de la cama. Colgaba cabeza abajo. Y la cara sufriente de Cristo estaba cuidadosamente pintada de negro.

Una vela votiva en un vaso transparente iluminaba la mesa de noche. Conrad la mantenía encendida todo el tiempo. La vela era negra y la cera producía una llama extraña, oscura.

Conrad Straker era un hombre devoto. Decía sus plegarias noche tras noche. Pero no le rezaba a Jesús.

Se había convertido a una religión satánica hacía veintidós años, no mucho después de su divorcio de Zena. Contemplaba la idea de la muerte con placer, anticipaba ansiosamente su descenso al Averno. Sabía que ése era su destino. Su hogar. No tenía miedo. Allí sería feliz, el favorito de Satán. Él pertenecía al Averno. Era su hogar. Después de todo, después de aquella Navidad feroz a los doce años, había vivido en una especie de infierno día y noche, noche y día, sin alivio.

La puerta del Travelmaster se abrió de pronto y el tráiler se hamacó para recibir al otro habitante de la casa. Luego, la puerta se cerró con un portazo.

—¡Ya volví! —dijo Conrad, sin preocuparse por levantarse de la cama.

No hubo respuesta, pero él sabía quién estaba allí.

—Dejaste el baño hecho un lío cuando limpiaste —gritó Conrad.

Unos pasos muy pesados se le acercaron.

El domingo siguiente, un hombre llamado David Clippert[6] y un perro llamado Alce caminaban por el arroyo de las colinas del Coal County, a tres kilómetros del lugar en el que había estado la feria.

A eso de las cuatro, cuando cruzaban una colina verde, Alce, que recorría el terreno adelante de su amo, encontró algo que le pareció sumamente interesante en unos arbustos. Corrió alrededor en círculos, en el pasto, sin entrar en la parte sombreada, pero fascinado por lo que fuera que hubiera visto allí dentro. Ladró varias veces, se detuvo a oler algo, luego volvió a sus carreras en

círculos y ladró con fuerza para anunciar su descubrimiento.

Veinte metros atrás de su perro, David no veía de qué se trataba el asunto. Pero tenía una idea bastante clara. Seguramente era una bandada de mariposas que recorrían el lugar de un lado a otro. O tal vez una lagartijita que se había quedado inmóvil en una rama pero sin poder evadir los ojos agudos de Alce. O quizá, como mucho, un ratón de campo. Alce no se hubiera acercado tanto a nada más grande que eso. Era un setter irlandés grande, sedoso, fuerte, amigable y bueno de corazón, pero cobarde. Si hubiera encontrado una serpiente, o un zorro o incluso un conejo, se habría retirado corriendo con la cola entre las patas.

Cuando vio que David se acercaba a los arbustos que le llegaban a la cintura, sobre todo zarzas y algodoncillos, Alce empezó a retroceder hacia él, gimiendo suavemente.

—¿Qué te pasa, muchacho?

El perro se quedó quieto a unos cuatro o cinco metros de su hallazgo, mirándolo todo el tiempo y gimiendo.

«Qué raro», pensó David, frunciendo el ceño. Alce no solía hacer eso.

No era lógico que estuviera asustado de una mariposa ni de una lagartija. Una vez que ese grandote ponía su atención en una presa como ésa, era una adversario formidable, absolutamente feroz, indómito.

Unos segundos después, cuando David llegó a los arbustos y vio lo que había llamado la atención del perro, se detuvo como si hubiera tropezado con un muro de ladrillos.

—¡Dios!

Se hubiera dicho que un gran río de aire polar había cambiado de curso en el cielo porque la tibia tarde de mayo se puso fría, de pronto, fría hasta congelarle la sangre.

Había dos cadáveres, uno de un hombre y uno de una mujer, esparcidos entre los arbustos, apoyados en una posición casi de sentados entre las ramas de zarza. Los dos miraban hacia arriba, los brazos muy abiertos, casi como si los hubieran crucificado en esas ramas espinosas. El hombre tenía las entrañas afuera.

David tembló, pero no dejó de mirar. En la década del 60 había sido médico de batalla en Vietnam. Dos turnos en la guerra. Luego lo hirieron y lo enviaron a casa. Había visto heridas de toda clase,

estómagos abiertos por balas, bayonetas, y la metralla de las minas. Estaba acostumbrado.

Pero cuando miró otra vez a la mujer, cuando vio lo que le habían hecho, no pudo retener un grito, se volvió, caminó unos pasos hacia el pasto, se dejó caer de rodillas y vomitó violentamente, muchas veces.

5

La Zambullida era *el* lugar de adolescentes en Ciudad Real. Estaba sobre la calle principal, a cuatro cuadras de la secundaria. Amy pensaba que no tenía nada especial. Un restorán de minutas. Diez mesas con mantel de plástico. Ocho reservados de cuerina roja y brillante. Un tocadiscos de fichas. Eso era todo. Nada lujoso. Amy suponía que había un millón de lugares así en el condado. Conocía otros cuatro en la pequeña Ciudad Real. Pero por alguna razón misteriosa, tal vez instinto gregario, tal vez porque el nombre sonaba a establecimiento de mala calidad, el tipo de lugar que sus padres nunca aprobarían, los adolescentes de Ciudad Real se congregaban en La Zambullida más que en ninguna otra parte.

Amy había sido camarera en La Zambullida en los dos veranos anteriores y pensaba trabajar allí otra vez por tiempo completo desde del primero de junio hasta que abriera la universidad en septiembre. También había trabajado los fines de semana y los feriados durante el año escolar. Sacaba una pequeña mensualidad de su salario, apenas suficiente para dinero de bolsillo y el resto iba directamente a su caja de ahorros para la universidad.

El domingo que siguió al baile de promoción, Amy trabajó desde el mediodía hasta las seis. La Zambullida estaba más llena que de costumbre. A las cuatro de la tarde Amy ya se sentía agotada. A las cinco le sorprendía tener la capacidad para seguir de pie. A medida que se acercaba el cambio de horario, se descubrió mirando el gran reloj cada cinco minutos, deseando que las manecillas se movieran más rápido, más rápido.

Se preguntó si esa falta de energía tan poco característica era algo que venía con el embarazo. Probablemente. Una parte de su fuerza iba para el bebé. Incluso ahora, tan temprano en la gestación, el bebé tenía que tener algún efecto sobre ella. ¿No era así acaso?

Apenas pensó en el embarazo, se deprimió. Y cuando se deprimió, le pareció que el tiempo pasaba todavía más despacio.

Unos minutos antes de la seis, Liz Duncan entró en La Zambullida. Estaba espléndida. Se había puesto pantalones franceses bien ajustados y un suéter malva y azul que daba la impresión de haber sido tejido directamente sobre su cuerpo. Era una rubia bonita con una figura excelente. Amy vio que todos los muchachos de la habitación levantaban la vista para mirarla.

Liz estaba sola en ese momento, entre un novio y otro de la hilera incansable de sus acompañantes. Siempre estaba entre un novio y otro pero nunca demasiado tiempo. Pasaba de un tipo a otro como Amy de una caja de pañuelos de papel a otra. La noche anterior había ido al baile de egresados con un acompañante de una sola noche. A Amy le parecía que todas las relaciones de Liz eran de una sola noche, siempre, aunque duraran un mes o dos. Liz no quería que duraran. A diferencia de otras chicas de la secundaria, la idea de intercambiar anillos y salir con un solo tipo la repelía. Le gustaba la variedad y parecía vivir de la falta de permanencia. Era la Chica Mala de la promoción y algunas de sus hazañas eran legendarias entre sus compañeras. No daba absolutamente ninguna importancia a lo que otros pudieran pensar de ella.

Amy estaba tirando dos balones de cerveza del barril cuando Liz se apoyó en la barra y dijo:

—Hola, nena, ¿cómo te va?

—Estoy molida —dijo Amy.

—¿Cuándo sales?

—Cinco minutos.

—¿Tienes algo que hacer después?

—No. Me alegro de que vinieras. Tengo que hablar contigo.

—Suena misterioso.

—Es importante —dijo Amy.

—¿Te parece que la casa nos puede invitar unas cocas?

—Claro. Hay un reservado vacío por allá. Siéntate y enseguida voy para allá.

Unos minutos después, Amy trajo las cocas al reservado y se sentó frente a Liz.

—¿Qué pasa? —preguntó Liz.

Amy revolvió la coca con una pajita.

—Bueno… es que necesito…

—¿Sí?

—Necesito… dinero…

—No hay problema. Te doy diez. ¿Está bien?

—Liz, necesito por lo menos trescientos o cuatrocientos. Probablemente más.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Dios. Amy, ya sabes cómo soy. Cuando se trata de dinero, mis manos se me ponen resbalosas. Se me va entre los dedos. No puedo evitarlo. Mis padres me dan bastante cuando les pido y para cuando me doy cuenta, zas, si tengo diez es un milagro. Te los puedo prestar. Pero trescientos o cuatrocientos…

Amy suspiró y asintió.

—Sí, sabía que dirías eso.

—Eh, si tuviera te los daría.

—Ya lo sé.

Tal vez Liz no fuera muy buena en otros sentidos, pero sí podía decirse que no era una avara.

—¿Y tus ahorros? —le preguntó a Amy.

Amy meneó la cabeza.

—No puedo tocar la caja de ahorro sin aprobación de mamá. Y espero que no descubra esto.

—¿Que no descubra qué? ¿Para qué quieres todo eso?

Amy empezó a hablar pero la voz se le trabó en la garganta. No quería revelar su horrendo secreto ni siquiera a Liz. Tomó un trago de coca mientras ganaba tiempo para volver a pensar si era lógico o no contarle su desgracia a su amiga.

—¿Amy?

La Zambullida estallaba de ruido: juegos de fichas que crujían, sonaban como timbres, hacían estallar alarmas y avisos; música de rock en el tocadiscos; un murmullo de voces; risas bruscas.

—Amy, ¿qué es lo que pasa?

Amy dijo con la cara roja:

—Supongo que… es ridículo… sí… pero no puedo… no puedo… me da vergüenza decírtelo.

—Claro que es ridículo. A mí me puedes decir cualquier cosa. Soy tu mejor amiga, ¿no?

—Sí.

Y era cierto. Liz Duncan era su mejor amiga. En realidad, era casi su única amiga. No pasaba mucho tiempo con otras chicas de su edad, pero sí con Liz y eso era extraño si uno lo pensaba bien. Ella y Liz eran tan distintas… Amy estudiaba mucho y le iba bien en la escuela; a Liz la escuela le importaba un comino. Amy quería ir a la universidad; Liz se ponía nerviosa de sólo pensarlo. Amy era introvertida, casi tímida a veces; Liz era atrevida, directa, hasta agresiva. A Amy le gustaban los libros; Liz prefería las películas y las revistas de fanáticos de Hollywood. A pesar de que Amy estaba en rebeldía contra el fervor religioso excesivo de su madre, seguía creyendo en Dios; pero Liz decía que el concepto de Dios y la vida después de la muerte eran una estupidez. A Amy no le gustaba mucho el alcohol ni tampoco las drogas y los usaba sólo cuando quería conformar a Liz; Liz decía que si había un Dios —y le aseguraba a Amy que eso no era así— la única razón por la que habría que adorarlo era porque había creado el licor y la marihuana. Aunque las dos diferían en muchas cosas, su amistad seguía adelante a pesar de todo. La razón principal era que Amy se preocupaba mucho por eso. Hacía casi todo lo que Liz quería que hiciera, decía lo que le parecía que iba a gustarle a su amiga. Nunca la criticaba, siempre le llevaba la corriente, se reía de sus chistes y casi siempre estaba de acuerdo con sus opiniones. Había puesto una enorme energía y mucho tiempo en esa relación, pero nunca se había detenido a preguntarse la razón por la que sentía que era tan importante ser la mejor amiga de Liz Duncan.

La noche anterior, en la cama, se preguntó si inconscientemente su intención había sido que Jerry Galloway la embarazara para molestar a su madre. Era una idea sorprendente y nueva. Ahora se preguntaba si estaba manteniendo una amistad con Liz Duncan por la misma razón retorcida. Liz tenía la peor reputación de la escuela (y le encantaba tenerla); era boca sucia, irreverente y promiscua. Estar con ella tal vez era sólo un acto de rebelión más contra los valores tradicionales y la moral de mamá.

Como antes, Amy se perturbó por la idea de que tal vez estaba arruinando su propio futuro sólo para causarle un dolor a su madre. Si era verdad, entonces el resentimiento y la furia que sentía contra su madre era mucho más profundo, más oscuro de lo que ella

misma pensaba. También significaba que no estaba controlando su propia vida; significaba que estaba motivada por un odio negro y una amargura corruptora que estaban más allá de todo control. Esas ideas la pusieron tan nerviosa que se negó a reflexionar sobre ellas. Las sacó de su mente apenas pudo.

—¿Y? —dijo Liz—. ¿Vas a decirme qué está pasando o no?

Amy parpadeó.

—Ah… bueno… rompí con Jerry.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Después que te fuiste? ¿Por qué?

—Es un hijo de puta, un estúpido, un malvado.

—Siempre lo fue —dijo Liz—. Y antes no te molestaba. ¿Por qué ahora sí, así de pronto? ¿Y qué tiene que ver eso con trescientos o cuatrocientos dólares?

Amy miró alrededor. Tenía miedo de que alguien oyera lo que estaba por decir. Estaban en el último reservado así que más atrás no había nadie. Del otro lado, más allá de Liz, cuatro futbolistas competían con gritos y pulseadas. En la mesa más cercana, dos parejas de estilo intelectual discutían con intensidad las últimas películas; las llamaban «films» y hablaban de «autores» como si trabajaran en Hollywood desde hacía años y supieran de qué se trataba todo eso. Nadie la escuchaba.

Miró a Liz.

—Últimamente me descompongo de mañana.

Liz entendió inmediatamente.

—Ay, Dios. ¿Cuándo tuviste tu última menstruación?

—No la tuve.

—Mierda.

—Ya te das cuenta de para qué necesito el dinero.

—Un aborto —dijo Liz, en voz baja—. ¿Se lo dijiste a Jerry?

—Y por eso rompimos. Dice que no es de él. No quiere ayudarme.

—Hijo de puta. Ése es una mierda.

—No sé lo que voy a hacer.

—¡Mierda! —dijo Liz—. Ojalá hubieras ido al doctor y conseguido la píldora. Ojalá me hubieras hecho caso.

—Tenía miedo de la píldora. Te cuentan todo eso del cáncer y

los aneurismas…

—Apenas tenga veintiuno —afirmó Liz—, voy a hacerme una operación. Pero mientras tanto, la píldora es esencial. ¿Qué es peor, el riesgo de un aneurisma o algo así, o que te hagan un lindo bebé adentro?

—Tienes razón —dijo Amy con la voz temblorosa—. No sé por qué no te hice caso.

Pero tal vez sí lo sé, tal vez fue porque quería quedarme embarazada y no lo sabía.

Liz se inclinó hacia ella.

—Por Dios, nena, lo lamento. Lo lamento tanto… Me hace sentir mal, me siento mal porque estás metida en este brete.

—Entonces, ya puedes imaginarte cómo me siento yo…

—¡Dios, qué porquería de situación!

—No sé lo que voy a hacer —dijo Amy.

—Yo te digo lo que vas a hacer —le dijo Liz—. Vas a irte a casa y decírselo a tu vieja y a tu viejo.

—Claro que no. No podría. Me da miedo.

—Mira, sé que no va a ser nada lindo. Gritos, aullidos y pataleos, insultos y lo demás. Van a cargarte con kilos y kilos de culpa, nena. Un desastre, sí, un rato muy feo. Pero no van a pegarte ni a matarte.

—Mi mamá es capaz.

—No seas tonta. La vieja esa puede volverse loca y tirarse de los pelos y hacerte sentir una mierda durante un tiempo. Pero no perdamos de vista lo importante, ¿eh? Lo importante es llevar ese culito tuyo a una clínica y hacerte raspar ese bebé cuanto antes.

Amy hizo una mueca por la forma de hablar de su amiga.

—Lo único que tienes que hacer —siguió Liz— es apretar los dientes, sentarte y aguantar los gritos, y te van a pagar el aborto.

—No. Te olvidas de algo. Mi familia es católica. Creen que el aborto es un pecado.

—Tal vez crean que es un pecado, pero no van a obligar a una jovencita a arruinarse la vida tan temprano. Los católicos abortan todo el tiempo, te lo aseguro, a pesar de lo que dicen en público.

—Estoy segura de que debe de ser así. Pero mi madre es muy devota. No va a aceptarlo.

—¿Estás segura de que va a querer vivir con la vergüenza de un

nieto ilegítimo creciendo ahí, en su propia casa?

—Para lastimarme… y sobre todo para enseñarme una lección… sí.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Se sentaron en un silencio amargo durante un rato.

En el tocadiscos, Donna Summer estaba cantando sobre el precio que había tenido que pagar por el amor.

De pronto, Liz golpeó sobre la mesa.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—Hasta los católicos aprueban un aborto si la vida de la madre está en peligro, ¿verdad?

—No todos los católicos. Sólo los más progresistas. Si no son de ésos, ni siquiera.

—Y tu vieja no es progresista…

—No lo creo.

—Pero tu papá es mejor, ¿no es así? ¿Por lo menos en cuanto a la religión?

—No es tan fanático como mamá… Tal vez esté de acuerdo con un aborto si realmente piensa que el bebé puede destruirme.

—De acuerdo. Entonces, hazle pensar que está destruyendo tu salud mental. ¿Entiendes? Te pones suicida. Amenazas con matarte si no te dejan hacerte el aborto. Actúas como si estuvieras medio loca. Histérica. Irracional. Gritas y lloras y después no dices nada y aúllas y te ríes sin razón y después lloras otra vez, rompes cosas… Si eso no los convence, puedes hacer un intento falso, te cortas un poco las muñecas, un poco de sangre y listo… No van a estar seguros de si te salió mal a propósito o por accidente y no se van a arriesgar, te lo aseguro.

Amy meneó la cabeza, con lentitud.

—No va a funcionar.

—¿Por qué no?

—No soy buena actriz.

—Estoy segura de que puedes engañarlos.

—Hacer todo eso… fingir… Creo que… me sentiría estúpida.

—¿Prefieres sentirte embarazada?

—Tiene que haber otra manera.

—¿Por ejemplo?

—No sé.

—Vamos, nena… Es lo mejor, te lo aseguro.

—No sé.

—Pero yo sí…

Amy tomó un traguito de coca. Después de unos minutos de pensarlo, dijo:

—Tal vez tengas razón. Tal vez voy a intentar con lo del suicidio.

—Claro que sí. Va a ser más fácil que levantarse de la cama. Ya vas a ver. ¿Cuándo vas a decírselo?

—Bueno, estaba pensando en hacerlo después de la graduación si no encuentro otra forma de salir del paso.

—¡Son dos semanas! Escucha, nena: cuanto antes, mejor.

—Dos semanas no es tanto tiempo. Tal vez encuentre una forma de conseguir el dinero.

—No hay otra forma.

—Tal vez sí.

—No —dijo Liz con la voz llena de severidad—. Y además, no tienes más que diecisiete años. Probablemente no te dejarían abortar sin el consentimiento de tus padres, aunque tuvieras el dinero. Apuesto a que tienes que tener dieciocho para que te dejen hacerlo sin su aprobación.

Amy no había pensado en eso. No pensaba en sí misma como una menor de edad. Se sentía de más de cien años.

—Tienes que poner un poco de orden en esa cabeza tuya —aconsejó Liz—. No quisiste hacerme caso con lo de la píldora. Ahora hazme caso con esta mierda, ¿eh? Por favor, por favor, por Dios, hazme caso. Cuanto antes, mejor.

Amy se dio cuenta de que Liz tenía razón. Se reclinó en el asiento del reservado, alejándose de la mesa y una ola de resignación la inundó lentamente. Estaba floja como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

—De acuerdo. Cuanto antes, mejor. Voy a hablar con ellos esta noche. O mañana.

—Esta noche.

—No creo que tenga fuerzas para eso esta noche. Si voy a representar un acto de suicidio, necesito estar mejor, más tranquila.

Necesito descansar.

—Mañana, entonces —dijo Liz—. No más tarde que mañana. Termina con esto. Escucha, tenemos un gran verano por delante. Si me voy al Oeste al final del año, éste será el último verano que vamos a pasar juntas. Así que tenemos que hacerlo muy bien. Tenemos que fabricar muchos recuerdos, muchos, como para que nos duren un tiempo. Mucho sol, algo de buena hierba para fumar, un par de tipos nuevos… Tiene que ser fantástico. Pero te aseguro que no va a ser fantástico si tú estás gorda como una pelota esperando un maldito bebé.

Para Joey Harper, el domingo fue un buen día.

La mañana empezó con misa y escuela dominical, claro está, tan aburridas como siempre pero después el día mejoró mucho. Cuando su padre se detuvo en el quiosco de Ciudad Real para buscar los diarios del domingo, Joey descubrió unas nuevas revistas de historietas en los estantes y tenía suficientes monedas en el bolsillo como para comprarse las dos que más le interesaron. Luego, su madre hizo panqueques de pollo para el almuerzo, y los panqueques de pollo eran una de las cosas que más le gustaban en todo el ancho mundo.

Después del almuerzo, su padre le dio dinero para ir al Rialto. El Rialto era un cine, uno de esos cines de reposiciones que siempre pasaban películas viejas. Estaba a seis cuadras de la casa y lo dejaban ir en la bicicleta hasta allá aunque no más lejos. Esa matiné de domingo, el Rialto pasaba dos pelis de monstruos: *La cosa* y *Lo que vino del espacio*. Las dos eran super y Joey las disfrutó mucho.

A Joey le gustaban las historias de miedo. No estaba seguro de la razón. A veces, sentado en ese cine oscuro, mirando cómo una cosa resbalosa se arrastraba hacia el héroe, casi se hacía pis en los pantalones. Pero le encantaba, le gustaba cada uno de los minutos en que lo sentía.

Después de las películas, fue a casa a cenar y su madre hizo hamburguesas con queso y porotos, y eso era casi mejor que el pollo y los panqueques, mejor que cualquier cosa en la que pudiera pensar. Comió tanto que pensó que iba a estallar.

Amy volvió de La Zambullida a las ocho, una hora y media antes

de la hora de dormir de Joey y él todavía estaba despierto cuando ella encontró la víbora de goma que colgaba en su armario. Vino corriendo por el vestíbulo, llamándolo a gritos y lo persiguió por la habitación hasta que lo atrapó. Después de hacerle cosquillas y de pedirle que le prometiera no volver a asustarla de ese modo (promesa que los dos sabían que él no iba a cumplir), lo convenció de jugar al Monopolio durante una hora. Se divirtieron mucho. Joey le ganó, como siempre; para ser una persona casi adulta, esa chica no sabía mucho sobre compras y problemas financieros.

Joey amaba a Amy más que a nadie en el mundo. Tal vez estaba mal de su parte. Se suponía que uno tenía que amar a su madre y a su padre más que a nadie en el mundo. Bueno, después de Dios. Dios era el primero. El padre y la madre de uno después. Pero era difícil querer a mamá. Estaba siempre rezando con uno o rezando *por* uno o haciendo que uno escuchara una perorata de horas sobre la forma en que había que comportarse, y decía todo el tiempo, mil veces, que le importaba mucho que uno creciera como correspondía, pero por alguna razón, nunca lo demostraba realmente. Era pura palabrería. Papá era más fácil de amar, pero no estaba mucho con ellos. Estaba ocupado con la ley, probablemente salvando a hombres inocentes de la silla eléctrica y cosas así, y cuando estaba en casa pasaba mucho tiempo solo, trabajando en los trenes en miniatura, y no le gustaba que nadie se metiera en su taller.

Así que no quedaba nadie, nadie excepto Amy. Ella sí estaba mucho en casa. Y siempre estaba donde uno la necesitaba. Era la mejor persona que Joey hubiera conocido en toda su vida, no creía que fuera a conocer a nadie mejor y estaba contentísimo de tenerla de hermana en lugar de a esa odiosa y malcriada de Verónica Culp, con quien tenía que compartir su casa su mejor amigo, Tom Culp.

Más tarde, después del Monopolio, cuando ya estaba en pijama, con los dientes lavados y listo para la cama, rezó con Amy, y eso era mucho mejor que rezar con mamá. Amy decía las plegarias mucho más rápido que mamá y a veces cambiaba una palabra aquí y otra allá para hacerlas más graciosas. Como por ejemplo, en lugar de decir «María, Madre de Dios, escucha mi plegaria», a veces decía «María, Madre de Dios, escucha mi indumentaria». Amy siempre hacía reír a Joey, pero había que tener mucho cuidado y no reírse

demasiado alto porque si los oyera mamá se preguntaría qué había de gracioso en una plegaria, y todos estarían en problemas.

Amy lo metió en la cama y lo besó y después sí, lo dejó solo en el brillo lunar de su habitación. Él se dio vuelta bajo las mantas y se quedó dormido casi inmediatamente.

El domingo había sido un buen día.

Pero el lunes empezó mal.

No mucho después de medianoche, en los primeros minutos del nuevo día, Joey se despertó con el ruido fantasmal, confuso de la charla de su madre. Como en otros casos, mantuvo los ojos cerrados y fingió seguir dormido.

—Mi angelito… tal vez no es ángel… adentro…

Estaba realmente ida, esta vez, completamente fuera de todo. Según Tommy Culp,[7] cuando alguien se estaba cayendo de borracho, estaba «pichado». Mamá estaba pichada esa noche, de eso no había duda alguna.

Hablaba todo el tiempo de cómo no podía decir si él era bueno o malo, puro o corrupto, de que tal vez había algo muy feo escondido dentro de él esperando para salir a la luz, de que no quería traer diablos a este mundo, de que era trabajo de Dios librar al mundo de ese mal como pudiera; y hablaba de cómo había matado a alguien llamado Victor y decía que esperaba no tener que hacerle eso a su precioso ángel.

Joey empezó a temblar. Tuvo un miedo de muerte de que ella descubriera que estaba despierto. No sabía qué podría llegar a hacerle si se enterara de que él la había oído murmurando esas cosas.

Estuvo a punto de gritarle que se callara la boca y se fuera de una vez, pero se dominó y la borró de su mente. Se esforzó por pensar en otra cosa. Se concentró en organizar una visión mental de la criatura grande, asquerosa que aparecía en *La cosa*, la película que acababa de ver en el Rialto. La cosa era como un hombre pero mucho más grande. Con manos gigantes que podían destrozar a una persona en un minuto. Y ojos hundidos llenos de fuego. Y sin embargo, era una planta. Una planta del espacio, casi indestructible, una planta que se alimentaba de sangre. Recordaba con toda nitidez la escena en que los científicos estaban mirándola detrás de una serie de puertas; no la encontraban y finalmente se

dieron por vencidos, y justo en la puerta siguiente, cuando ya no esperaban nada, el monstruo saltó sobre ellos, gruñendo, escupiendo y listo para comerse a alguien. Recordando la furia inesperada del ataque del monstruo, Joe sintió que su sangre se congelaba como en el cine. Esa escena era tan aterrorizante, tan horrenda que las palabras borrachas y tremendas de su madre le parecían inofensivas por comparación. Las cosas que les pasaban a las personas en las películas de horror eran tan espantosas que hacían que las cosas que lo asustaban a uno en la vida real parecieran tontas. De pronto, Joey se preguntó si la razón por la que le gustaban tanto las historias de miedo no sería exactamente ésa.

6

Mamá siempre se levantaba antes que los demás. Iba a misa todos los días, incluso cuando estaba enferma, incluso cuando se sentía mal por la borrachera de la noche anterior. En el verano, cuando terminaba la escuela, quería que Amy y Joey fueran a los servicios y recibieran la hostia tantas veces como ella.

Pero esa mañana de lunes de mayo, Amy se quedó en cama, escuchando cómo se movía su madre por la casa, cómo bajaba al garaje, que estaba directamente bajo el dormitorio. El Toyota arrancó al segundo intento, y la puerta automática del garaje se abrió y luego volvió a su lugar con un ruido sólido que hizo temblar las ventanas de Amy.

Cuando su madre se fue, Amy salió de la cama, se duchó, se vistió para ir al colegio, y bajó a la cocina. Su padre y Joey estaban terminando el desayuno de tostadas y jugo de naranja.

—Llegas tarde hoy —notó su padre—. Será mejor que comas algo rápido. Nos vamos en cinco minutos.

—Es una mañana hermosa —declaró Amy—. Me parece que me voy caminando.

—¿Estás segura de que tienes tiempo?

—Claro que sí.

—Yo también —terció Joey—. Yo también quiero ir caminando con Amy.

—Tu escuela está tres veces más lejos que la de ella —dijo Paul Harper—. Se te gastarían las piernas hasta las rodillas si fueras caminando.

—Nooo —replicó Joey—. No me voy a cansar. Soy fuerte y estoy preparado para cualquier cosa.

—¡Ah, qué hombre! —se admiró el padre—. Pero vas a venir conmigo.

—¡Me han matado! —anunció Joey.

—Bang —dijo Amy, apuntándole con el dedo.

—Vamos, hombre. —El padre ya estaba de pie—. Adelante.

Amy se quedó en una de las ventanas del living, mirando al hombre y al chico que se alejaban en el Pontiac.

Acababa de mentirle a su padre. No pensaba ir caminando al colegio. En realidad, no pensaba ir al colegio, punto.

Se volvió a la cocina, hizo café, y se sirvió una taza. Luego, se sentó a la mesa de la cocina a esperar que su madre volviera de misa.

La noche anterior, mientras se retorcía en la cama, pensando en cómo hacer su confesión, había decidido que se lo diría primero a su madre. Si los sentaba a los dos frente a ella y lo decía, la reacción de mamá ante la noticia estaría calculada para impresionar no sólo a su hija sino también a Paul, su esposo; sería más dura con ella de lo que hubiera sido si se lo decía a solas. Y Amy también sabía que si le contaba a su padre primero lo que le pasaba, su madre tendría la impresión de que estaba tratando de evitarla, de meter una cuña entre ella y su esposo, de convertir a su padre en un aliado. Si mamá creía que así eran las cosas, se pondría mucho más difícil. En cambio, si la elegía a ella como confidente, tal vez tendría alguna oportunidad más de conseguir el aborto.

Terminó el café. Se sirvió otro y lo terminó también.

El tictac del reloj parecía cada vez más fuerte y poderoso hasta que finalmente se convirtió en el sonido de un tambor que sonaba con el ritmo de los latidos de su corazón.

Cuando mamá llegó a casa y entró en la cocina a través de la puerta hacia el garaje, Amy supo que nunca en su vida había estado tan tensa. Tenía la espalda y las axilas de la blusa mojadas de sudor, A pesar del café caliente, sentía un pedazo de hielo en el estómago.

—Buenos días, mamá.

Su madre se detuvo en seco con la puerta todavía abierta y el interior sombrío del garaje a su espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quiero…

—Deberías estar en el colegio.

—Me quedé para…

—¿No estamos en la semana de exámenes finales?

—No. Eso es la semana que viene. En esta semana hacemos el

repaso.

—Eso también es importante.

—Sí, pero no creo que vaya a la escuela hoy.

Mamá cerró y trabó la puerta del garaje, mientras decía:

—¿Qué pasa? ¿Estás enferma?

—No exactamente… Yo…

—¿Qué quiere decir eso de «no exactamente»? —preguntó mamá, poniendo la cartera sobre la mesada, junto a la pileta—. O estás enferma, o no lo estás. Y si no lo estás, deberías estar en el colegio.

—Tengo que hablarte —anunció Amy.

Su madre llegó hasta la mesa y la miró con firmeza.

—¿Hablarme? ¿De qué?

Amy no podía ni mirarla a los ojos. Desvió la vista y volvió a ponerla sobre el resto de café que había en la taza.

—¿Sobre qué?

Aunque había tomado mucho café, Amy tenía la boca tan seca que se le pegaba la lengua al paladar. Tragó con fuerza, se lamió los labios partidos, se aclaró la garganta, y dijo por fin:

—Tengo que sacar algo de dinero de mi cuenta.

—¿De qué estás hablando?

—Necesito… necesito cuatrocientos dólares.

—Eso es ridículo.

—No. Realmente los necesito, mamá.

—¿Para qué?

—Preferiría no decirlo.

Su madre estaba atónita.

—¿Que preferirías no decírmelo?

—Exactamente.

La sorpresa se convirtió en consternación.

—¿Quieres sacar cuatrocientos dólares del dinero que tienes para inscribirte en la universidad y no quieres decirme lo que vas a hacer con ellos?

—Mamá, por favor. Al fin y al cabo, me los gané yo con mi trabajo.

La consternación se convirtió en furia.

—Ahora escúchame y escúchame bien, jovencita. A tu padre le va bien en su profesión, pero no le va *tan* bien. No es el abogado de

las series de televisión. Quieres ir a la universidad y la universidad es cara hoy en día. Vas a tener que ayudarnos a pagarla. En realidad, vas a tener que pagártela casi toda. Los primeros años te vamos a dejar vivir aquí, claro, y vamos a pagarte la comida, la ropa, los médicos, pero vas a tener que poner los costos de tus ahorros. Cuando te vayas a otra ciudad para terminar la carrera, dentro de dos años digamos, te mandaremos dinero para los gastos pero tampoco vamos a tener para la universidad superior. No podemos hacer más que eso. Ya es bastante sacrificio así.

«Si no gastaras tanto dinero tratando de impresionar al padre O'Hara con tu devoción a la iglesia de St. Mary, si tú y papá pusieran no un diezmo sino un diezmo y medio o más que el resto para demostrar lo buena gente que son, tal vez podrías hacer más por tus hijos», pensó Amy. «La caridad empieza por casa, mamá. ¿No es eso lo que dice la *Biblia*? Además, si no me hubieras hecho pagar el diezmo *a mí* a St. Mary, ya tendría esos cuatro cientos dólares que necesito».

Hubiera querido poder decir todo eso, pero no se atrevía. No quería poner a su madre completamente en su contra, no antes de mencionar el embarazo. Además, sabía que lo que pensaba sonaría egoísta, malvado lo expresara como lo expresase.

Pero no era egoísta, no en realidad.

Sabía que era bueno dar dinero a la Iglesia, pero tenía que haber un límite. Y sobre todo, había que dar por la razón correcta. Si no, no significaba nada. A veces, Amy sospechaba que su madre quería *comprar* un lugar en el Paraíso, y ésa sí que era una mala razón para dar dinero a la Iglesia.

Se obligó a levantar la vista, mirar a su madre y sonreír.

—Mamá, ya tengo una beca pequeña para el año que viene. Si trabajo bien, seguramente conseguiré una igual todos los años, aunque sea de poca cantidad. Y voy a trabajar en La Zambullida en verano y los fines de semana. Con lo que voy a ganar y lo que ya tengo en el Banco, voy a tener más que suficiente para pagarme lo que necesite y para cuando vaya a la universidad de Ohio, no pienso pedirles ayuda, ni a ti y a papá, nada, ni siquiera para vivir. Puedo darme el lujo de cuatrocientos dólares ahora. No va a significar mucho.

—No —dictaminó mamá—. No y no. Punto. Y no creo que

puedas hacerme trampa y conseguirlo sin mi permiso. Mi nombre está en esa cuenta junto con el tuyo. Y todavía eres menor, no lo olvides. Mientras pueda, voy a protegerte de ti misma. No voy a dejar que tires por la ventana el dinero de tu universidad, que lo malgastes en ropa nueva que no te hace falta o en alguna otra estupidez que acabas de ver en la ventana de un negocio.

—No es para ropa, mamá.

—Lo que sea, no pienso dejar que…

—Y no es una estupidez.

—No me importa lo que…

—Es un aborto.

Su madre la miró con la boca medio abierta.

—¿Qué dijiste?

En medio de un ataque de miedo, las palabras de Amy estallaron en una corriente intensa:

—Me descompongo de mañana, no menstrué, estoy embarazada, Jerry Galloway lo hizo, yo no quería que pasara. Lo lamento, en serio, me odio, me odio, realmente me odio pero tengo que hacerme un aborto. Tengo que hacerme un aborto, por favor, por favor. Lo necesito.

La cara de mamá se había puesto blanca como la tiza, más blanca que la tiza. Hasta los labios estaban pálidos.

—¿Mamá? ¿Entiendes que no puedo tener este bebé? No puedo tenerlo, mamá.

Mamá había cerrado los ojos. Se tambaleó. Por un momento, pareció a punto de perder el sentido.

—Ya sé que lo que hice estuvo mal, mamá —sollozó Amy—. Me siento sucia. No sé si alguna vez volveré a sentirme limpia. Y sé que un aborto es un pecado todavía peor que lo que ya hice. Lo sé y tengo miedo por mi alma. Pero tengo más miedo todavía de seguir adelante y tener ese bebé. Tengo mi vida que vivir, mamá. *¡Tengo mi vida, si!*

Mamá abrió los ojos. Miró a Amy a la cara y trató de hablar, pero estaba demasiado impresionada. Movía la boca pero no conseguía pronunciar absolutamente nada.

—¿Mamá?

Con una velocidad tal que Amy apenas si la vio venir, su madre levantó la mano y le dio un bofetón. Una vez. Dos. Con fuerza.

Amy gritó de dolor y de sorpresa. Y levantó un brazo para protegerse.

Mamá la tomó de la blusa y la levantó, arrastrándola, en un despliegue de fuerza casi increíble.

La silla cayó con un ruido sordo.

Amy sintió que la sacudían como si fuera una bolsa de papas medio vacía. Se defendió llorando, asustada:

—Mamá, por favor, no me hagas nada. Perdóname, mamá, por favor.

—¡Perra asquerosa, podrida, desagradecida!

—Mamá…

—Eres una estúpida, una estúpida, ah, qué estúpida eres… —gritaba su madre, salpicándola con saliva tan caliente y tan ardiente como el veneno—. ¡Nena ignorante!, ¡puta idiota! No sabes lo que podría pasar, ah, no, no tienes ni la menor idea. Eres una ignorante. No sabes las cosas que se pueden dar a luz. ¡Inconsciente!

Amy no quería defenderse, y tampoco hubiera podido hacerlo. Mamá la empujaba, tiraba de ella, la hacía tambalearse de lado a lado, la sacudía y la sacudía de nuevo, con ferocidad, hasta que a ella le pareció que se le iba a saltar un diente y se le desgarró la blusa.

—No sabemos qué puede salir de tus entrañas —aullaba su madre, como una maníaca—. Dios sabe lo que puede ser…

«¿De qué habla?», se preguntaba Amy, con desesperación. «Suena como si hubiera oído la maldición de Jerry y creyera que tiene algún poder. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué le pasa?».

Segundo a segundo, la violencia que había en su madre aumentaba. A pesar de lo que le había dicho a Liz, Amy no había creído que mamá pudiera matarla. Eso era una exageración. Pero ahora, ahora que su madre seguía insultándola y sacudiéndola, empezó a preocuparse. Tal vez la lastimaría en serio, estaba tan perturbada. Por primera vez, trató de soltarse.

Mamá no la dejó ir.

Las dos se inclinaron a un costado y se golpearon contra la mesa.

La taza de café medio vacía se cayó, giró sobre la mesa dos veces, volcó el café, esparciendo gotas marrones y frías y se rompió en mil pedazos cuando llegó al suelo.

Mamá dejó de sacudir a Amy, pero tenía los ojos inundados de

una luz salvaje que venía de adentro, ojos al borde de la locura.

—Reza —le dijo, apremiante—. Tienes que rezar para que no haya un bebé dentro de ti. Tenemos que rezar para que sea un error, para que te hayas equivocado.

Empujó a Amy contra el suelo, para ponerla de rodillas y se hincaron las dos sobre las baldosas frías. Mamá empezó a rezar en voz alta y sostuvo a Amy de un brazo, la sostuvo con tanta fuerza que sus dedos parecían hundirse a través de la piel y tocar el hueso desnudo de Amy y Amy lloró y pidió que la soltara, y mamá le dio otro bofetón y le dijo que rezara, le exigió que rezara y mamá le pidió a la Santa Virgen que fuera misericordiosa pero mamá no fue misericordiosa cuando vio que la cabeza de Amy no estaba lo suficientemente baja porque la tomó por la nuca y la obligó a ponerse contra el suelo, la obligó a bajar tanto la frente que el cabello le rozaba las baldosas y tenía la nariz hundida en una laguna de café derramado. Amy repetía:

—Mamá, por favor, mamá —una y otra y otra vez—: mamá, por favor —pero mamá no la escuchaba, mamá estaba ocupada rezándole a todo el mundo, a María y a Jesús, a José y a Dios el Padre y a Dios el Espíritu Santo, y rezaba a varios santos también y cuando Amy jadeó para poder respirar, se le metieron unas gotas de café por la nariz y estornudó y escupió pero mamá la mantuvo abajo, con más fuerza que antes, torciéndole el cuello y mamá gimió y aulló, gritó y golpeó el suelo con la mano libre y se retorció y tembló con pasión, rogó, se dio vuelta y gimió pidiendo misericordia, misericordia para ella y para su hija descarriada, lloró y sollozó y rogó de una forma que los católicos desdeñan, en un frenesí de devoción que tenía más que ver con la cristiandad fundamentalista de la Iglesia del Nazareno, babeó y abrió los brazos hasta que finalmente no pudo más, y se calló, ronca y exhausta, casi floja.

El silencio que siguió fue más dramático que un trueno.

Mamá soltó el cuello de Amy.

Al principio, Amy se quedó como su madre la había dejado, la cara contra el suelo, pero después de unos segundos, levantó la cabeza y se enderezó sobre las rodillas.

La mano de mamá se había entumecido. Miró con ojos fijos los dedos convertidos en garras, los masajeó con la mano buena.

Jadeaba.

Amy levantó las manos hacia la cara, se secó las lágrimas y el café. No podía dejar de temblar.

Afuera, las nubes pasaron sobre el Sol y la luz de la mañana que entraba por las ventanas de la cocina ondeó como agua brillante, luego se oscureció.

El reloj seguía latiendo con su ruido monótono.

Para Amy, el silencio era aterrorizante. Tan terrible como el instante infinito que media entre un latido del corazón y otro, ese instante en que uno no puede dejar de preguntarse si el músculo vital que tiene en el pecho seguirá expandiéndose y contrayéndose o dejará de hacerlo para siempre.

Cuando mamá volvió a hablar, Amy no pudo dejar de hacer un movimiento brusco, como para defenderse.

—Levántate —dijo mamá con frialdad—. Ve arriba y lávate la cara. Péinate un poco.

—Sí, mamá.

Las dos se pusieron de pie.

Amy tenía las piernas muy débiles, la falda arrugada. Tomó los pliegues con manos temblorosas, los alisó.

—Cámbiate —dijo mamá, la voz chata, sin emoción.

—Sí, mamá.

—Voy a llamar al doctor Spangler a ver si tiene hora para esta mañana. Quiero verlo hoy mismo, si es posible.

—¿El doctor Spangler? —preguntó Amy, confundida.

—Vas a tener que hacerte una prueba. Para estar seguras de que estás embarazada. Puede haber otras razones para que no te venga el período. Necesitamos el resultado.

—Estoy embarazada, mamá —dijo Amy, temblando, con suavidad—. Sé que voy a tener un bebé.

—Si el resultado es positivo —dijo su madre sin prestarle atención—, vamos a ocuparnos de eso lo antes posible.

Amy no podía creer lo que estaba oyendo. Dijo:

—¿Ocuparnos de eso?

—Vas a abortar, como tú quieres —dijo mamá, mirándola con ojos que no expresaban perdón.

—No lo creo.

—Sí. Tienes que hacerte un aborto. Es necesario. Es la única

forma.

Amy casi lloraba de alivio. Pero también tenía miedo porque suponía que su madre pediría un precio terrible por esa concesión sorprendente.

—Pero… un aborto… ¿no es pecado? —preguntó, tratando de comprender las razones de su madre.

—No podemos decirle nada a tu padre —agregó mamá—. Él no tiene que saberlo. No lo aprobaría.

—Pero… yo pensé que tú tampoco —se sorprendió Amy.

—Y *no* lo apruebo —manifestó mamá con dureza; algo de emoción había vuelto a su voz—. El aborto es asesinato. Es un pecado mortal. No lo apruebo. Pero mientras vivas en esta casa, no quiero tener una cosa como ésa sobre mi cabeza. No quiero. No quiero vivir con miedo a lo que pueda pasar. No quiero volver a pasar por ese terror.

—Mamá, no entiendo. Hablas como si estuvieras segura de que el bebé va a ser deforme o algo así.

Se miraron un momento, con firmeza y Amy vio algo más que rabia y reproche en los ojos oscuros de su madre. También había miedo en esos ojos, un miedo poderoso y rígido que se hundió en Amy como un frío tremendo.

—Algún día —prosiguió mamá—, cuando fuera el momento, iba a decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Algún día, cuando fueras a casarte, cuando estuvieras comprometida como corresponde, iba a decirte por qué no debes tener un hijo. Nunca. Pero no pudiste esperar ese momento, ¿verdad? Ah, no, tú no. Tú tienes que darte. Tienes que levantarte la falda apenas puedes. Apenas saliste de la infancia y ya tienes que tirarte a los brazos de uno más grande que tú. Tienes que salir corriendo a fornicar en el asiento trasero de un auto como una putita cualquiera, como la peor de las perras salvajes. Y ahora tal vez esa cosa está dentro de ti, creciendo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Amy. Empezaba a preocuparse: ¿estaría totalmente loca su madre?

—No serviría de nada que te lo dijera. No me escucharías. Seguramente hasta estarías contenta con ese hijo. Lo abrazarías y lo querrías, como hizo él. Siempre dije que había algo malo en ti. Y

ahora le soltaste las riendas y esa cosa oscura corre suelta por ahí, dejaste libre a esa parte de mal que hay en ti. Lo soltaste y tarde o temprano, de una forma u otra, vas a tener un hijo, vas a traer a uno de *ellos* al mundo. Y no importa lo que yo te diga, no importa lo mucho que te pida que no lo hagas. Vas a hacerlo, lo sé. Pero no va a pasar en esta casa. Aquí no. Yo voy a encargarme de eso. Vamos a ir a ver al doctor Spangler. Que te haga un aborto. Y si hay algún pecado en eso, si alguien tiene que tener un pecado mortal sobre su cabeza por eso, ese alguien vas a ser tú, no yo, ¿entiendes?

Amy asintió.

—A ti no te va a importar, ¿no es cierto? —preguntó su madre con mala intención—. Un pecado mortal más no importa mucho, ¿verdad? Porque ya estás destinada al Infierno de todos modos, ¿verdad?

—No, no, mamá, no…

—Sí, claro que sí. Estás destinada a ser una de las mujeres del Diablo, una de sus sirvientas, ¿verdad? Ahora me doy cuenta, sí, me doy perfecta cuenta. No sé para qué me preocupé por ti. No puedes salvarte. Así que ¿qué puede importante un pecado más? No te importa, claro. Para ti, un pecado más no es nada. Nada. Tú te ríes de eso.

—No me hables así, mamá.

—Te hablo como te mereces. Una chica que hace lo que tú has hecho, ¿cómo puede esperar que le hablen de otro modo?

—Por favor…

—Anda, muévete —la urgió mamá—. Límpiate. Voy a llamar al doctor.

Amy subió las escaleras confusa por los giros que habían tomado las cosas, sorprendida por la seguridad con que su madre esperaba que el bebé fuera deforme, asustada por los razonamientos enloquecidos que había oído de sus labios. En el baño, se lavó la cara. Tenía los ojos rojos de tanto llorar. Después, fue al dormitorio, buscó una falda y una blusa limpias. Se sacó la ropa arrugada, manchada de sudor. Durante un minuto se miró el vientre frente al espejo.

«¿Por qué mamá está tan segura de que mi bebé es deforme?», se preguntó, preocupada. «¿Cómo puede creer algo así? ¿Es porque cree que soy malvada y que me merezco eso, un bebé deforme, una

señal de que soy la sirvienta del Diablo? Eso es enfermizo. Es un pensamiento retorcido, ridículo y loco, injusto. Yo no soy una mala persona. Cometí errores, eso lo admito. Cometí demasiados errores para tener la edad que tengo, pero no soy malvada, mierda. No soy malvada».

«¿O sí?».

Miró el reflejo de sus propios ojos en el vidrio.

«¿O sí?».

Temblando, se vistió para ir a ver al médico.

7

El domingo, la feria se mudó a Campo Limpio, Pensilvania, en tren y en camión, y el lunes, la calle principal llena de luces estaba otra vez en su sitio, perfecta y a tiempo, con la eficiencia militar de siempre. BAM llamaba a escena a su gente y concesionarios a las cuatro de la tarde del lunes: todas las atracciones, desde el puesto más sencillo hasta el juego más impresionante y complejo, tenían que estar listos para esa hora.

Las tres empresas de Conrad Straker, incluyendo La Casa del Terror, estaban listas para recibir a los clientes a las tres. Era un día tibio, sin nubes. La noche sería calma, cálida. «Clima de dinero», lo llamaban los de la feria. Aunque los viernes y sábados eran siempre los mejores días para el negocio, los clientes solían caer en bandadas en las noches tranquilas y serenas, aunque fueran noches de lunes.

Con una hora de tiempo libre antes de que se abrieran las puertas de la feria, Conrad hizo lo que hacía siempre la primera tarde de estadía en un nuevo pueblo. Abandonó La Casa del Terror y se fue caminando hasta el puesto vecino, el de Yany Barnet, El País de los Monstruos, nombre que algunos de los hombres y mujeres de la feria encontraban ofensivo, pero que atraía a los clientes con más eficacia que la miel a las moscas. Un cartel con ilustraciones horrendas se extendía en el frente de la carpa de Yancy: LAS RAREZAS HUMANAS DEL MUNDO, decía.

Yancy tenía tanto respeto por los horarios como Conrad y excepto por el hecho de que las rarezas humanas no llegarían hasta las cuatro, el lugar estaba listo mucho antes de lo necesario. Eso era una hazaña admirable si uno sabía que Yancy Barnet y algunos de sus monstruos siempre jugaban al póquer las noches de domingo y seguían hasta la madrugada del lunes, acompañando el juego con considerable cantidad de cerveza helada y *whisky* Seagram, que,

combinados, se convertían en una droga poderosa.

El puesto de Yancy era una carpa larga, dividida en cuatro habitaciones, con un caminito entre sogas que serpenteaba a través de las cuatro piezas. Cada una tenía dos o tres plataformas y una silla. Detrás de cada silla, a lo largo de la pared, un gran cartel colorido explicaba la cosa extraña e increíble que estaba mirando el cliente. Con una sola excepción, todas esas cosas extrañas eran monstruos humanos vivos, mentes y espíritus normales atrapados en cuerpos torcidos: la mujer más gorda del mundo, el hombre cocodrilo de tres ojos, el hombre con tres brazos y tres piernas, la dama barbuda y (como decía el pregonero veinte o treinta veces por hora) más, mucho más de lo que puede imaginar la mente humana.

Sólo una de las rarezas no era una persona viva. Estaba en el centro de la carpa, a medio camino a lo largo del sendero sinuoso, en la más estrecha de las plataformas. La cosa estaba dentro de una jarra de vidrio trasparente, muy grande, fabricada especialmente para contenerla. Nadaba, suspendida en una solución de formol y colocada sobre la plataforma, con una luz que la mostraba desde arriba y desde abajo en un efecto de dramatismo soberbio y absoluto.

Eso era lo que iba a ver Conrad Straker esa tarde de lunes en Campo Limpio. Se quedó de pie detrás de la soga como había hecho miles de veces y miró con pena a su hijo muerto hacía ya tanto tiempo.

También allí había un cartel detrás. Las letras eran grandes, fáciles de leer:

VICTOR
EL ÁNGEL FEO

ESTE NIÑO, LLAMADO VICTOR POR SU PADRE, NACIÓ EN 1955, DE PADRES NORMALES.

LA CAPACIDAD MENTAL DE VICTOR ERA NORMAL, TENÍA UN CARÁCTER DULCE, ENCANTADOR. ERA UN BEBÉ RISUEÑO. UN ÁNGEL.

EN LA NOCHE DEL 15 DE AGOSTO DE 1955, LA MADRE DE VICTOR, ELLEN, LO MATÓ. LAS DEFORMIDADES FÍSICAS DEL NIÑO LA ASQUEABAN Y ESTABA CONVENCIDA DE QUE ERA UN MONSTRUO DEL MAL. NO FUE CAPAZ DE VER SU BELLEZA INTERIOR.

¿QUIÉN ERA EL MAL ENTONCES?

¿ESTE BEBÉ INDEFENSO?
¿O LA MADRE EN LA QUE CONFIABA, LA MUJER QUE LO ASESINÓ?

¿QUIÉN ERA EL VERDADERO MONSTRUO?
¿ESTE POBRE CHIQUILLO DESDICHADO?
¿O LA MADRE QUE SE NEGÓ A AMARLO?
JUZGUE USTED POR SÍ MISMO.

Conrad había escrito el texto del cartel hacía veinticinco años y, en ese momento, expresó sus sentimientos a la perfección. Quería decirle al mundo que Ellen era una asesina de bebés, una bestia sin sentimientos; había querido que vieran lo que había hecho ella y repudiarla por su crueldad.

Durante la época en que la feria no viajaba, el niño muerto se quedaba con Conrad en Gibsonton, Florida, en casa. Durante el resto del año, viajaba con Yanoy Barnet y su espectáculo: un testamento público a la perfidia de Ellen.

En cada nuevo pueblo, cuando la calle central se erigía de nuevo y se abrían las puertas para los clientes, Conrad venía a esa carpa a ver si la jarra estaba bien. Pasaba unos minutos en compañía de su hijo muerto, reafirmando en silencio su juramento de venganza.

Victor miraba a su padre con los ojos bien abiertos, sin verlo. Una vez el verde de esos ojos había sido brillante. Una vez, habían sido ojos rápidos, inquisitivos, llenos de desafío y valor y confianza en sí mismos. Ojos más grandes que los que hubiera tenido un bebé normal. Pero ahora estaban chatos, opacos. El verde no era ni la mitad de vibrante de lo que había sido en vida; años de formol y el proceso inflexible de la muerte habían convertido a las dos pupilas en leche.

Por fin, con hambre renovada de retribución, Conrad salió de la carpa y volvió a La Casa del Terror.

Gunther ya estaba de pie en la plataforma junto a la puerta de entrada, vestido de monstruo de Frankenstein, con la máscara y los guantes. Vio a Conrad y empezó con su acto de baile torpe, el que había hecho para los clientes.

Fantasma estaba en la boletería, poniendo dinero en los cajones de la caja registradora; tenía los ojos sin color llenos de las imágenes temblorosas, plateadas de las monedas.

—Van a abrir la puerta media hora más temprano —informó—. Todo el mundo está listo y con ganas. Dicen que hay una multitud

esperando afuera.

—Va a ser una buena semana —dijo Conrad.

—Sí —asintió Fantasma, llevándose una mano débil al cabello frágil como una telaraña—. Yo tengo la misma sensación. Tal vez hasta puedas pagar esa deuda que tienes.

—¿Qué?

—Esa mujer a la que le debes algo —aclaró Fantasma—. Siempre estás buscando a sus hijos. Tal vez tengas suerte y los encuentres aquí.

—Sí —dijo Conrad con suavidad—. Tal vez…

A las ocho y media de la noche del lunes, Ellen Harper estaba sentado en el living de la casa en la calle Maple, tratando de leer un artículo del último número de *Redbook*. No podía concentrarse. Cada vez que llegaba al final de un párrafo, se olvidaba de lo que había leído antes y tenía que volver atrás. Finalmente se dio por vencida y hojeó la revista, mirando las fotos, mientras tomaba vaso tras vaso de la mezcla de vodka y jugo de naranja que había en una jarra de vidrio.

Aunque no era tarde, ya estaba bajo la influencia del alcohol. No se sentía bien. Nada bien. Tampoco mal, claro. Sólo aturdida. Pero no lo suficiente.

Estaba sola en la habitación. Paul estaba en su taller, afuera, en el garaje. Volvería a las once, como siempre, para ver el último boletín de noticias en la televisión y después irse a la cama. Joey estaba en su habitación, trabajando en un modelo propio: la representación plástica de Lon Chaney como aparecía en *El fantasma de la Ópera*. Amy estaba arriba también, escondida. Excepto una aparición breve en la mesa de la cena, la muchacha se había metido en su habitación todo el día desde la visita al consultorio del doctor Spangler esa tarde.

Amy. ¡Esa chica rebelde, esa maldita! *¡Embarazada!*

Todavía no tenían los resultados, claro. Tendrían que esperar dos días o más para eso. Pero ella sabía. Amy estaba embarazada.

La revista le tembló en las manos. La apoyó en la mesa y fue a la cocina a hacerse otro trago.

No podía dejar de preocuparse por el lío en que estaba metida.

No podía permitir que Amy tuviera el bebé. Pero si Paul se daba cuenta de que ella había arreglado un aborto sin decírselo, no le gustaría nada, fin general era un buen hombre en casa, amable, fácil de tratar, dispuesto a dejarle llevar las cosas de la casa y la mayor parte del tiempo, también las vidas de todos los que vivían allí. Pero era capaz de ponerse furioso si lo presionaban mucho y, en las raras ocasiones en que perdía la paciencia, se ponía muy duro.

Si Paul se enterara de lo del aborto, querría saber la razón por la que ella se lo había ocultado y sobre todo, la razón por la que ella había aprobado semejante cosa. Ella tendría que darle una explicación coherente, presentarle una defensa apasionada. Pero en ese momento no se le ocurría ni por casualidad qué podría decirle si él averiguaba lo del aborto.

Ellen se daba cuenta de que debería haberle contado algo sobre el año que había vivido con la feria mucho antes, hacía veinte años, antes de casarse con él. Debería haberle confesado lo que había pasado con Conrad y con la cosa repulsiva a la que había dado a luz. Pero en ese momento, no había pensado lo mismo. Había sido débil. Escondió la verdad. Estaba asustada, tenía miedo de que él la despreciara y se alejara de ella si se enteraba de los errores que había cometido. Pero si se lo hubiera dicho entonces, al principio de la relación, ahora no habría estado en problemas.

En todos los años de su matrimonio había habido muchas veces en que casi le había revelado sus secretos. Cuando él hablaba de tener una familia grande, cien veces había estado a punto de decir:

—No, Paul. No puedo tener hijos. Ya tuve uno, ¿sabes?, y no era bueno. No era nada bueno. Era un horror. No era humano. Quiso matarme y yo tuve que matarlo a él. Tal vez ese chico espantoso fue producto de los genes dañados de mi marido. Tal vez mi contribución de genes no teñía la culpa. Pero no puedo correr el riesgo.

Aunque había estado al borde de esa confesión miles de veces, nunca la hizo realmente, se calló pensando con inocencia que el amor lo conseguiría todo, de alguna forma.

Más tarde, en los tiempos del embarazo de Amy, casi se había vuelto loca de miedo y preocupación. Pero el bebé fue normal. Durante un tiempo, unas pocas semanas benditas como mucho, se

sintió aliviada, las dudas sobre lo malo de sus genes desaparecidas de pronto como por un acto de magia con la ayuda de la imagen de ese bebé rosado, sonriente, maravillosamente *común*.

Pero después de un tiempo, se le ocurrió que hay monstruos que no son *físicamente* deformes. La cosa torcida, mal hecha, la diferencia horrible, eso podía estar en la mente. El bebé que ella había tenido para Conrad no era sólo deforme por fuera. Era malvado, irradiaba maldad, supuraba malevolencia, malas intenciones. Ese bebé había sido un monstruo en todo el sentido de la palabra. Y entonces, ¿no era concebible que su nenita fuera tan malvada como Victor pero sin señales externas? Tal vez un gusano de maldad anidaba bien adentro en la mente de esa niña, fuera de la vista del mundo, lleno de hambre y perversión, esperando el momento oportuno, el lugar propicio para emerger.

Esa idea fue como ácido para Ellen. Esa idea sola se devoró su felicidad, corroyó y luego destruyó su optimismo. Pronto dejó de sentir placer por los arrullos y los ruiditos de la beba. La miraba, la vigilaba, pensaba todo el tiempo, se preguntaba constantemente qué horribles sorpresas podría traerle en el futuro. Tal vez, una noche, cuando esa niña fuera alta y fuerte, se arrastraría hasta el dormitorio de sus padres y los asesinaría mientras dormían.

O tal vez, tal vez, la loca era ella, tal vez la niña era tan común como parecía y el problema estaba en su propia mente de madre. Esa idea se le ocurría con frecuencia. Pero cada vez que empezaba a cuestionarse su propia cordura, recordaba la batalla de pesadilla con el hijo terrible, sediento de sangre de Conrad Straker, y ese recuerdo vivido, espeluznante, la convencía de que tenía buenas razones para tener miedo y estar asustada.

¿O no?

Durante siete años se rebeló contra el deseo de Paul de tener otro hijo. Quedó embarazada a pesar de sus precauciones. Y otra vez pasó nueve meses de infierno, preguntándose qué tipo de criatura extraña llevaría en su vientre.

Joey, por supuesto, fue un nenito normal.

Por fuera.

¿Y por dentro?

Ella se preguntaba. Vigilaba, esperaba, temía lo peor.

Y después de todos esos años, todavía no estaba segura de lo que

debía creer con respecto a sus hijos.

Era un infierno vivir así.

A veces sentía un orgullo y un amor feroces cuando los miraba. Quería tomarlos entre sus brazos, besarlos y abrazarlos con fuerza. A veces tenía ganas de darles todo el afecto que no había sido capaz de ofrecerles hasta ese momento; pero después de tantos años de sentimientos ocultos y sospechas continuas, le era virtualmente imposible abrir los brazos y aceptar un compromiso emocional tan peligroso con ecuanimidad. Había momentos en que se quemaba de amor por dentro, momentos en que lloraba de noche, en silencio, sin despertar a Paul, secándose las lágrimas con la almohada, haciendo un duelo amargo por su corazón muerto, frío.

Pero otras veces pensaba que había algo sobrenatural y perverso en su progenie. Había días terribles en los que estaba convencida de que eran seres de una maldad infinita, decididos a seguir con su elaborado disfraz hasta algún día.

Frío, calor.

Calor, frío.

Lo peor era la soledad. No podía compartir sus miedos con Paul, porque para eso habría tenido que contarle lo de Conrad y él se sentiría devastado si sabía que ella había estado escondiéndole un pasado difícil durante veinte años. Ahora lo conocía lo suficiente como para entender que le hubiera dolido mucho menos lo hecho en su juventud que el engaño constante en que lo había mantenido todos esos años, la idea de que había seguido mintiéndole durante tanto tiempo. Así que tenía que manejar su miedo a solas.

Vivir así era una mierda.

Incluso si podía obligarse a creer, de una vez por todas, que los suyos eran dos chicos como cualquiera, aun así no se acabarían sus problemas. Todavía quedaba la posibilidad de que los hijos de Amy o de Joey fueran monstruosos, fueran como Victor. Tal vez la maldición golpeaba cada dos generaciones, a la madre pero no al hijo, al nieto pero no al biznieto. Tal vez cayera cada tanto, al azar, levantando su horrenda cabeza cuando uno menos la esperaba. La medicina moderna había identificado cierto número de enfermedades genéticamente transmisibles y deficiencias de herencia que se daban cada dos generaciones en una familia y otras que surgían al azar a lo largo de las décadas.

Si hubiera podido estar segura de que su bebé monstruoso, el primero, había sido producto de los espermatozoides podridos y degenerados de Conrad, si hubiera podido asegurarse de que sus propios cromosomas no estaban manchados, habría dejado atrás su miedo para siempre. Pero no había forma, no era posible determinar la verdad del asunto.

A veces pensaba que la vida era demasiado cruel y demasiado difícil, que no valía la pena vivirla.

Ésa era la razón por la que, en ese momento, la noche del día en que supo la noticia del embarazo de Amy, mientras pensaba, de pie en la cocina, Ellen se tragó el último vaso preparado hacía sólo unos minutos, y se sirvió otro con rapidez. Tenía dos muletas: el licor y la religión. Sin esos dos puntos de apoyo no habría podido vivir sus últimos veinticinco años.

Al principio, el primer año después de la polea con Conrad, la religión fue suficiente para ella. Había conseguido un trabajo como camarera, se pudo mantener después de un comienzo difícil y pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la iglesia. Había descubierto que la plegaria le suavizaba los nervios y el espíritu, que la confesión era realmente buena para el alma y que la hostia en la lengua durante la misa era más nutritiva que cualquier comida de seis platos.

Al final del primer año a solas, más de dos años después de que se hubiera escapado de su casa para unirse a la feria, se sentía muy bien consigo misma. Todavía tenía pesadillas la mayoría de las noches. Todavía luchaba con su conciencia, tratando de tomar una decisión, de saber si había pecado o hecho el trabajo de Dios al matar a Victor. Pero por lo menos, como camarera, volvía a ganar algo de respeto por sí misma y por primera vez en su vida tenía algo de independencia. En realidad, sentía la suficiente confianza como para pensar en volver a casa de visita y tratar de resolver sus diferencias con sus padres.

Ahí fue cuando descubrió que los dos habían muerto en su ausencia. Joseph Giavenetto, su padre, tuvo un ataque un mes después de su huida. Gina, su madre, murió menos de seis meses después. A veces, la esposa y el marido se iban de la vida en poco tiempo uno detrás de otro, como si no fueran capaces de tolerar la separación.

Aunque Ellen no había estado cerca de sus padres, y aunque la rigidez excesiva de Gina y su religiosidad habían creado grandes tensiones y grandes amarguras entre madre e hija, se sintió devastada por la noticia. Se culpó por lo que había pasado entre ellas. Su escape, una huida así, sin nada detrás, sin ninguna señal excepto una nota desagradable y dura para su madre, sin siquiera decirle adiós a su padre… tal vez con eso había precipitado el ataque de Joseph. Tal vez era demasiado dura consigo misma pero lo cierto fue que el peso de la culpa cayó sobre ella con la fuerza de un estallido.

De ahí en más, la religión no le dio tranquilidad suficiente. Aumentó la misericordia de Jesús con la piedad de la botella. Bebía mucho, demasiado, más este año que el anterior pero menos que el próximo. Sólo su familia lo sabía. Las mujeres de la iglesia con las que trabajaba cuatro días por semana en proyectos de caridad se hubieran horrorizado al saber que la industriosa, devota y activa Ellen Harper era una persona diferente por las noches, en su propia casa. Después de la puesta del Sol, detrás de puertas cerradas, la santa se convertía en escoria.

Ella se despreciaba por su gusto excesivo y pecaminoso por el vodka. Pero sin el chupi no habría podido dormir, el chupi bloqueaba las pesadillas y le daba algunas horas de alivio, de protección contra las preocupaciones y miedos que la habían comido viva durante veinticinco años.

Puso la botella de vodka y el cuarto de jugo de naranja en la mesa de la cocina, sacó una silla y se sentó. Ahora, después de unos cuantos tragos, ya no iba a levantarse para cambiar el hielo hasta que se le derritiera por completo.

Durante un tiempo, se quedó sentada en silencio, bebiendo, pero después, mientras miraba la mesa que tenía enfrente, tuvo un recuerdo brusco de Amy sentada allí esa misma mañana, mirándola, diciendo: «*Me descompongo de mañana, no menstrué, estoy embarazada, lo sé…*». Ellen se acordaba, sí, claramente, demasiado bien, de la forma en que había golpeado a la niña, de cómo la había sacudido casi hasta hacerle perder el sentido, de cómo la había maldecido. Si cerraba los ojos, se veía a sí misma arrastrando a Amy al suelo, empujando la cabeza de la niña contra las baldosas, aullando como una loca, rezando a gritos hasta ponerse ronca…

Tembló de pies a cabeza.

«*Mi Dios*», pensó, y se sentía muy mal de pronto, quebrada por una visión interior muy dolorosa, «*soy como mi madre*… Soy exactamente como Gina. Domino a mi marido como ella al suyo. Y he sido tan estricta con mis hijos y estoy tan preocupada con mi religión que construí una pared entre mi familia y yo, una pared que es exactamente igual a la que construyó mi madre».

Se sentía confusa, y no sólo por el vodka. Los esquemas de la vida, los círculos familiares dibujados por hechos repetidos, la sorprendían y asustaban.

Se cubrió la cara con las manos, avergonzada por la nueva luz en la que se veía a sí misma. Tenía las manos heladas.

El reloj de la cocina sonaba como una bomba de tiempo.

«*Exactamente como Gina*».

Tomó el vaso y bebió un buen trago. El vidrio golpeó contra sus dientes.

«*Exactamente como Gina*».

Meneó la cabeza con violencia, como para sacudirse esa idea. No, no era tan dura ni tan distante como su madre. No, no y no. Y aunque lo fuera, no podía manejar esa idea en ese momento. Ya tenía demasiado de qué preocuparse con el embarazo de Amy. No podía tener tantas cosas al mismo tiempo en la cabeza. El problema de Amy venía primero. Si una cosa horrible estaba creciendo en el vientre de su nena, tenía que deshacerse de ella tan pronto como fuera posible. Tal vez entonces, después del aborto, podría pensar en su vida y tomar una decisión sobre la mujer en que se había convertido; tal vez entonces podría reflexionar sobre lo que le había hecho a su familia. Pero no ahora. Dios, no, ahora no, por favor.

Inclinó el vaso y se tomó lo que quedaba como si fuera agua. Con manos temblorosas, se sirvió un poco de jugo de naranja y bastante más vodka.

La mayoría de las noches no se emborrachaba realmente hasta las once o doce pero esa vez, para las nueve y media ya estaba totalmente intoxicada. Se sentía confusa y no podía mover bien la lengua. Estaba flotando en sueños. Había logrado ese estado agradable y descerebrado que tanto deseaba.

Cuando miró el reloj de la cocina y vio que eran las nueve y media, se dio cuenta de que era hora de acostar a Joey. Decidió ir

arriba, darle un beso de buenas noches, asegurarse de que había dicho sus plegarias y contarle un cuento antes de dormir. Hacía mucho, mucho tiempo que no le contaba cuentos. Seguramente a él le gustaría. No era demasiado grande para eso, ¿o sí? Todavía era un bebé. Un angelito. Tenía una cara tan angelical, tan dulce, una cara de bebé. A veces lo amaba tanto que pensaba que iba a estallar. Como ahora. Estaba llena de amor por el pequeño Joey. Quería besarle la cara. Quería sentarse en el borde de la cama y contarle un cuento de princesas y duendes. Eso sería bueno, tan bueno… sentarse ahí en el borde de la cama y mirar esa sonrisa de ángel.

Terminó el trago y se puso de pie. Demasiado rápido: la habitación giró a su alrededor y ella se tomó del borde de la mesa para mantener el equilibrio.

Cuando cruzó el living, se golpeó con el costado de una mesa y tiró una estatua de Jesús, hermosa, tallada a mano, que había comprado hacía ya mucho, en sus días como camarera. La estatua cayó a la alfombra, y aunque medía pocos centímetros y no era pesada, ella pasó un rato manoseándola para recuperarla y volver a ponerla en su lugar: sus dedos se habían convertido en salchichas gordas y no era fácil doblarlos en la dirección que correspondía.

Se preguntó al pasar si el cuento de buenas noches sería una buena idea después de todo. Tal vez no era capaz de hacerlo, así como estaba. Pero después pensó en la cara dulce de Joey, en su sonrisa de querubín, y subió las escaleras. Los escalones le parecieron obstáculos difíciles y traicioneros pero llegó al primer piso sin caerse.

Cuando entró en la habitación del chico, descubrió que él ya estaba en la cama. Sólo una leve luz nocturna ardía en el aire, una sola lamparita en la pared, fantasmal, pálida a la luz de la Luna.

Se detuvo en el umbral de la puerta, esperando. Su hijo generalmente roncaba con suavidad mientras dormía, pero en ese momento estaba perfectamente quieto. Tal vez todavía no estaba dormido.

Tambaleándose con cada paso que daba, caminó despacio hasta la cama y lo miró. No veía mucho en esa luz tan débil.

Decidió que seguramente estaba dormido, que sólo le daría un beso. Se inclinó hacia él…

Y en ese momento, una cara luminosa, inhumana, con una mueca burlona saltó hacia ella desde la oscuridad, gritando como un pájaro furioso.

Ella chilló y se tambaleó. Chocó con la cómoda y se golpeó la cadera.

Su mente formó un caleidoscopio de imágenes horrendas y oscuras: *un moisés sacudido por la furia de un peso monstruoso; ojos enormes, verdes, animales, refulgentes de odio; una nariz distendida, retorcida, levantada en el aire para olerlo todo; una lengua pálida, manchada; dedos largos, huesudos, que la buscaban en la luz extraña de los relámpagos; garras que querían desgarrarla*…

La luz de la mesa de Joey se encendió y los recuerdos desaparecieron.

Joey estaba sentado en la cama.

—¿Mamá? —dijo.

Ellen se apoyó contra la cómoda y tragó aire. Por unos segundos que le parecieron eternos no había logrado hacer entrar nada en sus pulmones. La cosa en la oscuridad era Joey con una máscara de noche de brujas, una máscara fosforescente.

—¿Qué mierda es eso? —le preguntó apartándose de la cómoda para caminar hacia la cama.

Él se sacó la máscara con rapidez. Tenía los ojos muy abiertos.

—Mamá, pensé que eras Amy.

—Dame eso —ordenó y le arrancó la máscara de las manos.

—Puse un gusano de goma en la crema de noche de Amy y pensé que era ella que venía a vengarse —aclaró Joey, explicándose con toda la rapidez del caso.

—¿Cuándo vas a crecer? ¿Cuándo vas a dejar de hacer esas tonterías? —preguntó Ellen con severidad mientras el corazón le latía con fuerza.

—¡No sabía que eras tú! ¡No sabía!

—Ese tipo de broma es enfermizo —gruñó ella, furiosa. El agradable sopor del vodka ya no estaba allí, quedaba solo una tensión de pesadilla. Todavía estaba borracha pero la cualidad de su borrachera había cambiado de brillante a sombría, de feliz a desdichada—. Enfermizo —repitió mirando la máscara que tenía en la mano—. Enfermizo. Retorcido.

Joey se hundió en la cama, aferrándose a las colchas con las dos

manos, como si estuviera a punto de arrojarlas a un costado y salir corriendo con toda su alma.

Temblando todavía por el horror de esa imagen de colmillos sonrientes, luminosos, que saltaba hacia ella en la oscuridad, Ellen miró a su alrededor, a los otros objetos raros que guardaba el chico. Afiches de horror en las paredes. Boris Karloff como el monstruo de Frankestein; Bela Lugosi como Drácula; y otra criatura de películas de miedo que ella no recordaba. En la cómoda, en el escritorio y en los estantes, modelos de monstruos, figuras de plástico que Joey había armado a partir de modelos que se vendían en las jugueterías.

Paul le permitía ese *hobby* macabro, ésa era la verdad. Decía que era un interés muy común entre los chicos de su edad. Y ella tampoco se había opuesto demasiado. Aunque la fascinación del chico por el horror y la sangre la preocupaban, le había parecido un asunto menor, el tipo de cosa que dejaba ni manos de Paul para que él se sintiera cómodo y le permitiera ocuparse de los puntos más importantes, las cosas que realmente importaban.

Ahora, furiosa por el susto que le había dado el chico, disgustada por los recuerdos que había removido la broma, con la mente todavía distorsionada por el vodka, arrojó la máscara al cesto de la basura.

—Ya es hora de que termines con esta estupidez y yo voy a obligarte. Es hora de que dejes de juguetear con esta porquería de miedo y empieces a portarte como un chico normal, un chico saludable. —Sacó un par de los monstruos de plásticos de un estante y los puso en el tacho. Barrió con los fantasmas y los espíritus del escritorio—. Mañana, antes de irte al colegio, saca esos afiches horribles y tíralos a la basura. Y trata de no arruinar la pared cuando saques los clavos. Yo voy a buscar algo decente para que cuelgues, algo infantil. ¿Entiendes?

Él asintió. Lágrimas gordas le corrían por las mejillas pero no hacía ningún ruido.

—Y nada de esas bromas tuyas, ni una más —puntualizó Ellen con firmeza—. Nada de arañas de goma, nada de víboras falsas. Nada de gusanos en la crema. ¿Me oyes?

Él volvió a asentir. Estaba rígido, pálido hasta los huesos. Parecía una reacción exagerada frente al reto. No era un chico que mira a una madre enojada; era un chico que está mirando la

muerte. Parecía convencido de que ella iba a tomarlo del cuello y asfixiarlo con sus propias manos.

El terror que había en sus ojos sacudió a Ellen.

«*Soy como Gina*».

«¡No!», eso era injusto.

Estaba haciendo lo que había que hacer. El chico necesitaba disciplina. Ella estaba cumpliendo con su deber de madre.

«*Como Gina*».

Hizo un esfuerzo para sacarse esa idea de la cabeza.

—Acuéstate —ordenó.

Joey se acostó otra vez entre las sábanas.

Ella fue hasta la cómoda y puso la mano sobre el interruptor de la lámpara.

—¿Dijiste tus plegarias?

—Sí —dijo él, la voz cansada.

—¿Todas?

—Sí.

—Mañana vas a decir más, más que siempre.

—Sí, mamá.

—Y yo voy a decirlas contigo para estar segura de que no te olvidas de nada.

—Sí, mamá.

Ella apagó la luz.

Entonces, con una voz insegura, chiquita, el chico dijo:

—No sabía que fueras tú, mamá.

—Duérmete.

—Creí que era Amy.

De pronto, ella sintió que lo que más deseaba en el mundo era levantarlo de la cama y apretarlo contra su pecho. Quería abrazarlo y besarlo y decirle que todo estaba bien.

Pero cuando empezó a inclinarse hacia él, recordó la máscara. En el primer momento, en el instante en que vio esa cara terrible, había creído que el demonio oculto en Joey salía por fin a la superficie. Un segundo, dos, lo suficiente como para que su confianza estallara en mil pedazos, se había sentido segura de que la transformación que esperaba hacía ya tanto tiempo estaba allí, lista, frente a sus ojos. Ahora, tenía miedo de inclinarse y abrazarlo y volver a encontrar la misma cara, pero esta vez sin máscara. Tal

vez ahora sí él la tomaría del cuello y la acercaría hacia él y trataría de abrirle el estómago con garras brillantes y filosas. El torrente de amor que la había dominado se extinguió, dejando sólo un desierto vacío, lleno de incertidumbre y de miedo. Tenía miedo de su propio hijo.

Frío, calor.

Calor, frío.

De pronto, se dio cuenta una vez más de que estaba muy borracha. Totalmente floja. Sin equilibrio. Confusa y vulnerable.

Más allá del brillo vago y chato de la luz de la noche, la oscuridad latía, se movía y se le acercaba como una criatura viva.

Ellen se alejó de la cama y abandonó la habitación con rapidez, alejándose entre las sombras. Cerró la puerta de Joey al salir y se quedó un momento de pie, en el vestíbulo de la planta alta. Le latía el corazón como una persiana suelta en la tormenta.

«¿Estoy loca?», se preguntó. «¿Soy como mi madre, veo huellas del Diablo en todos y en todo, en el aire, donde no hay nada? ¿Soy *peor* que Gina acaso?».

«No», volvió a decirse en tono de desafío. «No estoy loca, no soy como Gina. Tengo buenas razones. Y bueno… tal vez ahora bebí un poco de más y no estoy pensando con coherencia, eso sí».

Tenía la boca seca y amarga del alcohol pero necesitaba otro trago. Quería volver a ese humor brillante, agradable, apacible que había tenido antes que Joey la asustara con la máscara.

Ya sentía los avances de lo que viene después de una borrachera: el estómago un poco revuelto que terminaría en una náusea total, arrolladora; un pequeño pulso en las sienes, el principio de un dolor de cabeza desgarrador. Lo que necesitaba para no empeorar era veneno de la misma serpiente que la había picado. Mucho veneno. Varios vasos de veneno de esa serpiente extraña, la que venía en botellas transparentes, la serpiente que se hacía con un destilado de la papa. ¿No hacían el vodka con papas? Jugo de papas, eso la haría sentirse bien. Lubricada con algo más de jugo de papas, podría entrar otra vez por la puerta entreabierta de ese humor cómodo con la misma facilidad con la que abría la puerta y entraba en su dormitorio todas las noches.

Sabía que era una pecadora. Servirse alcohol como lo hacía era pecaminoso, de eso no había duda alguna, y cuando estaba sobria,

veía la mancha espiritual que había dejado el alcohol en ella.

«Dios me ayude», pensó. «Dios me ayude porque no creo que yo pueda ayudarme a mí misma».

Bajó a servirse otro trago.

Joey se quedó en la cama unos diez minutos más, después que su madre se fue. Cuando le pareció que estaba a salvo, encendió la lámpara y se levantó.

Fue hasta el cesto de basura y miró la pila de modelos de monstruos que llenaba la canasta y sobresalía por encima, como la espuma de una cerveza; un montón de criaturas de plástico que trataban de atrapar algo con sus garras, que gruñían, que mordían. Drácula ya no tenía cabeza. Y había unos cuantos más totalmente rotos.

«No voy a llorar», se dijo con firmeza. «No voy a ponerme a lloriquear como un bebé. A ella le encantaría eso. No voy a hacer nada que pueda gustarle».

Las lágrimas le bajaban por las mejillas, como antes, pero eso no era llorar, él no creía que lo fuera. Llorar era cuando uno chillaba y se sacudía y le salían los mocos por la nariz y decía tonterías y se ponía rojo y perdía totalmente el control de sí mismo.

Se alejó de la canasta y fue hasta el escritorio, de donde mamá había sacado su colección de monstruos. Lo único que quedaba era su alcancía. La levantó y la llevó a la cama.

Guardaba el dinero en una jarra de un galón. La mayor parte estaba en monedas, ahorradas una por una de la pequeña suma semanal que le daban por mantener la habitación ordenada y ayudar en la casa. También ganaba algo llevando bolsos de compras para la señora Jannison, la anciana de la casa de al lado. Había varios billetes de un dólar en la jarra, la mayoría regalos de cumpleaños de su abuelo Harper, su tío John Harper y su tía Emma Williams, la hermana de papá.

Joey vació el contenido sobre la cama y lo contó, Veintinueve dólares. Y una moneda más. Ya tenía bastante edad como para saber que eso no era una fortuna, pero seguía pareciéndole mucho dinero.

Se podían hacer muchas cosas con veintinueve dólares. No

estaba seguro de cuántas, pero suponía que, por ejemplo, se podía viajar trescientos kilómetros.

Iba a empacar todas sus cosas e irse de casa. Tenía que escaparse. Si se quedaba, una noche mamá iba a entrar en la pieza, totalmente borracha, enojada, y lo mataría.

Como había matado a Victor.

Fuera quien fuere.

Pensó en lo que sentiría en una ciudad desconocida, lejos. En primer lugar, estaría solo. No extrañaría a mamá. Ni siquiera extrañaría mucho a papá. Pero sí a Amy. Cuando pensaba en dejar a Amy y no volver a verla nunca, sentía que se le tapaba la garganta, que iba a ponerse a gritar.

«*¡Basta! ¡No aflojes!*».

Se mordió la lengua hasta que desapareció el impulso de llorar y sintió que volvía a tener control sobre sí mismo.

Escapar de casa no significaba que no volvería a ver a Amy. En un par de años, ella también se iría a vivir sola y entonces podrían reunirse. Vivirían juntos en un departamento en Nueva York u otra ciudad grande. Amy sería una pintora famosa y él terminaría de crecer. Si apareciera en la puerta de Amy en unos años, ella no lo entregaría a mamá, eso no.

Ya se sentía mejor.

Volvió a poner el dinero en la jarra y cerró la tapa con fuerza. Luego, apoyó otra vez la jarra en el escritorio.

Tendría que conseguirse algunas bolsas, de esas que usan en los Bancos, y guardar las monedas de distintos valores y cambiarlas por dinero en papel. No podía salir de su casa con los bolsillos llenos de cambio, eso sería muy infantil.

Se metió otra vez en la cama y apagó la luz.

Lo único malo de escaparse era que se perdería la feria de julio. Había estado esperándola todo el año y ahora…

A mamá no le gustaba que fueran a la feria y se mezclaran con la gente de los espectáculos. Decía que eran sucios y peligrosos, una banda de forajidos.

Joey no creía nada de lo que decía mamá. Para ella, casi ninguna persona en el mundo estaba libre de pecado.

Algunos años su padre lo llevaba a la feria el sábado, el último día, pero otros había demasiado trabajo en la oficina y papá no

podía escaparse.

Ese año Joey había pensado ir a la feria en secreto, solo. El lugar donde la instalaban estaba a menos de tres kilómetros de su casa y el camino era todo derecho, menos una sola curva. Era fácil llegar porque el predio estaba muy arriba, en la sierra, y se lo veía casi desde cualquier lado. Joey había pensado decirle a su madre que iba a la biblioteca, cosa que hacía cada tanto pero esa vez tomaría su bicicleta y se iría a la feria y lo pasaría realmente bien todo el día, llegaría a casa justo para la cena, y mamá no se daría cuenta de nada.

Odiaba perderse la feria este año porque decían que iba a ser mucho más grande y mucho mejor que las anteriores. Sería de una compañía distinta y decían que iba a ser enorme, la segunda del mundo, dos o tres veces más grande que la que venía siempre. Habría muchos más juegos que otros años, más cosas que ver.

Pero no iba a verlas si estaba a trescientos kilómetros, empezando una nueva vida en una ciudad desconocida.

Durante casi un minuto, se quedó acostado en la oscuridad, sintiendo lástima de sí mismo. Después, de pronto, se sentó en la cama, sacudido por una idea brillante. Podía irse de casa y ver la feria de todos modos. Podía hacer las dos cosas. Era simple. Perfecto. *¡Se escaparía con la feria!*

8

El miércoles por la mañana llegaron los resultados de la prueba de laboratorio. Amy estaba embarazada. Ya era una noticia oficial.

El miércoles por la tarde ella y mamá fueron al Banco y sacaron dinero de la cuenta de Amy para pagar el aborto.

El sábado por la mañana le dijeron a Paul que se iban de compras pero en realidad, fueron a la clínica del doctor Spangler.

En admisión, Amy se sintió como una criminal. Ni el doctor Spangler[8] ni sus asociados, el doctor West y el doctor Lewis[9] eran católicos ni tampoco ninguna de las enfermeras. Hacían abortos todos las semanas de todos los meses del año y no le daban ninguna importancia moral. Sin embargo, después de tantos años de instrucción religiosa intensa, Amy se sentía como si estuviera a punto de convertirse en cómplice de un asesinato y sabía que tendría un residuo de culpa durante mucho, mucho tiempo y que ese residuo mancharía cualquier momento de felicidad que pudiera alcanzar de ahí en adelante.

Todavía le parecía difícil creer que mamá hubiera aceptado el aborto con tanta facilidad. El miedo que veía en sus ojos la llenaba de dudas.

La operación se hacía sobre la idea de que Amy se iba a su casa después sin internarse, y una enfermera la llevó a una habitación para que se sacara la ropa. Mamá se quedó en la sala de espera.

En la habitación, una enfermera le tomó una muestra de sangre y luego entró el doctor Spangler. El médico trató de tranquilizarla. Era un hombre jovial, grandote, con una cabeza calva y algo de pelo gris a los costados.

—No estás muy adelantada —le dijo—. Esto va a ser muy simple. No hay posibilidad de complicaciones, casi ninguna. No te preocupes, ¿eh? Vas a ver. Para cuando te des cuenta de que estamos empezando, ya vas a estar de vuelta en tu casa.

En la pequeña sala de operaciones, Amy recibió un anestésico moderado. Empezó a dejarse ir, a separarse de su cuerpo como un globo que se eleva hacia el alto cielo azul.

A la distancia, bajo un rayo potente de luz y una cortina de aire susurrante, Amy oyó a una enfermera que hablaba en voz baja:

—Es una linda chica, ¿no?

—Sí, muy linda —dijo el doctor Spangler, la voz casi transparente, sílaba tras sílaba, casi inaudible—. Y además, muy buena. Soy su médico desde que tenía dos años. Siempre tan amable, tan humilde…

Alto, por encima de ellos, Amy trataba de decirle al doctor que estaba muy equivocado. Ella no era buena. Era muy mala. Ese pobre hombre debería preguntarle a mamá. Mamá le diría la verdad. Amy Harper era una chica muy mala, una chica que tenía el mal por dentro, una chica salvaje, alguien en quien no se podía confiar. Trató de decirle al doctor Spangler lo poco que valía Amy Harper pero los labios y la lengua no le respondían. No podía pronunciar ni una sola palabra…

Hasta que dijo:

—Ah —y abrió los ojos en la habitación de recuperación. Estaba en una camilla sobre ruedas con costados plateados, de espaldas, mirando un cielo de revestimiento acústico. Durante un momento, no supo dónde estaba.

Después, se acordó de todo y se sorprendió de que el aborto hubiera sido tan rápido y tan sencillo.

La dejaron en la sala de recuperación durante una hora, para estar seguros de que no se produjera alguna hemorragia.

A las tres y media estaba otra vez en el Pontiac con su madre, camino a casa. Durante la primera parte del viaje, ninguna de las dos dijo una sola palabra. La cara de mamá parecía tallada en piedra.

Finalmente, Amy dijo:

—Mamá, sé que vas a querer que me quede en casa durante un par de meses pero espero que me dejes trabajar en La Zambullida de noche si ése es el horario que me da el señor Donnatelli.

—Trabaja cuando quieras —respondió su madre con frialdad.

—Pienso volver a casa directo del bar.

—No hace falta —dijo mamá—. No me importa lo que hagas. Ya

no me importa, te lo aseguro. No vale la pena: haga lo que haga, no me haces caso. No quieres portarte como corresponde. Le soltaste las riendas a esa cosa que tienes adentro y ya no puedes dominarla. Yo no puedo hacer nada. Me lavo las manos. Me lavo las manos de todo lo que tenga que ver contigo.

—Mamá, por favor. Por favor, no me odies.

—No te odio. No siento nada, estoy en blanco. No siento nada de nada por ti.

—No me abandones.

—Sólo hay un camino al Paraíso —pontificó mamá—, pero si quieres ir al Infierno, hay miles de huellas que te llevan. No puedo bloquearlas todas.

—Yo no quiero ir al Infierno —se defendió Amy.

—Es cosa tuya. De aquí en más, todo depende de ti. Haz lo que quieras. De todos modos, nunca me hiciste caso, así que me lavo las manos. —Mientras hablaba, metía el auto en el caminito de la casa —. No voy a entrar contigo. Tengo que hacer unas compras. Si tu padre ya volvió de la oficina, dile que estás pálida porque comiste una hamburguesa en el almuerzo mientras hacíamos compras y no te cayó bien. Ve a tu habitación. Cuanto menos te vea, mejor. Así no tendrá sospechas.

—De acuerdo, mamá.

Cuando Amy entró en la casa, descubrió que su padre no había vuelto todavía. Joey todavía estaba jugando en casa de Tommy Culp. Tenía la casa para ella sola.

Se puso el pijama y una bata y después llamó a Liz Duncan.

—Ya está.

—¿En serio? —se extrañó Liz.

—Acabo de volver.

—¿Ya te rasparon?

—¿Por qué tienes que decirlo de esa forma? —preguntó Amy.

—Eso es lo que te hacen —afirmó Liz con rudeza—. Te raspan. ¿Cómo te sientes?

—Raspada —admitió Amy, que se sentía muy mal.

—¿Descompuesta?

—Un poquito. Y me duele… ahí abajo.

—¿Quieres decir que te arde la concha? —preguntó Liz.

—¿Por qué tienes que hablar así?

—¿Así, cómo?

—Con malas palabras.

—Ésa es una de mis mejores cualidades, mi total falta de inhibiciones. Escucha, ¿además de la panza y la concha, cómo te sientes?

—Muy, muy cansada.

—¿Eso es todo?

—Sí. Fue más fácil de lo que yo pensaba.

—Ah, no sabes cuánto me alegro. Estaba preocupada por ti, nena. Estaba realmente preocupada.

—Gracias, Liz.

—¿Te encerrarán todo el verano?

—No. Yo creí que habría toque de queda durante un tiempo pero mamá dice que no le importa lo que haga. Que se lava las manos.

—¿Eso fue lo que dijo?

—Sí.

—¡Dios, pero si eso es fantástico!

—¿Te parece?

—Claro, tonta. Ahora tú te pones tus propias reglas, carajo. ¡Estás libre, nena! —Liz imitó un dialecto de los negros del Sur—: Tu amito te ha soltao, nena…

Amy no se rió.

—En este momento, lo único que quiero es dormir. Anoche no dormí nada y tampoco la noche anterior. Y con esto de hoy… bueno, estoy muerta.

—Claro —dijo Liz—. Eso lo entiendo. No te preocupes, no voy a tenerte mucho en el teléfono. Descansa un poco. Y llámame mañana. Quiero hacer planes para el verano. Este verano va a ser una pegada, nena. Vamos a fabricar recuerdos y apagar las velas del último verano juntas. Ya tengo un par de tipos en mente para ti.

—No creo que eso sea lo que necesito ahora —contestó Amy.

—Ah, no, claro, en los próximos diez minutos, no —aceptó Liz —. Pero después de un par de semanas, vas a volver a ver el lado bueno de las cosas.

—No me parece, Liz.

—Por supuesto que sí. ¡No vas a convertirte en monja, por el amor de Dios! Tienes que comer algo de ese salame de vez en

cuando. Lo necesitas igual que yo. Somos hermanas en eso. Ninguna de las dos puede pasarse sin un tipo por mucho tiempo.

—Ya veremos.

—Pero esta vez, esta vez —la sermoneó Liz—, vas a hacer lo que yo te diga. Y vas a conseguirte una receta para la píldora.

—No creo que me haga falta —se resistió Amy.

—Eso es lo que pensaste la última vez, tonta.

Unos minutos más tarde, Amy se arrodilló al costado de su cama y empezó a decir sus plegarias. Pero después de un minuto o dos, se detuvo porque, por primera vez en su vida, tenía la sensación de que Dios no la estaba escuchando. Se preguntó si alguna vez la escucharía de nuevo.

En la cama, lloró hasta quedarse dormida y nadie la despertó para la cena o para la misa del día siguiente. Cuando volvió a abrir los ojos, eran las once de la mañana del domingo y unas nubes blancas, dispersas, corrían como grandes veleros a través del cielo azul mar más allá de la ventana. Había dormido dieciocho horas.

Por lo que recordaba, era la segunda vez que faltaba a la misa del domingo desde que tenía apenas unos meses. La otra vez fue a los nueve años, cuando estaba en el hospital, recuperándose de una operación de apendicitis urgente. Le habían dicho que le darían de alta el lunes y su madre discutió con los médicos para que la dejaran ir un día antes y poder llevarla a la iglesia pero el doctor dijo que la iglesia no era el mejor lugar para un chico que se recupera de una cirugía.

La aliviaba que mamá no la hubiera obligado a ir a la iglesia esa mañana. Aparentemente, mamá no pensaba que su malvada hija tuviera mucho que ver con la iglesia, ya no.

Y tal vez tuviera razón.

Al día siguiente, lunes 26 de mayo, dos pintores de brocha gorda empezaron a trabajar a la entrada del predio de las ferias, en el límite de Ciudad Real. A media tarde, habían terminado.

PRONTO PRONTO PRONTO

** 30 DE JUNIO A 5 DE JULIO **
LA FERIA ANUAL DEL CONDADO REAL

---

* CARRERAS DE EMBOLSADOS
* ARTESANÍAS
* REMATES DE GANADO
* JUEGOS, EMOCIONES

ATRACCIONES DE:

BIG AMERICAN MIDWAY SHOWS

SEGUNDA PARTE

VIENE LA FERIA…

9

Un mes después del aborto, en la última semana de junio, Amy trabajaba en La Zambullida de lunes a viernes de nueve a cinco y los sábados de mediodía a seis de la tarde. El bar estaba repleto de adolescentes tostados y enérgicos.

A las seis de la tarde del sábado, cuando Amy se arreglaba para ir a su casa, llegó Liz Duncan. Parecía la chica de un millón de dólares, en *shorts* apretados y una remera sin corpiño debajo.

—Tengo una cita con Richie esta noche. Viene a buscarme a las seis y media. ¿Quieres quedarte conmigo un poco para no dejarme tan sola?

—No vas a estar sola —dijo Amy—. Si te sientas sin compañía, en dos minutos tendrás encima a todos los tipos de este lugar.

Liz miró a los chicos de La Zambullida, como examinándolos, y después meneó la cabeza.

—Nop. Cuando yo salgo con un tipo y lo dejo, sabe que es para siempre. Sabe que si trata de convencerme de empezar de nuevo, está perdiendo el tiempo.

—¿Y?

—Y la mayoría de los de aquí no me molestaría si me sentara sola porque ya me los cogí a casi todos.

—Asqueroso —comentó Amy.

—Pero casi real —dijo Liz.

—Eres mala de verdad.

—Por eso me quieren los tipos. Escucha, ¿vas a hacerme compañía hasta que venga Richie?

—Claro.

Amy fue hasta el mostrador y sirvió dos cocas. Ella y Liz se sentaron en el reservado del comienzo de la sala, desde donde veían la calle principal. El auto de Liz estaba estacionado enfrente. Era un Toyota Célica amarillo. Sus padres se lo habían dado como regalo

sorpresa para la graduación.

—No importa lo mucho que trate, me es completamente imposible imaginar una pareja como tú y Richie Atterbury.

—¿Por qué no? Los dos somos únicos en la escuela —dijo Liz—. Él era el genio de la clase con una inteligencia de ciento ochenta y yo era la puta de la clase con ciento ochenta tipos en mi colección.

—No sé por qué dices esas cosas de ti misma —se enojó Amy—. Ni siquiera te acercas a los ciento ochenta, ¡por Dios!

—Me gusta lo que digo de mí —replicó Liz. Guiñó un ojo—. Nena, me encanta ser así. Adoro lo que soy. Es la única forma de volar.

—Richie siempre fue tímido.

—Ya no —dijo Liz—. Escucha, fue muy divertido enseñarle de qué se trata la vida. ¡Era tan inocente, tan torpe, tan inseguro! Un verdadero desafío. Pero ya lo tengo. Ya lo tengo bien cocinado. Tiene un gran gusto por la corrupción.

—¿Y tú lo estás corrompiendo?

—Exactamente.

—¿No te parece un poco melodramático?

—No, porque eso es exactamente lo que estoy haciendo. Estoy corrompiendo a Richie Atterbury, el genio de la clase.

—Elizabeth Anne Duncan, la vampiresa, la mujer de mundo que todo lo sabe y todo lo tiene, habitante de la exótica Ciudad Real —se burló Amy con todo el sarcasmo que pudo.

Liz hizo una mueca.

—Ésa soy yo. ¿Sabes que hasta hace tres semanas, cuando empecé a salir con él, Richie nunca había fumado hierba? ¿Puedes imaginártelo? Ahora es todo un drogadicto.

—¿Ésa es la única razón por la que sales con él? ¿Para corromperlo?

—No —admitió Liz—. Es muy divertido abrirlo a cosas nuevas, a nuevas experiencias. Pero aunque ya supiera todo eso, para mí sería un chico divertido. Es inteligente, tiene chispa. Y sabe algo interesante de cada una de las cosas que le nombro. Nunca había salido con un genio, y… es algo diferente.

—Suena como si éste fuera a durar un poco más que los demás —aventuró Amy.

—De ninguna manera —se apresuró a aclarar Liz—. Otro mes,

seis semanas en total, supongo. Después, adiós, Richie. No importa lo inteligente que sea, para entonces ya voy a estar aburrida. Además, aunque quisiera algo permanente, y no lo quiero, pero si por alguna extraña razón, quisiera algo así con alguien, no querría que fuera alguien de esta ciudad de mierda. No quiero que nada me retenga cuando me vaya al Oeste.

—¿Todavía piensas en irte?

—Claro que sí, carajo. Voy a trabajar en la oficina de mi padre hasta mediados de diciembre, juntar algo de dinero y después irme. Por lo menos, un par de semanas antes de Navidad. Después de las vacaciones, voy a empacar mis cosas, subir a mi autito amarillo y salir como un tiro hacia la tierra de las oportunidades.

—¿California?

—Ya me decidí por Vegas.

—¿Las Vegas?

—Es el único Vegas que conozco.

—¿Y qué vas a hacer ahí?

—Vender —dijo Liz, haciendo otra mueca.

—¿Vender qué?

—No seas estúpida.

—No soy estúpida.

—Estás cuadrada…

—No entiendo. ¿Qué vas a vender?

—Mi culo.

—¿Eh?

—Voy a enganchar tipos.

—¿En la calle?

—¡Por Dios! —se impacientó Liz—. Escucha, nena, ¿no te das cuenta del dinero que puede ganar una chica con clase en Las Vegas? Una cifra de seis ceros supongo.

Amy la miró. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Estás tratando de hacerme creer que vas a Las Vegas a hacer de puta?

—No estoy tratando de hacerte creer nada. —Liz hablaba con paciencia—. Te estoy diciendo los hechos tal como son. Además, no voy a ser una puta común. Voy a ser acompañante profesional, compañera íntima de caballeros, uno distinto por noche. Las compañeras íntimas son muy caras, ¿sabes? Y yo voy a ser más cara

que las demás.
—No puedo creerlo.
—Eso es cosa tuya pero te aseguro que es cierto. Tengo buena personalidad, una cara muy pero muy linda, piernas largas, un culito hermoso, casi nada de cintura, y *esto*. —Levantó el pecho y los senos altos se elevaron contra la tela blanca, desnudos por debajo de la remera—. Si aprendo a no gastarme todo lo que tengo, y a hacer buenas inversiones, valdré un millón para los veinticinco.
—No vas a hacerlo.
—Sip.
—Es una broma.
—Nop. Escucha, soy una ninfomaníaca; no necesito que nadie me haga el diagnóstico, lo sé. Y tú lo sabes. Prácticamente todos lo saben. No puedo sacar las manos de encima de los tipos y me gusta la variedad. Así que si voy a estar cogiéndome a todos todo el día, me parece que tengo que sacar algún provecho.
Amy la miró, la estudió y su amiga le devolvió la mirada con ojos firmes. Finalmente, Amy dijo:
—Realmente vas a hacerlo… Sí.
—¿Por qué no?
—Liz, la vida de una prostituta no es agradable. No es diversión y juegos todo el día. Es soledad y amargura.
—¿Quién dice?
—Bueno… todo el mundo lo dice…
—Están mintiendo. Todos.
—Si te haces eso… va a ser… una tragedia, Liz, sí, una tragedia. Vas a tirar tu vida por la borda, vas a arruinarlo todo.
—Pareces tu madre —se burló Liz, sarcástica.
—¡Por favor, Liz, no seas tonta!
—Pareces tu madre —repitió Liz—. Exactamente igual.
Amy frunció el ceño.
—¿En serio?
—Moralista, estirada, la corrección personificada.
—Estoy preocupada por ti, eso es todo.
—Yo sé lo que estoy haciendo —dijo Liz—. Escucha, cuando eres acompañante de clase, estás siempre de fiesta en fiesta. ¿Qué tiene eso de amargo y solo? En realidad es hacer que te paguen para divertirte y jugar. Especialmente en Las Vegas, la ciudad donde

nadie descansa.

Amy estaba de una pieza. Nunca se había imaginado que sería amiga de una prostituta. Durante un largo rato, se sentaron en silencio, tomando coca y escuchando a Bob Seger que los golpeaba desde los parlantes del tocadiscos con la fuerza de un martillo.

Cuando la música se detuvo, Liz dijo:

—¿Sabes qué sería hermoso?

—¿Qué?

—Que vinieras conmigo a Las Vegas.

—¿Yo?

—Sí, ¿por qué no?

—Mi Dios —dijo Amy, absolutamente horrorizada con la idea.

—Escucha, sé que yo soy muy deseable, buena mercadería —le explicó su amiga—, pero no creo que sea más *sexy* que tú. Tienes justo lo que hay que tener para ser el éxito de Las Vegas.

Amy rió, avergonzada.

—En serio —insistió Liz.

—No, no es cierto.

—Van a hacer cola para meterse en tus pantalones. Escucha, nena, en esa ciudad serías más que Liberace y Frank Sinatra combinados.

—Ah, Liz, vamos, yo no haría eso. Ni en un millón de años.

—Lo hiciste con Jerry.

—No por dinero.

—¡Qué estupidez!

—Y además, fue diferente. Jerry era mi novio, alguien permanente.

—¿Y qué tiene de bueno lo permanente? —quiso saber Liz—. ¿Significó algo para Jerry? Te soltó apenas supo que estabas lista. No era considerado ni simpático ni leal ni nada de lo que se espera que sea un novio permanente. Te lo garantizo, los hombres a los que escoltarías en Las Vegas no te tratarían tan mal.

—Con mi suerte —dijo Amy—, mi primer cliente sería un maníaco homicida con un cuchillo de cocina en la mano.

—No, no, no —se entusiasmó Liz—. Tus clientes vendrían con sellado de aprobación de los dueños de los hoteles y otros ejecutivos de los casinos. Sólo te mandan a los grandes, los de dinero, los médicos, los abogados, la gente del espectáculo, los empresarios…

No te verías con nadie que no fuera de alcurnia.

—Tal vez esto sea un sorpresa para ti —dijo Amy—, pero hasta un empresario millonario puede ser un maníaco homicida con un cuchillo de cocina en la mano. Es raro. Eso lo admito. Pero no imposible.

—Bueno, lo que tienes que hacer es llevar un cuchillo en la cartera —se desentendió Liz—. Si empieza a hacer algo raro, tú lo cortas primero.

—Tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

—Soy de la pequeña Ciudad Real, en Ohio —dijo Liz—. Pero no soy tonta.

—Bueno, pero no creo que vaya contigo a Las Vegas a fin de año —contestó Amy—. Va a pasar mucho, mucho tiempo hasta que esté dispuesta a salir con alguien en una cita con sexo. Ya prometí no meterme con hombres por un tiempo.

—A la mierda con eso —dijo Liz.

—Es cierto.

—Hasta ahora, te pasaste todo el verano como una estúpida. Pero ya se te va a pasar.

—No. Lo digo en serio.

—La semana pasada fuiste al médico que te recomendé.

—¿Y?

—Tienes una receta para la píldora. ¿La tendrías si pensaras seguir virgen y pura?

—Tú me convenciste —arguyó Amy.

—Por tu bien.

—Ojalá no hubiera ido. No voy a necesitar la píldora ni ninguna otra cosa hasta que termine la preparatoria de la universidad. Voy a sentarme en una silla con las piernas cruzadas, voy a ser virginal, en serio.

—A la mierda con eso, te dije. Dentro de dos semanas, dos, vas a estar boca arriba debajo de un potro cualquiera. Dos semanas como mucho. Lo sé. Te conozco de atrás para adelante, de adentro para afuera. ¿Y sabes por qué te leo con tanta claridad? Porque eres exactamente igual que yo. Somos gemelas. Dos gotas de agua. Ah, no, tal vez en la superficie no. Pero adentro, bien adentro, en tu corazón, que es lo único que cuenta, eres exactamente igual que yo, querida. Por eso vamos a pasarlo tan bien en Las Vegas. Flor de

baile que vamos a dar.

Richie Atterbury venía caminando hacia la mesa. Era un chico alto, delgado, no demasiado buen mozo pero tampoco feo. Tenía el cabello oscuro, espeso, y usaba anteojos que lo hacían parecer Clark Kent.

—Hola, Liz. Hola, Amy.

—Hola, Richie —dijo Amy—. Qué linda camisa tienes…

—¿En serio te gusta? —preguntó él.

—Sí, mucho.

—Gracias —dijo Richie, incómodo. Miró a Liz con los ojos grandes, enfermos de amor, como los de un perrito—. ¿Lista para el cine?

—No puedo esperar ni un minuto más —dijo Liz. Se puso de pie y le dijo a Amy—: Vamos al autocine. Y está bien. Porque Richie sí que sabe meter el auto adentro —agregó mientras sonreía con picardía.

Richie se puso colorado.

Liz rió y dijo:

—No creo que pueda ver la película a menos que pongamos unos espejos que reflejen la pantalla en el techo.

—Liz, eres terrible —dijo Amy.

—Y a ti, ¿qué te parece? ¿Me ves tan terrible? —preguntó su amiga a Richie.

—Te veo tremenda —dijo Richie como un cumplido mientras se atrevía a pasarle un brazo por la cintura. Todavía parecía algo tímido. Tal vez lo era, a pesar de que Liz lo hubiera puesto en contacto con el sexo y las drogas.

Liz miró a Amy.

—¿Ves? El cree que soy tremenda y él era el genio de la clase así que no puedes decir nada.

Amy sonrió a pesar de sí misma.

—Escucha —agregó su amiga—, cuando estés lista para vivir de nuevo, cuando te canses de jugar a la Hermana Pureza, llámame. Y te conseguiré a alguien. Saldremos de a cuatro.

Amy los miró alejarse hacia el Toyota Célica amarillo. El auto se alejó de la vereda con un gemido de cubiertas y todos los que estaban en La Zambullida miraron hacia la calle.

Esa noche, cuando salió del trabajo, Amy no volvió directamente

a casa. Caminó sin rumbo durante una hora, mirando sin ver las vidrieras de los negocios, abstraída, sin notar las casas frente a las que pasaba, sin disfrutar en serio de la hermosa noche de primavera. Caminaba y pensaba en el futuro.

Cuando llegó a casa a las ocho, su padre estaba en el taller. Su madre estaba sentada escuchando un programa de llamadas en la radio y tomando vodka y jugo de naranja.

—Si no cenaste en el trabajo —dijo—, hay carne fría en la heladera.

—Gracias pero no tengo hambre, comí mucho en el almuerzo —contestó Amy.

—Como quieras —dijo mamá. Se volvió y subió el volumen de la radio.

Amy lo interpretó como una señal de que podía irse.

Pasó una hora con Joey jugando a la casita robada, el juego de naipes que más les gustaba. Su hermano no parecía él mismo. No era el viejo Joey, el de siempre, el efervescente, desde que mamá lo obligó a separarse de sus monstruos y sus afiches. Amy trataba de hacerlo reír y él se reía, sí, pero su buen humor parecía parte de un disfraz. Estaba tenso por dentro y ella se sentía muy mal por él pero no sabía cómo interpretarlo ni cómo levantarle el ánimo.

Más tarde, en su habitación, se miró desnuda frente al espejo. Miró su cuerpo con ojo crítico, tratando de decidir hasta qué punto podía competir con el de Liz. Tenía las piernas largas y bien formadas. Los muslos tensos, el tono muscular bien firme. La cola era redonda y como levantada, dura. El vientre no era sólo chato sino hasta combado hacia adentro. Los senos no eran tan grandes como los de Liz pero tampoco eran demasiado chicos y tenían una forma casi perfecta, elevada, con pezones grandes, oscuros.

No había duda de que el suyo era un cuerpo diseñado para el sexo, para atraer y satisfacer a un hombre. ¿El cuerpo de una cortesana? ¿De una «compañera íntima», como decía Liz? ¿Las piernas, nalgas y senos de una puta? ¿Para eso había nacido? ¿Para venderse? Su futuro como prostituta, ¿era inevitable? ¿Era su destino pasar miles de noches sudorosas aferrándose a desconocidos en habitaciones de hotel?

Liz decía que veía la corrupción en los ojos de Amy. Mamá decía lo mismo. Para mamá, esa corrupción era monstruosa, una cosa

malvada que había que suprimir a toda costa; en cambio, para Liz, era algo que había que adoptar y querer. A Amy le parecía que no debía de haber dos personas más diferentes que Liz y mamá en todo el ancho mundo y, sin embargo, las dos estaban de acuerdo en lo que creían sobre ella.

Ahora, ella miraba sus ojos en el espejo, espiaba las ventanas de su alma; pero aunque lo hacía con fuerza, con atención, no veía nada más que las superficies de una mirada oscura y bastante hermosa. No veía en ellos el hedor del Infierno ni la gracia del Paraíso.

Estaba sola, frustrada y muy pero muy confundida. Quería entenderse a sí misma. Quería encontrar el rol que le correspondía en el mundo, eso era lo más quería en la vida. Necesitaba un rol que no la hiciera sentirse tensa y desesperanzada, fuera de lugar, como siempre se había sentido.

Si su esperanza de ir la universidad y su sueño de transformarse en una artista no eran realistas, entonces no tenía ganas de pasarse años luchando por algo que en realidad no tenía sentido. Ya había habido demasiada lucha en su vida.

Se tocó los senos y los pezones se levantaron enseguida, duros, orgullosos, grandes como las puntas de sus dedos meñiques. Sí, era algo malo, algo pecaminoso, como decía mamá… y sin embargo, parecía tan bueno, tan dulce…

Sabía que si alguna vez volvía a sentirse segura de que Dios la estaba escuchando, se arrodillaría y Le pediría una señal, una señal irrefutable, sagrada, algo que le aclarara de una vez y para siempre si era una buena persona o una malvada. Pero después de lo que le había hecho al bebé, ya no creía que Dios la estuviera escuchando.

Mamá decía que ella era mala, que Algo malo acechaba en su interior, que había soltado las riendas que retenían a ese Algo. Mamá decía que tenía un potencial para la maldad. Una madre siempre sabe ese tipo de cosas con respecto a sus hijos.

¿O no?

¿O no?

Antes de irse a la cama, Joey volvió a contar el dinero de la alcancía. En el último mes había agregado dos dólares y noventa y

cinco centavos y ahora tenía exactamente treinta y dos dólares.

Se preguntó si tendría que sobornar a alguien en la feria para que lo dejaran acompañarlos al salir de Ciudad Real. Supuso que, como mínimo, necesitaría veinte dólares para mantenerse hasta que empezar a ganar dinero como feriante, lavando los elefantes o haciendo cualquier trabajo que pudieran darle a un chico de diez años. Así que lo único que le quedaba para sobornos era una suma de doce dólares.

¿Sería suficiente?

Decidió pedirle dos dólares a su padre para ir a la matiné del Rialto el domingo. Iría a casa de Tommy Culp y jugaría con él, fingiría que había visto las películas cuando su padre le preguntara y agregaría los dos dólares a sus fondos.

Volvió a poner su alcancía en el escritorio.

En las plegarias de esa noche, le pidió a Dios que su madre no volviera a enojarse cuando entraba en su habitación.

Al día siguiente, domingo, Amy llamó a Liz.

—Hola —dijo Liz.

—Soy Hermana Pureza —anunció Amy.

—Ah, hola, Hermana.

—He decidido abandonar el monasterio.

—¡Aleluya!

—Hace demasiado frío y hay muchas corrientes de aire.

—Eso, para no mencionar el aburrimiento —acotó Liz.

—¿Qué tienes para mí, hermana, que pueda salvarme del aburrimiento?

—¿Qué te parece Buzz Klemmet?

—No lo conozco.

—Tiene dieciocho, casi diecinueve, creo. Estaba en la clase más adelantada…

—¡Ah, un hombre crecido!

—… pero dejó la escuela en segundo año. Trabaja en la estación de servicio que está en la esquina de la principal y Broadway.

—Sí que sabes elegirlos… —comentó Amy con sarcasmo.

—Tal vez no parezca mucho así, en palabras —se defendió Liz —, pero espera a que lo veas. Es una pegada.

—¿Una pegada?
—Puro músculo.
—¿Sabe hablar?
—Lo suficiente. Lo necesario.
—¿Se ata los cordones de los zapatos solo?
—No estoy segura, pero generalmente usa mocasines así que no te preocupes.
—Espero que sepas lo que haces.
—Confía en mí —la tranquilizó Liz—. Te va a encantar. ¿Para qué noche lo quieres?
—Cualquiera. Trabajo de día.
—¿Mañana?
—De acuerdo.
—Vamos los cuatro —decidió Liz—. Yo y Richie, tú y Buzz.
—¿Adonde quieres ir?
—¿A mi casa? Pasamos algo de música, vemos una película en el vídeo de mis padres, nos chupamos algo. Tengo algo de hierba que nos puede relajar rápido.
—¿Y tus padres?
—Se van dos semanas de vacaciones. Nueva Orleans. Tengo la casa toda para mí.
—¿Y te dejan sola por dos semanas?
—Me dejan sola. Les basta con que no queme la casa. Escucha, nena, me alegro de que hayas dejado de esconderte. Tenía miedo de que el verano fuera un desastre. Ahora sí que vamos a romper la noche. Me alegro de que hayas vuelto a hamacarte un poco.
—No estoy segura de querer hamacarme, por lo menos no hasta el final, ya me entiendes. Quiero divertirme un poco, eso sí. Salir. Pero no creo que vaya a cogerme a los tipos. No hasta que termine la preparatoria.
—Claro, claro —dijo Liz.
—Lo digo en serio.
—Tómate tu tiempo, nena. De todos modos, vamos a pasarlo bien ahora que no están mis viejos.
—Y la feria es la semana que viene —añadió Amy.
—Eh, sí… Creo que me a encantar fumar buena hierba y después tirarme por los juegos.
—De eso estoy segura.

—¿Nunca te diste bien y después te metiste en la casa del terror con todos esos monstruos falsos saltándote a la cara?

—Nunca —contestó Amy.

—Es divertidísimo.

—Supongo —dijo Amy—. Quiero probar.

10

Janet Middlemeir era ingeniera de seguridad del condado. Su trabajo era asegurarse de que todos los edificios públicos —las cortes, las sedes de bomberos, las bibliotecas, las escuelas, las comisarías y demás— estuvieran limpias y bien iluminadas, y fueran seguras para visitantes y empleados. Era responsable de la inspección de la integridad estructural de esos edificios y de la condición y el correcto funcionamiento de la maquinaria y el equipo que guardaban dentro de sus paredes. Janet era joven, apenas hacía unos años que había terminado la universidad. Todavía era tan dedicada como cuando comenzó a trabajar en su puesto, hacía ya dos años. Sus deberes le parecían sagrados, y las palabras «confianza pública» todavía tenían sentido para ella aunque no significaran mucho para la gente con la que trabajaba en el condado, para las burocracias estatales. Su paso por los puestos públicos no tenía todavía los años necesarios para haberse contaminado de todas las influencias y corrupciones que tiñen a todos en las dependencias estatales. Su trabajo le importaba. Realmente.

El lunes 23 de junio, cuando la feria llegó a Rockville,[10] Maryland, Janet Middlemeir se presentó en el tráiler oficina del señor Frederick Frederickson, dueño y operador de BAM, un hombre de brillante pelo blanco. Con firmeza y formalidad muy directas, como siempre, le informó que quería revisar toda la feria hasta que estar completamente segura de que las máquinas y las otras atracciones estaban bien construidas y eran seguras. No aprobaría la apertura de la feria si sentía que representaba una amenaza para el bienestar de los ciudadanos de su condado.

Estaba usando todo el peso de su autoridad, tal vez hasta se excedía un tanto. No estaba enteramente segura de que el equipo de la feria entrara en su jurisdicción, a pesar de que la habían

levantado sobre predios del condado. La ley era muy vaga en ese punto. Nadie de la Oficina de Seguridad Pública había inspeccionado la feria en años anteriores pero Janet sentía que no podía dejar de lado esa responsabilidad. Apenas hacía unas semanas, una mujer había muerto en un juego de feria en Virginia; y aunque ese trágico accidente no había sucedido en BAM, Janet estaba decidida a poner a la empresa bajo el microscopio antes de dejar que se abrieran las puertas para el público.

Cuando informó de sus intenciones al señor Frederickson, tuvo miedo de que él pensara que ella quería que la sobornara. No sabía cómo manejaría la situación si él le ofrecía dinero. Lo que sí sabía era que las ferias tenían un empleado cuyo trabajo era sobornar a los funcionarios del estado. Lo llamaban el «remiendo» porque iba adelante de la feria y remendaba los problemas que pudiera haber con la policía y otros funcionarios del gobierno, llenándoles los bolsillos con dinero y boletos gratis para sus amigos y familiares. Si el «remiendo» no hacía bien su trabajo, la policía solía arrasar las ferias, cerrar las puertas al público, arruinar días enteros de ganancia, aunque se tratara de ferias legales, ferias que no estafaban a los clientes. Furiosa por la falta de dinero del soborno, la policía de ciertos pueblos clausuraba los espectáculos de chicas más limpios y declaraba legalmente que los juegos eran peligrosos, y de ese modo, ponía de rodillas a los espectáculos ambulantes. Ella no quería que la gente de BAM creyera que lo que buscaba era dinero fácil.

Por suerte, el señor Frederickson era un caballero bien educado, bien hablado, correcto. No tenía nada que ver con lo que ella había esperado. Reconoció y admiró su sinceridad. No le ofreció ningún soborno. Le aseguró que su gente estaba tan preocupada por la seguridad, y la salud de los clientes como ella misma y le dio permiso para meterse donde quisiera por el tiempo que quisiera. El supervisor de transporte del señor Frederickson, Max Freed,[11] le dio una tarjeta con las letras VIP en negro, para que la gente de la feria cooperara con ella.

Durante casi toda la mañana y la tarde, con un casco en la cabeza, una gran linterna y un anotador, Janet revisó el lugar, vigiló la forma en que la feria se levantaba de sus cenizas como un ave fénix, inspeccionó las trabas, junturas y remaches, se arrastró

por lugares oscuros, apretados y no dejó piedra sin levantar. Descubrió que Frederick Frederickson había dicho la verdad: BAM era concienzuda con respecto al mantenimiento y más que concienzuda, directamente quisquillosa, en cuanto a la forma en que se erigían los juegos y los espectáculos.

A las tres menos cuarto, llegó a La Casa del Terror, que parecía lista para el negocio una hora cincuenta antes de que abrieran las puertas. El área que la rodeaba estaba desierta, silenciosa. Ella quería que alguien le hiciera una visita guiada de La Casa del Terror pero no localizaba a nadie y durante un momento pensó en dejarla de lado. No había encontrado ni un solo problema de seguridad importante en la feria y no era probable que descubriera alguno en ese lugar. Seguramente estaba perdiendo el tiempo. Pero…

Janet tenía un sentido del deber muy especial.

Caminó por la rampa que subía junto a la boletería y entró en el canal hundido en el que se moverían las góndolas cuando abrieran la feria. Desde la puerta de entrada, ese canal llevaba a un gran portón de madera pintado para semejar las puertas macizas, con goznes de hierro, de los castillos prohibidos. Cuando el juego estuviera en movimiento, las puertas se abrirían para admitir a cada uno de los coches y luego se cerrarían con un golpe por detrás. En ese momento, estaban abiertas.

Ella espió adentro.

El interior de La Casa del Terror no estaba tan oscuro ahora como cuando empezaran a llegar los clientes. Había una hilera de luces de trabajo a lo largo de las vías que desaparecía unos dos metros más allá en una curva. Cuando entraran los primeros aventureros, las luces estarían apagadas.

A pesar de las luces, era un lugar sombrío.

Janet se inclinó hacia la puerta.

—Eh —dijo.

No hubo respuesta.

—¿Hay alguien ahí?

Silencio.

Encendió la linterna, dudó un segundo y entró.

La Casa del Terror olía a humedad y aceite.

Janet se arrodilló a inspeccionar los clavos que unían dos secciones de vías. Estaban bien asegurados.

Caminó hacia el interior del edificio.

De los dos lados de la vía, un poco elevadas, había figuras mecánicas colocadas en nichos secretos en las paredes; un pirata feo, burlón, con una espada en la mano; un hombre lobo, las garras pintadas con pintura plateada, brillante, casi como cuchillos en la oscuridad, sangre falsa pero realista en la boca y colmillos largos, de perro; un asesino manchado de sangre con el hacha levantada sobre el cuerpo lastimado de una de sus víctimas; y muchos otros, algunos más horrendos todavía. Con esa luz, Janet veía claramente que eran sólo maniquíes, imágenes falsas preparadas con inteligencia, pero de todos modos se sentía inquieta. Aunque ninguno estaba animado todavía, todos lo estarían cuando la casa estuviera funcionando y parecían a punto de saltar sobre ella. Para su propia vergüenza, esas cosas la ponían nerviosa, la molestaban. Pero su disgusto no le impidió inspeccionar las cadenas que los sostenían para asegurarse de que no caerían sobre una de las góndolas.

Caminando por la pasarela, mientras miraba los monstruos, la ingeniera se preguntó por qué la gente insistía en llamar a esos lugares «ferias de diversiones».

Giró en la curva al final de la primera parte de la huella, y se hundió más aún en La Casa del Terror. Dio vuelta otra curva y luego otra, maravillándose por la riqueza de la invención que se había empleado en el diseño de ese lugar. Era enorme, tan grande como un galpón mediano por lo menos, y estaba lleno de cosas que asustaban. No era el tipo de diversión que ella hubiera elegido, pero no tenía más remedio que admirar el trabajo, la calidad de la artesanía y la creatividad que se habían puesto en él.

Estaba en el centro de la enorme estructura, de pie en la vía, mirando una araña del tamaño de una persona suspendida sobre su cabeza, cuando alguien le puso una mano en el hombro. Ella jadeó, saltó y se alejó de ese contacto inesperado, se volvió y hubiera gritado si no se le hubiera congelado la garganta.

Había un hombre de pie en las vías detrás de ella. Era extremadamente alto, por lo menos dos metros, de hombros muy anchos, con el pecho enorme y usaba una máscara de Frankenstein, un traje negro, un suéter de cuello alto negro, guantes de monstruo y una máscara de goma que le cubría la cabeza.

—¿Asustada? —le preguntó él. Tenía una voz excepcional, grave y ronca.

Ella tragó saliva y finalmente respiró y dijo:

—¡Sí, Dios mío! Me asustaste mucho.

—Mi trabajo.

—¿Qué?

—Asustar a los clientes. Mi trabajo.

—Ah. ¿Trabajas aquí en La Casa del Terror?

—Mi trabajo —dijo él.

Ella decidió que ese hombre debía de ser algo retardado. Sus declaraciones simples, cortadas parecían las de un chico muy pequeño. Tratando de ser amistosa, tal vez para ver si con eso lograba que él también lo fuera, le dijo:

—Me llamo Janet. ¿Y tú?

—¿Eh?

—¿Tu nombre?

—Gunther.

—Lindo nombre.

—No gusta.

—¿No te gusta tu nombre?

—No.

—¿Cómo te gustaría llamarte?

—Victor.

—Ése también es un lindo nombre.

—Victor, su favorito.

—¿Favorito de quién?

—De él.

Ella se dio cuenta de que estaba en problemas. En un lugar extraño y mal iluminado, fuera de la vista y seguramente del oído de cualquiera que pudiera ayudarla, sola con un hombre retardado lo suficientemente grande como para partirla en dos.

Él dio un paso hacia ella.

Ella retrocedió.

Él se detuvo.

Ella se detuvo también, temblando; sabía que no podría correr más que él. Sus piernas eran más largas que las suyas y conocía más el lugar.

Él hizo un sonido extraño detrás de la máscara, como un perro

que busca un rastro.

—Soy funcionaria del gobierno —dijo ella lentamente, para que él entendiera—. Una funcionaria muy importante.

Gunther no dijo nada.

—Muy importante —dijo Janet, nerviosa. Mostró la tarjeta VIP que le había dado Max Freed—. El señor Frederickson dijo que podía ir adonde quisiera. ¿Sabes quién es? ¿Conoces al señor Frederickson?

Gunther no contestó. Se quedó ahí parado, grande como un árbol, mirándola, la cara escondida detrás de la máscara, las manos colgadas a los costados.

—El señor Frederickson es el dueño de esta feria —dijo ella con paciencia—. Tienes que conocerlo. Seguramente es tu jefe. Me dijo que podía ir adonde quisiera.

Finalmente Gunther habló de nuevo.

—Olor mujer —dijo.

—¿Qué?

—Olor mujer. Olor lindo. Bueno.

—No, no —dijo ella, que había empezado a traspirar.

—Quiero lindo.

—No, no —dijo ella—, no, Gunther. Eso no estaría bien. Eso te metería en problemas.

Él estaba oliendo de nuevo. La máscara parecía interferir con lo que estaba tratando de seguir en el aire, así que levantó las manos y se la sacó.

Cuando Janet vio lo que había oculto detrás, tropezó hacia atrás en la huella y gritó con fuerza.

Antes de que nadie pudiera oírla, Gunther saltó sobre ella y cortó el grito con un golpe de su mano enorme.

Ella cayó.

Él se dejó ir sobre ella.

Quince minutos antes de que abrieran las puertas de la feria, Conrad hizo una inspección final de La Casa del Terror. Caminó a lo largo de la vía para asegurarse de que no había herramientas olvidadas ni maderas que pudieran hacer descarrilar a una de las góndolas.

En la Habitación de las Arañas Gigantes encontró a la mujer muerta. Estaba sobre las vías, debajo de una de las grandes tarántulas falsas. Estaba extendida sobre su propia ropa ensangrentada, desnuda, golpeada, quebrada. La cabeza estaba separada del tronco, a cuatro metros por lo menos.

Al principio, Conrad pensó que Gunther había matado a una de las mujeres de la feria. Eso era lo peor que podía pasar. Los cuerpos de los extraños podían colocarse en lugares bien pensados, lejos, para que la policía nunca sospechara de nadie relacionado con BAM. Pero si uno de los habitantes de la feria aparecía violado y mutilado, la policía tomaría cartas en el asunto y Gunther les interesaría tarde o temprano. Los hombres y mujeres de la feria aceptaban al chico, como aceptaban a todos los monstruos y deformados, pero lo hacían porque no sabían nada de su necesidad urgente de violar, matar y probar la sangre. No había sido así antes. Los de la feria sabían que era diferente pero no se daban cuenta de lo *peligrosa* que se había vuelto esa diferencia desde la pubertad de Gunther, cuando había adquirido necesidades sexuales. Nadie prestaba demasiada atención a Gunther; era casi una sombra en la mente de todos, una presencia que percibían sólo marginalmente. Pero si moría una mujer de la feria, alguien lo miraría más de cerca y entonces no habría forma de ocultar la verdad.

Después de un momento de pánico, Conrad vio que la mujer no era de la feria. Nunca la había visto antes. Todavía había una posibilidad de salvar a Gunther y salvarse a sí mismo.

Consciente de que no le quedaba mucho tiempo para ocultar la evidencia, Conrad tomó los restos y caminó con rapidez hacia el final de la Habitación de las Arañas Gigantes. Justo antes de llegar a la curva siguiente, se apartó del canal de las góndolas y entró en una especie de cuadro en tres dimensiones donde dos figuras animadas, un hombre y una araña del tamaño de un hombre, se entrelazaban en un combate mortal, quietos ahora que no había clientes para ver la lucha. El hombre y la tarántula estaban frente a una serie de grandes piedras de papel *mâché*. Conrad rodeó las falsas rocas y se arrodilló.

El brillo de las luces de trabajo no llegaba hasta allí. Puso una mano en la oscuridad que tenía enfrente y tocó el suelo de maderas rústicas. Después de unos segundos, localizó el aro que estaba

buscando. Tiró de él levantó una puerta trampa, una de las seis que había en la casa para solucionar problemas de mantenimiento.

Se deslizó sobre el vientre, hacia atrás, estirando los pies para tocar los escalones que quedaban más abajo. Encontró la escalera y descendió hacia la oscuridad más profunda. Justo cuando la cabeza llegaba al nivel de la puerta trampa, tocó con los pies el suelo y se separó de la escalerilla.

Estiró las manos en la oscuridad hacia la derecha, pasó la mano por el aire, encontró la cadena que encendía la luz, y tiró de ella. Dos docenas de lamparitas se encendieron al mismo tiempo pero el lugar era grande y seguía siendo sombrío. Estaba en una habitación de techo bajo, llena de máquinas, engranajes, cables, cintas de cuero, poleas y extraños mecanismos encadenados; las entrañas mecánicas de la gran Casa del Terror.

Conrad se separó de la escalera, se deslizó entre dos máquinas y entró en un pasillo estrecho entre largos cables anudados que se extendían a lo largo de una serie de ruedas mecánicas. Se apresuró hacia el rincón noroeste de la cámara, donde había un banco de trabajo, una caja de herramientas, una estantería de metal llena de repuestos, una pila de hojas de tela alquitranada, y un par de overoles.

Conrad se sacó el traje que usaba para atraer a los clientes y se puso uno de los overoles. No quería tener que explicar ropas llenas de sangre a Fantasma ni a ninguno de los demás empleados.

Levantó una de las hojas de tela alquitranada y volvió a la escalera. Una vez arriba, caminó hasta la Habitación de las Arañas Gigantes.

Miró el reloj de pulsera. La llamada para la apertura de ese día era a las cuatro y media, y ésa era la hora que marcaba el reloj. En ese mismo momento se estaban abriendo los grandes portones. Ya entraban los clientes. En diez minutos, el primero entraría en la boletería a pedir una entrada.

Fantasma no haría funcionar el sistema hasta que tuviera el informe de Conrad sobre las condiciones de las vías. Y seguramente ya se estaba preguntando por qué tardaba tanto en llegarle. En dos o tres minutos, vendría a ver qué pasaba.

Conrad extendió la tela sobre el canal de las góndolas. Tomó el cuerpo, todavía tibio, y lo dejó caer en el medio. Aferró un gran

mechón de cabello largo y levantó la cabeza separada de la mujer muerta. Vio la boca abierta, los ojos de par en par. Puso el bulto junto al resto. Agregó las ropas desgarradas y sucias y luego una linterna, un anotador, y un casco. ¿Qué clase de mujer usa casco? ¿Y qué había estado haciendo ésa en la casa del terror? Buscó un monedero. Las mujeres siempre tenían cartera pero él no encontraba ninguna. Por fin, jadeando por el apuro y el esfuerzo, levantó las puntas de la hoja de tela, la sacó del canal de las góndolas y la llevó hacia el lugar en el que el hombre y la araña seguían adelante con su lucha eterna y congelada.

Cuando se puso de pie sobre esa elevación detrás de su carga, oyó que alguien decía su nombre:

—¿Conrad?

Se le paralizó el corazón. Miró a lo largo de las huellas, hacia el túnel sombrío desde donde venían las góndolas.

Era Fantasma. El albino estaba de pie a unos cien metros, al comienzo de la Habitación de las Arañas Gigantes. Solamente una silueta pálida. Conrad no le veía la cara.

«Si yo no puedo verlo con claridad, él tampoco me ve a mí,» pensó, aliviado. «No ve la tela alquitranada, y aunque la vea no sabe lo que hay adentro».

—¿Conrad?

—Sí, aquí estoy.

—¿Pasa algo malo?

—No, no, no es nada.

—Ya abrieron las puertas. Vamos a tener cola en dos minutos.

Conrad se agachó detrás del paquete, usando el cuerpo para bloquear la visión de Fantasma.

—Había algunas porquerías en las vías. Pero ya está. Ya me ocupé.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Fantasma y empezó a caminar hacia él.

—No, no. Tengo todo bajo control. Mejor si vas al frente, enciendes todo y empiezas a vender entradas. Ya estamos listos para empezar.

—¿Seguro?

—Claro que sí —ladró Conrad—. A moverse. Voy para allá en unos minutos.

Fantasma dudó un segundo, después se volvió y salió por donde había entrado.

Apenas lo perdió de vista, Conrad arrastró su carga alejándola de las piedras de papel *mâché*. Tuvo algunas dificultades para pasar el horrible paquete por la puerta trampa. Se inclinó y lo bajó todo lo que pudo con los brazos extendidos, después lo soltó. El paquete aterrizó a los pies de la escalera. La hoja de tela se abrió y la cabeza lo miró desde abajo, sin cuerpo, la boca abierta en un grito silencioso.

Conrad bajó la escalera. Cerró la puerta trampa por encima. Se inclinó, tomó las esquinas de la tela y arrastró el cuerpo hasta el área de mantenimiento en el rincón noroeste de la base de La Casa del Terror.

Más arriba, el edificio se llenó de pronto de una música extraña, inquietante cuando Fantasma encendió el sistema.

Con una mueca en los labios, Conrad levantó las ropas manchadas de sangre de la muerta, una por vez. Buscó en los bolsillos de los pantalones vaqueros, en la chaqueta, en la blusa. Quería una identificación.

Enseguida encontró las llaves del auto. Y junto a ellas una de esas placas de licencia diminutas que se venden en algunas organizaciones de veteranos. El número era el de las chapas del auto.

Antes de terminar la revisación, vio la tarjeta VIP que le había dado la organización BAM. Ese descubrimiento lo aterrorizó. Si ella era alguien con conexiones importantes dentro de la feria, el secreto de Gunther ya no podía seguir guardándolo.

Conrad encontró lo que buscaba en el último bolsillo que revisó. Era una tarjeta de identificación plastificada que decía que ella era Janet Middlemeir; que trabajaba en la Oficina de Seguridad Pública del condado; que era ingeniera especialista en seguridad y que estaba acreditada por el Estado de Maryland.

Una funcionaria. Oficial. Eso era malo. Pero no tan malo como había creído al principio. Por lo menos no era prima o sobrina de alguien de la feria. No tenía amigos ni parientes en el lugar, nadie que la buscara. Evidentemente había estado en la feria como profesional, haciendo controles de seguridad. Nadie se daría cuenta de que había desaparecido en medio de una de las inspecciones

porque seguramente nadie le había prestado demasiada atención. Había buenas posibilidades de que Conrad pudiera mover el cuerpo y colocarlo en algún lugar lejos de la feria para que la policía pensara que la habían matado después del trabajo.

Pero no podía hacer nada hasta que oscureciera. Incluso entonces sería peligroso. Ahora tenía que subir a su plataforma de pregonero antes de que Fantasma empezara a preguntarse qué le había pasado y viniera a buscarlo.

Tomó una soga de ropa de uno de los estantes de equipo y la pasó por los ojales de la hoja de tela alquitranada. Después, la levantó como si fuera una soga de cortina y convirtió la hoja en una bolsa con la mujer muerta y sus pertenencias adentro. Se sacó el overol lleno de sangre y lo puso adentro también. Tenía las manos rojas y se las secó como pudo sobre unos trapos sucios que estaban en el banco de trabajo; después los puso con el overol. Finalmente puso las otras hojas de tela sobre la evidencia incriminatoria, y las acomodó para que no quedara nada que ver excepto un montón de tela arrugada. Nadie tropezaría con la muerta, por lo menos no durante las pocas horas en que estaría allí.

Ahora que tenía todo listo, se puso las ropas de trabajo y abandonó La Casa del Terror por una puerta trasera. Como la base de La Casa del Terror no era subterránea, la puerta se abrió a la luz del sol tibio de la tarde detrás del edificio.

Él caminó hasta el baño más cercano. Como hacía apenas minutos que habían abierto las puertas, no había clientes todavía, ni uno. Conrad se lavó las manos y las enjabonó hasta que quedaron limpias como las de un cirujano.

Volvió a La Casa del Terror y caminó hacia el frente. La cara gigantesca del payaso reía sobre el edificio. Elton, uno de sus empleados, vendía los boletos. Fantasma trabajaba en la entrada, ayudando a los clientes a subir a las góndolas. Gunther estaba vestido de monstruo de Frankenstein y gruñía, entusiasmado, a los que llegaban. Vio a Conrad y se miraron por un momento, y aunque estaban demasiado lejos para verse bien, se entendieron.

—*Lo hice otra vez.*

—Lo sé. La encontré adentro.

—¿Y ahora?

—Voy a protegerte. No te preocupes.

Hasta que llegó la noche al predio de la feria, Conrad trabajó en la plataforma, ladrando para anunciar su espectáculo, llevando a los clientes a su negocio con su voz pulida. Apenas bajó la oscuridad, se quejó de un horrible dolor de cabeza y le dijo a Fantasma que iba a tener que volver al tráiler para acostarse un rato.

En lugar de eso, entró en el área de estacionamiento que quedaba junto a los juegos y buscó el auto de Janet Middlemeir. Tenía el número de patente de la llave para guiarlo y aunque había muchísimos autos allí, localizó el Dodge Omni en sólo media hora.

Llevó al Omni al terreno de juegos a través de una puerta de servicio, consciente de que eso podía dejar un rastro en la memoria de otros, pero más consciente todavía de que no tenía más remedio que arriesgarse. Estacionó entre las sombras de la parte trasera de La Casa del Terror. El patio de servicio estaba desierto. Lo único que podía ocurrir era que pasara alguien camino al baño.

Entró en la base de La Casa del Terror a través de la puerta trasera y llevó el paquete con el cadáver al auto mientras los clientes aullaban frente a los monstruos mecánicos en los túneles oscuros de más arriba. Puso el horror que llevaba en el baúl del Omni y después se alejó de la feria.

Aunque nunca se había arriesgado tanto, decidió que el mejor lugar para dejar a la muerta era su propia casa. Si la policía pensara que la habían asesinado allí, que había sido un intruso, un ladrón tal vez, nunca relacionaría el asunto con la feria de diversiones. Parecería uno de tantos actos de violencia gratuitos que los polis veían todos los días.

A tres kilómetros de la feria, en un estacionamiento de supermercado, revisó el auto para ver si encontraba indicios del lugar en que había vivido Janet Middlemeir. Descubrió la cartera bajo el asiento trasero, donde ella la había dejado mientras controlaba la feria. La revisó y encontró la dirección en la licencia de conductora.

Con un mapa que compró en una estación Exxon, se las arregló para encontrar el complejo de departamentos en el que había vivido la víctima. El lugar era un conjunto bastante grande de edificios largos, coloniales, de dos o tres pisos y un estacionamiento vacío detrás, a menos de tres metros de una puerta de servicio.

El departamento estaba a oscuras. Conrad esperaba que ella

viviera sola: no había encontrado nada que indicara que estuviera casada. No tenía anillos en las manos, nada en la cartera con la palabra «señora». Claro que tal vez vivía con una amiga, o un novio con el que no se hubieran formalizado las relaciones. Eso significaba problemas. Conrad estaba dispuesto a matar si alguien se cruzaba con él mientras dejaba el cuerpo en el lugar en que pensaba dejarlo.

Salió del auto, dejando a la muerta en el baúl del Omni y se introdujo en el departamento. Una rápida revisada del contenido del placard en el único dormitorio lo convenció de que Janet Middlemeir vivía sola.

Se quedó de pie en la cocina y miró cómo entraba un auto en el área de estacionamiento. Vio bajar a dos personas que entraron en un departamento dos puertas más allá. Al mismo tiempo, un hombre salió por otra puerta, entró en un Volkswagen Rabbit y se fue. Cuando todo quedó tranquilo de nuevo, Conrad salió del departamento, fue hasta el Omni, levantó el paquete sacándolo del baúl, y lo llevó adentro. Esperaba que nadie lo estuviera mirando desde las ventanas de otro departamento.

Llevó el paquete al bañito y lo abrió. Levantó la tela y dejó caer el contenido en la bañera tratando de no ensuciarse. Todavía había mucha sangre atrapada en la cavidad del cuerpo desgarrado y las paredes y el piso se mancharon un poco.

Se sentía orgulloso por la inteligencia de su plan macabro. Si dejara a la muerta en el dormitorio, el forense de la policía se daría cuenta de que no la habían matado allí: no habría suficiente sangre en la alfombra para apoyar semejante teoría. (La mayor parte de la sangre de Janet se había derramado en La Casa del Terror, sobre las vías de las góndolas y había terminado manchando las maderas del suelo). Pero cuando la encontraran allí, en el baño, tal vez pensaran que el resto se había ido por la cañería.

Conrad recordó la tarjeta VIP, la buscó dentro de la bañera y se la puso en el bolsillo.

También recuperó el casco, la linterna y el anotador, que estaban manchados de sangre. Los limpió en la pileta y los llevó al armario. Los puso sobre un estante vacío por encima de las chaquetas colgadas. No sabía si era el lugar en que ella los dejaba siempre pero la policía no lo sabría tampoco y parecía un lugar

razonable.

Dobló la hoja alquitranada con el overol adentro.

En la cocina, a la luz dura de los tubos fluorescentes, se inspeccionó las manos con cuidado. Se las había lavado en el baño antes de poner el anotador en el armario pero todavía le quedaba algo de sangre bajo las uñas. Fue a la pileta de la cocina y se lavó de nuevo, con cuidado.

Encontró el cajón en el que la mujer guardaba los repasadores. Envolvió uno alrededor de su mano derecha y llevó otro a la puerta de la cocina. Abrió la puerta y miró hacia el estacionamiento; bajo la luz poderosa de la lámparas de sodio no había ningún sonido, ningún movimiento. Puso el repasador sobre la superficie exterior de una de las ventanas del departamento y golpeó desde afuera con la mano derecha, envuelta, tratando de hacer el menor ruido posible. El vidrio se rompió con un ruido muy leve, muy sordo, y él usó el repasador para empujar los fragmentos hacia el piso de la cocina. Tenía que parecer que el vidrio se había roto desde afuera. Luego, cerró la puerta, sacudió los repasadores para asegurarse de que no hubiera astillas de vidrio en la tela, los volvió a doblar y los puso de nuevo en el cajón de donde los había sacado.

De pronto, se dio cuenta de que podían haber quedado hilos en el vidrio roto de la ventana. Miró los fragmentos brillantes. No tenía tiempo de examinarlos a todos, ni de estudiar el baúl del auto con una lupa para ver si habían quedado manchas de sangre. Seguramente había otras pistas, sí, pero tendría que hacer las cosas lo mejor que pudiera y confiar en la protección del dios oscuro que lo guiaba.

Dejó las llaves del auto de Janet Middlemeir en la mesada de la cocina y levantó la hoja alquitranada. Cuando salió del departamento, frotó las manijas de la puerta con el pañuelo. No tenía ningún antecedente en la policía, sus huellas dactilares no estaban archivadas en ninguna parte pero, de todos modos, tenía que ser precavido.

Se alejó caminando del complejo. La feria estaba a más de diez kilómetros hacia el oeste y él no pensaba llegar caminando. Tomaría un taxi pero no cerca de la casa de Middlemeir. El taxista podía recordar el viaje y tal vez hasta la cara del pasajero. A un kilómetro o más de la casa de la muerta, dejó la hoja alquitranada

en un gran tacho de basura detrás de otro edificio de departamentos. Después, caminó otros dos kilómetros hasta el Holiday Inn. Se detuvo en el bar, tomó dos *whiskies* dobles y después, un taxi hasta la feria.

En el taxi, volvió a pensar en lo que había hecho desde el momento en que encontró el cadáver sobre las vías de las góndolas. Le parecía que no había cometido ningún error grave. Seguramente la cosa funcionaría. Gunther seguiría libre… por lo menos un poco más.

Conrad no podía dejar que lo separaran de Gunther. Gunther era su hijo, su niñito especial, su carne y su sangre. Pero también era algo más: era un regalo especial del Infierno. Su hijo era el instrumento de su venganza. Cuando encontrara finalmente a los hijos de Ellen, los secuestraría, los llevaría a un lugar aislado donde no se oyeran sus gritos, y se los entregaría a Gunther. Le diría a Gunther que jugara con ellos al gato y al ratón. Le pediría que los torturara durante varios días, que abusara de ellos sexualmente una y otra vez, fueran chicos o chicas, y después, mucho después, que los hiciera pedazos.

Sentado en la oscuridad del asiento trasero del taxi, sonrió lentamente. No sonreía mucho en esos días. No se había reído en mucho, mucho tiempo. No lo divertían las cosas que divertían a los demás; sólo la muerte, la destrucción, la crueldad y la condena, el trabajo artesanal y oscuro del dios del mal, a quien adoraba, podía llevar una sonrisa a sus labios. No había vuelto a sentir satisfacción ni alegría en los placeres buenos, inocentes desde los doce años.

Desde aquella noche.

Víspera de Navidad.

Hacía ya cuarenta años…

La familia Straker siempre decoraba su casa de arriba abajo en Navidad. Tenían un árbol alto hasta el techo. Todas las habitaciones se llenaban de guirnaldas de siemprevivas, de nueces, de velas, de escenas navideñas pintadas en cartón, de tarjetas recibidas de amigos y parientes y de muchas otras cosas.

El año en que Conrad cumplió doce, su madre agregó algo más a la gran colección de decoraciones. Era una lámpara de vidrio, una lámpara de aceite. La llama se reflejaba y refractaba sobre las paredes en ángulo de la lámpara y había cien imágenes de fuego en

lugar de una. El ojo se sorprendía y se encantaba con ellas.

El joven Conrad estaba fascinado con la lámpara pero no le dejaban tocarla porque era peligrosa. Podía quemarse. Él sabía que iba a poder tocarla sin problemas pero su madre no se convencía. Así que cuando todos dormían, fue abajo, tomó una caja de fósforos, encendió la lámpara… y la tiró al suelo sin querer. El aceite ardiendo se extendió por el suelo del living. Al principio, él estaba seguro de que podría apagarlo golpeándolo con un almohadón del sillón y un minuto después, cuando se dio cuenta de la verdad, era demasiado tarde.

Fue el único que escapó ileso. Su madre murió en el incendio. Sus tres hermanas también. Sus dos hermanos murieron. Papá no, pero quedó herido de por vida, el pecho, el brazo izquierdo, el cuello, el lado izquierdo de la cara.

La pérdida de su familia, dejó a papá con cicatrices mentales y emocionales tan horrendas como las físicas. No podía aceptar la idea de que Dios, en quien creía con toda devoción, hubiera permitido semejante accidente en vísperas de Navidad. Se negaba a creer que hubiera sido accidental. Decidió que Conrad era el mal y que había encendido el fuego a propósito.

Desde ese día hasta el momento en que Conrad huyó, varios años después, su vida fue un infierno. Papá lo acusaba y lo perseguía todo el tiempo. No le permitía olvidar lo que había hecho. Le recordaba cien veces por día que había quemado a los suyos. Conrad respiraba culpa y crecía en medio del odio contra sí mismo.

Nunca pudo escapar de esa vergüenza. Volvía a él cada noche, en sus sueños, incluso ahora, a los cincuenta y dos años. Sus pesadillas estaban llenas de gritos y de fuego, de la cara torcida y asustada de su padre.

Cuando Ellen quedó embarazada, Conrad se sintió seguro de que Dios le estaba dando una oportunidad de redimirse. Si fundara una familia, si les diera a sus hijos una vida hermosa, llena de amor y felicidad, tal vez pudiera pagar por fin su deuda por la muerte de su madre, sus hermanas y sus hermanos. Mes a mes, Ellen se puso más y más pesada con el bebé que llevaba en el vientre. Conrad se sentía cada vez más seguro de que el bebé era el principio de su salvación.

Y después, nació Victor. Al principio, durante unas horas,

Conrad pensó que Dios lo seguía castigando. En lugar de darle la oportunidad de redimirse de sus pecados, el Señor parecía estar restregándole su vida por la cara, diciéndole en términos definitivos que nunca conocería la gracia ni la paz espiritual.

Después de esa primera impresión llena de amargura, Conrad empezó a ver a su hijo mutante bajo otra luz. Victor no había venido del Paraíso. Venía del Infierno. No era un castigo de Dios, era una gran bendición de Satán. Dios le había vuelto la espalda a Conrad Straker, pero Satán le había enviado un bebé como gesto de bienvenida.

Tal vez fuera una idea un poco tortuosa para un hombre normal, pero para Conrad, desesperado, con necesidad de alivio para su culpa y su vergüenza, tenía sentido, mucho sentido. Si las puertas del Paraíso se le cerraban para siempre, tal vez lo mejor era aceptar las del Infierno con alegría y sin remordimiento. Saber que ése era su destino. Deseaba que lo aceptaran en algún lugar, cualquier lugar, aunque fuera el Infierno. Si el dios de la luz y la belleza no le daba su absolución, entonces la obtendría del dios de la oscuridad y el mal.

Leyó docenas de libros sobre satanismo y descubrió rápidamente que el Infierno no era el lugar de sufrimiento y alaridos que describían los textos cristianos. El Infierno era un lugar donde los pecadores recibían el pago justo por sus pecados, decían los satanistas. Era el lugar de sus sueños. Y, sobre todo, en el Infierno no había culpas. En el Infierno no había vergüenza.

Apenas aceptó a Satán como su salvador, Conrad supo que había tomado la decisión correcta. Los sueños nocturnos de fuego y dolor no se detuvieron; pero encontró algo de paz y tranquilidad en la vida diaria, más de los que había tenido desde aquella víspera de Navidad; y por primera vez desde que tenía memoria, sintió que su vida tenía sentido. Estaba en la Tierra para hacer el trabajo del Diablo y si el Diablo le ofrecía algo de respeto por sí mismo, estaba dispuesto a trabajar sin descanso por la causa del Anticristo.

Cuando Ellen mató a Victor, Conrad supo que ella estaba haciendo el trabajo de Dios y se puso furioso. Casi la mató. Pero se dio cuenta de que podían llevarlo a prisión o ejecutarlo por asesinato y eso le hubiera impedido cumplir con el rol que Satán le había asignado. Se le ocurrió que, si se casaba de nuevo, Satán le

enviaría otro signo, otro hijo demoníaco que crecería para ser el azote de la Tierra.

Se casó con Zena y con el tiempo, ella le dio a Gunther. Era la María del Diablo, pero ella no se dio cuenta. Conrad nunca le dijo la verdad. Él se veía como el José del Anticristo, el padre y protector de ese ser nuevo. Zena pensó que el chico era sólo un monstruo como tantos, y aunque no se sentía cómoda con él, lo aceptó con la ecuanimidad con que los hombres y mujeres de la feria aceptan siempre a los diferentes.

Pero Gunther era más que diferente.

Era más. Mucho más.

Era santo.

Era la llegada. La llegada de la oscuridad.

Mientras el taxi se acercaba a la feria, Conrad miró pasar las casas suburbanas, tranquilas, y se preguntó si alguna persona allí afuera se daba cuenta de que estaban viviendo los últimos días del mundo de Dios. Se preguntó si aunque fuera uno solo de ellos se daba cuenta de que el hijo de Satán estaba sobre la Tierra y había llegado a su madurez brutal.

Gunther estaba empezando apenas su reinado de terror. Era el principio de mil años de oscuridad.

Ah, sí, Gunther era mucho más que un chico diferente.

Si sólo fuera un deforme y nada más, todo lo que Conrad había creído en los últimos veinticinco años sería un error. Y más que eso, si Gunther no fuera más que un chico especial, entonces Conrad no estaría sólo equivocado sino completamente loco.

Así que Gunther era más que un chico especial. Gunther era esa bestia legendaria, oscura, que acechaba desde el Infierno esperando el Apocalipsis.

Gunther era la destrucción del mundo.

Gunther era el heraldo de la Nueva Edad Oscura.

Gunther era el Anticristo.

Tenía que serlo. Por Conrad y su salud mental, *tenía* que serlo.

11

Para Joey, la semana anterior a la llegada de la feria pasó con la lentitud de un caracol. Estaba ansioso por transformarse en hombre de feria y huir de Ciudad Real para siempre, pero le parecía que el momento llegaría demasiado tarde, después de que su madre lo hubiera asesinado en la cama.

El tiempo se arrastraba y él no sabía cómo hacer para que avanzara con más rapidez. Evitaba a mamá, por supuesto. Papá, como siempre, estaba muy ocupado con sus leyes y sus modelos de trenes. Tommy Culp, su mejor amigo, estaba de vacaciones con su familia.

Hasta Amy le faltaba. Su hermana trabajaba en La Zambullida todos los días, excepto el domingo. Y en la última semana había salido todas las noches con un tipo llamado Buzz. Joey no sabía el apellido. Tal vez Saw.[12]

Joey no pensaba ir a la feria hasta el sábado, el último día, para que nadie se diera cuenta de que se había ido hasta que toda la caravana estuviera lejos, en otro estado. Pero para el lunes 30 de junio, estaba tan excitado que no pudo cumplir con su plan. Le dijo a su madre que iba a la biblioteca pero subió a la bici y se fue a la feria, a tres kilómetros de distancia. No pensaba hacer nada hasta el sábado pero el lunes era el día en que se armaba la feria y se le ocurrió que tenía que aprender cómo se hacía si quería ser uno de ellos alguna vez.

Durante dos horas caminó por la feria, tratando de no molestar a nadie pero fascinado por la velocidad con que armaban la Vuelta al Mundo y los otros juegos. Un par de hombrones grandotes con mucho músculo y tatuajes bromearon con él y él con ellos y todo el mundo parecía bueno y agradable.

Cuando llegó a La Casa del Terror, estaban poniendo una gran cara de payaso sobre el edificio. Uno de los trabajadores era un

hombre escondido tras una máscara de Frankenstein y eso hizo que Joey se tentara. Se rió entre dientes. Uno de los otros era un albino; miró a Joey, lo miró fijo con ojos sin color, fríos como ventanas de invierno.

Esos ojos fueron lo primero que no le gustó a Joey en toda la feria. Le pareció que lo miraban hasta el fondo y recordó una vieja historia sobre una mujer cuyos ojos podían convertir a los hombres en piedra.

Tembló, se alejó del albino y caminó hacia un lugar en la mitad de la feria donde estaban armando el Pulpo, uno de sus juegos favoritos. Había dado unos pasos solamente cuando alguien lo llamó.

—¡Eh, tú!

Siguió caminando a pesar de que sabía que el hombre lo estaba llamando a él.

—¡Eh, nene! Espera un momento.

Con un suspiro (ahora iban a echarlo de la feria), Joey miró a un hombre que bajaba de la plataforma de La Casa del Terror. El desconocido era alto y delgado, tal vez diez años más viejo que el padre de Joey. Tenía el cabello negro como el azabache, excepto en las sienes, donde era de un blanco purísimo. Sus ojos eran tan azules que Joey se acordó de las llamas de los quemadores de la cocina de su casa.

Mientras se le acercaba, el hombre le dijo:

—Tú no estás con la feria, ¿no hijo?

—No —admitió Joey con pesadumbre—. Pero no estoy molestando a nadie. En serio. Algún día… tal vez… me parece que me gustaría trabajar en una feria. Quería ver cómo se hacían las cosas. Si me deja quedarme y espiar por un rato…

—Eh, eh —dijo el desconocido. Se detuvo frente a Joey y se agachó para estar a su altura—. ¿Creías que iba a echarte?

—¿No es así?

—¡Claro que no!

—Ah —murmuró Joey.

—Me di cuenta de que no eras un curioso cualquiera —continuó el hombre—. Me di cuenta de que eras un jovencito con interés genuino en la vida de la feria.

—¿En serio?

—Sí, sí. Se te ve, es como una luz.

—¿Cree que tal vez algún día podría ser… uno de ustedes? —preguntó Joey.

—¿Tú? Seguro. Lo llevas en la sangre, sí —siguió el hombre—. Podrías ser alguien de esta feria o cualquier otra cosa que quisieras. Por eso te llamé. Vi el brillo, la cualidad en tu cara. Se ve desde lejos, desde la plataforma.

—Bueno… yo… —Joey estaba avergonzado y no sabía qué decir.

—Aquí tienes —dijo el desconocido—. Toma esto. —Metió la mano en el bolsillo y le dio dos rectángulos de tarjeta rosada y leve.

—¿Qué son? —preguntó Joey.

—Dos pases para la feria. Gratis.

—¿En serio?

—¿Tengo cara de broma?

—¿Por qué me los da?

—Ya te lo dije. Lo llevas en la sangre. Como dicen los de la feria: cuando uno lo lleva en la sangre, cuando uno es de la feria en el corazón, y yo lo encuentro, le doy un par de pases libres. Ven una noche y trae a un amigo. O tal vez a un hermano. ¿Tienes hermanos?

—No.

—¿Hermanas?

—Sí, una.

—¿Cómo se llama?

—Amy.

—¿Y tú?

—Joey.

—¿Joey qué?

—Joey Alan Harper.

—Mi nombre es Conrad. Tengo que firmarte la parte de atrás de los pases. —Sacó una lapicera de algún bolsillo y firmó con una seguridad y unas volteretas que encantaron a Joey. Después se los dio.

—Muchas gracias —dijo el chico—. ¡Es una maravilla!

—Disfrútalo —contestó el desconocido, sonriendo. Tenía dientes muy blancos—. Tal vez un día seas un hombre de feria y le des pases libres a la gente que lo lleva en la sangre, porque tú también

te darás cuenta.

—Ah… ¿y qué edad tengo que tener? —preguntó Joey.

—¿Para ser de la feria?

—Sí.

—Cualquiera. No importa.

—¿Un chico podría irse con la feria si quisiera?

—Sí, si fuera huérfano —dijo Conrad—. O si los padres no lo quisieran. Pero si tiene una familia que está pendiente de él, y lo busca, entonces lo encontrarían y lo llevarían de vuelta a su casa.

—¿Y ustedes… ustedes… los de la feria… no lo esconderían? —preguntó Joey—. Si lo peor en el mundo para él fuera que lo dejaran en su casa, ¿no lo esconderían cuando lo buscaran?

—Ah, no, no podríamos —dijo el hombre—. Eso es contra la ley. Pero si no le importara a nadie, si nadie lo quisiera, la feria lo adoptaría. Siempre lo hizo y siempre lo hará. Y tú, ¿de dónde vienes? Estoy seguro de que tu familia te quiere mucho.

—Mucho no.

—Claro que sí. ¿Qué me dices de tu madre?

—No —aseguró Joey.

—Ah, vamos, estoy seguro de que le importas mucho. Debe de estar muy orgullosa de tener un chico inteligente y buen mozo como tú.

Joey se puso colorado.

—¿Te pareces a ella? ¿Por eso eres tan buen mozo? —preguntó Conrad.

—Bueno… sí… me parezco a ella más que a mi pa.

—¿Ese cabello negro, esos ojos oscuros, son de ella?

—Sí. Mamá es así.

—¿Sabes? Una vez conocí a una persona que se parecía a ti.

—¿Quién era? —preguntó Joey.

—Una dama muy bonita.

—¡Yo no me parezco a una dama! —se enojó Joey.

—Claro que no, no quise decir eso —aseveró Conrad con rapidez —. Claro que no te pareces a una dama. Pero tienes el mismo pelo negro, los mismos ojos. Y hay algo en las líneas de tu cara… Es posible que pudiera tener un hijo de tu edad, ¿sabes? Sí, es muy posible. ¿No sería hermoso que fueras el hijo de mi vieja amiga perdida? —Se inclinó hacia Joey. Tenía la parte blanca del ojo casi

amarilla. Y caspa en los hombros. Un pedacito de pan metido en el bigote. Su voz se hizo más sentimental que antes cuando preguntó —: ¿Cómo se llama tu madre?

De pronto, Joey vio algo en los ojos del desconocido y ese algo le gustó todavía menos que lo que había visto en los del albino. Miró fijamente esos dos puntos cristalinos y azules y le pareció que la confianza y la amabilidad del hombre eran fingidas. Como en ese programa de televisión, *Los archivos Rockford*, en que el detective privado podía ser amistoso y encantador pero lo hacía para conseguir una información vital sin que el desconocido con el que hablaba supiera que lo estaba sonsacando. De pronto, Joey sintió que ese tipo estaba fingiendo encanto y bondad, igual que Jim Rockford. Sintió que lo estaba sonsacando. Pero había una diferencia: por debajo de su falsedad y su amistad fingida, Jim Rockford era un buen tipo; y en cambio, por debajo de la sonrisa de Conrad, no había nada bueno. Bien abajo, en esos ojos azules, había algo que no era ni cálido ni amistoso. Sólo una cosa: oscuridad.

—¿Joey?

—¿Sí?

—Te pregunté el nombre de tu madre.

—Leona —mintió Joey, sin saber del todo por qué lo hacía. Sentía que decir la verdad en ese momento podía ser lo peor que había hecho en toda su vida. Leona era la madre de Tommy Culp, su amigo.

Conrad lo miró fijo.

Joey quería desviar los ojos pero no lo hizo.

—¿Leona?

—Sí.

—Bueno… tal vez mi amiga se cambió el nombre. Nunca le gustó el que tenía. Tal vez tu madre es ella, ¿sabes? ¿Cómo qué edad tiene?

—Veintinueve —mintió Joey con rapidez, recordando la fiesta de cumpleaños de la madre de Tommy Culp, una fiesta para sus veintinueve que según Tommy había terminado con todos los invitados enojados.

—¿Veintinueve? —preguntó Conrad—. ¿Estás seguro?

—Sí, claro —dijo Joey—. Me acuerdo porque ella cumple un día antes que mi hermana así que tenemos dos fiestas seguidas todos los

años. La última vez mi hermana cumplió ocho y mi mamá veintinueve. —Lo sorprendía su capacidad para mentir. Pero en realidad, lo que estaba haciendo era distinto: era casi como si alguien más sabio y más viejo que él hablara por su boca.

Joey no sabía por qué estaba tan convencido de que tenía que mentir. Mamá no podía ser la mujer que Conrad estaba buscando. Nunca hubiera sido amiga de un hombre de feria: siempre decía que todos eran retorcidos y malvados. Pero Joey le mintió a Conrad, y tuvo la sensación de que alguien guiaba su lengua al hablar, alguien que lo estaba cuidando, alguien como… Dios. Claro que eso era una estupidez. Para honrar a Dios, había que decir la verdad. ¿Para qué podría querer Dios que uno mintiera?

Los ojos azules del hombre de la feria se suavizaron, la tensión se fue de su voz cuando Joey dijo que su madre tenía veintinueve años.

—Bueno —dijo—. Entonces no es mi amiga. La mujer en la que pienso tiene que tener cuarenta y cinco más o menos.

Se miraron un momento, el chico de pie y el hombre agachado y finalmente Joey dijo:

—Bueno… gracias por los pases.

—Sí, sí —se desentendió el hombre, de pie ahora, ya sin ningún interés en él—. Que los disfrutes, hijo. —Se volvió y caminó hacia La Casa del Terror.

Joey caminó hacia el Pulpo para ver cómo trabajaban los obreros.

Más tarde, el encuentro con el hombre de los ojos azules le pareció casi un sueño. Los dos pases rosados con el nombre de Conrad Straker escrito en la parte de atrás, bajo las palabras «este pase está autorizado por…» fueron las únicas cosas que lo mantuvieron como un incidente sólido y real en la memoria de Joey. Recordaba que el hombre lo había asustado y que él le había mentido, pero no podía volver a sentir esa sensación en las tripas, la cosa que lo había hecho sentirse tan seguro de que las mentiras eran necesarias. Ahora, la daba un poco de vergüenza no haber dicho la verdad.

Esa tarde, a las seis y media, Buzz Klemmet fue a buscar a Amy

a la casa de los Harper. Era bastante buen mozo, de un tipo más bien primitivo, con mucho pelo, músculos, una actitud sobradora y una imagen muy cultivada de tipo rudo. Mamá lo había visto una vez, la segunda noche que fue a buscar a Amy y no le gustó nada. Cumplía con su palabra de que ya no le importaba lo que hiciera Amy con su vida. No dijo ni una palabra contra Buzz, pero Amy vio el asco en sus ojos oscuros. Esa noche, mamá se quedó en la cocina y ni siquiera se molestó en salir a mirar a Buzz con furia.

Richie y Liz ya estaban en el asiento trasero del convertible GTO de Buzz. El techo estaba levantado, y apenas entraron Amy y Buzz, Richie dijo:

—Eh, baja el techo para que podamos pasar el cigarrillo sin que nadie nos vea mientras vamos a la feria.

—La buena y vieja Ciudad Real de Ohio —ironizó Liz—. Todavía congelada en la Edad Media. ¿Podrás creer que hay ciertos lugares del país donde se puede fumar una buena hierba afuera, al aire libre, sin que nadie te meta en la cárcel?

Buzz bajó el techo pero dijo:

—No fumen hasta que carguemos algo de nafta.

A un kilómetro de la casa de los Harper, se detuvieron en la estación 76 de Union y Buzz bajó a controlar el aceite mientras Richie cargaba la nafta.

Apenas Liz y Amy se quedaron solas en el auto, Liz se inclinó desde atrás y dijo:

—Buzz cree que tú eres la cosita más caliente que haya visto en toda su vida.

—Sí, sí, claro.

—No, en serio…

—¿Te lo dijo?

—Sí.

—No hicimos nada —dijo Amy.

—Esa es una de las razones por la que cree que eres caliente. Es tan estúpido que está acostumbrado a que las chicas le caigan en los brazos como fruta madura. Pero tú sales con él y nada más. Lo dejas tocar un poquito y después lo paras justo cuando está por hacer algo importante. No está acostumbrado a eso. Es diferente para él. Tiene la idea de que, cuando lo dejes, la cosa va a ser algo completamente salvaje.

—*Si* lo dejo —observó Amy.

—Claro que vas a dejarlo —aseguró Liz con confianza—. Todavía no quieres admitirlo, pero eres igual que yo.

—Tal vez.

—Hace una semana que sales con él todos los días y todas las noches lo dejas llegar un poquito más allá —le recordó Liz—. Vas a salir de tu crisálida un centímetro por día pero vas a salir, te lo aseguro.

—¿Buzz te dijo hasta dónde lo dejé llegar? —preguntó Amy.

—Sip —contestó Liz, sonriendo.

—Diosss —mascculló Amy—. ¡Qué clase tiene!

—A la mierda —lo defendió Liz—, no te traicionó. No es como si se lo hubiera dicho a una desconocida. Soy tu mejor amiga. Y Buzz y yo hace mucho, mucho que nos conocemos. Yo cogía con él y todavía somos muy buenos amigos. Escucha, nena, cuando salgamos de la feria esta noche, volvamos a mi casa. Mis padres no están. Tú y Buzz pueden usar el dormitorio de ellos. Deja de jugar con ese tipo. Dale un respiro. Date *a ti* un respiro. Necesitas el viejo salame tanto como yo.

Buzz y Richie volvieron al auto y Richie encendió un cigarro. Mientras Buzz manejaba hacia la feria, pasaron la droga de uno en uno y cada uno chupó dos veces, fuerte, reteniendo el humo en los pulmones todo el tiempo posible. En el estacionamiento de la feria, encendieron otro y se sentaron en el auto hasta que terminaron con ése también.

Cuando llegaron a la boletería, Amy se sentía cálida, aireada, y risueña por de más. Mientras entraba en la feria, que era un rugido de sonido y un remolino de cuerpos, tuvo la extraña sensación de que esa noche iba a ser una de las más importantes de su vida. Esa noche tomaría decisiones sobre ella misma, aceptaría el rol para el que la creían apta tanto mamá como Liz o se decidiría a ser la persona responsable, buena, que siempre había querido ser. Estaba de pie sobre una frontera estrecha y era tiempo de saltar a un lado o a otro, tiempo de tomar una decisión sobre sí misma. Ella no sabía por qué razón estaba segura, pero lo estaba. La sensación era imposible de acallar. Al principio se puso más sobria y un poquito asustada, pero después Liz dijo algo muy pero muy gracioso sobre una gorda que caminaba por la calle principal de la feria, allá

adelante, y Amy rió y la hierba hizo efecto, la risa se convirtió en una carcajada incontrolable y allá estaba, flotando de nuevo.

TERCERA PARTE

LA CASA DEL TERROR

12

Amy descubrió que Liz tenía razón cuando decía que un poquito de hierba hacía que los juegos fueran mucho más divertidos. Fueron al Pulpo, a la Media Vuelta, al Bombero Loco, al Látigo, a la Montaña Rusa, a los Autitos Chocadores y a otros juegos. Las rampas parecían más altas que las de los juegos de otras ferias; las caídas parecían más profundas; los giros, los cambios bruscos, las zambullidas y retorcimientos y curvas todos eran más rápidos y más salvajes. Amy se aferraba a Buzz y chillaba con fuerza, contenta, con placer y un temblor de terror genuino de vez en cuando. Buzz la apretaba contra su cuerpo y usaba su miedo de mujer y las bruscas sacudidas de los juegos como excusas para experimentar emociones baratas y fáciles. Como Liz, Amy se había puesto unos *shorts*, una remera, y no tenía corpiño. Buzz no podía resistir tocarle los senos al pasar y también las piernas largas, suaves, tostadas. Cada vez que bajaban de un juego, Amy quedaba desorientada por un minuto o dos y tenía que tomarse de Buzz para sostenerse y a él le gustaba eso, y a ella también porque Buzz tenía hombros grandes, musculosos, y brazos llenos de poder.

Apenas unos cuarenta minutos después de llegar a la feria, se apartaron de la calle principal por un pasillo entre dos espectáculos hacia la parte de atrás, donde estaban estacionados los camiones de la feria. Pasaron hasta el otro lado, más allá de los vehículos, hacia un lugar desierto que terminaba en la cerca cubierta de hiedra del predio del condado. Se quedaron allí entre las sombras y el sol de la tarde de verano y pasaron el tercer cigarrillo que Liz sacó de su cartera. Chuparon bien el humo dulce, lo retuvieron todo lo que pudieron en los pulmones y después lo soltaron con muecas de intenso placer.

—Éste es un poco distinto —dijo Richie cuando el cigarrillo armado a mano dio la tercera vuelta.

—¿Este qué? —preguntó Amy.

—Este cigarrillo —aclaró Richie.

—Sí —asintió Liz—. Tiene condimento.

—¿Qué tiene? —quiso saber Richie.

—Confía en mí —dijo ella.

—¿Polvo de ángeles?

—Confía en mí.

—Eh —dijo Buzz—. No estoy seguro de querer fumar si no sé qué estoy fumando.

—Confía en mí —repitió Liz.

—Sí, claro, mientras pueda verte las manos —rebatió Buzz.

—No importa —dijo Liz—. Casi terminamos de todos modos.

Buzz tenía el cigarrillo en la mano. Dudó y después dijo:

—A la mierda, vivamos en peligro, como debe ser.

Y dio la última pitada.

Richie empezó a besar a Liz en el cuello y Buzz a Amy y sin darse cuenta de lo que pasaba, Amy se encontró apoyada contra uno de los camiones mientras Buzz le pasaba las manos por el cuerpo, la besaba con fuerza y le metía la lengua en la boca, le metía la mano por abajo de la remera y le apretaba los senos desnudos, le tocaba los pezones. Ella gimió un poco, preocupada con la idea de que alguien pudiera salir de los camiones pero incapaz de expresar esa preocupación, respondiendo incluso a las caricias rudas de Buzz.

De pronto, Liz dijo:

—Suficiente, amigos. Dejémoslo para después. No quiero hacer el amor aquí a plena luz del día, en el polvo.

—El polvo es el mejor lugar —declaró Richie.

—Sí —apoyó Buzz—, hagámoslo aquí, en medio del polvo.

—Es lo natural —agregó Richie.

—Sí —lo acompañó su amigo.

—Los que lo hacen en el polvo son los animales.

—Tranquilos —dijo Liz—. Todavía hay mucha feria que ver. Vamos.

Amy se acomodó la remera, y Buzz le dio un beso húmedo.

Otra vez en la calle principal, Amy sintió que los juegos eran todavía más rápidos que antes. Los colores también parecían más vividos, y las miles de fuentes de música más poderosas que hacía

diez minutos. Cada canción tenía una sutileza nueva que ella no había notado antes.

«No estoy controlándome», pensó, preocupada, confusa. «Todavía no estoy totalmente fuera de control pero me falta poco. Tengo que tener cuidado. Tengo que ser sensata. Cuidado con esa droga mierda de droga condimentada. Si no me cuido, voy a terminar en un dormitorio en casa de Liz, con Buzz encima, lo quiera o no. Y no creo que quiera. No quiero ser el tipo de persona que Liz y mamá dicen que soy. No quiero. ¿O sí?».

Volvieron a ir a la Montaña Rusa.

Amy se aferró a Buzz.

Después de pasar la mañana y parte de la tarde del lunes en la feria, mirando cómo los hombres y mujeres armaban los equipos, Joey no pensaba volver a poner los pies en la feria hasta la noche del sábado, el momento de la huida. Pero el lunes por la mañana, cambió de idea.

En realidad, su madre la cambió por él.

Estaba sentado en la habitación de estar, mirando televisión y tomando Pepsi, cuando se le cayó el vaso. La bebida salpicó la silla y se volcó sobre la alfombra. Él tomó una pila de toallas de papel de la cocina y limpió el lío lo mejor que pudo. Cuando empezó a limpiarlo, se dio cuenta de que por lo menos no había manchado la alfombra y el tapizado de la silla.

A pesar de que el daño no era serio, mamá se enfureció cuando entró y lo vio arrodillado con miles de toallas de papel que chorreaban Pepsi. Aunque apenas eran las siete y media, ya estaba medio borracha. Lo tomó de los hombros, lo sacudió, le dijo que su comportamiento era el de un animalito y lo mandó a la cama más de dos horas antes del horario establecido.

Él se sentía muy mal. Ni siquiera podía ir a pedirle a Amy que lo consolara porque su hermana había salido a otra cita con Buzz. Joey no sabía adonde habían ido y aunque lo hubiera sabido, no pensaba ir a buscarla lloriqueando para decirle que mamá lo había retado y que estaba muy asustado.

Fue a su habitación, se tendió un rato sobre la cama, llorando, con un desconsuelo profundo. Estaba enfurecido por la injusticia de

su situación, y en ese momento, pensó en los dos pases rosados que le había dado el tipo de la feria un rato antes. *Dos* pases. Usaría uno para meterse en la feria la tarde del domingo y tratar de entrar a trabajar allí diciéndoles que era huérfano y no tenía adonde ir. Pero le quedaba uno, y si no lo usaba entre ese día y el sábado, lo perdería.

Se sentó en el borde de la cama y pensó un rato en eso, y finalmente decidió que lo mejor sería irse a la feria en secreto, divertirse mucho y volver a la casa sin que su madre lo supiera. Se levantó y cerró las persianas para que el sol de la tarde de verano no entrara en la habitación. Tomó una manta extra y una almohada del armario y las usó para hacer un bulto bajo el cubrecama. Encendió la luz que usaba para la noche, salió de la cama y estudió lo que había hecho. Le pareció que el falso Joey pasaría la inspección de mamá incluso así, con la luz prendida. Generalmente, ella no entraba en la habitación hasta las once y si esperaba a esa hora, hasta que ya todo estuviera oscuro, iluminado sólo por la luz nocturna, el truco surtiría efecto. Ella creería en la ilusión de las mantas y la almohada.

La parte difícil era salir de la casa sin llamarle la atención. Tomó unos pocos billetes de dólar de los treinta y dos y se los metió en un bolsillo del pantalón. También buscó uno de los pases a la feria y metió el otro bajo la jarra del dinero sobre el escritorio. Abrió la puerta del dormitorio con cuidado, miró el vestíbulo, y salió de la habitación. Cerró la puerta con suavidad. Se arrastró hacia abajo por las escaleras en el comienzo de su viaje, tenso, largo, hacia la salida.

Amy, Liz, Buzz y Richie se detuvieron frente a un espectáculo lateral que proclamaba las habilidades de un mago llamado Marcos el Magnífico. La entrada era un enorme póster que mostraba una mujer a la que estaban por decapitar con una guillotina mientras un mago sonriente sostenía la mano sobre la cuchilla del verdugo.

—Me encantan los magos —declaró Amy.

—A mí me encanta cualquiera que me deje ponerle las manos encima —acotó Liz, riendo entre dientes.

—Mi tío Arnold era un mago. Profesional. —Richie se ajustó los

anteojos sobre la nariz para mirar el horrendo aviso de Marco.

—¿Hacía que desaparecieran cosas y todo eso? —preguntó Buzz.

—Era tan malo que hacía desaparecer al público —se burló Liz.

Amy estaba alegre por el cigarrillo que había fumado y la bromita de Liz le pareció histéricamente graciosa. Se rió, y su risa contagió a los demás.

—No, en serio —dijo Buzz cuando finalmente se controlaron—, ¿tu tío Arnold se ganaba la vida así? ¿No era un *hobby* o algo así?

—¿*Hobby*?, ¡no! —protestó Richie—. El tío Arnold era mago en serio. Se hacía llamar Arnold, el Sorprendente. Pero supongo que no ganaba gran cosa y después de un tiempo, lo dejó. Lo odiaba, estoy seguro. Hace veinte años que vende seguros.

—Creo que ser mago debe de ser maravilloso —opinó Amy—. ¿Por qué lo odiaba?

—Bueno —dijo Richie—, todo los magos de éxito tienen que tener un truco que sea sólo de ellos, una ilusión especial que los haga destacarse entre todos los demás. El tío Arnold tenía un truco en el que hacía aparecer doce palomas blancas, una detrás de la otra, en el aire, en medio de llamaradas. El público aplaudía un poquito cuando aparecía la primera, se asombraba con la segunda y para cuando salía el último pájaro, los tenía totalmente enloquecidos. Todos esos pájaros envueltos en fuego, la ovación era tremenda.

—No entiendo —manifestó Buzz, con el ceño fruncido.

—No —dijo Amy—, si tu tío era tan bueno, ¿por qué se puso a vender seguros?

—A veces —dijo Richie—, no demasiadas veces pero una de cada treinta o cuarenta funciones, una de las palomas se incendiaba y se quemaba viva en el escenario. Eso ponía furioso al público y entonces lo chiflaban.

Liz rió, Amy también rió, y Liz hizo una imitación de la paloma tratando de librarse de las llamas. Amy sabía que en realidad, lo que le habían contado no tenía gracia, sabía que era algo horrible para los pobres pájaros y sabía que no debería haberse reído pero no podía evitarlo porque le parecía lo más divertido que hubiera oído en su vida.

—Para el tío Arnold no era tan gracioso —señaló Richie, muerto de risa también—, como dije, no pasaba muchas veces, pero él

nunca sabía cuándo iba a pasar así que siempre estaba tenso. La tensión le daba úlceras. Y aunque no se quemaran, los pájaros le cagaban los bolsillos.

Todos volvieron a reírse, más fuerte todavía, sosteniéndose unos de otros. La gente que pasaba junto a ellos los miraba con ojos extraños, y eso les daba más risa todavía.

Richie invitó a todos a ver la función de Marco.

Adentro de la carpa del mago, el suelo estaba cubierto de aserrín y el aire era húmedo. Banderas brillantes y grandes fotos de Marco decoraban el espacio iluminado sobre las paredes de tela.

Amy, Liz, Buzz y Richie se unieron a dos docenas de espectadores que se habían amontonado alrededor de un escenario pequeño y elevado, al final de la carpa.

Un momento después apareció Marco en una nube de humo azul y les hizo una reverencia mientras una fanfarria grabada llenaba la habitación. Era obvio, atrozmente obvio, que había salido de un corte en la pared trasera de la carpa y que el humo era una forma de cubrir el truco. En realidad, ni siquiera había entrado bien al escenario: había tropezado con algo y estuvo a punto de caerse.

Liz miró a Amy. Las dos rieron.

—Gracias a Dios que es mago y no equilibrista —susurró Richie.

Amy se sentía como flotando entre globos en equilibrio precario, lista para un número de magia propio y espléndido.

¿Qué diablos le había puesto Liz a ese cigarrillo?

El aspecto de Marco era tan patético como su entrada. Era un hombre maduro de ojos rojos y lo habían pintado para que se pareciera al Diablo. Tenía los labios rojos, la cara pálida como la escarcha, unas lineas negras a lo largo de los párpados y la barbilla sin afeitar. Usaba un traje de etiqueta demasiado viejo y un par de guantes blancos manchados de amarillo.

—No debería usar esos guantes cuando se hace la paja —susurró Liz.

Todos rieron.

—Grosera —la reprendió Richie.

—Él es el grosero, me parece —susurró ella.

Marco los miraba, nervioso, pero no los oía del todo. Les sonrió y los saludó con el sombrero en un intento fallido por captar su atención y conseguir silencio.

—No me importa lo que haga —dijo Liz—, pero no dejen que les dé la mano.

Todos se rieron de nuevo.

Los espectadores miraban a Liz, algunos con curiosidad, otros con desaprobación, pero a ella no le importaba lo que pensaran. A Amy tampoco. Se estaba divirtiendo tanto…

Marco decidió ignorarlos. Levantó un mazo de naipes que había en la mesita del centro del escenario. Los mezcló y los envolvió en un pañuelo de seda dejando sólo una punta al descubierto. Puso el paquete en una campana transparente de vidrio. Todos sus movimientos estaban acompañados de gestos ampulosos. Cuando dio un paso atrás y señaló la campana, las cartas empezaron a levantarse individualmente del montón envuelto en el pañuelo de seda. Primero el as de espadas… después el as de copas… después el as de bastos y después… por error, la sota de espadas. El mago hizo un gesto de vergüenza, escondió las cartas y pasó al truco siguiente.

—¡Dios, qué mal me huele esa magia…! —se quejó Buzz.

—El olor es de los guantes —aclaró Liz.

—En serio, Richie, ¿este tipo no es tu tío Arnold? —preguntó Amy.

Marco infló un globo y lo cerró con un nudo. Cuando le acercó un cigarrillo encendido, la esfera se rompió con un ruido y una paloma viva apareció en el corazón de la explosión. Era mejor que el truco de las cartas, pero Amy vio cómo salía la paloma del traje del mago.

Los dos trucos siguientes sólo consiguieron aplausos tibios del público. Liz propuso:

—¿Nos vamos?

—Todavía no —se negó Richie.

—Me aburro, esto es una mierda —declaró Liz.

—Quiero ver el gran final gran —dijo Richie—. La guillotina.

—¿Qué guillotina? —preguntó Buzz.

—La del cartel. Le corta la cabeza a alguna.

—Seguramente es la única forma en que puede conseguir que una mujer le preste atención —agregó Liz, riendo.

Marco habló por primera vez.

—Y ahora, para ustedes, *connoisseurs* de lo bizarro, lo macabro,

lo grotesco, lo horrible… Voy a terminar mi función con un truco al que llamo, afectuosamente, «El empalador».

—¿Y la guillotina? —preguntó Richie a Buzz.

—Estúpido —terció Liz—. Eso es después.

Marco llevó una gran caja al centro del escenario. Era unos centímetros más corta que un sarcófago, pero de todos modos parecía el centro de un funeral.

—Los oigo murmurar ahí afuera —dijo Marco—. Los oigo decir: la guillotina… la guillotina. Desgraciadamente, ese truco pertenecía a mi predecesor. Él y el aparato están en manos de la policía por un infortunado accidente. La última dama que lo ayudaba perdió la cabeza y hubo una escena muy sucia, les puedo asegurar.

El público rió, incómodo.

—¡Qué acto de mala muerte! —protestó Liz—. ¡Por Dios!

Pero, para Amy, Marco parecía haber sufrido una metamorfosis increíble. Ya no era sucio y tonto, como cuando entró a los tropezones en la plataforma. Su maquillaje ya no parecía una broma: segundo a segundo se ponía más demoníaco, y había un brillo nuevo, terrible, en sus ojos. Su sonrisa nerviosa se había transformado en una risa sabia, malvada. Cuando sus ojos se cruzaban con los de Amy, a ella le parecía que estaba mirando a través de dos ventanas paralelas que daban al Infierno, y un frío tremendo le llenaba la médula.

«No seas ridícula», se dijo, temblando, «Marco, el Magnífico, es él mismo. Lo que cambió fue mi percepción. Es una alucinación moderada. Vuelo. Estoy viajando. Es ese maldito cigarrillo de Liz. Las drogas. ¿Qué mierda le habrá puesto Liz a esa hierba?».

Marco levantó una vara afilada de medio metro.

—Damas y caballeros. Prometo que van a disfrutar de esta ilusión más de lo que hubieran disfrutado de la guillotina. Es algo mucho, mucho mejor. —Sonrió y había algo oscuro y nada santo en su expresión de gato de Cheshire—. Necesito un voluntario. Una joven. —Sus ojos malevolentes barrieron las caras a su alrededor. Levantó una mano y señaló, amenazante, a cada mujer, una detrás de la otra y durante un momento que la dejó sin aliento, pareció detenerse en Amy; después, se detuvo más tiempo todavía en Liz pero finalmente eligió a una pelirroja muy atractiva.

—Ah, no —le dijo la pelirroja— yo no, no podría.

—Claro que puede —dijo Marco—. Vamos, amigos, démosle una mano a esa encantadora señorita.

El público aplaudió y la mujer subió la escalerilla hacia el escenario. No estaba muy entusiasmada que digamos.

Marco la tomó del brazo cuando llegó a la plataforma.

—¿Cómo se llama usted?

—Jenny —dijo ella, sonriendo con timidez.

—No tiene miedo, ¿verdad, Jenny?

—Sí —dijo ella, poniéndose colorada.

Marco sonrió.

—Es usted una muchacha inteligente.

La escoltó hasta el ataúd, que estaba parado, inclinado hacia atrás sobre brazos de metal. Marco abrió la puerta. Los goznes estaban a la izquierda.

—Por favor, entre en la caja, Jenny. Le prometo que no va a sentir absolutamente ningún dolor.

Con la ayuda del mago, la pelirroja entró en el cajón y miró al público. El cuello le quedaba sobre un corte en U en la parte superior de la caja. Como el ataúd era corto, la cabeza quedó afuera cuando Marco cerró la tapa.

—¿Cómoda? —preguntó Marco.

—No —contestó la mujer, nerviosa.

—Bien —dijo Marco. Sonrió al público, una sonrisa de cómplice, y aseguró el frente de la caja con un gran cerrojo.

Una premonición de desastre, una sensación de que estaba en presencia de la Muerte, apretó a Amy entre manos invisibles, congeladas.

«Son esas malditas drogas, nada más», se dijo, tratando de tranquilizarse.

Marco el Magnífico habló a su público.

—En el siglo XV, Vlad el quinto de Wallachia, conocido como Vlad el Empalador por sus atemorizados súbditos, torturó a cientos de miles de hombres y mujeres prisioneros, sobre todo invasores extranjeros. Una vez, el ejército turco decidió volver a sus tierras en lugar de seguir adelante con un ataque que habían programado: en el camino, pasaron por un campo en el que los escuadrones de la muerte de Vlad habían clavado a miles de turcos sobre estacas que los atravesaban de lado a lado. Cansado de su nombre, Vlad se puso

otro, el de su padre, un hombre conocido como Dracul, que significa «El Diablo». Agregó la letra «A» a ese nombre y se convirtió en Drácula, el hijo del Diablo. Y así, amigos míos, es como nacen las leyendas.

—Mierda —dijo Liz de nuevo.

Pero Amy estaba galvanizada por la criatura nueva, extraña y peligrosa que parecía (por lo menos a sus ojos) haberse apoderado del cuerpo de Marco. Los ojos malvados, sin fondo, infinitamente sabios del mago la miraron de nuevo y a ella le pareció que la despedazaban por dentro.

Marco volvió a mostrar la estaca puntiaguda de medio metro.

—Amigos y amigas… les presento a… El Empalador.

—Ya era tiempo, carajo —masculló Liz.

Marco levantó un martillo pesado y pequeño.

—Si miran el frente de la caja, verán un agujerito pequeño cavado en la tapa.

Amy vio el agujero. Alrededor habían pintado un corazón brillante y rojo.

—El agujero está justo por encima del corazón de la voluntaria —explicó Marco. Se pasó la lengua por los labios e introdujo cuidadosamente el palo en el agujero—. ¿Siente la punta de la estaca, Jenny?

Ella rió, nerviosa.

—Sí.

—Bien. Recuerde…, no habrá dolor, ningún dolor. —Sostuvo el palo en su mano izquierda y levantó el martillo en la derecha—. ¡Quiero silencio, silencio absoluto! Los que sean impresionables, no miren. Ella no va a sentir dolor… no, pero eso no quiere decir que no vaya a haber algo de sangre…

—¿Eh? —dijo Jenny—. Eh, un momento…

—¡Silencio! —gritó Marco y golpeó el martillo contra la estaca con todas sus fuerzas.

«*¡No!*», pensó Amy.

Con un sonido espantoso, húmedo, desgarrado, el palo se hundió con fuerza en el pecho de la mujer.

Jenny gritó y la sangre brotó de su boca retorcida.

El público jadeó. Dos o tres personas aullaron, espantadas.

La cabeza de Jenny se ladeó completamente. La lengua salió

disparada entre los dientes. Los ojos miraron sin ver sobre las cabezas de las personas de la carpa.

La muerte transformó la cara de la voluntaria. Así, simple, milagrosamente. El cabello rojo se transformó en rubio. Los ojos ya no eran verdes sino azules. La cara ya no era la de jenny, la mujer que había caminado hacia el escenario desde las sillas del público. Ahora era el rostro de Liz Duncan. Todos los planos, todos los hoyuelos, todos los rasgos, todos los detalles: Liz. No era un truco de la luz y las sombras, no. La que estaba en ese ataúd era Liz. *Liz* era la empalada. *Liz* era la muerta, con la sangre brotándole entre los labios.

Amy no podía respirar. Miró a la muchacha que estaba junto a ella y se sorprendió de verla. Liz estaba con ella, en las sillas del público… pero también estaba en el escenario, en la caja. Muerta. Confusa, desorientada, Amy murmuró:

—Pero si eres tú… eres tú la que está allá arriba.

Liz-la-del-público dijo:

—¿Qué?

Liz-la-del-ataúd miraba la eternidad y se llenaba de sangre.

Liz-la-del-público dijo:

—¡Amy! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

«Liz va a morir», pensó Amy. «Pronto. Esto es una premonición o algo así… clarividencia… lo que sea, pero es algo. ¿Será verdad? ¿Será verdad? ¿La van a matar? ¿Pronto? ¿Esta noche?».

La mirada de horror y espanto de Marco que le había llenado la cara apenas vio salir la sangre de la boca de su voluntaria, se transformó lentamente en una mueca de placer. Hizo sonar los dedos y la mujer de la caja volvió a la vida; el dolor desapareció de su cara; sonrió y su sonrisa era encantadora. Ya no se parecía a Liz Duncan.

«Nunca hubo tal cosa», pensó Amy. «Era yo. Las drogas. Alucinaciones. No era una premonición: Liz no va a morir pronto. Dios, ¡no quiero saber nada más de esto!».

El público suspiró de alivio cuando Marco sacó el palo del agujero. Ya no parecía siniestro. Era el mismo inepto desprolijo y torpe que había entrado tropezando a través de la tela hacía diez o quince minutos. La personalidad omnisciente, malvada y terrible ya no parecía mirar a través de sus ojos. Su parecido con el Diablo ya

no estaba allí.

«Imaginación», se dijo Amy. «Alucinaciones, engaños. No significa nada. Nada. Liz no va a morir. Ninguno de nosotros va a morir. Tengo que controlarme».

Marco ayudó a Jenny a salir de la caja y la presentó al público. Era su hija.

—Otro truco barato —comentó Liz, asqueada.

Salieron de la carpa de Marco y Amy notó la desilusión en sus tres amigos. Era como si hubieran esperado que la mujer muriera atravesada por el palo asesino o que le cortaran la cabeza con la guillotina. La cosa que le había puesto Liz al último cigarrillo de hierba era algo muy pero muy poderoso porque ya los estaba cambiando, poniéndolos inquietos, salvajes; necesitaban excitaciones más grandes para disipar esa energía nueva, nerviosa. Una decapitación y algo de sangre eran justo el tipo de cosa que Buzz y Liz y tal vez también Richie necesitaban ver para borrar los productos químicos que les latían en la sangre, el tipo de cosa que necesitaban experimentar para tranquilizarse.

«Nada de droga esta noche, no más», se prometió Amy. «Nada de droga desde ahora. Ni hoy ni nunca. No necesito las drogas para ser feliz. ¿Por qué diablos las fumo?».

Fueron a un espectáculo llamado Rarezas Animales. Las extrañas criaturas hicieron temblar a Amy. Había una cabra con dos cabezas; un toro con un cráneo de tres ojos; un cerdo asqueroso que tenía ojos a los lados del hocico y dos más en la cabeza y al que le caía una baba verde entre los labios correosos y partidos; tenía dos patas extra del lado izquierdo. Finalmente llegaron a un corral que parecía contener una oveja normal pero cuando Amy se inclinó para acariciarla, vio que tenía una nariz de más y un tercer ojo colgante y sin luz a un costado. Sacó la mano con rapidez. Los animales de pesadilla fueron apenas un aperitivo para el efecto de las drogas de Liz; cuando se fueron de Rarezas Animales, Amy se sentía más arriba, todavía más apartada de la realidad que cuando había entrado.

Dieron una vuelta en un juego con cohetes que giraban. Amy se sentó adelante con Buzz, en un asiento como de motocicleta. En la relativa privacidad de ese lugar pequeño y rápido que giraba cada vez a más velocidad, él le puso las manos sobre los senos. La fuerza

centrífuga empujó a Amy contra él y sintió el calor y el tamaño de la erección de su compañero cuando los genitales de él se aplastaron contra su trasero.

—Te deseo —dijo él, poniéndole la boca en el oído y haciéndose oír por encima del rugido del cohete y el silbido poderoso del viento.

Era bueno que la desearan a una, que la necesitaran como la necesitaba Buzz, y Amy se preguntó si no sería tan malo ser como Liz. Por lo menos, así alguien la necesitaría.

En el puesto de puntería de Bozo el Payaso, tanto Buzz como Richie se las arreglaron para darle al ojo del toro y hundir al payaso burlón en un gran tanque de agua. Buzz lo hizo por empecinamiento, compró tres pelotas, después tres más y finalmente otras tres hasta que al final lo logró. Richie, en cambio, enfocó el problema con espíritu y sensatez de matemático: tiró dos pelotas malas, aprendió de cada una y terminó acertando en la tercera.

Más tarde, con el carrito detenido un momento en la parte superior de la Vuelta al Mundo, la feria iluminada y hermosa a sus pies, Buzz besó a Amy, la besó con fuerza, con hambre, la lengua bien adentro en la boca. No dejaba de pasarle las manos por el cuerpo. Ella sabía que esa noche sería el momento decisivo de la relación. Tendría que darle lo que quería o dejarlo esa misma noche. No podía seguir posponiéndolo. Tenía que decidir quién era y qué era.

Pero estaba tan arriba, tan perdida, que no quería pensar, no *podía* pensar en problemas complejos como ése. Lo único que quería era flotar, disfrutar de las luces, los sonidos, el movimiento, la acción constante.

Después de la Vuelta al Mundo, entraron en los Autitos Chocadores y se golpearon unos a otros sin piedad. Las chispas estallaban alrededor y volaban por encima de la grilla de cables que tenían sobre la cabeza. El aire olía a ozono. Cada colisión ruidosa, sorprendente y maravillosa sacudía el cuerpo de Amy con un golpe de placer sensual.

A un lado de los autitos giraba la calesita en un borrón de colores brillantes. Del otro lado se elevaba el juego de los elefantes voladores, que se levantaba en el aire y volvía a caer

inmediatamente. La música se mezclaba con el rugido de la multitud, el parloteo constante de los que anunciaban los espectáculos y los choques de los autitos.

Amy amaba la feria. Mientras perseguía al autito de Richie y lo golpeaba de costado, mientras giraba, mareada por el impacto, pensó que la feria, con todas sus luces y su excitación, era un poco como Las Vegas y se preguntó si en el fondo no estaría deseando ir con Liz a Nevada.

De los autitos fueron a El País de los Monstruos y la desorientación de Amy empeoró. Vio el hombre de tres ojos cuya piel era como la de los cocodrilos; la mujer más gorda del mundo sentada en un sillón gigantesco que su cuerpo convertía en diminuto, el cuerpo un montón informe, los rasgos faciales perdidos en grasa; un hombre con dos brazos que le crecían desde el vientre y un hombre con dos narices y una boca sin labios.

Liz, Buzz y Richie dijeron que El País de los Monstruos era lo mejor de la feria. Señalaron con el dedo a las criaturas sentadas en la exhibición y se rieron de ellas como si éstas no pudieran verlos ni oírlos. Amy no tenía nada de ganas de reírse aunque todavía estaba drogada y lo notaba. Se acordaba de la maldición de Jerry y de la seguridad de mamá sobre la deformidad del bebé. Lo que veía la tocaba demasiado de cerca para reírse. Lo que sentía era vergüenza, por ella misma y por los monstruos patéticos que posaban en esos pedestales como medio de vida. Hubiera querido ayudarlos pero no sabía cómo así que escuchaba cómo sus amigos hacían comentarios sagaces y sonreía como cumpliendo con su deber y trataba de apurarlos para salir otra vez al aire libre.

Lo más extraño de todo fue que el ítem más terrible y aterrorizante de El País de los Monstruos no estaba vivo. Era un bebé en un frasco de vidrio. Las otras rarezas humanas respiraban y eran grandes, tanto que tal vez pudieran ser una amenaza. Esa cosa muerta e inofensiva en el frasco no podía amenazar a nadie y sin embargo era la más inquietante. Los ojos grandes y verdes miraban sin ver desde la prisión de vidrio; la nariz retorcida, chata, parecía oler a Amy, Liz, Buzz y Richie; los labios negros estaban abiertos y se le veía la lengua manchada y pálida; parecía como si estuviera ladrándoles o gruñéndoles, no a cualquiera sino a ellos en particular, como si apenas ellos se alejaran fuera a cerrar la boca y

tranquilizarse.

—¡Qué horrible! Se me pone la carne de gallina —señaló Liz.

—No es real —adujo Richie—. Nunca estuvo vivo. Es demasiado deforme. No hay ser humano que pueda dar a luz a algo así.

—Tal vez no fuera un ser humano —contestó Liz.

—Eso es lo que dice el cartel, que los padres eran seres humanos —aclaró Richie—. Nacido en 1955, de padres normales.

Todos miraron el cartel en la pared detrás del frasco y Liz agregó:

—¡Eh, Amy, la madre del bebé se llamaba Ellen! ¿No será tu mamá?

Todo el mundo se rió, todos menos Amy. Miró el cartel, las cinco grandes letras que formaban el nombre de su madre y otro temblor, otra premonición, le recorrió el cuerpo. Sintió que su presencia en la feria no era casual sino predestinada. Tuvo la sensación extraña y totalmente desagradable de que sus diecisiete años de vida la habían llevado poco a poco hacia esa noche, ésa entre todas las demás. La estaban manejando, todo el tiempo. Si tendía los brazos hacia arriba podría tocar las cuerdas con que la sostenían como a una marioneta.

¿Era posible que esa cosa en la botella hubiera sido hija de mamá? ¿Era *ésa* la razón por la que mamá había querido que ella se hiciera un aborto?

No. Qué locura. Absurdo.

No le gustaba la idea de que su vida hubiera transcurrido como en un túnel que llevaba indefectiblemente a ese pequeño punto en la superficie de la Tierra, a ese minuto en los trillones de trillones de minutos que componían el flujo de la historia. Esa idea la dejaba inerme, a la deriva.

Eran las drogas, sí. No podía confiar en sus percepciones. Eran las drogas. Nada de hierba, nada. Nunca más.

—No culpo a la madre por matarlo —declaró Liz, mirando la cosa en el frasco.

—Es de goma —insistió Richie.

—Voy a mirar más de cerca —aventuró Buzz, deslizándose por debajo de la soga de contención.

—¡No, Buzz, no! —lo previno Amy.

Buzz se acercó a la plataforma donde estaba el bebé y se inclinó

para verlo. Puso una mano en el frasco y pasó los dedos por el frente de vidrio, a centímetros de la cara del monstruo. De pronto, retiró la mano como si lo hubieran pinchado.

—¡Hijo de puta!

—Buzz, vuelve aquí inmediatamente, en serio —pidió Amy.

Buzz volvió, con la mano que había tocado el frasco apoyada en la otra para que la vieran. Tenía sangre en un dedo.

—¿Qué pasó? —preguntó Liz.

—Seguramente una astilla de vidrio —dijo Buzz.

—Será mejor que vayas a la sala de primeros auxilios —dijo Amy—. Se te puede infectar.

—Nooo —se resistió Buzz, decidido a no permitir ni siquiera una grieta en su imagen de macho—. Es un rasguño. Pero es raro… No vi ninguna astilla.

—Tal vez no te cortaste —se burló Richie—. Esa cosa te mordió.

—Pero si está muerta.

—El cuerpo sí —afirmó Richie—, pero quizás el espíritu no.

—Hace un minuto nos dijiste que esa porquería es de goma —dijo Amy.

—Algunas veces me equivoco, ¿sabías? —aclaró Richie.

—¿Y cómo explicas una mordida a través del frasco? —La pregunta, sarcástica, era de Buzz.

—Es una mordida psíquica —explicó Richie—. De fantasma.

—No me pongas nerviosa —dijo Liz, golpeándolo en el hombro.

—¿Mordida de fantasma? —preguntó Buzz—. ¡Qué estupidez!

La cosa en el frasco los miraba con ojos borrosos, esmeralda, lámparas de luna.

El nombre de Ellen parecía brillar con más fuerza que el resto de las letras en el cartel.

«Coincidencia», se dijo Amy.

Tenía que ser una coincidencia. Porque si no lo era, si ése era el hijo de mamá, si Amy había llegado a la feria atraída por una fuerza sobrenatural, entonces las otras premoniciones de la noche también podían ser ciertas. Liz podía morir allí. Y eso era impensable, inaceptable. Así que era una coincidencia.

Ellen.

«¡Pura coincidencia, carajo!».

Se sintió mejor cuando se fueron de El País de los Monstruos.

Dieron una o dos vueltas más en los juegos que más les habían gustado y, de pronto, todos estuvieron muy pero muy hambrientos. Era un hambre inducida por la droga, el apetito insaciable tan familiar a todos los drogadictos. Comieron panchos, helados y manzanas acarameladas.

Finalmente, llegaron a La Casa del Terror.

Un hombre grandote en traje de monstruo de Frankenstein se alzaba en el frente sobre una plataforma baja, amenazando a la gente que subía a las góndolas para entrar en la casa. Agitaba los brazos y saltaba en una imitación muy mala de Boris Karloff.

—Ese es un desastre —criticó Richie.

Se movieron unos pasos hasta la plataforma del pregonero donde un hombre alto, de aspecto distinguido, aullaba los encantos del lugar para la multitud. El hombre los miró mientras hablaba y tenía los ojos más azules que Amy hubiera visto en toda su vida. Después de unos segundos, se dio cuenta de que la cabeza gigante del payaso que decoraba el edificio estaba pintada con los rasgos de ese hombre.

—¡Terror para todos! ¡El mejor del mundo! ¡Monstruos, fantasmas, duendes y gárgolas! ¡Arañas más grandes que una persona! Seres de otros mundos y seres de las oscuras entrañas de éste. ¿Todas las criaturas que pueblan La Casa del Terror son falsas… o hay alguna verdadera? ¡Descúbranlo ustedes mismos! ¡Averigüen la verdad por su cuenta y riesgo! ¿Se atreven ustedes a tolerar la prueba, la tensión, el miedo? ¿Son hombres? Señoritas, ¿son sus hombres lo bastante hombres como para protegerlas ahí dentro… o serán ustedes las que los protejan a ellos? ¡Terror, terror para todos!

—Me encanta, me encanta ir a La Casa del Terror cuando estoy arriba, arriba como un barrilete —dijo Liz—. Cuando una está realmente ida, es maravilloso. Todos esos monstruos de plástico que saltan contra una.

—Vayamos entonces —propuso Richie.

—No, no —aclaró Liz—, tenemos que guardarla para cuando estemos bien arriba.

—Yo ya estoy bastante arriba —dijo Amy.

—Yo también —se le unió Buzz.

—Ah, vamos, tenemos que subir más —protestó Liz—. Esto no

es nada.

—Si subo más —advirtió Richie—, me van a tener que llevar a una institución, te lo juro.

—Una celda para dos —pidió Buzz.

—Ése es el quid de la cuestión. —Liz estaba excitada—. El asunto es pasarse bien de la raya para apreciar La Casa del Terror.

«Yo no», se recordó Amy. «No más drogas para mí. No más drogas. Nunca».

Compraron entradas para un juego llamado Serpiente Zigzagueante. El hombre que lo manejaba era un enano y mientras Liz esperaba que empezara, le hizo bromas sobre su altura, una tras otra. El enano la miró, furioso, y Amy deseó que su amiga se callara. Cuando la Serpiente Zigzagueante empezó a moverse por fin, el enano se vengó; le dio mucha más velocidad que de costumbre y la cadena de autos brilló como un relámpago sobre las vías retorcidas, elevándose y cayendo con tanta rapidez que Amy se aterrorizó. Iba a caerse del coche o el coche se caería de las vías. Lo que debería haber sido un juego inocente se convirtió en una tortura que les revolvió el estómago y le dejó los nudillos blancos, ateridos, paralizados, una sesión de miedo que llevó sudor a cada extremo de su cuerpo y que parecía interminable. Y era increíble: incluso en esas condiciones, Buzz aprovechó la oscuridad para tocarla. Amy sentía sus manos en todo el cuerpo.

«Esta noche es como una Serpiente Zigzagueante», pensó. «Estamos fuera de control».

Después volvieron al Pulpo y chocaron otra vez alegremente en los Autitos y volvieron a la oscuridad de la parte posterior, entre los camiones, en el perímetro de la feria, y Liz les dio otro de sus cigarrillos «especiales». La oscuridad había llegado a la feria y no se veían demasiado mientras pasaban la droga. Hicieron bromas sobre un desconocido que podía venir desde las sombras y llevarse a alguno sin que los demás lo supieran y se asustaron mutuamente diciendo que veían monstruos cerca de los camiones.

Cuando le tocó el turno, Amy trató de fingir. Chupó con fuerza pero no inhaló. Mantuvo el humo en la boca un momento y lo soltó.

Incluso en la oscuridad, con apenas el brillo del final del cigarrillo en la mano y la onda de aliento para juzgar las cosas, Liz se dio cuenta.

—No hagas eso, nena —protestó, enojada—. No seas aguafiestas.

—No sé a qué te refieres —contestó Amy.

—Ah, vamos, a la mierda con eso. Toma otra chupada. Cuando estoy de última, quiero compañía.

Para no irritarla, Amy chupó y esta vez inhaló el humo. Se odió por su falta de voluntad.

«Pero no quiero perder a Liz», pensó. «La necesito. ¿A quién más tengo?».

Cuando volvieron a la feria, casi chocaron con un albino. Su cabello leve, blanco como el algodón, flotaba detrás de él en la brisa tibia de junio. El hombre volvió sus ojos transparentes hacia ellos, ojos como de humo y dijo:

—Entradas gratis para la gran vidente Madame Zena. Entradas libres para que les digan la suerte. Una para cada dama, una invitación de los dueños de la feria. Y digan a todos sus amigos que BAM es la feria más amistosa del mundo.

Sorprendidas, Amy y Liz aceptaron las entradas de esas manos blancas como gusanos subterráneos.

El albino se desvaneció en la multitud.

13

Los cuatro entraron en grupo en la pequeña carpa de la vidente. Liz y Amy se sentaron en las dos sillas disponibles, junto a la mesa donde una luz suave iluminaba por dentro la bola de cristal. Richie y Buzz estaban detrás.

A pesar del vestido de faldas y mantillas superpuestas con colores brillantes y joyas de imitación, a Amy no le pareció que Madame Zena tuviera mucho de gitana. Pero era una mujer bonita y tenía un misterio que iba con su papel.

Liz pidió el primer turno. Madame Zena le preguntó muchas cosas sobre ella y su familia. Dijo que necesitaba la información para poner en foco sus percepciones psíquicas. Cuando ya no tuvo nada que preguntar, miró la bola de cristal; se inclinó tanto sobre ella que la luz fantasmal y las sombras que lanzaba le aguzaron los rasgos, se los hicieron aguileños de pronto.

En cuatro candelabros de cristal, cada uno en uno de los cuatro rincones de la carpa, ardían cuatro velas brillantes.

En una jaula grande junto a la mesa, a la derecha, un cuervo cambió de lugar en su percha y emitió un arrullo suave con la garganta.

Liz miró a Amy y puso los ojos en blanco.

Amy rió entre dientes, todavía más alegre que antes con la nueva droga.

Madame Zena miró la bola de cristal con el ceño fruncido en un ademán teatral, como si estuviera tratando de separar el velo que cubría el mundo del mañana. Pero de pronto, le cambió la expresión de la cara y los rasgos mostraron un gesto de duda verdadera. Parpadeó, meneó la cabeza y se inclinó más cerca de la esfera sobre la mesa de madera.

—¿Y? —preguntó Liz.

Madame Zena no contestó. Tenía la cara transformada en una

expresión de espanto tan *real* que Amy se puso nerviosa.

—No… —empezó a decir.

Aparentemente, a Liz seguía pareciéndole que Madame Zena estaba representando. No había visto el horror no fingido en la cara de la supuesta gitana. Amy lo veía, estaba segura.

—No sé… —dijo otra vez Madame Zena y luego se detuvo y se pasó la lengua por los labios—, yo nunca…

—¿Y? —preguntó Liz—, ¿cómo es esto? ¿Voy a ser rica o famosa o las dos cosas?

Madame Zena cerró los ojos un momento y meneó la cabeza lentamente. Después, volvió a mirar el cristal.

—Dios…

«Tenemos que salir de aquí», pensó Amy, inquieta. «Tenemos que irnos antes de que esta mujer nos diga algo que no queremos oír. Tenemos que levantarnos y salir de aquí corriendo».

—¡Qué actriz! —susurró Richie entre dientes.

—Qué tontería —dijo Buzz, aburrido.

Madame Zena los ignoró. Le hablaba solamente a Liz.

—Liz… yo, preferiría no decirte… suerte… ahora. Necesito… necesito tiempo. Tiempo para interpretar lo que vi en el cristal. Voy a leer primero el futuro de tu amiga, y después… Después vuelvo al tuyo, si no te molesta.

—Claro, claro —aceptó Liz, que disfrutaba el tiempo de eso que ella creía un juego para poner nervioso al cliente o hacerle una broma o pedirle más dinero—. Cuando usted quiera.

Madame Zena se volvió hacia Amy.

Sus ojos habían cambiado. Ahora estaban llenos de terror.

Amy quería levantarse y salir de la carpa. Estaba experimentando el mismo tipo de energía psíquica que la había electrificado en la carpa de Marco el Magnífico. Una sensación de frío, de parálisis, la recorría de arriba abajo, y veía imágenes estroboscópicas de tumbas y cadáveres podridos y esqueletos sonrientes, imágenes instantáneas, cortadas, separadas, como sacadas de una película.

Trató de levantarse. No pudo.

Le latía el corazón con fuerza.

Eran las drogas. Otra vez. Eso era todo. Las drogas, claro. Lo que ponía Liz a los cigarrillos. Deseó no haberse tragado el humo. Deseó

haber dicho que no a su amiga.

—Tengo que… hacerte… preguntas… sí, sobre tu… familia y sobre ti misma… —dijo Madame Zena sin continuidad, sin nada del drama y la práctica que había demostrado con Liz—. Es como le dije a tu amiga… Necesito información para enfocar mis percepciones psíquicas. —Sonaba como si ella también quisiera saltar de la silla y salir corriendo.

—Adelante —susurró Amy—. No quiero saber… pero parece que es necesario.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Richie, que descubría de pronto las vibraciones de espanto que llenaban la habitación.

Sin darse cuenta todavía de la súbita seriedad de la actitud de la gitana, Liz dijo:

—¡Ssshhh, Richie! No arruines el espectáculo.

A Amy, Madame Zena le dijo:

—¿Tu nombre?

—Amy Harper.

—¿Tu edad?

—Diecisiete.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en Ciudad Real.

—¿Tienes hermanas?

—No.

—¿Hermanos?

—Uno.

—¿Se llama?

—Joey Harper.

—¿Edad?

—Diez.

—¿Tu madre vive?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y cinco años, creo.

Madame Zena se lamió los labios.

—¿Qué color de cabello tiene tu madre?

—Oscuro, castaño, casi negro, como el mío.

—¿Y sus ojos?

—Negros, como los míos.

—¿Y cómo…? —Madame Zena se aclaró la garganta. El cuervo sacudió las alas.

Finalmente, Madame Zena habló de nuevo.

—¿Cuál es el nombre de tu madre?

—Ellen Harper.

El nombre sacudió a la gitana. Cinco gotas de sudor aparecieron sobre la línea de su cuero cabelludo, en la frente.

—¿Sabes cuál era su nombre de soltera?

—Giavenetto —informó Amy.

La cara de Madame Zena se puso más blanca y empezó a temblar.

—¿Qué mierda…? —empezó Richie, que percibía el miedo real en la falsa gitana y estaba agitado y extrañado de pronto.

—¡Ssshhh! —hizo Liz.

—¡Qué estupidez! —dijo Buzz—. ¡Qué mierda!

Era más que evidente que Madame Zena no quería mirar la bola de cristal pero finalmente se obligó a hacerlo. Apenas fijó la vista allí gritó y perdió el aliento. Barrió la bola de cristal de la mesa con un manotón. La bola se aplastó contra el suelo de tierra pero era demasiado grande y pesada para romperse por tan poco.

—Tienes que salir de aquí —la apremió la mujer—. Tienes que irte. Sal de la feria. Ve a casa, cierra las puertas y quédate adentro hasta que se vaya la feria el sábado.

Liz y Amy se pusieron de pie y Liz dijo:

—¿Qué es esto? Se supone que nos van a leer la suerte. Y gratis. Todavía no nos dijo que vamos a ser ricas y famosas.

Del otro lado de la mesa, Madame Zena los miraba con ojos asustados, muy abiertos.

—Escúchenme, soy una impostora, no sé nada. No tengo habilidades psíquicas. Lo que hago es engañar a los clientes. Nada más. Nunca vi el futuro. Nunca vi nada en esa bola de cristal, nada que no fuera la luz de la lamparita que hay en la base de madera. Pero esta noche… hace un minuto… Dios… *vi* algo. No lo entiendo. No quiero entender. Dios, Jesús, Jesús, ¿quién podría *querer* ver el futuro? Sería una maldición, no un don. Pero yo *vi*. Tienen que salir de la feria. Ahora mismo. No se detengan. No miren atrás.

Los cuatro la miraron, sorprendidos por el arranque.

Madame Zena se tambaleó. De pronto, parecía que sus piernas

eran de barro, de barro casi líquido. Se dejó caer en la silla otra vez.

—¡Váyanse, carajo! ¡Fuera de aquí antes de que sea demasiado tarde! ¡Váyanse, imbéciles! ¡Rápido!

Afuera, en la calle principal de la feria, en medio de una laguna de luz brillante, con gente que pasaba caminando y olas de música rompiendo sobre los cuatro, Liz, Amy, Buzz y Richie se miraron unos a otros, esperando que alguien dijera algo.

Richie habló primero.

—¿De qué diablos hablaba?

—Está loca —opinó Buzz.

—No lo creo —rebatió Amy.

—Loca, loca —insistió Buzz.

—Eh, ¿no entienden lo que pasó? —preguntó Liz. Rió con alegría y aplaudió, feliz.

—Si tienes una explicación, dila —dijo Amy, helada hasta la médula por la mirada que había visto en la cara de Madame Zena asomada a la bola de cristal.

—Es de seguridad —dijo Liz—, los hombres de seguridad de la feria nos vieron fumando droga. No quieren ese tipo de problemas y tampoco quieren llamar a la policía. Los de la feria no van bien con los polis. Así que arreglan que el albino nos dé los boletos gratis para ver a Zena. Ella nos da un buen susto.

—¡Claro! —concordó Buzz—. Pero claro. Es eso, claro.

—No sé —dijo Richie—. No tiene demasiado sentido. Quiero decir, ¿por qué no hacer que nos echen esos tipos que tienen y listo?

—Porque somos demasiados, tonto —replicó Liz—. Necesitarían tres por lo menos. Y no quieren escenas de ese tipo.

—¿No te parece que fue sincera? —opinó Amy.

—¿Quién? ¿Madame Zena? —rió Liz, burlona—, ¿en serio te crees que vio algo en esa bola de cristal? ¡Por favor, qué idea!

Hablaron un poco más del tema y finalmente, aceptaron la teoría de Liz. A medida que pasaban los minutos les parecía más sensata.

Amy se preguntó si la sensatez no dependería de la droga. Pensó en Marco, el Magnífico; en la cara de Liz en el ataúd de la voluntaria; en Buzz, que se había cortado el dedo con el frasco del monstruo. Eran demasiadas cosas en qué pensar; demasiadas y

demasiado aterrorizantes. Aunque la explicación de Liz era endeble, tenía la ventaja de la sencillez. Y Amy estaba dispuesta a aceptarla, a agradecerla.

—Tengo que hacer pis —dijo Liz—. Después quiero helado y La Casa del Terror. Y después, podemos irnos a casa. —Hizo una caricia a Richie en el mentón—. Cuando lleguemos a casa, te voy a llevar a un juego mucho mejor que todos los de esta feria. —Se volvió hacia Amy—. Ven al baño conmigo.

—No tengo ganas —dijo Amy.

Liz la tomó de la mano.

—Vamos, hazme compañía. Y además, tenemos que hablar, nena.

—Nos vemos en el puesto de helados, ahí —dijo Richie, señalando un quiosco un poco más atrás de la calesita.

—En un momentito —le aseguró Liz. Después se llevó a Amy a través de la multitud hacia el borde de la feria.

Conrad estaba de pie en las sombras detrás de la carpa de Zena cuando los cuatro adolescentes salieron y se quedaron de pie en la laguna de luz amarilla y roja que arrojaba el juego más cercano. Oyó que la rubia decía que quería ir al baño, tomar un helado y después ir a La Casa del Terror. Apenas el grupo se separó, entró en la carpa de Zena. Cuando apartó la tela que cubría la entrada, vio un cartel que decía: CERRADO, VUELVO EN DIEZ MINUTOS.

Zena estaba sentada en su silla. Incluso a la luz débil de las velas, Conrad se dio cuenta de que estaba conmovida.

—¿Y? —dijo.

—Otra desilusión —dijo Zena, nerviosa.

—Ésta se parece más a Ellen que todas las que te mandé antes.

—Coincidencia —repuso Zena.

—¿Cómo se llama?

—Amy Harper.

Esas cuatro sílabas electrificaron a Conrad. Se acordó del nenito de los pases libres esa tarde. Había dicho que se llamaba Joey Harper, y que su hermana se llamaba Amy. Y él también se parecía a Ellen.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó a Zena.

—No mucho.
—Dime.
—No es hija de Ellen.
—Dímelo igual. ¿Hermanos o hermanas?
Zena dudó, después dijo:
—Un hermano.
—¿Cómo se llama?
—¿Qué importa? No son los que buscas.
—Curiosidad —agregó Conrad sin variar el tono de voz. Intuía que ella le escondía la verdad pero tenía miedo de creer que, por fin, había encontrado a su presa—. ¿Cómo se llama el hermano?
—Joey.
—¿Y la madre?
—Nancy —dijo Zena.
Conrad se dio cuenta de que Zena le estaba mintiendo La miró con dureza y preguntó:
—¿No será Leona?
Zena parpadeó.
—¿Qué? ¿Por qué Leona?
—Porque esta tarde, charlé un ratito amistosamente con Joey Harper mientras levantábamos La Casa del Terror. Me dijo que su madre se llamaba Leona.
Zena lo miró con la boca abierta, sorprendida y perpleja.
Conrad caminó alrededor de la mesa y le puso una mano en el hombro.
Ella lo miró.
Él dijo:
—¿Sabes lo que creo? Creo que el chico me mintió. Creo que presintió que había peligro y mintió sobre el nombre y la edad de su madre. Y ahora tú me estás mintiendo también.
—Conrad… déjalos en paz.
Esas palabras eran una admisión. Había encontrado lo que buscaba. Una felicidad intensa, desgarradora se abrió en el interior del alma de Conrad Straker.
—Vi algo en la bola de cristal —dijo ella en una voz que contenía miedo y también algo más, algo así como horror ante un dios malvado—. Ni siquiera es de cristal. Es una porquería. No hay nada mágico en ella. Pero… esta noche… cuando esas chicas

vinieron… Vi imágenes en la bola. Fue horrendo, espantoso. Vi a la rubia gritando, poniéndose las manos en la cara para no ver algo horripilante que la quería agarrar. Y vi a la otra… a Amy… en ropas desgarradas, toda cubierta de sangre. —Zena temblaba violentamente—. Y creo que… los chicos también… atrás, a un costado del campo de visión… los que estaban con ellas… todos ensangrentados.

—Es una señal —observó Conrad—. Te lo dije. Me enviaron señales. Ésta es otra. Me dice que no espere. Me dice que atrape a Amy esta noche aunque tenga que acabar con los demás también.

Zena meneó la cabeza.

—No. No. Conrad, no puedo dejarte hacer eso. No puedes vengarte. Es enfermizo. No puedes salir y matar a esos chicos como si tal cosa.

—Ah, seguramente no voy a matarlos con mis propias manos.

—¿Qué quieres decir?

—Gunther se va a encargar de ellos.

—¿Gunther? No lastimaría ni a una mosca.

—Nuestro hijo está cambiado —informó Conrad—. Soy el único que sabe lo mucho que cambió. Por fin creció, es hombre. Necesita mujeres y toma lo que necesita. Y no sólo las viola. Deja todo un desastre, siempre. Ahora voy a recibir mi recompensa. Él me dará la venganza con la que soñé durante tanto tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso de que toma las mujeres que necesita?

—Las usa y después las despedaza —dijo Conrad, sabiendo que ella era del tipo que se sentiría moralmente responsable por las acciones de su monstruoso hijo, y sonriendo cuando vio el dolor en esa cara de mujer.

—¿Cuántas? —preguntó ella.

—Perdí la cuenta. Muchas. Varias docenas.

—¡Dios! —exclamó Zena, sacudida hasta la médula—. ¿Qué he hecho? ¿Qué traje al mundo?

—Al Anticristo —dijo Conrad.

—No —negó—. No estás en tus cabales. Tienes ilusiones de grandeza. No es nada tan especial como el Anticristo. Es una bestia loca y malvada. Nada más. Yo debería haber tenido el sentido común de Ellen. Debería haberlo matado como ella mató a Victor.

Ahora… soy responsable por las muertes que hubo y por las que habrá antes que esto termine.

De pie sobre ella, Conrad estiró las manos hacia abajo y se las puso en el cuello.

—No puedo dejar que arruines todo.

Zena peleó. Pero no tenía suficiente deseo de vivir y en cambio, Conrad tenía muchísimos deseos de matarla. Nunca había conocido semejante poder, nunca había tenido tanto propósito en su vida. Se sentía sobrenatural, cargado de energía demoníaca, inmenso. Zena pateó, se sacudió y le arañó la cara pero murió mucho más rápido de lo que él había esperado.

Conrad arrastró el cuerpo hacia el rincón más oscuro de la tienda. Ya pensaría cómo librarse de él.

El cuervo graznaba, histérico.

Conrad pensó que tal vez esos gritos podían atraer a alguien, así que abrió la jaula, metió la mano adentro, tomó al pájaro y le rompió el cuello.

Cerró la carpa de Zena y se apresuró a volver a La Casa del Terror. Amy Harper y sus amigos llegarían dentro de poco y él tenía que estar listo para recibirlos.

Esa noche era la noche de Joey. Ganó sesenta y cinco centavos en un juego de puntería. Ganó un osito en un juego en el que había que romper globos con unos dardos. Y atrapó la sortija en la primera vuelta de la calesita: una vuelta más, y gratis.

Y en ese momento, mientras giraba en la calesita sobre un potro negro como el de la película, vio a Amy. No se le había ocurrido que su hermana hubiera ido a la feria pero ahí estaba ella, en *shorts* verde oscuro y una remera verde claro. No estaba con Buzz. Estaba con Liz, y las dos iban hacia los baños. Joey las perdió de vista con el giro de la bicicleta y cuando volvió al mismo lugar, habían desaparecido en la multitud.

Un par de minutos después, terminó la vuelta y él decidió buscarla. Sabía que a ella iba a encantarle la historia de cómo había engañado a mamá. Le diría que era un chico inteligente, que era valiente haber llegado hasta allá solo. Y para Joey, la aprobación de Amy valía más que cualquier otra cosa en el mundo. Se moría por

ver la cara de su hermana cuando le contara todo.

14

El baño estaba muy bien iluminado. Olía a cemento húmedo, a orina vieja y a moho. Las piletas tenían manchas de años de agua rica en minerales.

Liz y Amy se lavaron las manos. Cuando se inclinaban sobre la pileta para mirarse en el espejo, las otras dos mujeres que había en el recinto se fueron y ellas se quedaron solas.

—¿Te sientes arriba? —preguntó Liz.

—Sí.

—Yo también. En el cielo. Estoy bien enchufada, te lo aseguro. ¿Estás arriba o más que eso?

—Totalmente afuera —dijo Amy, con los ojos fijos en el espejo, mientras se aplicaba lápiz de labios con manos temblorosas.

—Me alegro —aprobó Liz—. Me alegro. Tal vez ahora te sueltes de una vez.

—Estoy totalmente suelta —dijo Amy.

—Genial. Así no voy a tener que vendértela.

—¿Venderme qué?

—La orgía —dijo Liz.

Amy la miró y Liz sonrió, medio borracha, y Amy le preguntó:

—¿Orgía?

—Ya les vendí la idea a los dos tontos de afuera —dijo Liz.

—¿Buzz y Richie?

—Claro. Y están de acuerdo.

—¿Quieres decir… los cuatro en una sola cama?

—Claro. —Liz hablaba como si la cosa no tuviera importancia, mientras guardaba el lápiz de labios en su cartera—. ¡Va a ser fan-tás-ti-co!

—Ah, Liz, no estoy segura de… No creo que…

—Vamos, déjate llevar, nena.

—Es que mañana, tengo que…

—Tienes la píldora. No te va a pasar otra vez. No seas tan quisquillosa. Déjate llevar, nena. Sé lo que eres. Deja de fingir que eres la Hermana Pureza.

—No podría…

—Claro que puedes —insistió Liz—. Y vas a hacerlo, te lo aseguro. Quieres hacerlo. Eres como yo, Amy. Enfréntate a los hechos y disfrútalo, disfruta de ti misma.

Amy puso una mano sobre la pileta para enderezarse. El mareo no era sólo por la droga. Estaba mareada por la idea de dejarse ir, de ser como Liz, de olvidarse del futuro, vivir el momento, no sentir ni culpa ni remordimientos. Vivir así debía de ser hermoso. Tan fácil, tan *libre*.

Liz se le acercó y le dijo:

—En mi casa. Apenas terminemos aquí. Los cuatro. Mis padres tienen una cama *king-size*. Piénsalo, nena. Los dos al mismo tiempo. Y los dos se mueren por darte el viejo salame. Vas a darles un baile de novela. Estoy segura porque yo sé que voy a hacerlo y tú eres como yo.

La voz melódica, rítmica de Liz borraba la energía y la voluntad de la cabeza de Amy. La Hermana Pureza se inclinó contra la pileta y cerró los ojos y sintió cómo esa voz seductora, tibia, la empujaba hacia abajo, a un lugar al que no estaba segura de querer ir.

Después algo le rozó el seno. Abrió los ojos, asustada.

Liz la tocaba, sonriendo. Una caricia íntima.

Amy quería alejar de sí la mano de la otra pero no encontraba la energía necesaria para ofrecer ni siquiera esa leve resistencia.

—Siempre me pregunté cómo sería, tú y yo, las dos —manifestó Liz.

—Estás ida —dijo Amy—. Estás tan arriba que no sabes lo que dices.

—Sé exactamente lo que digo, nena. Siempre me lo pregunté y esta noche… esta noche puedo averiguarlo. Ahora sí que vamos a fabricarnos unos buenos recuerdos. —Liz se inclinó hacia ella, la besó con rapidez en la boca. Su lengua se movió como la rápida lengua de una serpiente. Después Liz salió del baño, moviendo el culo al alejarse.

Amy se sentía sucia pero también había algo nuevo en ella: un temblor de placer oscilando en cada centímetro de su ser.

Miró otra vez el espejo, haciendo un esfuerzo para distinguirse entre las luces fluorescentes que le tocaban los ojos mareados. Tenía la cara suave, como si estuviera derritiéndosele sobre los huesos. Miró fijamente sus ojos mientras buscaba una vez más la maldad que otros veían en ella. Toda su vida, su madre le había dicho que estaba llena de una maldad terrible que debía reprimir a toda costa. Después de años y años de escuchar ese discurso, Amy no se quería demasiado. Su autorrespeto estaba dañado, era apenas un palito frágil; mamá lo había golpeado y golpeado, tallándolo como con un cuchillo y así eran las cosas. Ahora le pareció que por fin veía en el espejo una señal de la maldad de que hablaban mamá y Liz: una sombra especial, una oscuridad retorcida bien abajo en las profundidades de los ojos.

«*¡No!*», pensó desesperadamente, asustada por la velocidad con que se estaba disolviendo su resolución. «No soy ese tipo de persona. Tengo planes, ambiciones, sueños. Quiero pintar, quiero hacer felices a otros con mis pinturas».

Pero recordaba claramente la excitación que la había recorrido como una corriente eléctrica cuando la lengua de Liz le tocó los labios.

Pensó en ella misma, en la cama con Richie y Buzz, pensó en el momento en que los dos la tomarían al mismo tiempo, y de pronto, no le pareció imposible imaginarse en esa situación.

De pie allí en el baño muy iluminado, incómoda con el olor de la orina y el moho y las esperanzas podridas, Amy sintió que estaba de pie en la antesala del Infierno.

Por fin, caminó hasta la puerta y la abrió.

Liz la estaba esperando afuera, en la noche. Le sonrió y le tendió la mano.

Conrad mandó a Fantasma a trabajar en el puesto de comidas, que esa noche en particular estaba más concurrido que La Casa del Terror. Apenas el albino se fue, cerró la boletería y mandó a Elton a la tercera concesión de su imperio.

Elton lo miró extrañado. La Casa del Terror estaba demasiado llena como para cerrarla. Pero a diferencia de Fantasma, Elton nunca hacía preguntas. Se limitaba a obedecer.

Cuando los clientes que ya estaban dentro de La Casa del Terror salieron por las grandes puertas giratorias del final y bajaron de las góndolas, Conrad cerró las máquinas. No apagó las luces ni la música. Al contrario, subió el volumen de los anuncios y la risa del payaso.

Gunther lo miraba, extrañado. Pero cuando le explicaron la situación, entendió enseguida y entró en la casa a esperar.

Conrad se ubicó junto a la boletería. Despidió a todos los que vinieron a preguntarle por el espectáculo. Por el resto de la noche, La Casa del Terror abriría solamente para cuatro personas muy especiales.

Después de comer helado cubierto de chocolate y nueces, Liz, Amy, Richie y Buzz fueron caminando hasta La Casa del Terror.

El hombre que la anunciaba, el de los ojos brillantes y azules, que antes había estado en la plataforma elevada, ya no estaba llamando a los que pasaban. Esperaba de pie frente a la boletería, que parecía cerrada.

—¡Ay, no! —exclamó Liz, desilusionada—, ¿no pensará cerrar tan temprano, no?

—No —dijo el pregonero—. Tuvimos un problema mecánico, nada más.

—¿Lo van a arreglar? —preguntó Liz.

—Ya está listo. Pero tengo que esperar que vuelva el jefe para empezar de nuevo.

—¿Y cuánto tiempo puede llevar eso?

El pregonero se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Al jefe le gusta… digamos, tomarse su tiempo. Ni siquiera se asomó mientras arreglábamos los motores y tal vez no vuelva.

—¡Mierda! —dijo Liz—. Nos dejamos ésta para el final. Es mi favorita.

El pregonero miró a Amy y a Amy no le gustó lo que veía en sus ojos: era una mirada intensa, casi amenazadora, como *hambrienta*.

«Tendría que haberme puesto un corpiño», pensó. «¿Para qué tengo que ser como Liz? No debería haber salido así, en *shorts* y nada más. Me estoy mostrando demasiado. Con razón me mira así».

—Bueno —propuso el pregonero, mirándolos a todos con sus ojos llenos de lumbre—, les diré qué podemos hacer. No parecen

cuatro clientes cualesquiera. Parecen de los que lo tienen en la sangre.

—Claro que sí, nene —dijo Liz.

—Sea lo que fuere… no entiendo muy bien lo que dice —dijo Buzz.

—Es una expresión de la feria —dijo el pregonero—. Significa lo que dice y dice lo que significa.

—Ah, sí, sí, ahora está clarísimo —rió Liz.

El pregonero guiñó un ojo y la miró.

—Es usted muy divertido —dijo Liz.

—Gracias, y usted una dama muy agradable. Pero voy a aceptar el dinero, sí.

Richie y Buzz hurgaron en los bolsillos buscando cambio.

El pregonero volvió a mirar a Amy. La misma expresión hambrienta.

Amy cruzó los brazos sobre los senos para que él no pudiera ver los pezones que asomaban bajo la remera.

Joey ya había dejado de buscar a Amy en la multitud cuando la vio de nuevo. Estaba con Liz, Buzz y otro chico. El tipo que le había dado los pases a Joey los ayudaba a subir a una góndola en la casa del terror.

Joey dudó, pensando en la actitud de ese tipo aquella misma tarde. Pero estaba tan ansioso por decirle a Amy lo que había pasado con mamá que se encogió de hombros y se acercó a La Casa del Terror.

La góndola aceptaba a cuatro pasajeros, dos adelante y dos atrás. Liz y Richie se sentaron adelante y Amy y Buzz atrás.

Empezaron con un sacudón que hizo que Liz soltara un gritito y una risa. Las puertas falsas del castillo se abrieron para dejarlos pasar, los tragaron y volvieron a cerrarse.

Al principio, la góndola se movió con rapidez hacia la oscuridad, pero después empezó a ir más despacio. Una luz se encendió a la izquierda de las vías, por encima, y un pirata burlón y lleno de sangre los miró y trató de lastimarlos con una espada.

Liz aulló y Buzz aprovechó para pasar un brazo alrededor de los hombros de Amy.

A la derecha, justo después del pirata, un hombre lobo muy realista los acechaba desde una piedra iluminada de pronto por una luz de luna que se encendió por encima. Tenía los ojos rojos y brillantes, sangre en la boca, y las garras, que extendió hacia la góndola, brillaban como astillas de un espejo.

—¡Ay, Richie, protégeme! —gritó Liz en un terror fingido—. Protege mi cuerpo virginal de esa bestia horrenda… —Rió ella misma de su miedo fingido.

La góndola empezó a andar más despacio todavía y llegaron a un lugar donde un asesino levantaba el hacha sobre una de sus víctimas. El hacha estaba hundida en el cráneo del hombre, que tenía la frente partida en dos.

La góndola se detuvo completamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Liz.

—Se rompió de nuevo, supongo —dijo Richie.

Estaban sentados en medio de una gran sombra púrpura. La única luz venía de la exhibición del asesino a un costado y era un brillo verdoso, fantasmal, no demasiado tranquilizador.

—¡Eh! —gritó Liz a la oscuridad y las ondas de música que rompían sobre ellos—. ¡Eh, sáquennos de aquí!

—Sí —empezó a gritar Buzz—, ¡eh, el de afuera!

Durante un minuto o dos llamaron al pregonero, que estaba afuera, en la plataforma, más allá de las puertas cerradas, a menos de cincuenta metros. Nadie les contestó y por fin, se cansaron.

—Mierda —se fastidió Liz.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amy.

—Quedarnos quietos —dijo Richie—. Ya se va a mover de nuevo.

—Tal vez sea mejor que bajemos y caminemos hasta las puertas —sugirió Buzz.

—Claro que no —se opuso Richie—. Si lo hacemos, y empiezan de nuevo, se nos va a ir la góndola. Y si viene otra, nos va a atropellar.

—Espero que no tengamos que esperar mucho —expresó Amy, recordando la forma en que la había mirado el pregonero—. Me estoy poniendo nerviosa.

—¡Qué cagada! —gruñó Liz.

—Paciencia —dijo Richie.

—Si tenemos que quedarnos aquí, ojalá apaguen esa música —dijo Liz—. Está demasiado fuerte.

Algo crujió arriba, con fuerza.

—¿Qué fue eso? —preguntó Amy.

Todos miraron en la oscuridad.

—Nada —la tranquilizó Buzz—. El viento, afuera.

El ruido volvió a surgir de la negrura. Esta vez hubo otros, un rasguido, un golpe, un gruñido animal.

—No creo que… —empezó a decir Richie.

Algo salió de la oscuridad y lo tomó del cuello. Un brazo salió del techo bajo, sin luz, sobre la góndola, un brazo que terminaba en una mano grande, dedos largos y cubiertos de pelo y garras muy pero muy filosas. Aunque el brazo se movió con rapidez, todos lo vieron en el reflejo de la luz verde de la exhibición del asesino, pero nadie distinguió lo que había en la oscuridad más arriba, del otro lado del brazo.

Fuera lo que fuese, las garras desgarraron el cuello de Richie, se le hundieron en la carne y lo arrastraron, sacándolo del asiento. Richie pateó con frenesí; sus zapatos golpearon el fondo de la góndola durante un segundo. Un segundo después, estaba afuera, arriba, muy arriba, arrastrado a través de un agujero en el techo, como si pesara apenas unos gramos.

Allá lejos, alto, se cerró una puerta trampa.

El ataque había durando apenas tres o cuatro segundos.

Durante un momento, Amy quedó demasiado asustada como para hablar. Miró a la oscuridad, hacia el sitio en que había desaparecido Richie. Seguía sin creer en lo que había visto. Tenía que ser un truco, parte de La Casa del Terror, una ilusión muy inteligente.

Aparentemente Liz y Buzz pensaban lo mismo porque ellos también estaban alelados.

Unos segundos después, Amy entendió lentamente que Richie no estaba con ellos, que eso era real, y que ninguna feria del mundo se arriesgaría a lastimar a un cliente con un truco tan peligroso.

Liz dijo:

—Sangre.

Con esa palabra, rompió el hechizo.

Amy y Buzz la miraron.

Estaba vuelta hacia ellos en el asiento de adelante. Levantaba los brazos. Estaban salpicados con algo húmedo y oscuro.

Incluso en esa luz verde, era obvio que las manchas eran de sangre.

La sangre de Richie.

Amy aulló.

15

Apenas apagó el motor de las góndolas para que la carga de pasajeros quedara en el medio, Conrad bajó por la rampa hacia la feria. Pensaba dar la vuelta a La Casa del Terror, entrar por el otro lado, cerrar la puerta y localizar a Gunther. Quería que su hijo matara a tres de esos chicos, pero no a Amy Harper. Ella tendría que sufrir varios días antes de morir, tendría que recibir a su hijo y tal vez también a él varias veces; la violarían, sí. Ésa era la forma en que quería que fuera, la forma en que lo había planeado durante veinticinco años. Había dado cuidadosas instrucciones a Gunther, pero no estaba seguro de que su hijo pudiera controlarse cuando empezara la matanza. Necesitaba que le recordaran las cosas, necesitaba una guía constante en las horas críticas.

Pero cuando llegó al final de la rampa, justo cuando estaba a punto de doblar por el pasillo que separaba la casa del terror de El País de los Monstruos, vio al chico, a Joey Harper. El hermanito de Amy estaba de pie sobre el segundo par de puertas del castillo, las puertas de salida.

Seguramente había visto entrar a su hermana. «La está esperando», pensó. «Cuando no la vea salir, ¿qué va a hacer? ¿Ir a buscar ayuda? ¿Llamar a seguridad?».

Joey lo miró.

Conrad le hizo un gesto amistoso.

Tendría que hacer algo con ese maldito nene y rápido.

Buzz trepó a la piedra donde la luz verde bañaba el cuerpo del asesino y sacó el hacha del cráneo del maniquí tendido a los pies del loco. Con el hacha en la mano, bajó otra vez al canal de las góndolas donde Amy y Liz se abrazaban, esperándolo.

—Es de verdad —dijo—. No está muy afilada, pero tal vez sirva.

—No entiendo nada —se quejó Liz, temblando—. ¿Qué está pasando aquí? ¿De qué mierda se trata todo esto?

—No estoy seguro —contestó Buzz—. Podemos tratar de entenderlo pero no son más que conjeturas. Ya viste esa mano…

—No era una *mano*… —aclaró Liz.

—Garra, pata, lo que fuera —dijo Buzz—. Era igual a las manos de la cosa del frasco de formol en El País de los Monstruos. Más grande, mucho más grande, pero igual.

Amy tuvo que hacer un esfuerzo para hablar. Le sorprendió mucho poder hacerlo.

—Quieres decir… ¿piensas que estamos atrapados aquí con un monstruo que mata gente?

—Sí —dijo Buzz.

—No mató a Richie —aulló Liz, la voz quebrada—. Richie no está muerto. Está vivo. Está… en alguna parte… vivo…

—Tal vez —dudó Buzz—. Tal vez sea un secuestro o algo. Tal vez quieran a Richie para pedir rescate. No sé. Es posible.

Él y Amy se miraron y aunque no era fácil leer la expresión de otro en esa luz verde, Amy se dio cuenta de que Buzz pensaba lo mismo que ella: Richie no estaba vivo. No había siquiera una posibilidad en un millón de que volviera a sonreírles. Richie ya no estaba, no volvería nunca jamás, había muerto.

—Tenemos que salir de aquí y llamar a los guardias —propuso Liz—. Tenemos que salvar a Richie.

—Vamos —dijo Buzz—. Volvamos a la entrada. Si no podemos abrirla, tal vez podamos quebrarla con el hacha.

No había luz, ninguna luz, entre el verde del asesino a la izquierda y las puertas, atrás, a más de cincuenta metros.

Liz miró el túnel, negro como una tumba y dijo:

—No. No. No puedo caminar por ahí en la oscuridad. Puede haber cualquier cosa esperándonos.

—Tienes fósforos en tu cartera —le recordó Amy—. Podemos usarlos.

—¡Buena idea! —convino Buzz.

Liz buscó en la cartera con manos temblorosas y encontró dos sobrecitos de fósforos, uno lleno y uno por la mitad.

Buzz se los sacó de las manos. Caminó en la oscuridad, encendió uno y ellas lo vieron de nuevo.

—Vamos.

—Espera —dijo Liz—. Espera un minuto. Tal vez…

—¿Tal vez qué? —la apremió Amy.

Buzz sacudió el fósforo cuando ya casi le quemaba los dedos y volvió a subir hasta la luz verde.

Liz meneó la cabeza como para aclararla.

—Estoy tan dopada… En serio, estoy demasiado arriba. No puedo pensar. ¿No es posible que esto no esté pasando? ¿No es posible que sea un mal viaje? Era PCP. Digo, lo que les puse a los últimos dos cigarrillos. Se puede hacer un mal viaje con eso, ya lo saben. Viajes espantosos. Tal vez sea eso. Un mal viaje y nada más.

—No tendríamos todos la misma alucinación —señaló Buzz.

—¿Y cómo sé que existes, que estás aquí? —dijo Liz—. Tal vez estés en mi mente. Tal vez el verdadero Buzz está sentado junto a Amy en la parte de atrás de la góndola y estamos ya casi terminando la vuelta por La Casa del Terror. Tal vez yo también estoy ahí, y tan loca que no me doy cuenta.

Amy palmeó con dulzura la cara de Liz.

—Escucha, escúchame, Liz. No es un mal viaje. No en el sentido en que tú lo dices. Esto es real y estoy aterrorizada, así que dejemos de dar vueltas y salgamos de aquí, ¡mierda!

Liz parpadeó, se pasó la lengua por los labios.

—Sí, sí. Tienes razón. Lo lamento. Es que… Ojalá no estuviera tan dopada.

Buzz encendió un fósforo. Después, otro y otro. Y ellas lo siguieron por el túnel oscuro hacia la entrada de La Casa del Terror.

Joey estaba frente al pregonero. No podía recordar por qué lo había asustado tanto antes. Ahora le parecía la persona más amistosa del mundo y tenía una sonrisa tan linda que él no podía dejar de sonreírle.

—¿Ya fuiste a La Casa del Terror? —dijo el pregonero.

—No. Estuve en muchos otros juegos pero ahí no.

Había estado evitando el lugar porque Conrad Straker lo ponía nervioso, aunque era él quien le había dado los dos pases libres.

—Mi Casa del Terror es la mejor atracción de esta feria —alardeó Conrad—. ¿Por qué no vienes conmigo y te la muestro yo,

personalmente? ¿Qué te parecería? No como los demás. Esto sería un paseo guiado con el dueño. Te puedo mostrar cómo funciona, lo que pasa detrás de la escena, lo que la gente nunca ve. Te puedo mostrar dónde se hacen los monstruos, cómo los hacemos moverse, gruñir y mostrar los dientes. Todo. Todo, todo. Se que eso te gustaría. Lo tienes en la sangre.

—Eh —se admiró Joey—, ¿en serio haría eso?

—Claro —aseguró el pregonero con todo el corazón—. Como verás, cerré La Casa del Terror esta noche. Está cerrada la boletería. Solamente dejé pasar un carro más, con cuatro adolescentes que me gustaron.

—Uno de ésos es mi hermana —informó Joey.

—¿En serio? A ver, déjame adivinar. Cierto, había una que se te parecía. La de pelo negro y ropa verde, ¿no?

—Sí, sí. Ella no sabe que estoy aquí. Quiero esperarla cuando salga… para saludarla. Eh, tal vez quiera hacer el paseo también. ¿Le parece que podríamos llevarla? Estoy seguro de que le encantaría.

Las puertas del frente de La Casa del Terror estaban diseñadas para abrirse hacia adentro sobre frenos hidráulicos. No había manijas, nada con que pudieran abrirlas.

—Si pudiera conseguir una palanca, algo para apoyarme —dijo Buzz—, tal vez podría abrirlas. Pero no hay nada y están muy bien cerradas.

—Aunque pudieras poner un dedo en una grieta —dijo Amy—, no conseguirías nada. No tendrías fuerza para abrirlas. Supongo que son como las de los garajes automáticos. Si los frenos están conectados, no se pueden abrir manualmente.

—Sí —admitió Buzz—. Tienes razón, debería haber pensado en eso.

Amy estaba sorprendida de su propia tranquilidad, de su lógica fría. Sentía terror, sí, y una sensación de vómito, parte de dolor y parte de asco cuando pensaba en lo que le había pasado a Richie. Pero no estaba desmoronándose. A pesar de la droga que había fumado, mantenía el control. En realidad, estaba pensando más rápido, mejor que Buzz. No se consideraba una persona fuerte.

Mamá siempre le decía que era débil, que era un fracaso, que tenía grandes defectos. Ahora, su fortaleza la sorprendía.

Liz, en cambio, se estaba haciendo pedazos. Tenía los ojos abiertos en una corriente de lágrimas que ya no se detenía. Parecía chupada, años más vieja que hacía apenas diez minutos. Maullaba como un gatito asustado.

—No te pongas así —intentó calmarla Buzz—. Todavía tengo el hacha.

Amy encendió una serie de fósforos mientras Buzz daba seis, doce golpes a la puerta. Después del sexto, se detuvo, agotado y jadeante.

—No. La hoja no tiene filo.

—Alguien tiene que haber oído esos golpes —estimó Liz.

—Lo dudo mucho. —Amy hablaba con voz tensa pero entera—. La entrada de la casa está separada de la calle principal. Treinta metros por lo menos, detrás de la rampa, al final del túnel de entrada. Nadie va a oírnos, no con la risa de ese payaso y toda esta música.

—Pero si el pregonero está ahí afuera —insistió Liz—. El tiene que oírnos.

—¡Por el amor de Dios, Liz! —reaccionó Buzz—. Piensa un poco. El pregonero no está de parte nuestra. Él es parte del asunto. Él nos metió aquí dentro.

—¿Para que nos matara un monstruo? —preguntó Liz—. Eso no tiene sentido. Es ridículo. Ni siquiera nos conoce. ¿Por qué elegir un grupo de chicos, así, al azar, y arrojárselos a esa… esa cosa?

—¿Nunca miras televisión? ¿Los noticiarios? —preguntó Buzz, irritado—. Las cosas no siempre tienen sentido. El mundo está lleno de locos.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Liz.

—Tal vez porque eso lo excita —aventuró Amy.

—Gritemos, gritemos hasta quedarnos sin voz —propuso Liz.

—Sí, claro —se burló Buzz.

—No —dijo Amy—. Eso tampoco sirve. La música está más alta que hace un rato. Y también la risa del payaso. Nadie va a oírnos. Y si lo hacen… pensarán que nos estamos divirtiendo. La gente siempre grita en La Casa del Terror.

—¿Y entonces, qué hacemos? —La voz de Liz se quebraba—. No

podemos esperar aquí a que vuelva esa cosa. ¡Tenemos que hacer algo, carajo!

—Vamos a ver esas estatuas de monstruos. Tenemos que buscar armas, algo con que defendernos —apuntó Buzz.

—Esa hacha ni siquiera tiene filo —dijo Liz irritada—. ¿Para qué mierda sirve?

—El filo es suficiente para defendernos de esa cosa —consideró Buzz, pasando la yema del dedo por la hoja opaca—. Tal vez no pueda cortar madera, pero te aseguro que, si se la tiro por la cabeza, tiene que sentir algo.

—La única forma de parar a esa cosa es con un revólver —afirmó Liz, temblando.

Cuando la llama llegó a la mano de Amy, ella dejó caer el fósforo. La luz se extinguió antes de llegar al suelo. Durante unos segundos, los rodeó una oscuridad que no se parecía a nada que Amy hubiera experimentado en toda su vida. No era el lugar donde se ocultaba la amenaza: *era* la amenaza misma. Parecía un color vivo, malvado, lleno de propósitos, un negro pensante que se reunía alrededor de ella, buscando, tocándola con sus manos frías.

Liz gimió con suavidad.

Amy encendió otro fósforo y en el estallido bienvenido de luz, dijo:

—Buzz tiene razón. Tenemos que armarnos. Pero eso no va a ser suficiente. Tal vez ni siquiera un revólver sea suficiente. Esa cosa puede caernos desde el techo o subir desde el suelo con tanta rapidez que no tendríamos tiempo de disparar. Lo que tenemos que hacer es encontrar la forma de salir de aquí.

—No hay salida —dijo Liz—. Las otras puertas son iguales a éstas, estoy segura. Estamos atrapados.

—Seguramente hay una salida de emergencia —insistió Amy.

—¡Muy bien, sí! —concedió Buzz—. Tiene que haber una salida de emergencia. Y tal vez una de servicio.

—Vamos a buscar todas las armas que podamos —propuso Amy—, y después, la salida.

—¿Quieren meterse más adentro en este lugar? —preguntó Liz, que no podía creer lo que oía—. ¿Están totalmente locos o qué? Si entramos más, esa cosa nos va a atrapar. Como a Richie.

—Sí, y también si nos quedamos aquí —replicó Amy.

—Correcto —estuvo de acuerdo Buzz—. Adelante.

—¡No, no y no! —aulló Liz, meneando la cabeza, histérica.

La llama tembló en el aire.

Se extinguió.

Oscuridad.

Amy encendió otro fósforo.

La luz reveló a Liz agachada muy abajo contra las puertas selladas, mirando el techo, temblando como un conejo asustado.

Amy la tomó por el brazo y la levantó con suavidad.

—Escucha —le dijo, sin levantar la voz—. Buzz y yo no pensamos quedarnos parados aquí hasta que vuelva esa cosa. Tienes que venir con nosotros. Si te quedas sola aquí, estás lista. Eso te lo aseguro. ¿Te vasa quedar aquí, en la oscuridad?

Liz se llevó las manos a los ojos, se secó las lágrimas. Todavía le temblaban algunas en las pestañas. Tenía la cara húmeda.

—De acuerdo —contestó, pero no estaba tranquila—. Voy. Pero les aseguro que no voy adelante.

—Yo voy adelante —ofreció Buzz.

—Y tampoco quiero ser última —aclaró Liz.

—Yo voy atrás —dijo Amy—. Estarás más segura en el medio, Liz. Vamos de una vez.

Se pusieron en una línea y dieron tres pasos cautelosos antes de que Liz se detuviera y dijera:

—Dios, ¿cómo sabía?

—¿Cómo quién sabía qué? —preguntó Amy, impaciente.

—¿Cómo sabía esa gitana que algo así iba a pasarnos?

Durante un momento, se quedaron de pie en un silencio asombrado y temeroso. El fósforo se apagó y a Amy le llevó mucho tiempo encender otro. Le temblaban las manos. La pregunta de Liz sobre Madame Zena había encendido un extraño sentimiento en ella: una cosquilla en la espina dorsal, no un temblor de miedo sino un estremecimiento de *déjà vu.* Sentía que había estado en esa situación antes: atrapada en un lugar oscuro con el mismo monstruo horrendo, ése y ningún otro. Durante unos segundos, la sensación fue tan desgarradora, tan poderosa, tan impresionante, que le pareció que iba a desmayarse; después, pasó.

—¿Madame Zena veía el futuro? ¿Realmente? —preguntó Liz—. Eso no es posible, ¿no es cierto? Es raro. ¿Qué mierda está pasando

aquí?

—No lo sé —respondió Amy—. Pero no tenemos tiempo de preocuparnos por eso. Primero lo primero. Tenemos que encontrar una salida de emergencia y largarnos de aquí.

Afuera, el payaso rió de nuevo.

Amy, Liz y Buzz se internaron más en La Casa del Terror.

Cuando Joey aceptó la visita guiada, Conrad se quedó detrás de él por un minuto mirando las puertas de salida y fingiendo que esperaba a la hermana del chico y a sus amigos.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó Joey.

—Ah, es el juego más largo de la feria —le recordó Conrad con rapidez. Señaló un afiche que proclamaba esa virtud para su Casa del Terror.

—Ya lo vi, pero no puede ser tan largo…

—Doce minutos, enteros.

—Ya estuvieron más que eso ahí dentro.

Conrad miró el reloj y frunció el ceño.

—¿Y por qué no salieron otras góndolas? —preguntó Joey—. ¿No había góndolas adelante?

Conrad subió a las vías sobre la rampa de llegada y miró hacia adentro. Fingió sorpresa y dijo:

—La cadena del centro no se mueve…

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Joey, acercándosele.

—Quiere decir que esa mierda de máquina se rompió otra vez —dijo Conrad—. Pasa cada tanto. Tu hermana y sus amigos están ahí dentro. Tengo que entrar para ver qué está pasando. —Se volvió como para dirigirse a la parte posterior del edificio. Luego se detuvo y dijo, como si se hubiera olvidado de Joey—: Ven, hijo. Tal vez necesite que me ayudes.

El chico dudó.

—Ven —insistió Conrad—. No dejemos a tu hermana en la oscuridad.

Joey lo siguió hacia un costado de la gran Casa del Terror.

Conrad abrió una puerta que daba a una habitación en la base del piso principal. Entró, buscó la cadena de la luz y la encendió.

Joey entró tras él.

—¡Guau! —exclamó—. ¡No sabía que hubiera tantas máquinas!

Conrad cerró la puerta y después le puso llave. Cuando se volvió hacia el chico, le sonrió y le dijo:

—Maldito mentiroso de mierda. Tu madre no se llama Leona.

Amy, Liz y Buzz estaban bien adentro de La Casa del Terror cuando se encendió una hilera de luces sobre las vías de las góndolas. Habían doblado varias veces siguiendo el camino, habían recorrido varias rectas largas, oscuras, y habían empezado a subir una colina alta, junto a monstruos de cera de varias películas de ciencia ficción. Las luces no disiparon completamente la oscuridad. Había sombras profundas un poco más allá hacia los costados. Pero cualquier luz era bienvenida porque a Amy no le quedaba más que un fósforo.

—¿Qué está pasando? —Liz estaba nerviosa. Tenía miedo de cualquier cambio en la situación aunque eso significara luz en lugar de tinieblas.

—No lo sé —dijo Amy, inquieta.

—Encendió las luces para poder encontrarnos con más facilidad —gimió Liz—. Eso es lo que pasa y tú lo sabes.

—Bueno, si es así —dijo Amy—, creo que lo mejor es seguir moviéndonos para que le cueste más encontrarnos.

—Correcto —la apoyó Buzz—. No nos quedemos aquí. Busquemos la salida.

—No hay salida —se desesperó Liz. Pero caminó con ellos colina arriba.

Cuando llegaron a la cima, encontraron una gran maqueta con seis monstruos de un solo ojo y tentáculos, grandes como personas, que aparecían desembarcando de un plato volador; formas absurdas congeladas en la luz pálida de las luces que iluminaban las vías.

—Ese plato volador es grande —dijo Buzz—. Podríamos escondernos ahí dentro.

—Pero buscarían ahí, conocen el lugar —objetó Amy—. No. No podemos detenernos ni un instante, no podemos escondernos. *Tenemos que salir*.

Justo cuando terminó de decirlo, la cadena de las góndolas empezó a moverse de nuevo.

Todos saltaron en el aire, aterrorizados.

En la distancia se oyó venir a la góndola, con ruido, sobre las vías, *clater-clanc-clater-clanc*, un ruido duro, audible por encima de la música y la risa grabadas, un ruido que se hacía más fuerte cada segundo.

—Viene a buscarnos —dijo Liz—. ¡Dios, Dios, ese monstruo viene a buscarnos!

El cuchillo oxidado y sin filo que Amy había sacado de uno de los modelos de monstruos le pareció de pronto un arma ridicula.

Clater-clanc-clater-clanc.

—Rápido —urgió Buzz—. Salgan de las vías.

Subieron a una meseta, cerca del lugar en que los seis alienígenas salían del plato volador.

Clater-clanc-clater-clanc.

—Ustedes suban a la nave espacial —indicó Buzz—. Que las vean bien. Asegúrense de atraer su atención.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —preguntó Amy.

Buzz sonrió, pero su sonrisa era casi una mueca tensa, asustada, totalmente dura. Estaba luchando por no dejar caer del todo su imagen de macho. Señaló una piedra grande de papel *mâché* y dijo:

—Voy a esconderme ahí, en esa roca. Cuando venga la góndola por el sendero… cuando ese hijo de puta las vea a ustedes, voy a cortarlo en dos antes de que pueda saltar a las vías.

—Bueno, sí, tal vez dé resultado —aceptó Amy.

—Claro que sí —dijo Buzz—. Esta hacha le va abrir el cráneo.

Clater-clanc-clater-clanc.

La góndola dobló la última curva y empezó a subir la colina hacia ellos.

Liz trató de correr y esconderse.

Amy la tomó de la muñeca y tiró de ella hacia el plato volador donde quienquiera que estuviera en la góndola las vería apenas llegara a la colina.

Buzz se colocó donde había dicho, junto a la roca. Amy y Liz lo veían claramente pero el ocupante del carro, no. Buzz mantenía el hacha levantada en las dos manos.

Clater-clanc… clater-clanc… clater… clanc…

La góndola iba cada vez más despacio a medida que aumentaba el ángulo de subida.

Buzz levantó más el hacha.

Amy vio el frente del carro pintado.

—¡Por Dios, suéltame, suéltame, Amy! —gritó Liz.

Amy la sostuvo con más firmeza.

El primer asiento apareció en las vías. Y parecía vacío.

Clater… clanc… clater…

Ahora iba muy despacio.

Casi ni se movía.

Finalmente, vieron el asiento trasero.

Amy trató de ver lo que había adentro. Si las luces hubieran tenido apenas una fracción menos de luminosidad, no habría podido distinguir la cosa en el asiento trasero. Pero la vio. Un bulto. Una sombra sin forma. Estaba agachada en el suelo del carro, tratando de engañarlos.

Buzz también la vio. Con un alarido de karateka lleno de furia, salió desde detrás de la piedra y arrojó el hacha hacia abajo, más abajo que sus propios pies, hacia la góndola. Fue tal la fuerza del impacto que el arma se le escapó de las manos.

La cosa no se movió y el carro se detuvo por completo.

—¡Lo tengo! —gritó Buzz.

Liz y Amy se le acercaron corriendo.

Buzz se puso de rodillas y buscó en el coche. Sacó el hacha y tiró de la cosa en la que había hundido la hoja.

Una cabeza.

Pero no la del monstruo.

El monstruo no había estado allí.

La hoja sin afilar del hacha estaba hundida profundamente en el cráneo de Richie. El cerebro rezumaba por las fisuras del hueso y se deslizaba hacia abajo por la cara ensangrentada.

Liz dejó escapar un alarido.

Buzz dejó caer el hacha y se volvió. Vomitó con fuerza sobre la roca de papel *mâché*.

Amy estaba tan atónita que dejó ir la mano de Liz.

Liz le gritaba a Buzz:

—¡Estúpido hijo de puta! ¡Lo mataste! ¡Mataste a Richie! —Las dos chicas se habían armado con cuchillos oxidados sacados de las estatuas de cera y ahora Liz levantó el suyo como si fuera a atacar a Richie—. ¡Estúpido imbécil! ¡Tú mataste a Richie!

—No, no —intervino Amy, con la voz más tranquila que pudo encontrar—. No, Liz, escucha, escucha. Buzz no lo mató. Ya estaba muerto, Liz. Lo que venía en el carro era su cadáver.

Sollozando de terror, el miedo magnificado por las drogas que había tomado desde la tarde, Liz se volvió y salió corriendo antes de que Amy pudiera retenerla. Corrió a través de la meseta del plato volador, entre dos alienígenas con tentáculos cuyos apéndices de goma se sacudieron en el aire cuando pasó. Se desvaneció entre las sombras de las rocas de papel *mâché*.

—¡Liz, mierda, vuelve aquí! —gritó Amy.

El sonido de la huida de la muchacha desapareció con rapidez. Liz se había hundido en las entrañas de La Casa del Terror.

Amy se volvió hacia Buzz.

El chico estaba de rodillas. Acababa de terminar de vomitar con violencia. El olor era espantoso. Se secó la boca sucia con el dorso de la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Por Dios, era Richie… —gimió él, con voz débil.

—Ya estaba muerto —dijo Amy.

—¡Pero era Richie!

—No me falles —dijo Amy.

—No… no.

—¿Estás bien?

—Supongo… sí.

—Contrólate.

—Estoy bien.

—Si queremos sobrevivir aquí, tenemos que pensar con la cabeza.

—Pero esto es una *locura*, una *locura*.

—Es una locura, cierto —estuvo de acuerdo Amy—. Pero está ocurriendo.

—Encerrados en La Casa del Terror con un… un monstruo…

—Está ocurriendo y tenemos que hacerle frente lo mejor que podamos —dijo ella con paciencia.

Buzz asintió, hizo un ruido con el estómago y un esfuerzo para recuperar cierto grado de su confianza de macho.

—Sí. Sí. Tienes razón. No tengo miedo de un monstruo, de ningún monstruo.

Apenas terminó de hablar, un pimpollo de sangre apareció en su frente. Al principio, Amy ni siquiera se dio cuenta de que era sangre. Parecía algo negro, como un punto de tinta. Pero después la luz lo tomó desde un ángulo levemente distinto y vio que era rojo, púrpura.

Después, sólo después, vino el ruido, un eco que sacudió la caverna. Fue apenas más fuerte que el ruido de la góndola cuando se movía. *Crac*.

La boca de Buzz se abrió.

Una fracción de segundo antes —Amy todavía no se daba cuenta de lo que estaba pasando—, el ojo derecho de Buzz estalló en una lluvia de sangre y hueso y tejidos y la cuenca vacía se pareció de pronto a una boca abierta en un alarido.

Otra vez: *¡crac!*

Sangre y pedazos de piel mancharon en una explosión silenciosa el frente de la remera verde de Amy.

Ella giró en redondo.

El pregonero estaba de pie allí, a menos de tres metros. Levantaba un pequeño revólver hacia Buzz. El arma no era grande, parecía un juguetito.

Detrás de Amy, Buzz suspiró, hizo un ruido extraño, como de ahogo, y se derrumbó sobre su propio vómito.

«*¡Esto no puede ser verdad!*», pensó ella.

Pero sabía que lo era. Sabía que esa noche había estado esperando para tener lugar desde hacía ya mucho tiempo; era una noche escrita en su vida desde mucho antes de su nacimiento.

El pregonero le sonrió.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—El nuevo José.

—¿Qué?

—El padre del nuevo Dios —aclaró él. Su sonrisa era como la de un tiburón.

Amy sostenía el cuchillo oxidado en una mano. Esperaba que el pregonero no lo viera, esperaba poder acercársele un poco y usarlo.

—Dile hola a tu hermanito —dijo el pregonero. Tiró de la soga que sostenía en una mano. Joey tropezó, saliendo de la oscuridad. Estaba en el otro extremo, como un perro al que llevan de una correa.

—¡Dios, Dios! —rogó Amy—. Ayúdanos, Señor.

—Dios no puede ayudarte —aseguró el pregonero—. Dios es débil. Satán es fuerte. Dios no va a ayudarte esta vez, perra.

16

Liz tropezó con alguien en la oscuridad. Era algo grande. Ella gritó y, un segundo después, se dio cuenta de que no era el monstruo que temía sino uno de los monstruos mecánicos, quietos y silenciosos en ese momento.

Estaba sudando mucho, temblaba y ya no sabía dónde estaba: había perdido completamente la orientación. Se golpeaba una y otra vez con cosas en la oscuridad, y cada una de las veces le parecía que su corazón iba a estallarle en mil pedazos. Sabía que lo lógico hubiera sido sentarse hasta tranquilizarse de nuevo… o volver al canal de las góndolas, donde había algo de luz, pero estaba demasiado asustada y no conseguía pensar.

Caminaba hacia adelante, tropezando, las manos antes que el cuerpo, el cuchillo en una mano, la cabeza leve por los efectos de la droga y la adrenalina, con arcadas cada vez que pensaba en Richie con el hacha hundida en el cráneo, resistiendo el deseo de vomitar, tratando de salvarse, jadeando, gimiendo, y al mismo tiempo consciente de que el ruido que hacía podía significar la muerte pero incapaz de callarse, concentrada en tratar de salvarse como pudiera, esperando que la suerte la llevara a una salida de emergencia, contando con el hecho de que siempre había tenido suerte, siempre, deseando (como una loca) tener el tiempo necesario para detenerse a fumar otro cigarrillo y ahí fue cuando tropezó con algo y cayó con violencia, sobre el suelo de planchas. Estiró la mano para liberar el pie y descubrió un aro de metal en el suelo, un aro grande en el que se le había enganchado el pie. Maldijo el dolor del tobillo torcido y en ese momento, vio un hilo de luz que venía del suelo, luz de una habitación que quedaba abajo y se dio cuenta de que el aro era la manija de una puerta trampa. Una salida.

Riendo, excitada, salió de encima de la trampa, se arrodilló y tomó el aro. La puerta estaba trabada. Ella gruñó, puso toda su

fuerza en un solo tirón y finalmente, la abrió con un ruido sordo. La luz llenó La Casa del Terror.

El espantoso monstruo gigante estaba de pie sobre la escalera que quedaba debajo de la puerta. Estiró la mano, rápida como una serpiente, tomó un mechón del cabello largo y rubio de Liz y la arrastró, aullando, a través del agujero, hacia el subsuelo de La Casa del Terror.

—Suelte a mi hermano —exigió Amy.

—No pienso hacerlo —respondió el pregonero.

Las manos de Joey estaban atadas a su espalda. Había otra cuerda anudada en su cuello, una cuerda ajustada. El pregonero sostenía el otro extremo de esa cuerda y el cuello de Joey estaba llagado. El chico lloraba.

Amy miró los ojos brillantes, azules e inhumanos del pregonero y por primera vez en su vida supo que ella no era la mala persona que su madre siempre le había dicho que era. *Eso* era el mal, lo que tenía enfrente era el mal. Ese hombre era el mal. Ese maníaco. Y el monstruo asesino que había matado a Richie. Esa era la quintaesencia del mal y era completamente diferente de ella así como ella era diferente de… Liz.

De pronto, a pesar de que ella y Joey estaban tan cerca de la muerte, Amy se sintió llena de un río brillante, ruidoso, de confianza en sí misma, un sentimiento grande y bueno sobre sí misma, algo que nunca había experimentado. Ese río se llevó en su corriente arrolladora todas las emociones confusas, oscuras y amargas que la habían perseguido durante tanto tiempo.

Simultáneamente, tuvo otro momento de *déjà vu*: la extraña sensación de que esa escena ya había tenido lugar antes, tal vez no exactamente, tal vez no en todos sus detalles, pero en esencia sí. Y sintió también que ella, Amy Harper estaba relacionada con el pregonero de una manera menos casual de la que parecía. Una sensación de destino inevitable, impresionante, se apoyó como una capa sobre sus hombros, la certeza de que había nacido y vivido sólo para llegar a ese lugar en ese momento preciso. Era una sensación extraña y difícil de comprender pero ella se sintió agradecida por tenerla.

«*Muévete, actúa, sé valiente*», dijo una voz dentro de ella.

Sostuvo el cuchillo oxidado en una mano, atrás, para que el hombre no lo viera, y se movió hacia Joey.

—Querido, ¿estás bien? ¿Te lastimó? No llores. No tengas miedo.

Concentró toda su atención en Joey para que el pregonero no pensara que el movimiento era contra él, pero justo en el momento en que se inclinaba sobre el chico, como para consolarlo, giró en redondo bruscamente y se lanzó contra el hombre de la feria. El cuchillo oxidado se clavó en el cuello oscuro.

Los ojos llenos de odio se abrieron más todavía.

El hombre disparó la pistola automáticamente.

Amy se dio cuenta de que la bala le rozaba la mejilla pero no se asustó. Se sentía protegida.

El pregonero hizo un ruido extraño, dejó caer el revólver y se llevó las manos a la garganta. Se derrumbó y se quedó allí donde estaba, muerto.

Liz se escurrió en cuatro patas, hacia atrás, como una araña hermosa, sobre el suelo de tierra del subsuelo de La Casa del Terror, hasta que dio contra la caja de metal de una máquina que vibraba suavemente. Allí se quedó, agachada, con el corazón tan agitado y estremecido que parecía a punto de estallarle por dentro.

El monstruo la miraba. Después de bajarla por la puerta trampa, la arrojó a un costado. No había perdido interés en ella. Solamente quería ver qué haría. La estaba torturando, ofreciéndole una ilusión de escapatoria, jugando al gato y al ratón.

Ahora que había puesto unos cinco metros de distancia entre ella y el monstruo, Liz se puso de pie. Tenía las piernas muy débiles. Tuvo que aferrarse a la máquina encendida y susurrante para no caerse.

La criatura estaba entre la luz amarilla y las sombras oscuras, con los ojos de un color verde brillante. Era tan alta que tenía que agacharse un poco para no golpearse la cabeza con el techo.

Liz miró alrededor buscando una salida. No había ninguna. El nivel inferior de la casa del terror era un laberinto de máquinas. Si tratara de correr, esa cosa la alcanzaría inmediatamente.

El monstruo dio un paso hacia ella.

—No —pidió Liz.

La cosa dio otro paso.

—No. Basta.

La cosa se le acercó, hasta que estuvo a menos de dos metros y entonces se detuvo, inclinó la cabeza y la miró con lo que parecía curiosidad.

—Por favor —dijo ella—. Por favor. Déjame ir.

Ella había creído que nunca rogaría por nada, que nunca se humillaría. Se enorgullecía de su fuerza, de su dureza. Pero estaba pidiendo por su vida y ahora que tenía que hacerlo no le parecía tan difícil, no cuando la apuesta era tan alta.

El monstruo empezó a olerla como un perro que sigue el rastro de una hembra en celo. Las narices anchas temblaban y se sacudían y la respiración era cada vez más excitada.

—Olor lindo —dijo.

Liz se asustó cuando lo oyó hablar. Había creído que era incapaz de tal cosa.

—Olor mujer.

Una chispa de esperanza tembló en la mente de Liz.

—Lindo —dijo el monstruo—. Quiero lindo.

«Dios», pensó Liz, casi excitada. «¿Ésa es la respuesta? ¿De eso se trata? ¿Es sexo? ¿Ésa es la forma de escaparme? ¿Y por qué no? ¡Mierda, sí! El sexo siempre me salvó. El sexo siempre fue la respuesta para mí».

Trató de ocultar su repulsión.

—Tú… tú me deseas, ¿no? —preguntó.

—Lindo —dijo él, sonriendo, una mueca que dejaba a la vista dientes torcidos, agudos, amarillos.

—¿Me deseas?

—Mucho, mucho —contestó él.

—Entonces, tal vez sea buena contigo —dijo ella, temblando, tratando de volver a ser la vampiresa, la mujer burlona, la acompañante, la fiestera que había construido, pulido y trabajado toda su vida hasta dejar esa máscara suave, cómoda y libre de astillas.

Las garras de la cosa se deslizaron por su cara y, pasaron a sus senos.

—No me lastimes y tal vez podamos hacer algo de veras lindo —propuso ella, temblando.

La cosa se pasó una lengua pálida y manchada sobre los labios oscuros, y los labios y la lengua eran totalmente inhumanos. Metió una uña doblada en la remera de Liz y le desgarró la tela. Una de las uñas, filosa como una navaja, hizo un corte superficial, largo, en uno de los senos.

—Espera —dijo ella, tratando de apartarse, dolorida—. Espera un momento. —Sentía que volvía a perder el control, que el pánico la dominaba.

El monstruo la empujó contra el ronroneo de la máquina. Liz se encogió, trató de empujarlo. Él parecía de hierro. Nada lo detendría.

Y parecía estar mucho más excitado por la sangre que le decoraba el seno que por su desnudez. Le arrancó los *shorts*.

Liz aulló.

El monstruo la golpeó, dejándola casi inconsciente con ese único golpe y la tiró al suelo.

Un minuto después, ella sintió que la criatura le abría las piernas y la penetraba mientras las garras le partían los costados. Una oscuridad marrón, fría, última, la cubrió lentamente, y entonces comprendió que el sexo era la respuesta, como siempre, pero que esa vez era la última respuesta.

A Amy le pareció que había oído gritar a Liz. Era un sonido distante, un grito agudo, corto, de terror y de dolor. Después nada. Sólo los murmullos de La Casa del Terror.

Siguió escuchando un momento y cuando no oyó nada excepto la música extraña y la risa del payaso, se volvió hacia Joey. El chico estaba de pie a un costado del cadáver del pregonero, tratando de no mirar. Amy lo había desatado. Aunque le corrían las lágrimas por la cara y le temblaba el labio inferior, estaba tratando de ser valiente por ella. Amy sabía que su opinión de hermana le importaba más que cualquier otra cosa en el mundo y se daba cuenta de que incluso ahora, en esas circunstancias, le interesaba lo que ella pudiera pensar de él. No estaba sollozando. No se había dejado llevar por el pánico. No iba a quebrarse, no por completo.

Hasta hizo un esfuerzo por parecer despreocupado: escupió sobre sus muñecas lastimadas y se pasó la saliva sobre las heridas, para calmar el ardor de la piel.

—¿Joey?

Él levantó la vista hacia ella.

—Ven, querido. Vamos a salir de aquí.

—Bueno —dijo él. Le temblaba la voz entre una sílaba y otra—. ¿Pero cómo? ¿Dónde está la puerta?

—No sé —dijo Amy—. Pero vamos a encontrarla.

La sensación de que la vigilaban y la cuidaban todavía seguía en ella. Era una sensación tranquilizadora.

Joey le dio la mano.

Con la pistola del pregonero en la derecha y su hermano prendido de la izquierda, Amy atravesó lentamente las sombras de La Casa del Terror. Pasaron junto a extraterrestres mecánicos, zombies de cera, leones de madera y bestias del mar de un material blando y flexible. Finalmente, distinguió un haz de luz que venía del suelo, junto a la oscuridad de las vías, a la izquierda, donde no llegaba el brillo de las luces de trabajo.

—¿Es la salida? —preguntó Joey.

—Tal vez —dijo Amy.

Se puso de rodillas, se inclinó hacia adelante y miró el subsuelo de La Casa del Terror, ese lugar un poco mejor iluminado. Estaba lleno de máquinas que ronroneaban, motores susurrantes, ruedas, poleas y engranajes gigantescos, palancas, cuerdas, cordones y cadenas… y sombras. Dudó. Pero entonces, la voz que la protegía y la consolaba le pidió que no retrocediera, y ella supo que estaba destinada a descender a esa cámara inferior, que no podía ir a ningún otro lugar.

Envió a Joey por la escalera delante de ella, cubriéndolo con el revólver. Cuando él llegó al fondo, ella bajó detrás, rápido, muy rápido, porque de pronto, no estaba segura de que Joey también estuviera protegido por el poder que la rodeaba. Tal vez Joey sí fuera vulnerable.

—Esto es el subsuelo —dijo Joey.

—Sí —dijo Amy—. Pero no estamos bajo tierra. En realidad, el subsuelo es la planta baja así que tiene que haber una salida al exterior.

Le dio la mano otra vez y caminaron por un pasillo entre dos filas de máquinas. Doblaron una esquina de cemento y entonces, vieron a Liz. La muchacha estaba en el suelo, cabeza arriba, la cara doblada a un costado, demasiado doblada, los ojos abiertos y sin luz, el estómago desgarrado, vestida sólo con su sangre.

—No mires —dijo Amy a Joey, tratando de ocultarle el espectáculo aunque sentía el estómago revuelto.

—Pero ya vi —murmuró él, con la voz quebrada—. Ya vi.

Amy oyó un gruñido áspero y gutural y dejó de mirar la cara llena de lágrimas de Joey.

El monstruo había entrado en el pasillo detrás de ellos. Estaba algo agachado para que su cabeza enorme y horrenda no chocara contra el techo. Un fuego verde ardía en sus ojos. Una baba azul le cubría los labios manchando el cuero que le rodeaba la boca.

Amy no se sorprendió. En su corazón, estaba segura de que esa confrontación era inevitable. Caminaba a través de esos hechos como si los hubiera ensayado un millón de veces.

La criatura dijo:

—Perra. Linda perra. —Tenía la voz gangosa. Una voz que salía de labios negros, agrietados.

Como en un sueño de movimientos pesados, Amy empujó a Joey hacia atrás, a su espalda.

El monstruo olió el aire.

—Mujer. Calor. Olor lindo.

Amy no retrocedió. Con la pistola a un costado, un poco atrás para que él no la viera, dio un paso hacia la cosa.

—Quiero —dijo él—. Quiero lindo.

Ella dio otro paso. Y otro.

El monstruo parecía sorprendido por esa audacia. Dobló la cabeza a un costado, la miró con intensidad.

Ella dio un cuarto paso.

La criatura levantó una mano, amenazándola. Las garras brillaron en el aire.

Amy dio dos pasos más, hasta que quedó a un brazo de distancia del monstruo. En un movimiento único, rápido, flexible, levantó el revólver, apuntó y disparó al pecho de la cosa que tenía enfrente: una, dos, tres veces.

El monstruo se tambaleó hacia atrás, arrastrado por la fuerza de

los disparos. Pegó contra una de las máquinas, y varias palancas se movieron bajo sus brazos sin equilibrio. Las ruedas y engranajes empezaron a girar en todo el subsuelo. Las correas se movieron y las cadenas chillaron de un tambor de acero a otro.

Pero el monstruo no cayó. Sangraba de las tres heridas en el pecho, pero seguía de pie. Puso la mano sobre la máquina, se apoyó y se acercó a Amy.

Joey chilló.

Con el corazón en la boca, Amy levantó el revólver pero esperó. El monstruo ya casi estaba encima, se tambaleaba, los ojos sin foco, sangrando. Ella casi podía oler su aliento fétido. La cosa extendió una mano maciza hacia ella, tratando de desgarrarle la cara, pero falló el golpe por unos centímetros. Amy esperó: quería estar completamente segura de que no perdería la bala. Cuando le pareció que no podía fallar, disparó otra vez, esta vez a la cara.

El monstruo dio unos pasos hacia atrás. Cayó con fuerza sobre la cadena principal que operaba las góndolas. La cadena se le atascó en la ropa, lo levantó del suelo y lo arrastró por el pasillo, alejándolo de Amy y Joey. La criatura pateó y gritó pero no pudo liberarse. Sus pantalones se desgarraron después de unos metros de arrastrarse por el suelo y cuando estuvo desnudo, fue la piel la que empezó a raspársele. La cadena pasó sobre un tambor de acero que se trabó sobre su mano derecha. Durante un segundo o dos, el mecanismo se detuvo, pero luego los motores volvieron a tirar y la mano pasó por el gran engranaje y salió del otro lado, con algunos dedos menos. Luego la bestia volvió a acercarse hacia Amy y Joey. Ya no se resistía, no le quedaban fuerzas para luchar contra la cadena. Sólo aullaba en un espasmo de agonía. Se estaba muriendo, pero al pasar junto a ellos, trató de tomar el tobillo de Amy. No lo logró pero pasó sus garras por una de las piernas de Joey. El chico aulló y cayó y empezó a deslizarse hacia el monstruo, que tenía enganchada una de sus uñas en la tela del vaquero. Amy se movió con rapidez. Tomó al chico por los hombros y lo sostuvo. Durante un momento la cadena volvió a detenerse y el monstruo dejó de moverse. Se trenzaron en una guerra de tirones macabros hasta que de pronto, los pantalones se rompieron, la cadena volvió a crujir y el monstruo se alejó. El mecanismo lo sacudió y lo golpeó como a un muñeco de trapo hasta que finalmente lo subió al gran engranaje

central, donde los dientes agudos de acero le atravesaron el cuello antes de detenerse.

Ahí estaba, flojo, quieto, sin fuerza.

Amy tiró la pistola que había tomado de los dedos del pregonero.

Joey la miraba con los ojos muy abiertos, asustado.

—No tengas miedo —dijo ella.

Él corrió a sus brazos y se quedó de pie allí, temblando.

Llena de alegría a pesar del horror y la sangre que la rodeaba, cubierta de la alegría excitada de la vida, Amy se dio cuenta de que el pregonero se había equivocado al decir que Dios no podía ayudarla. Dios la había ayudado, de eso no cabía duda alguna… Dios o alguna fuerza universal que a veces llamamos Dios. Él estaba con ella ahora. Ella Lo sentía a su lado. Y no era como la pobre mamá decía que era. No era un Dios vengador con millones de reglas y normas y castigos. Era sólo… dulzura, amor y bondad. Era un Dios que se preocupaba por los suyos.

Y luego, el momento especial terminó y el aura de Su presencia se desvaneció en el aire. Amy suspiró, tomó a Joey entre sus brazos y lo sacó de La Casa del Terror.

EPÍLOGO

En 1980, cuando mis novelas todavía no habían empezado a aparecer en las listas de *bestsellers*, la compañía Jove Books me pidió que escribiera una novela sobre un guión de Larry Block (no el Lawrence Block que escribe esas maravillosas novelas de detectives de Matthew Scudder además de otras obras de ficción y suspenso; me refiero a otro Larry Block, un escritor de guiones para cine) que estaban filmando con Tobe Hooper, el joven director que se había hecho famoso con una película de horror de bajo presupuesto, *La masacre de la sierra eléctrica*. Yo siempre había pensado que transformar un guión en novela era un ejercicio interesante y todo un desafío. Ésa fue parte de mi motivación. A decir verdad, también me motivaron los términos financieros del arreglo, más generosos de lo acostumbrado en esos tiempos, por lo menos para mí. Cuando firmé el contrato para escribir *La Casa del Terror*, la tasa de inflación era del dieciocho por ciento y los intereses de más del veinte por ciento y parecía que el colapso económico era inminente. Yo ya no recibía lechuguitas por mis libros, eso es cierto; hacía ya varios años que había logrado que me pagaran en frutillas, pero dado el clima económico, la oferta por *La Casa del Terror* era mucho mejor que las otras, lo bastante como para ser irresistible.

Sí, los escritores también tienen que tener en cuenta el dinero a veces, aunque a ustedes les cueste creerlo. Es decir, si les gusta ponerse zapatos, tener algo que comer de vez en cuando y más que un carrito de supermercado para guardar sus posesiones terrenales. Bueno, ya sé que hay escritores que están por encima de esas preocupaciones mundanas. Claro que todos ellos tienen una buena herencia, padres ricos, abuelos más ricos todavía o una esposa con buen sueldo en quien apoyarse. La mejor manera en que un artista puede ignorar el valor del dinero es tener bastante. Yo sigo

creyendo que la obligación de preocuparse por las finanzas, por lo menos durante la primera década del trabajo profesional, mejora mucho el trabajo de un escritor; lo pone en contacto cercano con la vida real, la vida de la gente común y las preocupaciones de la gente común y, por lo tanto, da mayor importancia a lo que escribe.

Pero en realidad, lo único que interesa en este caso es que acepté la idea de escribir *La Casa del Terror*. El guión era bueno como guión, pero era un material que apenas si daba para un veinte o treinta por ciento de una novela. Eso es bastante común. Las películas son menos profundas que las novelas, sombras de historias comparadas con las historias reales. Tuve que redondear los personajes, crearles un pasado y desarrollar un argumento anterior al momento de la feria y La Casa del Terror, que era casi lo único que sucedía en la película. No empecé a usar el guión en sí hasta que terminé las cuatro quintas partes del libro.

De todos modos, fue un proyecto divertido porque hacía ya mucho que me interesaban las ferias ambulantes de diversiones y tenía mucho material sobre ellas. De niño —un niño infeliz en una familia con serios problemas de comunicación y funcionamiento, en una casa que quedaba del otro lado de la calle del predio donde se instalaban las ferias todos los meses de agosto—, había soñado mucho con escaparme con una de ellas y salir así de la pobreza, el miedo y la violencia de mi vida familiar. Años después de escribir *La Casa del Terror*, volví a usar ese material para *Twilight Eyes* (*Ojos de crepúsculo*). Pero escribir *La Casa del Terror* fue satisfactorio sobre todo porque sabía que la información sobre las ferias que estaba poniendo en el libro no sólo era verdadera sino nueva para la mayoría de los lectores. Se trataba de una subcultura estadounidense que pocos novelistas habían tratado, y de esos pocos, menos aún sabían de qué estaban hablando.

Cuando Jove publicó *La Casa del Terror* —Jove era una editorial de libros de tapa blanda que pertenecía al Berkley Publishing Group, el cual, a su vez, era una división del Putnam's Publishing Group, el cual pertenecía a la MCA, gigante de los medios que también tenía los Estudios Universal (la vida es más compleja fuera de las ferias que dentro de ellas en el siglo XX)—, se suponía que llegaría a las librerías al mismo tiempo que la película a los cines. Pero la película se retrasó en el proceso de edición y el libro salió a

la venta tres meses antes. Fue sorprendente: *La Casa del Terror* pasó por ocho ediciones con mucha rapidez, vendió más de un millón de copias y apareció en la lista de *bestsellers* de tapa blanda en el *New York Times*. Era un éxito satisfactorio para un libro que había salido sólo en ese formato (es decir, un libro que no tenía una historia anterior en tapa dura sobre la que apoyarse). Se vendió muy bien… hasta que empezó a exhibirse la película.

Antes que nada tengo que aclarar algo: generalmente, una película vende libros. Si el libro va bien *antes* de la película, generalmente va mucho mejor después. Pero eso no fue lo que pasó con *La Casa del Terror*. Apenas empezó a exhibirse el filme, las ventas bajaron en picada.

¿Misterio?

En realidad, no.

Digamos solamente que el señor Hooper no se había dado cuenta del potencial del material, no tanto como hubieran querido el estudio, el señor Block o el señor Hooper mismo. En lugar de servir como propaganda para el libro, la película fue una maldición. Meses después, *La Casa del Terror* había desaparecido de los estantes de las librerías donde no volvería a aparecer.

Bueno, por lo menos hasta ahora.

Yo había escrito el libro bajo el seudónimo «Owen West» porque Jove esperaba crear un nombre completamente nuevo (una marca de fábrica nueva) para el horror y el suspenso y usar el empuje extra de la película para enviar al cielo al «primer» libro de un autor. El segundo libro de West fue *The Mask* (*La máscara*), y aunque las ventas fueron buenas, el éxito del primer libro fue menos beneficioso para el señor West que el perjuicio que le causó el fracaso de la película del primero. Para cuando escribí el tercero, *The Pit* (*El pozo*), mi nombre verdadero ya era más famoso que el de West y parecía lógico publicarlo como mío. Se cambió el título de la novela, que pasó a llamarse *Darkfall* (*Caída negra*) y se la publicó bajo mi nombre real.

Ahora le digo a la gente que West murió trágicamente, pisoteado por una estampida de toros en Birmania mientras buscaba material para una novela sobre un pato prehistórico gigantesco a la que había puesto el nombre provisorio de *Quackzilla*.[13]

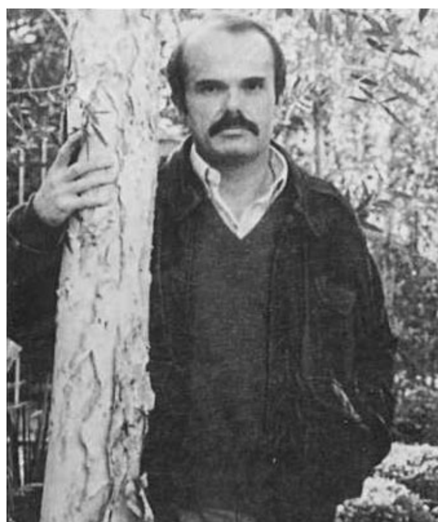
Finalmente, se volvió a publicar *The Mask* bajo mi nombre real y

se vendió mucho mejor de lo que se había vendido cuando era obra del pobre señor West, un hombre sin suerte, aplastado para siempre bajo las pezuñas.

Y ahora, aquí está *La Casa del Terror* con mi propio nombre, gracias a los esfuerzos de la gente de MCA Publishing, Berkley Books y la amable cooperación de Larry Block. No está al mismo nivel que *Wackers* o *Hideaway* (*Escondite*) o algunas otras de mis mejores novelas, pero es tan buena como muchas otras y mejor que algunas. Me gusta. Tengo libros escritos que no pienso permitir que vuelvan a publicarse. Los lectores no deben pagar por historias que escribió un novelista cuando todavía estaba aprendiendo el oficio. Eso sólo sirve para ver lo malo que era antes de descubrir su verdadero camino. Yo creo que *La Casa del Terror* es mejor que eso. Es divertida. Tiene algo que decir. La ambientación es auténtica. Y, sobre todo, da miedo, mucho miedo, aunque quede mal que lo diga yo mismo, y eso, para mí, es lo más importante. Espero que la hayan disfrutado.

Y ahora voy a pedirles un momento de silencio por la memoria del finado señor West, cuyos restos siguen desintegrándose en ese campo en Birmania, donde los toros —y la versión fílmica de *La Casa del Terror*— hundieron su cuerpo demasiado mortal en el barro negro y oleoso.

* * *



DEAN KOONTZ. Nacido en Everett, Pennsylvania, en el seno de una familia modesta, aprendió desde temprano a evadirse a través de la ficción. En 1965, a los veinte años de edad, ganó un certamen para novelistas de la revista *Atlantic Monthly*. Su primer cuento apareció el mismo año. Muy pronto se especializó en el género del horror donde ha alcanzado una reputación y un éxito comercial comparable al de Stephen King. Ha publicado más de cincuenta novelas cuyas ventas sobrepasan los ciento cincuenta millones de ejemplares en todo el mundo. Ha sido traducido a treinta y ocho idiomas. Vive en el sur de California, con Gerda, su mujer.

NOTAS

[1] Straker, el apellido de Conrad, y en este momento de la historia, también el de Ellen, tiene un parecido fonético con la palabra *striker*, el que golpea, en inglés y *strake* significa rayas, rayado. (*N. de la t.*) < <

[2] Otro apellido con sentido: *Baker* es panadero en inglés. (*N. de la t.*) < <

[3] *Harper*: el que toca el arpa o la lira, en inglés. (*N. de la t.*) < <

[4] Galloway: raza escocesa de vacas. (*N. de la t.*) <<

[5] Lampton hace recordar a lámpara, *lamp* y también a *lamb*, oveja, en inglés y el nombre de la chica hace referencia directa a Cristo. Drew, el apellido del muchacho, es el pasado del verbo *draw*, atraer, arrastrar, tirar. (*N. de la t.*) <<

[6] *Clippert,* en pronunciación muy cercano a *Clipper*, nave muy rápida en inglés. (*N. de la t.*) <<

[7] *Culp*, de la palabra inglesa «culpa» que significa negligencia y culpabilidad. (*N. de la t.*) <<

[8] *Spangler*, del verbo *spangle*, rutilar. (*N. de la t.*) <<

[9] *West*, oeste, y Lewis, de una marca conocida de vaqueros, son dos apellidos relacionados con el Oeste estadounidense. (*N. de la t.*)
< <

[10] Rockville, otro nombre con resonancias bíblicas: La villa de la roca, en inglés. (*N. de la t.*) <<

[11] *Freed*: liberado, en inglés. (*N. de la t.*) <<

[12] *Saw*, sierra para cortar madera o árboles en inglés. (*N. de la t.*)
<<

[13] Juego de palabras que combina parte del nombre del monstruo del cine Gotzilla con la onomatopeya del sonido de las voces de los patos: *quack*. (*N. de la t.*) <<